LA REVOLUCION ESTUDIANTIL

LA REVOLUCION ESTUDIANTIL

COLECCION SEIS

PRIMERA EDICION

EDUCA, 1971

Con autorización del Semanario *Marcha*
de Montevideo

Hecho el depósito de ley.

© Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA)
Organismo de las Universidades Nacionales
Autónomas de Costa Rica, El Salvador,
Guatemala, Honduras y Nicaragua.

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

San José, Costa Rica.

LA REVOLUCION ESTUDIANTIL

CARLOS FUENTES/
JEAN PAUL SARTRE/
DANIEL COHN -BENDIT/
ALFRED KASTLER/
ROGER GARAUDY/
RUDI DUTSCHKE /
JACQUES SAUVAGEOT/
RAYMOND ARON
HERBERT MARCUSE/
ANDRE MALRAUX/

EDITORIAL UNIVERSITARIA
CENTROAMERICANA (EDUCA)

NOTA EDITORIAL

Durante el mes de Mayo, Francia conoció una rebelión estudiantil, que al extenderse y ganar los sindicatos, puso en peligro, por lo pronto, al régimen político y estuvo a punto de provocar la caída del gobierno.

¿A qué causas obedeció ese fenómeno, para muchos imprevisible?

¿Cuáles son sus consecuencias?

Este libro pretende responder a esas preguntas por boca de los propios protagonistas, también de quienes se opusieron al movimiento que tuvo la violencia fulgurante de un tifón y recoge además las versiones de algunos testigos calificados.

Damos así las opiniones de los jefes de la protesta, Cohn—Bendit, Sauvageot y asimismo por la estrecha vinculación que tiene la rebelión estudiantil francesa y la alemana, la de Rudi Dutschke.

Hablan luego Sartre, Kastler y Garaudy que desde distintos ángulos analizan los hechos y reproducimos el testimonio que nos enviara Carlos Fuentes, el gran novelista mexicano.

Ofrecemos por otra parte, varios de los artículos que escribiera Raymond Aron áspero contradictor del movimiento y que se convirtió, por su jaraquía intelectual en la voz de la oposición.

El libro se cierra con las reflexiones y acotaciones de Marcuse, señalado o denunciado como uno de los inspiradores de lo ocurrido y las muy profundas y originales de Malraux que, no obstante su condición de ministro en el

gobierno de De Gaulle, planea sobre los hechos y sobre el tiempo y trata de descubrir desde y hacia donde sopla el viento.

Esta "contestation", para emplear el término francés, de la sociedad de la abundancia, no puede tener equivalente exacto en los países del Tercer Mundo, cada vez más lejos, ellos, de esa sociedad del consumo y abundancia; pero tenemos el deber de conocer las características de esa tremenda sacudida, que, según piensa o intuye Malraux, cuestiona no sólo a un gobierno, no sólo a un régimen, no sólo a un sistema, sino a una civilización, como todas mortal y en la cual, no obstante nuestra condición de parias, estamos inmersos.

CARLOS FUENTES

LA FRANCIA REVOLUCIONARIA: IMAGENES E IDEAS

A Laurette Sehourne y
Arnaldo Orfila

"De dónde vienes, camarada"? : es el primer saludo de los jóvenes que han salido a hacer la poesía y la política en las calles de una ciudad que no me atrevo a reconocer y que, sin embargo, sólo ahora es idéntica a sí misma. Un París de manos abiertas, donde llegar de significa unirse a'

—D'où viens—tu, camarade?

—México.

—C,est loin, ça

Pas tellement.

Unirse al diálogo, a la fraternidad y al amor de una revolución que, en primer lugar, ha tenido lugar en las conciencias y en los corazones.

Cafés, bistrós, talleres, aulas, fábricas, hogares, las esquinas de los bulevares: París se ha convertido en un gran seminario público. Los franceses han descubierto que llevaban años sin dirigirse la palabra y que tenían mucho que decirse. Sin televisión y sin gasolina, sin radio y sin revistas ilustradas, se dieron cuenta de que las "diversiones"

los habían, realmente, divertido de todo contacto humano real. Durante un mes, nadie se enteró de los embarazos de la princesa Grace o de los amores de Johnny Halliday, nadie se sintió constreñido por el dictado sublimante de la publicidad a cambiar de auto, reloj o marca de cigarrillos. En lugar de las "diversiones" de la sociedad de consumo, renació de una manera maravillosa el arte de reunirse con otros para escuchar y hablar y reivindicar la libertad de interrogar y de poner en duda.

PARLEZ A VOS VOISINS

Los contactos se multiplicaron, se iniciaron, se restablecieron. Hubo una revuelta —tan importante como las barricadas estudiantiles o la huelga obrera— contra la calma, el silencio, la satisfacción, la tristeza. Padres e hijos encontraron una posibilidad de comunicación (o certificaron que la habían perdido). Maridos y mujeres se separaron por incompatibilidad política, moral y erótica (pues ahora se trata de sinónimos). Otras parejas se conocieron en las barricadas, en el debate permanente del Odeón, en la marcha: el amor nació con la velocidad misma de los acontecimientos. Flo es la hija de una productora de películas amiga mía; era la muchacha más inhibida del mundo; estudia en Nantes y ocupó la universidad con sus compañeros; se inició el debate; Flo supo que tenía algo que decir, algo que antes era imposible comunicar; Flo se liberó en una ciudad de la cual desaparecieron los policías, convocados con toda urgencia a París: Nantes, la ciudad y su universidad, y la linda Flo, fueron verdaderamente libres por primera vez. Madeleine es la inteligente editora de una colección de libros infantiles en una gran casa editorial; su marido es productor de televisión. En el momento más tenso de las barricadas, Madeleine convirtió su apartamento en refugio y hospital de estudiantes heridos; el marido le reclamó que su actitud lo comprometía: si se trabaja en la ORTF, hay que estar bien con el gobierno. "Escoge entre Pompidou y yo", le contesto Madeleine. Jean—Jacques, un

psicoanalista amigo, se queja amargamente: "Los consultorios se han vaciado, pero realmente vaciado. La revolución ha sustituido al psiquiatra. Nos sentimos inútiles. Ayer vino a verme una muchacha, clienta mía y me dijo: "Ustedes quieren adaptarnos a esta sociedad idiota. Me niego a ser adaptada. Quiero ser rechazada y rechazar el mundo actual". Y me dejó como recuerdo un adoquín sobre la mesa". Tú, André, eres comunista y manifiestas con tu bandera roja; tú Anne—Marie, perteneces a las Juventudes Revolucionarias Marxistas y manifiestas vestida de negro con tu banderita negra. Cada uno lee un periódico y no cree lo que lee. Tú, André, no puedes creer que "L'Humanité", tu periódico, llame a Daniel Cohn—Bendit "anarquista alemán" y se asocie a la decisión policíaca de expulsar al dirigente estudiantil de Francia. Tú, Anne—Marie, que también eres hija de judíos alemanes emigrados a Francia para escapar de las prisiones y la muerte hitlerianas, no crees que veintiocho años después de ganada la guerra (y tú tienes sólo diecinueve), los periódicos nacidos de la Francia Libre puedan llamar a Cohn—Bendit "canalla judío extranjero". André y Anne—Marie no se conocen. Se miran. Miran lo que están leyendo. Se toman de la mano. Se unen a la enorme manifestación que avanza hacia la Plaza Denfert —Rochereau y gritan grave, orgullosamente, con el medio millón de estudiantes en marcha: *"Todos somos judíos alemanes"*. Los desconocidos dejaron de serlo. La revolución, una vez más, fue un encuentro y un abrazo: para la revolución no hay desconocidos.

MIENTRAS MAS HAGO LA REVOLUCION, MAS GANAS TENGO DE HACER EL AMOR; MIENTRAS MAS HAGO EL AMOR, MAS GANAS TENGO DE HACER LA REVOLUCION

Hubo lo irrepetible y hay lo irreversible. Irrepetible, y no podía ser de otra manera (poesía, revolución: consagración del instante, Octavio Paz, alta incandescencia de la marea temporal) la explosión libertaria, el júbilo, la

imaginación, el humor, el exceso, la locura, en el patio de la Sorbona, en los debates del Odeón, en las manifestaciones gigantescas, en las marchas exaltadas hacia las puestas de las fábricas a fin de sellar la alianza (impedida por la Confederación General de Trabajadores y el Partido Comunista francés) de los estudiantes con los obreros, en el incendio de la Bolsa de París al grito de " ¡Templo del becerro, arde! ", en las terribles luchas nocturnas de las barricadas de la Rue Gay—Lussac, el Boul'Mich, Saint Germain—des—Prés, la Place Edmond Rostand y la Rue d'assas contra los brutales CRS (Compañías Republicanas de Seguridad, cuerpo élite de la policía francesa) que avanzan entre el humo y las llamas y los árboles caídos, lanzando gases letales, golpeando indiscriminadamente a peatones, periodistas y parroquianos de cines y cafés, ensañándose con las mujeres a las que matraquean al grito de "*¡putains, putains!* ", arrojando granadas plásticas hacia las ventanas abiertas, persiguiendo a los estudiantes por las escaleras de los inmuebles y hasta dentro de los apartamentos donde se han refugiado.

CRS: SS

Irrepetible, quizás, esa imagen de Eisenstein: Los CRS avanzan aullando para darse coraje, escondidos detrás de enormes escudos de metal, como los caballeros teutones de *Alejando Nevsky*, mientras los estudiantes contraatacan protegidos con lo que han encontrado en los camarines del Odeón: las corazas de Numancia, los cascos de Británico (y la improvisada defensa contra los gases: un pañuelo empapado en jugo de limón y bicarbonato untado sobre los párpados). Una kermesse de la libertad, si, pero una kermesse heroica, arriesgada. La bestia ha mostrado el pelo: son las cerdas del fascismo. Y un joven estudiante, nuevo Gavroche del año 68, canta mientras prepara un cóctel Molotov:

"A paris aprés Lamartine

Et Hugo même Eugène
N'y avait pas pensé
Pour pleurer
In n'y a que les lacrymogènes."

Testimonio de un enfermero que espontáneamente se aprestaba a curar a los heridos en el Barrio Latino: "Aunque llevaba puesto mi uniforme, fui detenido por los CRS y conducido al ex—hospital Beaujou. Insistí en que mi función sólo era aliviar a los heridos. Se rieron de mí, me llamaron maricón, empezaron a golpearme con el bastón blanco, en la en la cabeza, el vientre y los testículos. Los muchachos con barba o pelo largo fueron particularmente brutalizados. Golpes de matraca, paso entre dos hileras de flics que los pateaban. Las muchachas eran desvestidas por los polícias entre gritos injuriosos y luego palpadas, humilladas, obligadas a ponerse en cuatro patas..."

Conocer un caso es conocerlos todos. Les Editions du Seil han reunido esta crónica de la infamia, en un *Libro Negro de las Jornadas de Mayo.* La policía carece de imaginación. Nada puede ofenderla más que una revolución que proclama: "*L'imagination prend le pouvoir*".

La imaginación toma el poder con adoquines y con palabras, primero. El pavé el bello y humilde adoquín de las calles de París, ha adquirido hoy un rango caso fetichístico: fue la primer arma de contraataque de los estudiantes brutalizados por la policía; el arma, como ha dicho Sartre, no de la violencia, sino de la **contraviolencia** de centenares de miles de estudiantes que jamás hicieron otra cosa que defenderse. Hubo violencia sólo cuando la policía la inició. Manifestación sin policía: manifestación pacífica.

"Si, camarada —me dice un estudiante esta tarde en la Facultad de Ciencias del Halle aux Vins, convertida en centro de venta de libros y carteles y grabados que los artistas y escritores de Francia han puesto a la venta para sostener la lucha estudiantil—, los adoquines se convirtieron en nuestro medio de comunicación de masas. Salimos a las calles porque no tenemos otra manera

de hacernos escuchar en una sociedad donde los masa–media han sido monopolizados y domesticados. Contra la abundancia de comunicaciones inútiles, hemos enviado el mensaje imprescindible de nuestras piedras y nuestras palabras"'

Y quizás hay otra razón: "Debajo de los adoquines, están las playas".

Y las palabras. Los muros de París hablan: sueños, consignas, cóleras, deseos, programas, bromas, desafíos y la resurrección de una heterogénea progenie reunida en una especie de editorial permanente de piedra y pintura:

"Marx: Hay que transformar al mundo.
Heráclito regresa. Abajo Parménides.
B. Peret: El arte no existe. El arte son ustedes.
Unamuno: No vendo el pan, sino la levadura.
Santayana: Lo difícil es lo que puede hacerse enseguida, lo imposible es lo que toma un poco más de tiempo.
San Agustín: La guerra y la injusticia son el resultado de la propiedad.
A Breton: 17 derrocará siempre a 71.
Che Guevara: Qué importa donde nos sorprenda la muerte.
Peguy: Todo comienza en mística y termina en política.
Au pays de Descartes, les connieres se fuotet en carte.
Marx: Mejor un fin espantoso que un espanto sin fin, es el testamento policíaco de toda clase agonizante.
Valéry: Toda visión de las cosas que no es extraña es falsa.
Heráclito: El combate es el padre de todas las cosas
Queneau: Réforme, mon cul.
Shakespeare: Hay método en nuestra locura.
Baudelaire: Dios es un escandalo, pero un escándalo rentable.
Lenin: Aprender, aprender, para actuar y comprender.
Bakunin: El socialismo sin la libertad es el cuartel.

Julio César: Vine, vi, creí.
Vive Bonnot
Vive Babeuf.
Guide: Los prejuicios son los cimientos de la civilización.
René Char: La vida ama la conciencia que se tiene de ella.
Rimbaud: Hay que cambiar de vida".

Y hay lo irreversible. Esa suma de citas, textos y slogans, expresan y definen el sentido moral de la revolución (que no es ajeno a su sentido del humor) y la conciencia histórica de la cual ha partido. Entre la silenciosa declaración de la Guerra Fría y la ruidosa explosión de la Sociedad de Consumidores, llegó a establecerse como fatalidad lo que Camus sólo expuso como problema: la revolución es el único acto que puede transformar las condiciones sociales intolerables, pero al mismo tiempo la revolución puede conducir y de hecho ha conducido a la creación de situaciones sociales intolerables. Pienso, después de conversar durante tres semanas con viejos y nuevos amigos franceses, que una de las raíces del actual movimiento histórico es el rescate de esa idea como **problema** a fin de demostrar que no se trata de una **fatalidad**: puede y debe haber revolución con libertad.

Las banderas negras, la nueva vigencia del pensamiento de Bakunin y Rosa Luxembourg, pueden asustar no sólo a los reaccionarios tradicionales sino a los dogmáticos del socialismo. Pero para los jóvenes revolucionarios de Francia. Italia, Alemania, Holanda, Inglaterra, es sólo el correctivo permanente de su profunda visión marxista, un "marxismo desempolvado", como diría Fidel Castro, un marxismo sacado de las sombras incensarias de la iglesia a respirar el aire libre de la calle: un marxismo, en fin, que opone tanto al neocapitalismo de los managers como al neosocialismo de los burócratas, el pensamiento de Ernesto Guevara: el rechazo de la ganancia como motivo de producción, la creación activa de condiciones revolucionarias, el indeclina-

ble sentido internacional de los movimientos revolucionarios.

Esa conciencia proviene de un sentimiento de enajenación y se expresa, originalmente en un movimiento de **contestation** (palabra clave de la revolución francesa: **contestation, contester**: algo más que cuestionar, poner en duda, someter a examen, desafiar sin tregua, debatir en todos los niveles, impedir la consagración esclerótica de las cosas: contestación, respuesta, poner las cosas en su lugar, en situación crítica permanente).

Enajenación: en el mismo lugar donde comienza **Rayuela** en el pasaje que conduce de la Rue de Seine al Quai de Conti, allí donde Oliveira buscaba a la Maga, hay ahora un cartel azul y negro con un dibujo en blancos punzantes de Julio Silva y un texto de Julio Cortázar:

> **"Ustedes son las Guerrillas**
> **Contra la muerte climatizada**
> **que ellos quieren vendernos**
> **con el nombre de porvenir".**

Y esto es lo primero que hay que comprender sobre la revolución de mayo en Francia: que es una insurrección, no contra un gobierno determinado, sino contra el futuro determinado por la práctica de la sociedad industrial contemporánea. Asistimos a una revolución de profundas raíces morales, protagonizada en primera instancia por la juventud de una nación desarrollada. Y estos jóvenes dicen que la abundancia no basta, que se trata de una abundancia mentirosa. Primero, porque pretende compensar con la variedad y cantidad de los bienes de consumo, la uniformidad y la paucidad de los contenidos reales de la vida: comunicación, amor, cultura, dignidad personal y colectiva, sentido de la cualidad de trabajo, sentido de autonomía crítica de los individuos y de las organizaciones, relaciones concretas y decisivas entre cada hombre y lo que hace, dice, rechaza o escoge.

Todas estas posibilidades, las verdaderamente humanas, se han perdido en la sociedad de consumidores, donde un aparato económico y político impersonal, intocable, por nadie elegido y por nadie revocable (por más que, formalmente, los pasajeros equipos de administración, miembros de un mismo sistema lo sean), determina a priori las "necesidades" de los individuos de acuerdo con las necesidades de una producción cuya expansión sólo se concibe mediante el desgaste permanente. Expansión deficitaria, en la jerga del neocapitalismo. Muerte climatizada, en el lenguaje de Julio Cortázar. Pérdida suntuaria de la energía excelente: la "parte maldita" en la visión de Georges Bataille (el primero, el más profundo crítico de la sociedad de consumo). Consagración de la basura. Dictadura sin terror y sin entusiasmo, según Jean Marie Domenach: alternancia entre la insatisfacción y la saciedad, beata fraternidad entre poseedores (desventurada inversión de la solidaridad entre desposeídos) que se reconocen sólo a través del uso de los mismos bienes, pero sólo hasta que ese uso es superado por una nueva moda (**Le retour du tragique**). Pérdida del sentido a base de darle un sentido a todo, incluso a lo que carece de sentido.

Refiriéndose a un tipo ejemplar de sociedad de consumidores, la del llamado "milagro alemán", Hannah Arendt ha escrito: "En las condiciones modernas, no es la destrucción la causa de la ruina, sino la conservación, puesto que la durabilidad de los objetos conservados constituye en sí misma, el más grande obstáculo al proceso de reemplazamiento de los objetos, cuya aceleración constante es la única constante del sistema una vez que ha establecido su dominación" (**The Human Condition**). Este proceso se da en las sociedades altamente industrializadas, de sobreabundancia, como una respuesta a la crítica socialista de la sobreproducción. En vez de quemar la producción excedente, como se ha hecho en Brasil con el café, a fin de mantener su rentabilidad, se fomenta una multiplicidad de **necesidades innecesarias** que deberán satisfacerse mediante objetos de consumo acelerado y fácilmente reemplazables.

La publicidad se convierte en el brazo ejecutor de esta demanda innecesaria que no sólo resuelve un problema interno de la economía capitalista clásica, sino el problema de la sociedad industrial tecnológica. "Los campos de concentración —escribe Herbert Marcuse—, las exterminaciones en masa, las guerras mundiales y las bombas atómicas no significan un "retorno a la barbarie", sino la actualización irreprimida de las realizaciones de la ciencia, la tecnología y la dominación modernas" (**Eros and Civilization**). La conciencia **desgraciada** de la sociedad de consumidores se adquiere cuando se comprende que nuestras vidas de "cheerful robots", para emplear la expresión de C. Wright Mills, son el sustituto mediatizado, reprimido, del mundo concentracionario y de la destrucción nuclear. Vivimos la forma más sublimada del genocidio: un Dachau del espíritu rodeado por los brillantes objetos perecederos de una Disneylandia del consumo.

Pero el mundo industrial moderno no sólo se levanta sobre la "desgraciada euforia" (Marcuse) en sus propios ciudadanos, sino sobre la muerte y la explotación de los hombres marginales del mundo infra—industrial. La muerte cuando una sociedad de excedente industrial como la norteamericana debe asegurar su salud convirtiendo la "pérdida suntuaria" en una lluvia de bombas de napalm y fósforo (ad majorem gloria Dow Chemical Co.) sobre la población indefensa de una pequeña nación rural. No es fortuito que la guerra de Vietnam haya sido el gran catalizador de la revolución de la juventud occidental. En esa pesadilla del crimen, la inmoralidad, la estupidez y la soberbia que todos han visto cotidianamente en las pantallas de televisión todos vieron la imagen extrema de la sociedad en la que vivían. Sentí esto patentemente, hace unas semanas, cuando visité al joven y ya grande escritor mexicano José Emilio Pacheco, en la universidad Británica de Essex; los alumnos habían impedido que hablara en ella un representante de Porton, la firma inglesa que realiza estudios de guerra bacteriológica para el gobierno de los Estados Unidos. De un golpe, la revuelta estudiantil (Essex,

Territorio Libre de la Gran Bretaña) significaba un rechazo de la política imperialista norteamericana, una solidaridad con el Tercer Mundo y una crítica de la sociedad de consumo inglesa.

De esta manera, detrás de Vietman, ha nacido en los jóvenes del mundo desarrollado una nueva conciencia: la guerra armada contra un pueblo desarmado es sólo la expresión más repugnante de una guerra contínua, desarmada, contra todos los países pobres, fuertes de mano de obra y materias primas baratas, objeto de intervenciones políticas y de deformaciones culturales perpetuas, humillados recipientes del desgaste del **desgaste** en cuanto consumidores marginales de las máquinas fatigadas, los aviones inservibles, los programas de televisión, los cosméticos y los juguetes plásticos del mundo industrial.

No he hablado, en los últimos meses, en Londres, en París, en Milán, en Barí, en Wivenhoe, en Roma, con un solo estudiante europeo que no tenga conciencia del hecho central: mientras el mundo industrial se satura de riquezas inservibles, el mundo subdesarrollado carece de lo elemental. Recuerdo estas palabras de un estudiante con el que conversé en Barí, esa comunidad universitaria italiana particularmente lúcida: ¿En qué se distingue del fascismo una sociedad que es incapaz de distribuir su enorme riqueza acumulada entre los países hambrientos de Asia, Africa y América Latina? ¿No practica cada capitalista europeo y norteamericano una exterminación en masa comparable a la de los nazis? Dígale a sus lectores y a sus amigos de Hispanoamérica que no se dejen desorientar, que esta lucha de los jóvenes europeos es a favor de ustedes, conscientemente. Estamos continuando, por otros medios, la lucha de Zapata y Guevara, de Camilo Torres y Frantz Fanon. Luchamos contra el mismo mundo de la opresión centralizada".

Contra ese mundo (que también es el nuestro, puesto que somos sus víctimas) se han levantado con particular resolución y coraje los jóvenes estudiantes y obreros franceses. Un cartel de la Sorbona proclama: "La revolu-

ción que se inicia pondrá en duda no sólo la sociedad capitalista sino la sociedad industrial. La sociedad de consumo debe morir una muerte violenta. La sociedad enajenada debe desaparecer de la historia. Estamos inventando un mundo nuevo y original. La imaginación ha tomado el poder".

Quienes hemos conocido el maravilloso espíritu de estas jornadas, no hemos abandonado por ello el espíritu crítico —la contestation— que la propia revolución, fiel a sí misma, reclama. Más adelante, al resumir las entrevistas y discusiones con estudiantes en Nanterre, con amigos franceses y durante los debates de los Comités de Acción Revolucionaria en las calles de París, dejaré que los propios interesados hagan la crítica de los acontecimientos. Pero desde ahora podemos preguntarnos, con toda seriedad, si realmente asistimos a la primera revolución del mundo industrial: la primera prefiguración del siglo XXI, la primera revolución que realiza las previsiones de Marx, hasta ahora postergadas por las imprevistas revoluciones en el mundo subdesarrollado.

Cincuenta años de insurrecciones en la periferia habían hecho imprevisible una revolución en el centro. El dogma de los sociólogos de la abundancia coincidía con el de los teóricos de la revolución; ésta es imposible en el mundo capitalista reformado. La porosidad social, la liquidación del laissez—faire, la intervención económica del Estado, la extensión de beneficios marginales a la clase obrera y el consiguiente aburguesamiento de ésta, el acceso mayoritario al consumo, la capacidad de neutralizar los efectos adversos y de absorber, hasta hacerlas inocuas, todas las formas de protesta: todo ello habría acabado por crear un neocapitalismo estable, próspero, beatamente satisfecho de sí mismo. Hoy (ya es mucho, y es irreversible) estas teorías han caído por tierra. Los jóvenes franceses, norteamericanos, alemanes, italianos, no se han adecuado a la sociedad de consumo.

MERDE AU BONHEUR

Y cuando diez millones de obreros entran en huelga por algo más que simples reinvidicaciones económicas (aunque esta actitud original haya sido posteriormente frustrada por los dirigentes de la CGT y el PCF), ya no es posible hablar de una clase obrera simplemente "aburguesada".

¿Qué ha sucedido?

Primero: La abundancia tiene necesidades que la necesidad desconoce. Visto desde cierta perspectiva, puede decirse que sólo cuando las carencias primarias son colmadas, aparecen con toda su fuerza las carencias superiores. Ya en 1938, hablando de una sociedad sin embargo, tan diferente de ésta, Emmanuel Mounier escribía: "Abundancia, paz, diversiones, aumentos de salarios, todo esto es perfectamente legítimo, ¿pero es todo lo que puede decirse a favor de una civilización moribunda? ... ¿Dónde está la atracción revolucionaria de las grandes épocas"? (Les certitudes difficiles). Y el verdugo de la Comuna, Thiers, había proclamado con definitiva soberbia: "El tiempo de los grandes problemas morales ha muerto". Por lo pronto, los jóvenes de hoy han desmentido a Thiers, han devuelto la esperanza a las palabras de Mounier, que tanto detestó "el ideal burgués de la seguridad" y han reinvindicado las de Saint—Just: "El problema de la verdadera felicidad ha sido planteado en Europa".

Segundo: Marx ha regresado a Europa de un largo paseo por las tundras, los campos de arroz y los cañaverales de la periferia portando una verdad esencial: el socialismo auténtico nacerá de la plena expansión de las fuerzas productivas del capital y de la conciencia límite de las contradicciones entre la producción y el trabajo, entre la riqueza material y la miseria humana. Hemos llegado a esa expansión y a ese límite: los jóvenes franceses han prendido la mecha de una explosión irreversible, la del sentimiento de enajenación dentro de un sistema que lo ofrece todo, menos lo primero que Marx indicó como valor supremo: la

realización de todas las posibilidades de la personalidad humana.

SEAMOS REALISTAS: EXIJAMOS LO IMPOSIBLE

Los hijos de Marx y de Rimbaud: hay que transformar al mundo, hay que cambiar la vida. Las estatuas de Pasteur y de Pascal en la Sorbona lucen pañoletas rojas al cuello y sostienen banderas negras entre los brazos. Víctor Hugo, viejo sensualista, parece culminar un placer legendario y secular con esa maravillosa muchacha morena que hoy se sienta en sus rodillas de piedra.

"Jeunes temmes rouges,
toujours plus belles"

La cabeza de Descartes sirve de apoyo a dos jóvenes que, en el patio atestado, escuchan esta noche a Jean Paul Sartre, (no todos se hacen escuchar aquí; Françoise Sagan fue corrida a insultos; Aragón fue tratado de "viejo pendejo" y contestó, no sin dignidad: "Algún día, ustedes también serán viejos pendejos"):

—Es evidente que el actual movimiento de huelga se originó en la insurrección de los estudiantes. La CGT se ha visto obligada a seguir a los estudiantes y a los obreros. Ha debido acompañar el movimiento para "peinarlo". La CGT ha querido evitar esta **democracia salvaje** que ustedes han creado y que tanto molesta a las instituciones. Porque la CGT es una institución. Lo que está en trance de formarse es una nueva concepción de la sociedad basada en la plena democracia, una alianza del socialismo y la libertad. Porque socialismo y libertad son inseparables. La dictadura del proletariado a menudo ha significado la dictadura sobre el proletariado. Para que haya socialismo con libertad, el movimiento debe seguir en el verdadero plano de **contestation** en el que hasta ahora se ha mantenido.

DEJA 10 JOURS DE BONHEUR'

La **contestation**: Todo ha sido cuestionado en Francia.

Un comando de choque formado por Marguerite Duras, Michel Butor, Jean—Pierre Faye y Alain Jouffroy, toma por asalto el Hotel de Massa, sede de la esclerótica Societé des Gens de Lettres, clava la bandera roja en el techo y establece una nueva Unión de Escritores "abierta a todos los que consideran la literatura como una práctica indisociable del actual proceso revolucionario. Esta Unión de Escritores será un centro permanente de **contestation** del orden literario establecido".

En el Théatre de l'est se establecen los Estados Generales del Cine; Louis Malle, Alain Resnais, René Allio y Jacques Rivette son los animadores de una renovación que se plantea el problema central: ¿cómo asegurar la libertad de la creación cinematográfica, una libertad por lo menos equiparable a la del escritor o el pintor? William Klein y Jean—Luc Godard están en las calles, filmándolo todo; los grupos prochinos atacan a Godard y un muro de la Sorbona proclama: **"La cultura ha muerto y Godard no podrá remediarlo"**, **pero Pierrot le Fou, la Chinoise, Masculin—Féminin, Deux ou Trois Choses y Weekend** tendrán para siempre el valor de la prefiguración, acaso la única ofrecida por un artista francés. Todos quedan en su lugar; Claude Lelouch, al primer signo de represión, traiciona a la revolución (como antes había traicionado al cine con sus soap—operas para consumidores) y Alain Delon se niega a apoyar la huelga solidaria de los actores: allí están, por lo contrario, Michel Piccoli y Juliette Gréco, Catherine Deneuve, Jean—Louis Barrault.

La Sociedad de Periodistas proclama: "La prensa sólo es libre cuando no depende ni del poder gubernamental ni del poder del dinero, sino, exclusivamente, de la conciencia de lo periodistas y de los lectores", y los obreros impresores y tipógrafos vigilan sus propios talleres, impiden la publicación de noticias falsas, tendenciosas o contrarrevolucionarias.

Todos los directores de teatros populares y de casas de la cultura se reunen en el Trato de la Cité de Villeurbaine. Preside Roger Planchon; intervienen activa-

mente Jean Vilar y Antoine Bourseiller. Su **contestation** del teatro burgués comercial se traduce en estas palabras: "Ahora es totalmente claro que ninguna definición de la cultura será válida a menos que sea útil para los propios interesados, es decir, en la exacta medida en que sea el instrumento que necesita el "no–público". Podemos estar seguros de que la cultura, entre otras cosas, deberá proporcionar al "no–público" un medio de rompimiento con su actual aislamiento, una manera de salir del gueto a fin de situarse, cada vez más conscientemente, en el actual contexto histórico y social, y de liberarse, cada vez más, de las mistificaciones de todo género que tienden a convertirlo en cómplice de las situaciones reales que le son infligidas. Por ello, todo esfuerzo de orden cultural será vano si no se propone, expresamente, ser una empresa de politización, en el sentido de multiplicar las ocasiones para que ese "no–público" escoja libremente, más allá del sentimiento de impotencia y de absurdo provocado por un sistema social en el que los hombres, prácticamente, jamás están en medida de inventar juntos su propia humanidad".

Los investigadores científicos crean comités democráticos en los laboratorios con miras a la autogestión y a la eliminación de todo trabajo que, directa o indirectamente, pueda ser utilizado para fines bélicos o represivos.

Enfermeros y doctores establecen la cogestión en los hospitales a través de comités destinados a renovar la administración de los servicios de salud en un sentido democrático.

Los estudiantes de teología de la Universidad de París declaran: "La institución eclesiástica, dado su lugar de privilegio en las sociedades occidentales, contribuye, con sus silencios, con sus tomas de posición obligadamente conciliatorias, con su prédica de la paz allí donde no hay paz, el mantenimiento del status quo. La teología no hace sino prolongar las contradicciones internas del sistema capitalista. Esto lo hemos comprendido definitivamente en las barricadas. Tomar partido por los oprimidos significa hoy entrar deliberadamente y sin reservas en el proceso

revolucionario". La misa en la Iglesia de St. Honoré d'Eylau es interrumpida por jóvenes cristianos al grito de " ¡Dios no es conservador! " Clérigos y estudiantes discuten en el foro de la Sorbona: ¿qué esperan los cristianos para iniciar la revolución dentro de sus iglesias, a fin de hacerlas más evangélicas? ¿Por qué no han de ejercer la violencia los cristianos contra un sistema capitalista que practica la violencia endémica en el mundo subdesarrollado? ¿Puede concebirse, actualmente, la caridad sin lucha?

Con el crítico Jean Cassou a la cabeza, todos los pintores franceses, incluyendo algunos particularmente favorecidos por el régimen, como Bazaine, retiran sus obras de cualquier exposición oficial, en Francia o en el extranjero como protesta contra la expulsión de los artistas argentinos Le Parc y Demarco; y al llamado de los estudiantes de Bellas Artes, Aleichinsky, Ypousteguy, Bona, Cattolica, Matta, Silva y escritores como Buteor, Cortázar, Mandiargues, contribuyen Aleichinky, Ypousteguy, Bona, Cortázar, Mandiargues, contribuyen a los carteles que han representado un aspecto tan vital y corrosivo de la lucha.

Hay la **contestation** un poco delirante, como la de los alumnos del Conservatorio que exigen la "expropiación de las estructuras sonoras", o la de los grupos de adolescentes que invaden el Odeón pidiendo una educación sexual pronta y adecuada y reclaman el derecho al orgasmo. Y hay la huelga heroica, prolongada, severa, fundamental, de los trabajadores de la televisión francesa (ORTF): se exige un consejo de administración proporcional, en el que todas las tendencias políticas estén representadas y una programación que dé cabida a las principales expresiones del pensamiento y a las grandes corrientes de opinión: la libertad de cátedra televisiva contra el monólogo–monótono del régimen.

Y los arquitectos, los ingenieros, los urbanistas, los químicos, los psicoanalistas, los antropólogos, los lingüistas, los técnicos: no hay una sola profesión francesa que no haya sido sometida a crítica y proyectada hacia el porvenir por sus propios miembros, súbitamente conscientes de que

la revolución consiste en asumir libremente responsabilidades concretas dentro de cada círculo de trabajo, sacudirse las tutelas administrativas abstractas.

Hablo de lo poco que he podido ver o saber personalmente; pero mis amigos de Nantes me cuentan lo que fue la huelga en la fábrica de Sud—Aviation. Los obreros allí se cuentan entre los mejor pagados de Francia, y es difícil distinguir entre un trabajador, un estudiante y un profesional. Los obreros fueron a la huelga, primero por solidaridad con los estudiantes; en seguida, porque el movimiento revolucionario les hizo comprender que había algo más importante que los salarios: la dignidad del trabajo como prueba de autonomía individual y colectiva. Durante tres semanas, los trabajadores de Sud—Aviation se rigieron sin administradores patronales. Mantuvieron las máquinas en perfecto estado. Aplicaron al pie de la letra las normas de seguridad. Los técnicos de la fábrica dejaron de ser una élite y cooperaron igualitariamente con los trabajadores. Los obreros fueron invitados a presidir reuniones en la universidad y a tomar parte en los debates. Los estudiantes se acercaron a ofrecer sus servicios profesionales en la fábrica. Entre todos, se dieron cuenta de que eran adultos: podían trabajar en perfecto acuerdo, sin la tutela remota de los gerentes burgueses. Pero la situación era demasiado novedosa. Un paso más y era la autogestión, perfectamente posible, perfectamente satisfactoria. Entonces la CGT desvió esa fuerza revolucionaria hacia la solución burguesa: aumento de salarios, semana de cuarenta horas...

CEDER UN POCO ES CAPITULAR DEMASIADO

—¿De dónde vienes, camarada? Ven, únete a nosotros. Vamos a Nanterre.

La revolución nació en Nanterre, ese conglomerado gris, concentracionario, de bloques de cemento construidos a toda prisa para contener el desbordamiento estudiantil de la Sorbona. Imagen de una sociedad que distribuye lo superfluo a manos llenas, pero niega lo necesario. Hay que

regresar a Nanterre, erial prototípico de la sociedad de consumidores Aquí, los comités de estudio y planificación estudiantiles funcionan noche y día, desde el principio de la revolución. La profunda seriedad y capacidad de trabajo del estudiantado revolucionario, es palpable en estos comités decisivos, disciplinados y generosos, abiertos a todo diálogo y a toda sugestión. Estamos entre los dos turnos de las elecciones legislativas. Soberbiamente indiferentes a ese trámite formal, los estudiantes preparan la Convención Nacional de Universidades que habrá de iniciarse en unos días.

—¿Qué condiciones concretas privaban en la universidad?

—Dicen que vivimos en la sociedad de la abundancia, pero en la universidad sólo hay abundancia de alumnos y carencia de todo lo demás. En 1945, había unos ciento veinte mil estudiantes en las universidades francesas; hoy la suma asciende a más de medio millón y sólo en la Sorbona hay ciento sesenta mil. No cabemos en las aulas y debemos escuchar las clases desde los corredores, a través de un sistema de magnavoces. Más de treinta mil estudiantes desean utilizar la biblioteca, pero sólo hay cupo para quinientos lectores. Nos vemos obligados a leer y preparar clases y exámenes en los cafés, en los jardines públicos (cuando el tiempo lo permite), o en los cuartos de criada que nos alquilan en el Barrio Latino por 250 francos al mes. En estas circunstancias, hemos perdido el contacto con los profesores. La mayoría de ellos se limita a dictar la misma cátedra desde hace treinta años, sin que el alumno tenga la menor posibilidad de poner en duda esa enseñanza casi siempre periclitada, rara vez revisada o puesta al día. El trabajo de seminarios es prácticamente desconocido. La iniciativa del estudiante es desanimada; la mayoría no lee libros, sólo los apuntes mimeográficos para pasar exámenes de fin de año. El objeto de la actual universidad es memorizar una cultura muerta dentro de un sistema de remoto paternalismo. Es decir: la universidad está hecha a la imagen del estado burgués.

—¿Qué proponen ustedes para remediar esa situación?

—A un nivel inmediato, la reforma universitaria. Una relación nueva, no jerárquica, entre estudiantes y profesores. La universidad es un reflejo de la vieja estructura napoléonica de las instituciones públicas: un centralismo jerarquizado, donde todo proviene, como un don gracioso, de arriba hacia abajo. Proponemos comisiones mixtas de profesores y estudiantes, a fin de discutir la forma y el contenido de la enseñanza. Gracias a la revolución, se ha conquistado ya una base de cooperación, nos acercamos a procedimientos de reciprocidad y respeto. Queremos una gestión paritaria de la universidad. No que nos "enseñen", sino ejercer un control real sobre la enseñanza, a fin de adquirir una cultura que vaya más allá del comercio o de la especialización. Queremos un nuevo contrato de enseñanza, pruebas de control en vez de exámenes, con participación de estudiantes en el jurado. Queremos instituciones más ligeras, renovables, abiertas y modernas, y esto no sólo por razones intrínsecas, sino en beneficio del estudiantado de origen obrero. Actualmente sólo el 10% de los estudiantes universitarios son hijos de obreros. El tiempo entre el ingreso a la universidad la licencia y la agregation es demasiado largo; muy pocas familias obreras pueden pagarlo y si lo hacen es con grandes sacrificios. La actual esclerosis se debe a dos factores: una tutela administrativa totalmente ajena a las necesidades y aspiraciones de los estudiantes y un reino clasista de feudalidades dentro de la universidad.

¿Quién es el rector Roche? Un hombre ajeno a la universidad, el representante de una cierta feudalidad dentro de los grupos del orden establecido —o, como lo llamamos nosotros, el desorden establecido. Igual que en la sociedad, en la Universidad somos súbditos, no ciudadanos. Ahora hemos decidido actuar como adultos, establecer una relación auténtica entre nuestros estudios y nuestra futura actuación profesional.

—¿Hay actualmente una gran divergencia entre ambos?

—Se nos acusa de ser demasiado "desinteresados". Es cierto. Frecuentamos la teoría más que los hechos. Pero echarnos esto en cara quiere decir que hay una grave ruptura entre el pensamiento y la acción. Quiere decir que yo, como estudiante de sociología, puedo leer libremente a Marx, a Engels, a Bakunin, al Che Guevara y a Marcuse, sólo si acepto que una vez que salga de la universidad, debo renegar de todo lo que he aprendido, y aceptar como borrego, mi situación prevista en una sociedad ordenada para siempre y sin mi consentimiento, una sociedad en la que mis conocimientos críticos no poseen la menor importancia y nada pueden cambiar. La universidad debe ser un centro crítico, el germen del cambio. Nuestra sociedad, sin embargo, es acrítica y rechaza el cambio. ¿Cuál puede ser mi destino? ¿Renunciar a mis ideas, admitir que son un sarampión juvenil y aceptar los hechos inconmovibles de una sociedad momificada convirtiéndome yo mismo en momia, sentado hasta mi muerte en un consejo de administración capitalista o en una oficina burocrática? ¿O convertirme en profesor para seguir enseñando, sin traicionarme, las ideas revolucionarias a una nueva generación, que a su vez deberá renegar de ellas para encontrar una plaza remunerada en la jerarquía del orden? ¿Qué clase de educación es ésta, camarada? ¿Cómo podemos romper este círculo vicioso? El hecho es que estamos aprendiendo una teoría desinteresada para sacrificarla después ante una sociedad interesada. La teoría nos revela la insuficiencia e injusticia de la sociedad. Si somos fieles a nuestras ideas, debemos transformar la sociedad a la imagen de ellas. De eso se trata, en el fondo, cuando hablamos de reforma universitaria.

—El profesor Raymond Aron les acusa de ser como los ludditas de principios del siglo XIX: incapaces de adaptarse a las exigencias de la sociedad tecnológica, le oponen un nihilismo destructivo, igual que los seguidores de Ludd destruían las primeras máquinas de la sociedad industrial.

—No vale la pena contestarle a Aron. Sartre ya lo ha

hecho en nuestro nombre: Aron es un cadáver que repite sin fatiga la tesis de su primer libro; representa a un profesorado lleno de soberbia, miedo e incapacidad para evolucionar. ¡Como contrasta la actitud de este "humanista" con la de un verdadero hombre de ciencia y de pensamiento, como Jean Rostand, que a los setenta y cinco años ha descendido de su pedestal, se ha acercado a nosotros y ha aceptado nuestras tesis: tanto el alumno como el profesor están en la universidad para aprender! La revolución ha servido para deslindar a los falsos maestros de los verdaderos enseñantes. Con nosotros están el físico Alfred Kastler, el sociólogo Edgar Morin, el filósofo Paul Ricoeur, el químico Laurent Schwartz... Para ellos, como para nosotros, la universidad no es el lugar donde se oponen nuestra ignorancia y su saber, sino que ambos representamos dos formas paralelas de querer saber...

¿Cuál es la actitud de ustedes ante el mundo tecnológico?

—No despreciamos la tecnología moderna como insinúa Aron; todo lo contrario, queremos aprovecharla en favor de cada hombre, impedir que se convierta en una abstracción. Para nosotros, las conquistas de la ciencia y la técnica modernas deben servir al hombre y no a las estructuras que lo enajenan. Precisamente, lo que resentimos es la divergencia entre las formas avanzadas de la ciencia y las formas anticuadas de la vida moral, política y económica. No queremos una ciencia al servicio de una burocracia sin rostro y utilizada para deformar a una población apática. Es una lucha difícil. larga y dura. Es una lucha revolucionaria, que apenas se inicia.

—Guardando las proporciones, este primer movimiento es a la revolución francesa (y diría, europea) lo que el ataque al Moncada fue a la Revolución Cubana...

—Es sólo el principio. La lucha continúa.

—Y esa lucha, iniciada para reformar a la universidad, conduce a la transformación de la sociedad...

—Exactamente. La universidad que deseamos no es concebible dentro de la actual sociedad. Ahora se forman

profesionales para servir a la burguesía. Nosotros queremos formar profesionales que sirvan a los trabajadores. Para ello, será necesario que los propios trabajadores transformen, revolucionariamente sus condiciones de trabajo.

—¿Puede la clase obrera hacerlo por sí sola?

—Eso plantea el problema del nuevo partido revolucionario. El actual movimiento ha destruido varios mitos. Se ha demostrado que la acción espontánea de una minoría consciente ha jugado el papel de detonante y vanguardia. Ese papel fue abandonado totalmente por las formaciones de la izquierda tradicional: la CGT, el PCF y la Federación de la Izquierda. Pero la acción de la vanguardia debe desembocar en la alianza con la clase obrera, o carecerá de sentido. En esto estamos de acuerdo.

—Sin embargo, me atrevo a decir que el movimiento también ha demostrado que la clase obrera no es, en sí, la portadora de la revolución. Y esto no es una heterodoxia: tanto Marx como Lenin negaron que la clase obrera fuese revolucionaria en sí; previeron siempre el papel educativo y activante del partido revolucionario en alianza con otros sectores progresistas de la sociedad.

—Pues en Francia, toda la política de la izquierda tradicional, ha consistido en impedir esa alianza. Hemos sido tratados, como era de esperarse, de izquierdizantes infantiles, aventureros y anarquistas.

—Si no hubiese hablado con ustedes, me bastaría haber visto el Servicio de Orden que mantienen para pensar lo contrario.

—La izquierda tradicional se ha mostrado intolerante con nosotros, pero muy tolerante con el gobierno. Han sucedido cosas increíbles. Basta señalar un hecho escandaloso: en Lyon, el Partido Comunista, a fin de demostrar su adhesión al orden público, entregó a varios estudiantes en manos de la policía. Y ya se sabe lo que la policía hace con los estudiantes... Pero esa es sólo una anécdota. Lo terrible es que la izquierda tradicional ha dimitido: a la CGT sólo le interesaban las reivindicaciones economistas para no perder la cara, a la federación sólo le interesaba suceder al

régimen en el poder, al P. C. sólo le interesaba impedir que la revolución se desarrollase a su izquierda o **tout court**, que la revolución se desarrollase fuera de su dirección. Esto es lo extraordinario: al sentir la amplitud del movimiento revolucionario contra las actuales instituciones, las viejas formaciones de la izquierda se sintieron amenazadas, porque, como dijo Sartre en la Sorbona, ellas también son instituciones y hacen el juego formal de la burguesía. La izquierda tradicional ha dimitido, y ahora lo ha pagado en unas elecciones que nada tienen que ver con los problemas reales que nosotros hemos planteado, junto con los obreros jóvenes, en las jornadas de mayo.

—Nos acercamos al corazón del problema: las relaciones del movimiento estudiantil con el movimiento obrero...

—La revolución se inició en la universidad espontáneamente. El movimiento fue condenado por el PC y la CGT. Espontáneamente, los obreros se unieron al movimiento y sólo entonces, con gran retraso, la CGT y el PC se subieron al carro revolucionario pero con el propósito de desviarlo y de impedir que la unión de estudiantes y obreros liberase toda la fuerza de la revolución. Hubo un momento en el que el país, paralizado por la huelga obrera, podía tomar dos caminos. Uno era el camino revolucionario. Otro, el camino ni siquiera reformista, el camino de la simple reivindicación de salarios mejores, semana de cuarenta horas, etc., pero siempre dentro del orden burgués, sin poner en duda el sistema. La CGT y el PC guiaron al movimiento obrero hacia estas demandas tradicionales. Al hacerlo, frustraron el éxito completo de la primera etapa de la revolución.

—¿Cuáles son para ustedes las razones de la conducta contrarrevolucionaria de los dirigentes sindicales y comunistas?

—Primero, se trata de directivas viejas, fatigadas, sin contacto con los obreros jóvenes. Para esas directivas sólo hay dos posibilidades en el mundo: el estalinismo o la sociedad de consumidores. Inserto en la actual sociedad francesa, avergonzado de su pasado estalinista, el PC ha

tratado de "liberalizarse" (una expresión que nosotros rechazamos totalmente), adaptándose a las posibilidades de una "leal oposición" capaz de obtener pequeñas ventajas para la clase obrera: mendigar el diezmo del príncipe, **Pompidou nos sous.** Pero esas ventajas, dada la naturalza del sistema, son recuperadas inmediatamente por el capitalismo, a través de la inflación, el alza de precios y la promoción publicitaria del consumo. Es lo que sucederá con las "ganancias" obtenidas durante la huelga por la CGT. El propio De Gaulle ha tenido el descaro de afirmar que esas ventajas se evaporarán en pocos meses. La crisis tendrá esa virtud: demostrar a un número cada vez mayor de obreros, que a través de la lucha "alimentaria", no hay salida posible. Es un círculo vicioso. Una economía de consumidores está más que dispuesta a absorber las exigencias "consumicionistas" de los trabajadores.

—¿Cuál es, entonces, la salida para la clase obrera en el mundo capitalista?

—Hacer la revolución. El PC vive esperando que existan condiciones revolucionarias favorables. Ahora ya no tiene esa excusa. Hubo una situación revolucionaria en Francia y el PC la desaprovechó. Fidel Castro no la habría desaprovechado.

—¿Qué significa hacer la revolución en sociedades de este tipo?

—No significa, desde luego, la simple toma del poder. Creerlo fue el gran error de la Federación de la Izquierda. Hay otro camino más árduo, pero seguramente más revolucionario. La huelga de mayo demostró que la acción obrera puede paralizar a una economía industrial avanzada y poner en crisis al gobierno. La huelga se hubiese transformado en revolución si simultáneamente, los obreros dirigidos por un partido realmente revolucionario, hubiesen iniciado la autogestión en las fábricas. Algunas pequeñas industrias, por ejemplo la de transistores, así lo hicieron. Pero esta posibilidad aterró a los dirigentes de izquierda. Para ellos, prisioneros del dogma, el socialismo significa la toma del poder y luego una larga etapa de centralismo

autoritario.

—Es el modelo nacido de la experiencia soviética y china. ¿Les parece que en Francia es innecesario?

—En Rusia o en China, se trataba de acelerar la acumulación original de capital; se trataba de hacer en quince o veinte años, lo que al mundo capitalista le había tomado varios siglos.

—Esa aceleración de la capitalización es lo que hasta ahora ha pasado por socialismo...

—Quizá ese proceso fue inevitable en países poco desarrollados. Seguramente, no lo es ni en Francia, ni en Alemania, ni en Italia. Aquí se puede pasar al socialismo de otra manera.

—¿Cuál?

—La toma de los centros de trabajo, no la toma del gobierno. Para los trabajadores europeos, el poder no está en el Palacio Presidencial o en el Parlamento. El poder está en las fábricas. **Tomar el poder es tomar el poder en las fábricas.**

—En ese caso, tomar el poder sería inmediatamente idéntico a la negación de las relaciones sociales y productivas del capitalismo. ¿Cuál sería el camino concreto hacia este nuevo tipo de toma del poder?

—Una fórmula muy clara: **Huelga más Autogestión.** Si algo nos ha enseñado el movimiento de mayo, es que las posibilidades revolucionarias se han multiplicado. Hay diversos grados de acción. Se puede, por ejemplo, hacer la huelga general continuando la producción sin enemistar a la población y rehusando toda negociación con el estado burgués o la clase patronal. Desde ahora, el sentido de la revolución consistirá en que la clase obrera expropie directamente los centros de trabajo, instale la autogestión y continué la producción, sin consultar a nadie. Se trata de vaciar de sustancia al estado burgués y a la gerencia capitalista. Se trata de reivindicar la verdadera idea revolucionaria: todo el poder para los sóviets. La revolución significa el paulatino desarrollo de la autogestión a través de poderes obreros autoorganizados en las fábricas, en las

administraciones, en los servicios públicos, en las comunas, en las ciudades y en las regiones. A medida que la revolución progrese, sucederán varias cosas: primero, las nuevas relaciones de producción podrán ser definidas autónomamente, de abajo hacia arriba y en beneficio directo de los trabajadores; segundo, las nuevas organizaciones políticas serán la correspondencia exacta de la nueva organización económica, ambas nacerán de la misma base democrática; tercero, las sucesivas expropiaciones irán abriendo un campo cada vez más amplio al concurso directo de estudiantes y profesionistas revolucionarios, que dejarán de verse obligados a ingresar al mundo burgués; y cuarto, el proceso entero significará la desintegración y la parálisis progresiva del estado capitalista, hasta hacerlo prescindible.

—¿Cuáles serían las características de un nuevo partido revolucionario capaz de acompañar ese movimiento?

—La redacción de **Les Temps Modernes** acaba de indicarlo en un magnífico editorial. En vez de basarse en militantes disciplinados que reciben órdenes de un aparato central, el partido revolucionario debe confiarse a los animadores locales capaces de juicios e iniciativas autónomas, tomadas en función de las condiciones locales y capaces de suscitar discusiones en asambleas libres. El partido revolucionario, paralelo a la acción obrera (huelga más autogestión), debe proceder de la periferia al centro, a través de la autoorganización y autodeterminación de los ciudadanos, y la definición por los mismos de las condiciones colectivas de existencia. Para la revista de Sartre, el aparato central del partido se reduciría a coordinar aquellas actividades y a funciones precisas en los sectores de la información general y de la elaboración de perspectivas generales.

—En todo lo que llevan dicho, hay una gran insistencia en un hecho que parece negar tanto la práctica de las sociedades comunistas como la de las sociedades neocapitalitas: la descentralización.

—Es una condición de la verdadera democracia popular. "Democracia popular" significa que los hombres

administraciones, en los servicios públicos, en las comunas, en las ciudades y en las regiones. A medida que la revolución progrese, sucederán varias cosas: primero, las nuevas relaciones de producción podrán ser definidas autónomamente, de abajo hacia arriba y en beneficio directo de los trabajadores; segundo, las nuevas organizaciones políticas serán la correspondencia exacta de la nueva organización económica, ambas nacerán de la misma base democrática; tercero, las sucesivas expropiaciones irán abriendo un campo cada vez más amplio al concurso directo de estudiantes y profesionistas revolucionarios, que dejarán de verse obligados a ingresar al mundo burgués; y cuarto, el proceso entero significará la desintegración y la parálisis progresiva del estado capitalista, hasta hacerlo prescindible.

—¿Cuáles serían las características de un nuevo partido revolucionario capaz de acompañar ese movimiento?

—La redacción de **Les Temps Modernes** acaba de indicarlo en un magnífico editorial. En vez de basarse en militantes disciplinados que reciben órdenes de un aparato central, el partido revolucionario debe confiarse a los animadores locales capaces de juicios e iniciativas autónomas, tomadas en función de las condiciones locales y capaces de suscitar discusiones en asambleas libres. El partido revolucionario, paralelo a la acción obrera (huelga más autogestión), debe proceder de la periferia al centro, a través de la autoorganización y autodeterminación de los ciudadanos, y la definición por los mismos de las condiciones colectivas de existencia. Para la revista de Sartre, el aparato central del partido se reduciría a coordinar aquellas actividades y a funciones precisas en los sectores de la información general y de la elaboración de perspectivas generales.

—En todo lo que llevan dicho, hay una gran insistencia en un hecho que parece negar tanto la práctica de las sociedades comunistas como la de las sociedades neocapitalitas: la descentralización.

—Es una condición de la verdadera democracia popular. "Democracia popular" significa que los hombres

son capaces de gobernarse a sí mismos, o no significa nada. Cada ciudadano debe participar en el proceso de las decisiones, en vez de seguir las órdenes de la autoridad. Si la revolución económica es la autogestión obrera, la revolución política es la autoorganización de la base. El movimiento de mayo demostró que las organizaciones sólo entraron en acción a partir de acciones inventadas en la base.

—Sin embargo, la huelga general demostró otra cosa: que la economía actual está altamente integrada y tecnificada. Puede ser, por ello, fácilmente paralizada. Pero por el mismo motivo, parece más difícil dirigirla sin planificación centralizada. ¿No hay una contradicción entre la integración tecnológica centralizada y la autogestión descentralizada, política y económica.

—Hay un elemento que supera esa contradicción: la comunicación. El desarrollo actual de los medios de comunicación, permite la coordinación de la planificación socialista con la autogestión descentralizada. Lo que pasa es que los *mass—media* han sido desvirtuados, desviados de su función creadora y sometidos a la frivolidad de la sociedad de consumidores. Revolucionariamente, las comunicaciones facilitarían las formas de vida autónomas y descentralizadas, al tiempo que asegurarían una planificación sin sacrificio de la autogestión.

—Aunque, naturalmente, carecemos aún de perspectiva, ¿qué crítica harían ustedes de sí mismos a la luz de los acontecimientos de mayo y junio?

—La revolución nació de causas muy profundas, pero fue una explosión de espontaneidad. En cierto sentido, ésta fue su virtud, pero también su defecto. Los acontecimientos se sucedieron con demasiada rapidez. Los hechos han desbordado la teoría. Desde un principio, hemos tratado de remediar este desnivel entre nuestra acción y nuestro pensamiento. En medio de las barricadas y los debates públicos, hemos trabajado intensamente. Ahora, en medio de la farsa electoral y la represión, lo seguiremos haciendo. Sólo en la región parisina funcionan ya ciento cincuenta

son capaces de gobernarse a sí mismos, o no significa nada. Cada ciudadano debe participar en el proceso de las decisiones, en vez de seguir las órdenes de la autoridad. Si la revolución económica es la autogestión obrera, la revolución política es la autoorganización de la base. El movimiento de mayo demostró que las organizaciones sólo entraron en acción a partir de acciones inventadas en la base.

—Sin embargo, la huelga general demostró otra cosa: que la economía actual está altamente integrada y tecnificada. Puede ser, por ello, fácilmente paralizada. Pero por el mismo motivo, parece más difícil dirigirla sin planificación centralizada. ¿No hay una contradicción entre la integración tecnológica centralizada y la autogestión descentralizada, política y económica.

—Hay un elemento que supera esa contradicción: la comunicación. El desarrollo actual de los medios de comunicación, permite la coordinación de la planificación socialista con la autogestión descentralizada. Lo que pasa es que los *mass—media* han sido desvirtuados, desviados de su función creadora y sometidos a la frivolidad de la sociedad de consumidores. Revolucionariamente, las comunicaciones facilitarían las formas de vida autónomas y descentralizadas, al tiempo que asegurarían una planificación sin sacrificio de la autogestión.

—Aunque, naturalmente, carecemos aún de perspectiva, ¿qué crítica harían ustedes de sí mismos a la luz de los acontecimientos de mayo y junio?

—La revolución nació de causas muy profundas, pero fue una explosión de espontaneidad. En cierto sentido, ésta fue su virtud, pero también su defecto. Los acontecimientos se sucedieron con demasiada rapidez. Los hechos han desbordado la teoría. Desde un principio, hemos tratado de remediar este desnivel entre nuestra acción y nuestro pensamiento. En medio de las barricadas y los debates públicos, hemos trabajado intensamente. Ahora, en medio de la farsa electoral y la represión, lo seguiremos haciendo. Sólo en la región parisina funcionan ya ciento cincuenta

comités de diálogo entre obreros y estudiantes, y más de quinientos comités de acción revolucionaria. Los problemas que hemos planteado no son gratuitos y no desaparecerán por sí mismos o a golpe de retórica. La revolución ha planteado la existencia de los verdaderos problemas y, en el mismo acto, ha revelado la falsedad de los problemas debatidos al nivel de la política tradicional. Oponemos un lenguaje nuevo, radical; al lenguaje momificado del poder, del parlamento, de las elecciones y de las formaciones políticas tradicionales. Tanto el poder, como la oposición, han demostrado su anacronismo y su ineficacia en esta situación. El proceso electoral es asunto entre ellos; no nos afecta, ni afecta a la revolución, que prosigue su marcha por caminos inéditos, difíciles y definitivamente ajenos a las formalidades burguesas.

Hablamos un día después del primer turno electoral. El grito de los estudiantes y de los obreros jóvenes ha sido "elección: traición".

—¿Qué significa para ustedes el triunfo gubernista en las elecciones?

—El triunfo del chantaje y del miedo. Estas elecciones podrían titularse como la novela de Bernanos: **El gran miedo de los bienpensantes.** De Gaulle lleva diez años diciendo que gracias a él Francia se había convertido en un país estable y sin problemas sobresalientes. La revolución demostró lo contrario. El gobierno estuvo a punto de caer. Pero esto es secundario para nosotros. Se trata de hacer la revolución, no de sustituir gobiernos. Somos revolucionarios, no golpistas. En cambio, al régimen sólo le interesa permanecer en el poder. Para hacerlo, ha sacrificado su aspecto más positivo: la política internacional. Desde el primer día de las barricadas, De Gaulle le dijo en público al embajador americano, Shriver: "En los momentos de crisis Francia y los EE.UU, se encuentran siempre en el campo de la libertad", Johnson ha apoyado totalmente a De Gaulle: a los Estados Unidos les interesa una Francia capitalista y estable; lo demás es anécdota. De Gaulle ha liberado a sus más oscuros enemigos: los generales insurrectos de Argelia,

Poujade, Tixier Vignancourt, el Movimiento Occident, toda la extrema derecha, que antes se oponían amargamente al régimen, ahora le han dado sus votos a fin de salvar a Francia del "comunismo totalitario" y de defender, como expresamente lo dijo Pompidou, "vuestra seguridad y vuestra propiedad". De Gaulle ha apelado al miedo de una burguesía y una clase media muy extensa, muy fuerte y muy conservadora: el Centro se ha desplazado hacia la Derecha, y del viejo movimiento liberal gennedysta de Lecanuet no quedan sino ruinas: el Centro ha sido incapaz de reunir los treinta escaños necesarios para integrar un grupo en el Parlamento. Además, el Partido Comunista y la Federación de la Izquierda, han salido muy desprestigiados de la revolución: han espantado a los burgueses y han enajenado a los revolucionarios.

—Además, los electores jóvenes fueron excluidos del proceso gracias a una triquiñuela del Ministerio del Interior...

—Entre las últimas elecciones y ésta, medio millón de jóvenes han llegado a la edad de votar. Pero el Ministerio decidió que, dada la premura con que se convocó a elecciones no tenía tiempo de regularizar nuestra situación...

—No deja de ser irónico que quienes, en último análisis provocaron las elecciones, no hayan podido participar en ellas...

—¿Qué importa? Yo ya voté en las barricadas por el socialismo revolucionario. Mi boleta fue un adoquín. Lo importante es que los problemas siguen en pie. No serán resueltos por una elección sin caras nuevas, hecha a base de viejos "notables", dentro de un sistema de mayoría simple, sin representación proporcional y a partir de una campaña sin programas, en la que sólo votó el Miedo.

—Batista ganó las elecciones en Cuba cuando Fidel Castro ya estaba en la Sierra Maestra. El Zar eligió su Duma inmediatamente después de la revolución de 1905. Escoger entre Humphrey y Nixon no significa nada para los problemas reales de los Estados Unidos. Y el aparato del

PRI en México gana regularmente todas las elecciones sin que, realmente, pase nada salvo la postergación de problemas que nadie discute, nadie atiende y que se acumulan peligrosamente. Porfirio Díaz celebró su olimpíada apoteósica en setiembre de 1910; en noviembre estalló la revolución. La elección y la revolución, decididamente, son son dos cosas bien distintas.

—las elecciones representan una supervivencia de lo viejo y no una expresión de lo nuevo. Mientras tanto, el régimen, ensoberbecido por su triunfo, puede pensar que los problemas planteados por los estudiantes y los obreros son falsos. En todo caso, el régimen actual carece de los medios y la voluntad para resolverlos. Aplazados, esos problemas sólo regresarán con más fuerza que antes. Por lo pronto, el sistema capitalista francés ha sufrido una grave ruptura de equilibrio. Para recobrarlo, deberá arrebatarle a la clase obrera las "ganancias" que acaba de darle bajo presión. A su vez, esto radicalizará la lucha de clases en un país en el que muchísimos jóvenes, estudiantes, obreros, intelectuales, han empezado a politizarse por la primera vez. Por todo ello, nosotros continuamos nuestras tareas de organización, difusión de ideas y lucha revolucionaria.

CE N'EST QU'UN DEBUT LA LUTTE CONTINUE

Mientras regreso a París, recuerdo una página de L'Enracinement, en la que Simone Weil identifica el concepto de la educación con una proposición de motivos para la acción. Esa proposición puede ser hecha a través del miedo y de la esperanza determinados por amenazas y promesas, de la sugestión, de la expresión de pensamientos que antes de ser expresados ya estaban en el corazón de la gente, del ejemplo, y de los modos mismos de la acción y de las organizaciones creadas para la acción. Pienso que en la Francia actual todas esas categorías están vigentes. El extremo del miedo y la amenaza lo representa el gobierno, el de la esperanza los estudiantes, el de la acción y la nueva organización, la alianza germinal de obreros y estudiantes.

Pero la sugestión y la expresión las encarna, esta noche, Jean–Paul Sartre. Presidimos, junto con Sartre, Nathelie Sarraute y un grupo de artistas, escritores y editores hispanoamericanos, un vasto encuentro con cinco o seis mil estudiantes en la **Cité Universitaire**. Se trata de apoyar la ocupación por sus estudiantes de los pabellones de ciertos regímenes opresivos: España, Portugal, Argentina, Grecia... Y se trata de animar una universidad de verano que, renunciando a las vacaciones, prosiga durante estos meses su tarea de debate y organización.

Sartre invita a los estudiantes al diálogo y a la *contestation:* no está allí para dictar una cátedra, sino para educar sugiriendo y escuchando sugerencias. Se quita el saco. Se pasa continuamente la mano por la cabeza. Como siempre, la impresión de fragilidad física es vencida por la energía y velocidad del discurso; un discurso, lo confieso, que no sólo impresiona, sino que asusta: tal es la integración entre la forma de hablar y la forma de escribir. Sartre habla como escribe y escribe como habla. Hace un calor infernal y no hay un solo lugar libre; la multitud de estudiantes desborda el auditorio, comenta, interpela, ríe, aprueba, descalifica.

Un estudiante interroga a Sartre sobre el sentido de la **contestation** y de la "universidad crítica" como centro de la misma.

Sartre: ¿Qué es la cultura? Algo que al ofrecerse se cuestiona. ¿Qué es el saber? En todos los casos, algo más de lo que creíamos saber. Pero apenas creemos haber adquirido el nuevo saber, un nuevo hecho cultural lo pone en cuestión. La universidad está hecha para formar a hombres que cuestionan. La única manera de aprender es cuestionando. Es, también, la única manera de hacerse hombre. Un hombre no es nada si no es cuestionante. Pero también debe ser fiel a ciertas cosas. Para mí, un intelectual es eso, alguien que es fiel a un conjunto de ideas políticas y sociales, pero que no deja de cuestionarlas. Las eventuales contradicciones entre esa fidelidad y esa *contestation* serán, en todo caso, contradicciones fructíferas. Pero la fidelidad

sin **contestation ça ne vas pas: se pierde la libertad.**

Otro estudiante contesta: En el régimen capitalista, no se puede hablar de "universidad crítica", sólo de crítica de la universidad. La "universidad crítica", solo puede existir en un régimen socialista.

Sartre sonríe: "E incluso eso está por verse".

Otro estudiante teme quc el movimiento de mayo no haya logrado más objetivo que fortalecer al estado burgués, endurecerlo y empujarlo hacia el fascismo.

Sartre: Quienes hoy agitan la "amenaza fascista" sólo lo hacen para desmovilizar a la gente. El fascismo no se improvisa con tres regimientos de paracaidistas. Se necesita una sociedad como la griega, donde los trabajadores están aislados y divididos, y donde una derecha armada se prepara desde hace años para el golpe de estado. O se necesita una sociedad trabajada durante mucho tiempo por un partido fascista, como lo fueron la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini. Pero en un país como Francia no se organiza de un día para otro un golpe fascista. O si se organiza, dura quince días. Lo repito, hablar en Francia de "amenaza fascista" es un expediente terrorista para que la gente acepte al actual régimen.

Un estudiante toma el micrófono y le pregunta al "camarada" Sartre si en realidad la clase estudiantil francesa, emanada de la burguesía, puede jugar un papel revolucionario.

Sartre: Gracias por lo de camarada. Detrás de esa pregunta hay una afirmación: sólo los obreros pueden hacer la revolución. No conozco a un solo estudiante revolucionario que haya dicho lo contrario. Todos lo repiten: los estudiantes somos los detonadores, pero la revolución será hecha por el conjunto de la clase trabajadora. Sin embargo, para que los estudiantes jueguen ese papel, debe haber una convergencia entre sus reivindicaciones y las de los trabajadores. Los comunistas niegan que exista esa convergencia. El origen burgués de la mayoría de los estudiantes los condenaría, en efecto, a ser burgueses hasta la muerte. Esta es la teoría mecanisista de Taine, pero nada tiene que ver

con el marxismo. Marx explicó que los intelectuales surgidos de la burguesía podían convertirse en aliados de la clase obrera, porque sus problemas culturales también eran problemas de enajenación. Esto era cierto en la época de Marx y es más cierto aún hoy, cuando los estudiantes descubren que son objetos de una sociedad que les roba su trabajo como se lo roba a los obreros. El origen de clase puede ser distinto, pero la situación es parangonable.

Un estudiante comunista, en medio de la alharaca y la rechifla de la mayoría, disputa a Sartre afirmando que sólo el Partido Comunista puede hacer la revolución y lo desafía a dar un ejemplo que niegue ese aserto.

Sartre mira con cierta ironía al interlocutor: "Fidel Castro y el Movimiento 26 de Julio".

Alguien lanza un grito: "¿Qué hizo el Partido Comunista cubano a favor de la revolución de la Sierra Maestra? ".

Sartre contesta en español: "Nada. Lo admirable en el caso de Castro es que la teoría nació de la experiencia, en vez de precederla.

Lo mismo está pasando en Francia. Las actitudes del Partido Comunista francés se explican por el miedo de que esté naciendo un movimiento revolucionario a su izquierda, y que ese movimiento, negando al dogma, suponga una multiplicación de acciones y gestiones en la base, precediendo a la organización y ofreciendo una poderosa imagen de la libertad socialista".

EL INFINITO NO TIENE ACENTO

En la esquina del Cafe Dupont, frente a la Gare de Montparnasse, se ha reunido un grupo de unas treinta personas. No es el único: a lo largo de estas cálidas noches de junio, en esquina tras esquina, los activistas de los comités de acción revolucionaria provocan estos debates espontáneos. Una muchachita hermosa y frágil, miembro del comité, lo inicia leyendo, por ejemplo, una declaración del gobierno o el editorial de un periódico. El público no

tarda en unirse a la discusión. Esta noche, acaba de darse lectura a la carta que cincuenta y siete intelectuales comunistas dirigen a la jerarquía del partido, reprochándole su actitud.

—Antes, dice fogosamente un estudiante, creíamos que sin el Partido Comunista la revolución no era posible; ahora sabemos que la revolución no es posible con el Partido Comunista . . .

—**C'est dégoutant**, interviene un hombre de edad media. Soy ingeniero en una empresa bastante fuerte, y me consta que desde el 25 de mayo la CGT se acercó al patronato francés, para asegurarle que todo iría por el camino acostumbrado de la mejoría de condiciones de trabajo, sin autogestión, sin revolución . . .

—Un momento, un momento, disuade con serenidad inalterable un viejo rubicundo, con un mapa de Beaujolais en la cara. Yo soy trabajador de la Rénault. Cuando Séguy (el secretario de la CGT) se presentó en Billaincourt a proponernos los acuerdos lograddos con Pompidou, todos gritamos "¡No! " Todos, en la base, estábamos dispuestos en ese momento a ir hasta el fin, ver si era posible el paso pacífico al socialismo. Pero entonces vino el discurso de de Gaulle, el discurso fuerte, y lo que se planteaba era la guerra civil. El gobierno se apoyó en el ejercito y en los comités de defensa de la república . . . había tanques cerca de la Rénault . . .

Ni los dirigentes ni los obreros estábamos dispuestos para eso. Nos contentamos con lo que pudimos lograr por el momento, racionalmente.

Al día siguiente, volvió a distribuirse la gasolina y todo el mundo se fue de vacaciones de Petencostés. Francia es un país con una clase media demasiado fuerte. La clase obrera —se los dice un militante con cuarenta años de lucha detrás de él— sólo podrá ir ganando ventajas paulatinas. La violencia sólo espanta a la clase media y a los obreros que con gran esfuerzo han conquistado cierto bienestar.

—¿Cuál violencia? , pregunta otro estudiante. Sólo hubo dos muertos en la revolución. En el primer fin de se-

mana después de la huelga, murieron ciento setenta personas en accidentes de carretera. Es como **Weekend** de Godard. La verdadera violencia, física y moral, la ejerce contra todos nosotros una sociedad verdaderamente anónima, que jamás nos ha consultado y que nos impone violentamente sus falsos valores.

—**Vous êtes tous la pegre**, le grita al estudiante una señora gruesa y malencarada, ama de cada o conserje. Andan gritando sin saber por qué, y lo único que van a lograr es una dictadura como en Rusia. Déjenme en paz. No quiero saber nada de esto, yo no soy política, pero el día de la manifestación en los Campos Elíseos fui a apoyar al general De Gaulle, a defender nuestra tranquilidad...

—Sí, señora, contesta el estudiante y con usted fueron la juventud dorada del XVI Arrondissement, las putas y los macrós de los Campos Elíseos y todos los vejestorios que suspiran por el régimen de Vichy y que durante la ocupación también defendieron su tranquilidad colaborando con los nazis. ¡Son muchos, eh, son muchos de acuerdo! Pero eso no les da la razón, como no la tuvieron la manada de colaboracionistas contra los pequeños grupos de la **Resistencia** Mire dónde ha terminado la Cruz de Lorena: en manos de sus primeros enemigos.

—Por favor, dice un hombre joven, pálido, de nariz puntiaguda, que se identifica como trabajador de la petroquímica. Veamos las cosas claramente. Se cometieron muchos errores. La CGT y el PC desconfiaron de los estudiantes burgueses, de sus lemas anarquistas, de sus filiaciones trotskistas y maoístas. ¿Qué esperaban? ¿Qué una dirección de origen estalinista aceptara con los brazos abiertos a sus enemigos, que un partido que se siente dueño de la verdad marxista se dejase arrastrar por acciones y palabras que negaban el monopolio comunista de la verdad y la acción revolucionaria? Es lamentable que el PC y la CGT no hayan establecido un diálogo auténtico con los estudiantes, de acuerdo. Muchos malentendidos se hubiesen disipado. Pero los estudiantes, en vez de buscar ese diálogo, se limitaron a injuriar a los dirigentes comunistas, a

llamarlos "crápula estalinista". Hubo errores de ambas partes. Y Mollet y Mitterrand, cuando creyeron ilusoriamente que el gobierno se caía, rompieron su alianza con los comunistas, se desligaron puritanamente de cualquier identificación con los estudiantes, y se proclamaron prontos a asumir una sucesión que nadie les ofrecía y que nada les garantizaba. La solución hubiese sido otra. Si después del discurso "fuerte" de De Gaulle, todos, estudiantes, obreros, GGT, PC y partidos de la izquierda no comunista, se unen y marchan juntos y juntos ofrecen un plan de acción razonado, hubiese habido una opción real en Francia. La división de la izquierda creó la ilusión de que sólo el poder podía actuar coherentemente. La izquierda, desunida, no fue capaz de responderle masivamente al poder. Estoy de acuerdo en que los problemas revelados por los estudiantes y los obreros son reales. Pero para vencer el poder burgués, hay que oponerle la acción revolucionaria total, de todas las fuerzas unidas. El PC y la CGT no son sólo sus viejos y caducos dirigentes. Somos cientos de miles de obreros y militantes que le prestamos nuestra adhesión a esas organizaciones. Somos cientos de miles de trabajadores, estudiantes, técnicos e intelectuales, que hoy nos sentimos frustrados pero que ya empezamos a luchar por una renovación de nuestras agrupaciones. Hay una profunda inquietud en el seno de la CGT y el PC. La crítica que acaba de leernos la compañera es sólo un indicio de esa conmoción interna. Espero que la Unión Nacional de Estudiantes, el Sindicato Nacional de Estudiantes, el Sindicato Nacional de la Enseñanza Superior, el Movimiento 22 de Marzo y los demás grupos estudiantiles, también revisen críticamente su táctica. Trabajemos por esa renovación, en vez de limitarnos a la jeremiada... Les habla un comunista sincero, insatisfecho y consciente de lo que ha ocurrido. Como yo hay cientos de miles.

Me alejo del grupo... Del Cinéma Bretagne salen los espectadores de la última función de **Histoires Extraordinaires**, el nuevo film—ómnibus de Vadim, Malle y Fellini... Un joven con una larga melena rasguea una guitarra e

improvisa una especie de poema increpación:

—¡Eh! ¿Se han visto en un espejo? ¿Por qué esa tristeza? ¡Ey! ¿Qué ha pasado con nuestra felicidad? Le chienlit c'est lui! ¡Eh—eh!

¿Por qué se dejan tratar de carneros? ¿Ya olvidaron los días de nuestra primavera? ¡Padres habladores, hijos activos! ¡No sueñen con ojos ajenos!

IL EST INTERDIT D'INTERDIRE

Algunas monedas caen a los pies del muchacho. Camino hojeando "Le Monde".

Leo una declaración del Vicario Episcopal de París, Chalendar: "La grandeza de mayo del 68 es que muchos hombres supieron decir palabras, tomar actitudes y cumplir actos que manifiestan el valor del hombre". Me detengo al lado de la vieja estación demolida. Algunas ratas corren entre las ruinas. Durante la huelga, la visión de Camus se materializó en las montañas de basura abandonada. ¿Qué dijo Saint—Just de la revolución...? "La lucha entre el demonio de la esperanza y el demonio de lo irremediable".

No... Ecuentro a un grupo de amigos españoles. Subo a su auto. Nos dirigimos a la Plaza de la Bastilla. Mis amigos me muestran recortes de la prensa española: aclaman con delirio la nueva filosofía anticomunista y corporativista del general De Gaulle; la Falange, dicen tiene un nuevo miembro de elección. Llegamos a la Bastilla. De allí están saliendo, uno tras otro, los camiones cargados de trabajadores portugueses y españoles, de regreso a sus países. Hablamos con algunos de ellos.

—Yo no viví la guerra de España. Pero mis padres me contaron lo que fue. No quiero vivirla en Francia. Todos los compañeros dicen: esto empieza de vuelta en octubre.

—¿Qué diferencia hay ahora entre De Gaulle, Salazar o Franco? Da igual trabajar en París que en Burgos o en Oporto.

—Estamos hartos de vivir discriminados, aislados, como en campos de concentración,

—Hemos hecho la huelga en Francia. Hemos visto que la acción directa puede paralizar a un país y tambalear al gobierno. Algunos sentimos vergüenza pero también exaltación. ¿Por qué en vez de luchar en Francia no luchamos en España?

—Viejo, catalán y jodido. Pero no podía ver lo que creía. Las banderas rojas y negras volvieron a ondear. La Internacional en todas las gargantas. Es como si la batalla que perdimos en el '39 no se hubiera perdido, como si continuara aquí. Coño y recoño. Nada ha sido en vano, joder.

VISITE ESPAÑA CON SU CITROEN VISITE LA CITROEN CON SUS ESPAÑOLES

Arranca el autobús en medio de los gritos y carcajadas de ese viejo obrero de Cataluña al que, seguramente, no volveré a ver. Pero es él quien me obliga a pensar en todos aquellos a los que deseo volver a ver, los estudiantes italianos, checos, ingleses, alemanes, que no encuentran un mundo a la medida de sus aspiraciones, que desean cambiar la sociedad y la vida con un impulso lleno de generosidad y valentía. Pienso en mí mismo, en mis amigos españoles y latinoamericanos, en todos los que desde un principio comprendimos que esta no era una revolución privativa de Francia, sino un movimiento nuestro, sin nacionalidades y sin fronteras.

Decididamente adverso, a la xenofobia y al chovinismo, el movimiento revolucionario francés no podía sino conquistar la adhesión de los artistas, escritores y estudiantes latinoamericanos, que en Francia aseguramos el encuentro y la perspectiva que en nuestros propios países nos son vedados. Aquél, por la división, la incomunicación y el engaño sistemáticamente fomentados por nuestras oligarquías títeres de los Estados Unidos. Esta, por el sofoco no menos sistemático de cada una de nuestras naciones, encerradas bajo campana neumática y empeñosamente dedicadas al cultivo de falsas celebraciones, falsos proble-

mas, falsas metas.

En París, en las barricadas, en las manifestaciones, en el diálogo maravilloso que ha sido el triunfo mayor de la revolución, nos hemos encontrado y nos hemos reconocido: chilenos y españoles, argentinos y mexicanos, brasileños y peruanos, portugueses y centroamericanos. Hemos discutido el destino probable, los imposibles sueños y las pesadas cadenas de nuestros países: en el espejo de los sucesos franceses, era posible discernir la imagen mutilada de la comunidad de habla española y portuguesa, sus carencias y sus aspiraciones.

Porque algo más que la mentira de la felicidad en la abundancia industrial, murió en las barricadas de París. Murió también la imagen de la *affluent society* que nos ofrecen, ya no los anacrónicos regímenes castrenses y feudales de la América Latina, sino las avanzadas "liberales" de la Alianza para el Progreso y los gobiernos burgueses de México, Perú, Chile, Venezuela, y Uruguay,

En París hemos visto desnudo al emperador.

En París hemos visto en calzoncillos a los periodistas mentirosos del Brasil, a los militares argentinos, a los industriales chilenos a sueldo de los monopolios del cobre, a los imbéciles que pergeñan los programas de televisión en Perú, a la policía represiva de Guatemala, a los líderes sindicales corruptos de México, a los burócratas blandengues del Uruguay.

En las barricadas hemos visto a los jóvenes universitarios de Arequipa, Rosario, Puebla y Recife, prefigurados en la lucha final contra una sociedad que niega las aspiraciones de todos los jóvenes en todas partes.

En las fábricas hemos visto en huelga a los obreros de la Anaconda Copper, de la United Fruit, de la Mexican Gulf Sulphur, de la Esso Colombiana.

"Por primera vez, somos contemporáneos de todos los hombres", escribió un día Octavio Paz. Secularmente enajenados y excéntricos por y ante la imagen universal del Hombre blanco, burgués, cristiano, capitalista y racional, hoy nos identificamos con los hombres que, desde el antiguo

centro, se proclaman tan excéntricos y enajenados como nosotros y en nosotros se reconocen. Dios murió, y con él su privilegiada Criatura occidental. El Hombre ha muerto, pero los hombres están bien vivos. La excentricidad radical —la revolución— es hoy la única universalidad concebible. Y, excéntricamente, recuerdo unas palabras de André Malraux, el único miembro del gobierno francés que supo admitir toda la profundidad del movimiento revolucionario de mayo y junio: "El ensayo general de este drama suspendido anuncia la gran crisis de la civilización occidental. El encuentro de la juventud con el proletariado es un fenómeno sin precedentes".

Esa crisis y ese encuentro representan uno de los grandes virajes de la historia contemporánea. La revolución que sólo ayer parecía privilegio del Tercer Mundo, ha hecho su aparición en el Mundo Industrial, neocapitalista o neosocialista. Si en Europa y los Estados Unidos la protagonizan los hijos insatisfechos de la burguesía, en Polonia, en Checoslovaquia, en Yugoslavia los actores son jóvenes estudiantes de origen campesino y obrero. Los hijos de Marx y de Rimbaud son también los nietos de Rousseau: tengo la impresión de que estos jóvenes, en Oriente y en Occidente, encarnan un renacimiento poderoso y profundo de la idea de soberanía. Pero esta vez la voluntad general no se limita a los fenómenos formales de la política, sino que se extiende a una política detallada y a una aspiración de libertad en la vida económica. Más que una crítica de la propiedad (pública en el neosocialismo, remotamente ejercida a través de managers en el neocapitalismo), se trata de una crítica de la gestión, igualmente abstracta, igualmente lejana de los interesados en ambos sistemas. La revolución contra la burguesía y la revolución dentro de la revolución, convergen en la afirmación de la autogestión del trabajo y de la producción por los hombres directamente interesados.

De esta manera, la nueva revolución es por fuerza internacional. Horizontalmente en el mundo industrializado: la marea del cambio culminará en dos ciudadelas,

Washington y Moscú. Verticalmente, en el mundo no–industrializado: esta rebelión culmina en Washington y allí entronca con la primera.

Nosotros, los latinoamericanos, ligados a Francia por tantos motivos del corazón y de la cabeza, debemos felicitarnos de que hayan sido los estudiantes, intelectuales, y obreros franceses, los primeros actores de esta gran transformación. A través de Francia, podemos comprender y ser comprendidos.

Esta revolución también es la nuestra.

ES SOLO EL COMIENZO.

LA LUCHA CONTINUA.

JEAN PAUL SARTRE

DIALOGO CON DANIEL COHN–BENDIT

"Nuestra acción probó que la espontaneidad popular conservaba su puesto en el movimiento social".

JEAN PAUL SARTRE: En pocos días, sin que se lanzara la orden de huelga general, Francia, quedó prácticamente paralizada por la detención del trabajo y las ocupaciones de fábricas. Todo esto ocurrió porque los estudiantes se adueñaron de las calles en el Barrio Latino. ¿Cuál es su análisis del movimiento que ustedes han desencadenado? ¿Hasta dónde puede llegar?

Daniel Cohn—Bendit: El movimiento tomó una amplitud que no podíamos prever al principio. El objetivo es la caída del régimen. Pero no depende de nosotros que esto se logre. Si fuera el objetivo del Partido Comunista, de la CGT y de las otras centrales sindicales, no habría problemas: el régimen caería en quince días porque nada podría oponerse a la fuerza de toda la clase obrera.

J.P.S.— Por el momento hay una desproporción evidente entre el carácter masivo del movimiento huelguístico que permitía, en efecto, un enfrentamiento directo con el régimen, y las limitadas reivindicaciones —salarios, organi-

zación del trabajo, jubilaciones, etc.— presentadas por los sindicatos.

D.C.B.: Siempre hubo un desnivel en los combates obreros entre el vigor de la acción y las reivindicaciones iniciales. Pero puede suceder que el éxito en la lucha, el dinamismo del movimiento, modifique en su transcurso la naturaleza de las reivindicaciones . Una huelga declarada por una reivindicación parcial puede transformarse en movimiento insurreccional.

Al respecto, algunas de las reivindicaciones planteadas hoy por los trabajadores son de gran alcance: la semana real de 40 horas, por ejemplo, y en Renauld, el salario mínimo de 1000 francos mensuales. El poder gaullista no puede aceptarlas sin perder totalmente su fisonomía, y si se resiste significa el enfrentamiento. Supongamos que los obreros también se resistan, que se mantengan firmes y el régimen caiga. ¿Qué pasará? La izquierda llega al poder. Todo dependerá entonces de lo que haga. Si cambia realmente el sistema —confieso que lo dudo, tendrá apoyo y estará muy bien. Pero si tenemos con o sin los comunistas, un gobierno tipo Wilson, que sólo propone reformas y reajustes menores, la extrema izquierda se reforzará y deberá seguir planteando los verdaderos problemas de la gestión social, el poder obrero, etc.

Pero no estamos en esa situación y no existe ninguna certeza sobre la caída del régimen.

J.P.S.: Hay casos, cuando la situación es revolucionaria, en que un movimiento como el de ustedes no se detiene, pero también llega un momento en que el impulso se debilita. En este caso es preciso tratar de ir lo más lejos posible antes de que el movimiento se detenga. En su opinión, ¿qué puede ser irreversible en el movimiento actual, suponiendo que se detenga pronto?

D. C. B.: Los obreros obtendrán satisfacción en algunas reivindicaciones materiales, e importantes reformas universitarias serán llevadas a cabo, por las tendencias moderadas del movimiento estudiantil y por los profesores. No serán las reformas radicales que nosotros deseamos, pero

de todas maneras ejerceremos cierta gravitación. Haremos proposiciones precisas, y sin duda se aceptarán algunas de ellas, porque no se atreverán a negarnos todo. Significará un progreso, seguramente, pero nada de lo fundamental cambiará y seguiremos oponiéndonos al sistema en su conjunto.

Sin embargo, no creo que la revolución se haga simplemente de la noche a la mañana. Creo que no se pueden obtener sino reformas sucesivas, más o menos importantes, pero éstas no podrán imponerse más que por acciones revolucionarias. Es por eso que el movimiento estudiantil, que de todas maneras habrá logrado una reforma importante de la universidad, aún si pierde provisoriamente su energía— adquiere un valor de ejemplo para muchos jóvenes trabajadores. Utilizando los medios de acción tradicionales del movimiento obrero —la huelga, la manifestación callejera y la ocupación de los lugares de trabajo—, hemos hecho saltar el primer obstáculo: el mito según el cual "nada se puede hacer contra este régimen". Demostramos que no es cierto. Los obreros se lanzaron a través de la brecha. Quizás en esta oportunidad no irán hasta el final. Pero habrá otras explosiones más tarde. Lo importante es que se demostró la eficacia de los métodos revolucionarios.

La unidad entre los estudiantes y los obreros no puede llevarse a cabo más que en el dinamismo de la acción, si el movimiento de los estudiantes y el de los trabajadores conservan, cada uno su impulso y convergen hacia un mismo objetivo. En el momento hay una desconfianza natural y comprensible por parte de los obreros.

J.P.S.: Esta desconfianza no es natural, sino adquirida. No existía al comienzo del siglo XIX; apareció después de las masacres de junio de 1848. Antes, republicanos —que eran intelectuales y pequeño–burgueses— y obreros marchaban juntos. De esta unión, nadie se ocupó después, ni aún el Partido Comunista que siempre separó cuidadosamente a los obreros de los intelectuales.

D. C. B.: De todas maneras algo ocurrió en el curso de esta crisis. En Billancourt los obreros no dejaron que los

estudiantes entraran a las fábricas. Pero el hecho de que los estudiantes fueran a Billancourt, es ya, nuevo e importante. En los hechos, hubo tres etapas. Primero la desconfianza obrera, no solamente de la prensa obrera sino también del medio obrero. Se decía: "¿Por qué vienen a fastidiarnos estos hijos de papá? ". Después, cuando las luchas callejeras, cuando los estudiantes enfrentaron a la policía, esa impresión desapareció y la solidaridad se hizo efectiva.

Ahora estamos en una tercera etapa: los obreros y campesinos, se lanzaron, a su vez, a la lucha, pero nos dicen: "Esperen un poco, queremos dirigir nosotros mismos nuestra lucha! ". Es normal. La unidad no podrá efectuarse sino más tarde, si los dos movimientos, el de los estudiantes y el de los obreros, conservan su impulso combativo. Después de cincuenta años de desconfianza no creo que eso que llaman "diálogo", sea posible. No se trata sólo de hablar. Es lógico que los obreros no nos reciban con los brazos abiertos. El contacto sólo se establecerá si luchamos juntos. Se puede, por ejemplo, crear grupos de acción revolucionaria comunes, en los cuales obreros y estudiantes planteen los problemas juntos y actúen juntos. Hay lugares donde esto será posible y en otros no.

J.P.S.: El problema es siempre el mismo: reformas o revolución. Como usted dijo, todo lo que ustedes hacen por la violencia es recuperado por los reformistas de una manera positiva. La universidad, gracias, a la lucha de ustedes, será reformada, pero lo será dentro del cuadro de la sociedad burguesa.

D.C.B.: Evidentemente, pero creo que es la única manera de ir adelante. Tomemos el ejemplo de los exámenes. Estos se realizarán, sin duda. Pero seguramente no se desarrollarán como antes. Se encontrará una fórmula nueva, y si se efectúan una sola vez de manera inhabitual, un proceso de reforma se abrirá que será irreversible. No sé hasta dónde se llegará, sé que se hará lentamente, pero es la única estrategia posible.

Para mí, no se trata de hacer metafísica y analizar cómo se hará "la revolución". Creo, ya lo he dicho, que

vamos más bien hacia un cambio incesante de la sociedad provocado, en cada etapa, por acciones revolucionarias. El cambio radical de las estructuras de nuestra sociedad sólo sería posible en caso que de pronto, por ejemplo, convergieran las circunstancias de un grave crisis económica, la acción de un poderoso movimiento obrero y una vigorosa lucha estudiantil. Hoy no están reunidas estas condiciones. En el mejor de los casos puede esperarse la caída del gobierno. Pero no hay que soñar en hacer saltar en pedazos la sociedad burguesa. Esto no quiere decir que no haya nada que hacer: al contrario, es preciso luchar paso a paso partiendo de una impugnación global.

La cuestión de si pueden todavía haber revoluciones en las sociedades capitalistas desarrolladas, y lo que es necesario hacer para provocarlas, verdaderamente no me interesa. Cada uno tiene su teoría. Algunos dicen: son las revoluciones del Tercer Mundo las que provocarán el descalabro del mundo capitalista, otros, es gracias a la revolución en el mundo capitalista, que el Tercer Mundo podrá desarrollarse. Todos los análisis son más o menos fundados, pero en mi opinión, no tienen gran importancia.

Observemos lo que acaba de pasar. Desde hace tiempo muchas personas buscaban el mejor medio para conmover el ambiente estudiantil. Finalmente nadie pudo hallar estos medios y fue una situación objetiva la que provocó la explosión. Hubo un manotazo del poder, es claro —la ocupación de la Sorbona por la policía—, pero es evidente que este error monumental no fue la única razón que dio origen al movimiento. La policía ya había entrado en Nanterre algunos meses antes y eso no había provocado ninguna reacción en cadena. Esta vez hubo una reacción que nadie pudo detener, lo que permite analizar el papel que puede jugar una minoría activa.

Lo sucedido desde hace dos semanas constituye en mi opinión, una refutación de la famosa teoría de las "vanguardias revolucionarias", consideradas como las fuerzas dirigentes de un movimiento popular. En Nanterre y en París simplemente hubo una situación objetiva, nacida, de lo que

vagamente se llama el "malestar estudiantil", y de la voluntad de acción de una parte de la juventud, asqueada por la inactividad de las clases gobernantes. Porque era teóricamente más consciente y estaba mejor preparada, la minoría activa pudo encender el detonador y lanzarse a la brecha. Pero eso fue todo. Los otros podían o no seguirlos. El hecho fue que los siguieron. Pero después, ninguna vanguardia, sea la UEC, la JCR o los marxistas–leninistas, ha podido tomar la dirección del movimiento. Sus militantes pudieron participar en las acciones resueltamente, pero fueron ahogados por el movimiento. Se les encuentra en los comités de coordinación donde su actividad es importante, pero nunca pudieron esas vanguardias desempeñar un papel de dirección.

Este es el punto esencial. Ello demuestra que es necesario abandonar la teoría de "la vanguardia dirigente", para adoptar otra —mucho más simple, mucho más honesta—, la de la minoría activa que desempeña el papel de fermento permanente, e impulsa a la acción sin pretender dirigir. De hecho, aunque nadie quiera admitirlo, el partido bolchevique no "dirigió" la revolución rusa. Fue llevado por las masas. Pudo elaborar la teoría por el camino, impulsar por aquí y por allá, pero no desencadenó él solo un movimiento que fue en gran medida espontáneo. En algunas situaciones objetivas —si las luchas de una minoría activa ayudan—, la espontaneidad vuelve a encontrar su puesto en el movimiento social. Ella es la que permite el empuje hacia adelante y no las órdenes de un grupo dirigente.

J.P.S.: Lo que muchos no comprenden es que ustedes no intentan elaborar un programa, dar al propio movimiento una estructura. Les reprochan que buscan "romper todo" sin saber —en todo caso sin decir—, lo que ustedes quieren colocar en lugar de lo que demuelen.

D.C.B.: ¡Evidentemente! Todos se tranquilizarían, Pompidou el primero, si fundáramos un partido anunciando: "Todos éstos están ahora con nosotros. He ahí nuestros objetivos y he aquí cómo confiamos en alcanzarlos..." Se sabría con quién hay que vérselas y se encontraría la forma de enfrentarlo. No se estaría ante la "anarquía", el "desorden", la "efervescencia incontrolable".

La fuerza de nuestro movimiento radica justamente en que se apoya sobre una espontaneidad "incontrolable", que da el impulso sin buscar canalizarlo, y utiliza en su provecho la acción que ha desatado. Hoy, para nosotros, hay evidentemente dos soluciones. La primera consiste en reunir cinco personas con buena formación política y pedirles que redacten un programa, formulen reivindicaciones inmediatas, que parezcan sólidas apariencias y decir: "He aquí la posición del movimiento estudiantil, hagan lo que ustedes quieran". Es la solución mala. La segunda consiste en tratar de hacer comprender la situación no a la totalidad de los estudiantes, ni aun a la totalidad de los manifestantes, sino a un número elevado de ellos. Para eso hay que evitar la creación inmediata de una organización, definir un programa, que serían inevitablemente paralizantes. La única ventaja del movimiento es justamente este desorden que permite a las personas hablar libremente, y que puede desembocar en cierta forma de autoorganización. Por ejemplo, es preciso ahora renunciar a los mitines espectaculares y formar grupos de trabajo y de acción. Es lo que tratamos de hacer en Nanterre.

Pero al liberarse de repente en París la facultad de hablar, era necesario primero que la gente se expresara. Dicen cosas confusas, vagas, a menudo sin interés porque han sido dichas cien veces, pero después de haber dicho todo eso están en condiciones de plantearse la pregunta: "Y entonces ¿qué?" Esto es lo importante, que el mayor número posible de estudiantes se pregunte: "Y entonces ¿qué?" Solamente luego se podrá hablar de programa y de estructuración. Plantearnos desde hoy la pregunta: "¿qué hará usted con los exámenes?" es querer ahogar el pez, sabotear el movimiento, interrumpir la dinámica. Los exámenes se realizarán y nosotros haremos propuestas, pero que se nos conceda un poco de tiempo. Primero hace falta hablar, reflexionar, buscar fórmulas nuevas. Las encontraremos, pero no hoy.

J.P.S.: El movimiento estudiantil –usted lo ha dicho–, se encuentra ahora es la cresta de la ola. Pero habrá vacaciones, se producirá un enlentecimiento, sin duda una retracción. El gobierno lo aprovechará para hacer reformas. Invitará a estudiantes a participar y muchos aceptarán diciendo: "Nosotros queremos sólo reformismo", o: "Es sólo reformismo, pero lo hemos obtenido por la fuerza y es mejor que nada". Ustedes tendrán pues una universidad transformada pero los cambios pueden muy bien ser sólo superficiales, relacionarse con el desarrollo del equipamiento material, de los locales, de los restaurantes universitarios. Todo esto, no cambiaría nada el fondo del sistema. Son reivindicaciones que el poder podría satisfacer sin cuestionar al régimen. ¿Cree usted que puedan obtenerse "reformas" que introduzcan elementos revolucionarios en la universidad burguesa, que por ejemplo, hagan que la enseñanza dada en la universidad se halle en contradicción con la función principal de la universidad en el régimen actual: la de formar cuadros bien integrados en el sistema?

D. C. B.: En primer lugar, las reivindicaciones puramente materiales pueden tener un contenido revolucionario. Respecto a los restaurantes universitarios tenemos una reivindicación de fondo. Exigimos su supresión como resturantes universitarios. Es necesario que se transformen en restaurantes para la juventud donde todos los jóvenes, estudiantes o no, puedan comer por 1,40 francos. Nadie puede rehusarse a ello. Si los jóvenes obreros trabajan durante todo el día, no se sabe por qué, por la noche, no podrían comer por 1,40. Lo mismo en el caso de las ciudades universitarias: exigimos que se transformen en ciudades para la juventud. Hay muchos jóvenes obreros, aprendices, que desean no seguir viviendo con su familia, pero no pueden alquilar una habitación porque cuesta 30.000 francos por mes. Que se les albergue en las ciudades universitarias, donde el alquiler es de 9.000 a 10.000 francos. Y los hijos de familia que siguen derecho o ciencias políticas irán a otro lugar.

En el fondo, no creo que las reformas que pueda hacer el gobierno sean suficientes para desmovilizar a los estudiantes. Las vacaciones provocarán evidentemente un retroceso, pero no "destruirán" el movimiento. Algunos dirán: "Falló nuestro golpe", sin intentar explicarse lo que pasó. Otros dirán: "La situación no estaba madura". Pero muchos militantes comprenderán que es necesario capitalizar esta experiencia, analizarla teóricamente, prepararse para volver a luchar al reiniciarse los cursos. Porque la reiniciación será catastrófica, cualesquiera que sean las reformas del gobierno. Y la experiencia de la acción desordenada, involuntaria, provocada por el poder, por la que hemos atravesado, nos permitirá darle más efectividad a la lucha que podría desencadenarse en el otoño. Las vacaciones permitirán a los estudiantes explicarse su propio desasosiego, que se manifestó en estos quince días de crisis, y reflexionar sobre lo que quieren y pueden hacer.

En cuanto a la posibilidad de lograr que la enseñanza brindada en la universidad se transforme en una "contraenseñanza", que no fabrique más cuadros bien integrados sino revolucionarios, es una esperanza que me parece un poco idealista. La enseñanza burguesa, aun reformada, fabricará cuadros burgueses. Las gentes caerán en el engranaje del sistema. En el mejor de los casos serán miembros de una izquierda "bien pensante", seguirán siendo objetivamente, los engranajes que aseguran el funcionamiento de la sociedad.

Nuestro objetivo es lograr una "enseñanza paralela", técnica e ideológica. Se trata de que nosotros mismos removamos la universidad sobre bases totalmente nuevas, aunque no dure más que algunas semanas. Llamaremos a los profesores de izquierda y de extrema izquierda, que estén dispuestos a trabajar con nosotros en seminarios, y a ayudarnos con su saber –renunciando a su posición de "profesor" – en la búsqueda que emprendemos.

Podemos abrir seminarios en todas las facultades –no cursos magisteriales, evidentemente– sobre los problemas del movimiento obrero, sobre la utilización de la técnica al servicio del hombre, sobre las posibilidades ofrecidas por la

automatización. Todo esto no desde un punto de vista teórico (no hay actualmente un solo libro de sociología que no comience por la frase: "Es necesario poner la técnica al servicio del hombre"), sino planteando problemas concretos. Esta enseñanza tendría evidentemente una orientación contraria a la del sistema, y la experiencia no duraría mucho: el sistema reaccionaría rápidamente y el movimiento volvería a caer. Pero lo importante no es elaborar una reforma de la sociedad capitalista, sino hacer una experiencia de ruptura completa con esta sociedad, una experiencia temporaria, pero que deje entrever una posibilidad. Se percibe algo, fugitivamente, y se desvanece, pero es suficiente para probar que ese "algo" puede existir.

No tenemos la esperanza de hacer una universidad de tipo socialista en nuestra sociedad, porque sabemos que la función de la universidad seguirá siendo la misma mientras el sistema entero no cambie. Pero creemos que pueden existir momentos de ruptura en la cohesión del sistema y que se le puede aprovechar para abrir brechas.

J.P. S.: Ello supone la existencia permanente de un movimiento "antinstitucional" que impida a las fuerzas estudiantiles estructurarse. Lo que usted puede reprocharle a la UNEF, en los hechos, es ser un sindicato, es decir, una institución fuertemente esclerosada.

D.C.B.: Le reprochamos ser, sobre todo, en sus formas de organización, incapaz de lanzar una reivindicación. La defensa de los intereses de los estudiantes es, por otra parte, una cosa muy problemática. ¿Cuáles son sus intereses"? No constituyen una clase. Los trabajadores, los campesinos, forman una clase social y tienen intereses objetivos. Sus reivindicaciones son claras y se dirigen al patrón, a los representantes de la burguesía. Pero ¿los estudiantes? ¿Quiénes son sus "opresores" sino el sistema entero?

J.P.S.: Los estudiantes no son una clase en efecto. Se definen por una edad y una relación con el saber. El estudiante es alquien que, por definición, debe dejar de serlo un día, no importa en qué sociedad, aun en aquella en la que soñamos.

D. C.B.: Es eso justamente lo que hace falta cambiar. En el sistema actual se dice: están los que trabajan y los que estudian, y entonces se establece una división, hasta inteligente, del trabajo social. Pero se puede imaginar otro sistema en el cual todo el mundo trabaje en las tareas de producción — reducidas al máximo gracias a los progresos técnicos— y donde cada uno tenga la posibilidad de seguir, paralelamente, estudios continuados. Es el sistema del trabajo productivo y del estudio simultáneos.

Evidentemente habrá casos particulares: no se podrá estudiar matemáticas profundamente o medicina y ejercer otra actividad al mismo tiempo. No se trata de instituir reglas uniformes. Pero es el principio básico que debe cambiarse. Es necesario rechazar desde el comienzo la distinción entre estudiante y trabajador.

Sin duda todo esto no se logrará mañana; pero algo comenzó que proseguirá necesariamente.

(Entrevista publicada en Le Nouvel Observateur, el 20 de mayo de 1968)

JEAN PAUL SARTRE

LA IDEA NUEVA DE MAYO 1968

*** Salvo las ventajas materiales, importantes pero sin duda efímeras, obtenidas por los obreros, no parece quedar gran cosa del gran movimiento que sacudió a Francia durante un mes. ¿Es cierto? ¿La "revolución de mayo", incluso frustrada, no deja en su haber algunos elementos positivos?**

JEAN—PAUL SARTRE.— Participé el otro día, en la Ciudad Universitaria, en un debate entre estudiantes sobre las transformaciones posibles de la universidad, y uno de ellos comenzó así su intervención: "Camaradas, tenemos que reconocer que nuestra acción del mes de mayo es un fracaso..." Quince días antes, en la Sorbona, ni siquiera le habrían permitido terminar la frase y lo habrían echado entre gritos y silbidos. Pero en ese momento no se oyó un silbido, ni una protesta: lo dejaron continuar.

En cierta manera, en efecto, el movimiento fracasó. Pero sólo fracasó para aquellos que creyeron que la revolución estaba al alcance de la mano, que los obreros iban a seguir a los estudiantes hasta el fin, que la acción desencadenada en Nanterre y en la Sorbona desembocaría en un apocalipsis social y económico que provocaría no

sólo la caída del régimen sino también la desintegración del sistema capitalista. Era un sueño y Cohn–Bendit, por ejemplo, nunca pensó así. Al contrario, afirmó: "La revolución no se hará en un día y la unión de los estudiantes y los obreros no será inmediata. Sólo dimos un primer paso. Ya daremos otros".

LAS DOS DIMENSIONES DE LA LIBERTAD

Eso muchos jóvenes lo comprenden. Saben que no se derroca a un régimen con cien mil estudiantes desarmados, por más valientes que sean: han sido el detonador de un gran movimiento, volverán a serlo quizás en el futuro, pero ahora hay que continuar la lucha bajo otras formas. La discusión era apasionante, la otra noche, porque se refería a los medios de proporcionar a la rebelión de mayo prolongaciones positivas. Había dos puntos de vista. Unos decían: "Hay que luchar para imponer una "universidad crítica" autodirigida, en la cual la relación profesor–estudiante y la relación de todos con la cultura sean fundamentalmente transformadas". En el caso de los estudios de medicina, por ejemplo —algunos grupos de estudiantes preparan ya proyectos precisos— no se tratará sólo de asimilar cierta cantidad de conocimientos sino de plantear al mismo tiempo el problema de la relación médico—enfermo, de las relaciones entre médicos, y finalmente de la función de la medicina en la sociedad. Los estudiantes tendrán que redefinir ellos mismos la profesión que han elegido, decidir si el médico tiene que ser un técnico de un tipo particular que trabaja al servicio de una clase o un hombre que pertenece a la masa y es llamado por ella a curar. Es evidente que la forma de la enseñanza y el propio contenido del saber serán modificados al cambiar la definición, y no será el mismo médico de hoy el que se recibirá mañana. Igual pasará en las otras disciplinas: la adquisición del saber irá acompañada en todas partes de una reflexión crítica sobre la utilidad social de ese saber, y la universidad no fabricará ya hombres "unidimensionales" —cuadros dóciles, probados y enajenados, del sistema burgués— sino hombres que reencontrarán las dos dimensiones de la libertad: la inserción en la sociedad y la impugnación simultánea de esa sociedad.

A los que proponen este ideal universitario, otros les responden: "La universidad crítica no es realizable. Tenemos el ejemplo de la de Berlín: está al margen, aislada como un quiste en la sociedad alemana. ¿Y qué estado capitalista aceptará financiar una universidad cuyo fin confeso es el de mostrar que la cultura es anticapitalista? En lugar de la universidad crítica, hagamos la crítica de la universidad. Esta universidad, nos la van a reconstruir parecida a la que era. No la abandonaremos, sigamos haciendo una crítica vigorosa —si es necesario por la violencia— de los conocimientos que nos depara y de los métodos de enseñanza".

Las dos actitudes, en mi opinión, no son inconciliables. Me parece que podría haber, en la universidad, "sectores críticos". Imposible impedir a los estudiantes de medicina, si están decididos, a que hagan un trabajo profundo sobre lo que podría ser una verdadera medicina social; incluso pueden obtener, con ese fin, salones y un arreglo de los horarios de estudios. No será una "facultad de medicina crítica", pero tendrá, en su seno, un énclave donde podrá realizarse una investigación positiva.

La posición que afirma: "El gobierno no es un interlocutor válido; estamos decididos a rechazar todo lo que proponga", me parece peligrosa, porque el gobierno puede decir entonces: "En esas condiciones, hago lo que quiero". Es mejor luchar para imponer reformas que socaven un poco el edificio de la universidad burguesa, que debiliten todo el sistema, y utilizarlas enseguida como trampolín para exigir otra cosa. Es la teoría del "reformismo revolucionario" de Gorz, que permite mantener una evolución constante al radicalizar cada vez un poco más la reivindicación.

Y soy optimista sobre la evolución de la universidad francesa —a diferencia de los que hablan ya de su "congolización"— porque tengo confianza absoluta en lo

que harán de común acuerdo los estudiantes y el cuerpo de enseñanza francés, que es notable y supera ampliamente a los de los otros países. No veo por qué no llegarán a soluciones. Lo que los estudiantes piden es conservar, bajo una forma u otra, en estructuras conquistadas o concebidas, un poder de impugnación. Creo que la mayoría de los profesores son capaces de aceptarlo. Por ejemplo, el otro día, estaba con estudiantes y propuse una discusión sobre la "universidad crítica". Plantée preguntas, me respondieron, respondí a mi vez, otros contestaron lo que yo dije, y todo eso en silencio, en un orden perfecto. Le aseguro que si hubiera sido una clase de la que yo fuera el profesor, habría estado encantado.

Claro que no tenía ningún poder, salvo el que me acordaban. Si me hubieran dicho: "Váyase", me hubiera tenido que ir, mientras que, en la vieja universidad, era yo el que hubiera podido echar a los estudiantes. Pero, por otra parte, el poder "acordado" del cual disponía —el de un mediador que tiene que esforzarse para imponerse, interesando a quienes se dirige y haciéndose comprender por ellos— era infinitivamente más satisfactorio que cualquier otro poder "de derecho". Me sentía mucho más "soberano", cuando obtenía el silencio, que si hubiera hecho un discurso de distribución de premios, con el prefecto a mi izquierda, y el director a mi derecha ante liceales petrificados. Si responden, incluso violentamente, pero también escuchan, la satisfacción es mucho mayor —no sólo por uno mismo sino también por los estudiantes—, que si escuchan con un respeto fingido. Es mucho más estimulante.

EN PRIMER LUGAR, APRENDER A CONOCERSE

Al contrario de lo que se quiere hacer creer, los estudiantes no se niegan a que se les enseñe cualquier cosa; simplemente piden el derecho de discutir, lo que se les enseña, de verificar la importancia, de asegurarse que no les están haciendo perder el tiempo. No puede imaginarse la cantidad de estupideces que me enseñaron cuando era estudiante...

*** El principal problema, para los estudiantes, si no quieren que los resultados positivos de su movimiento se limiten a la universidad, es el de lograr establecer un contacto directo con los trabajadores. En el mes de mayo, ese contacto fue muy difícil. ¿Podrá ser más fructífero en las "universidades de verano"?**

J.P.S.— Sobre este punto se habló mucho el otro día. Unos decían: "Los estudiantes quieren ponerse al servicio de los trabajadores para enseñarles conocimientos que les permitan "reclasificarse" o acceder a una calificación profesional superior". Otros: "Los estudiantes no tienen nada que enseñar a los obreros; tienen que aprender todo de ellos". En realidad, es un error plantear un esquema previo y decidir quién enseñará qué a quién. Como siempre, todo el mundo tiene cosas que aprender de todo el mundo. En mi opinión, lo más importante, en esas universidades de verano, será aprender a conocerse. Porque si los estudiantes no saben prácticamente nada de la vida de los obreros, la recíproca no es menos cierta. El obrero cree aún que el estudiante es un tipo que tiene el "humanismo" a su disposición, que comprende mejor algunas cosas porque se las han explicado y porque tiene tiempo para estudiar. Era cierto en mi época: ahora no lo es. Al estudiante de hoy en día lo atosigan, como se engorda a los patos, de conocimientos bien orientados que van a darle capacidades bien determinadas. Y esta falsa cultura, ni siquiera la recibe en el lujo y la ociosidad —muchos estudiantes tienen una vida muy difícil— sino en la angustia, porque nunca sabe si no le tocará ser implacablemente eliminado, después de algunos años, por un proceso de selección destinado a extraer de la masa una pequeña élite. Cuando un obrero trata a un estudiante de "nene de rico", en la mayoría de los casos, es porque no lo comprende, porque no tiene la menor idea de la forma cómo vive.

A la inversa, los estudiantes ignoran todo sobre el trabajo manual y quizás no estaría mal que este verano,

junto a los "cursos para obreros" en la universidad –si los obreros lo desean– realicen los estudiantes trabajos en las fábricas. En países como China y Cuba, donde se empieza a comprender qué es el verdadero socialismo, ya lo hacen.

De todas maneras, las gentes, salvo si son del mismo lugar o si comen juntos, no tienen nunca nada que decirse. Sólo pueden hacer cosas cuando se juntan. Cuando estaba prisionero, durante la última guerra, me entendía admirablemente con los obreros y los campesinos que estaban conmigo. Si hubiera ido a hablarles a sus fábricas o a sus chacras, con mi lenguaje demasiado abstracto de intelectual, me habrían dado vuelta la espalda. Pero, en el campo de concentración, hablábamos el mismo lenguaje porque teníamos que hacer las mismas cosas, reaccionar juntos –no siempre de la misma manera, por supuesto– frente a los mismos acontecimientos. Creo que sólo habrá verdaderas relaciones entre los estudiantes y los obreros cuando trabajen juntos, en las universidades y en las fábricas.

CASTRO Y LOS COMUNISTAS

*** Muchos comunistas, ortodoxos o no, piensan que los obreros tienen razón de desconfiar de los estudiantes -cuyas reivindicaciones, dicen, nada tienen en común con las suyas–, y de no seguirlos en su "aventurerismo pequeño–burgués".**

J. P.S.– El otro día, en efecto, en la ciudad universitaria, un comunista dijo: "El movimiento estudiantil no es revolucionario porque: 1º no tiene ideología revolucionaria; 2º ni siquiera ha conmovido al régimen; 3º era de naturaleza anárquica porque la burguesía en rebelión desemboca siempre en la anarquía; 4º sólo los obreros pueden hacer la revolución porque son los productores".

Todo eso fue acogido entre gritos y el desgraciado apenas podía hacerse entender pero era necesario responderle. Dije: si es necesario tener una ideología revolucionaria para hacer la revolución, entonces el partido comunista cubano era el único que podía hacerla y Castro no podía. Pero el P.C. cubano no sólo no hizo la revolución sino que se negó a unirse a la huelga general decretada por los estudiantes y los que resistían en las ciudades. Lo admirable, en el caso de Castro, es que la teoría nació de la experiencia, en lugar de precederla. Relean el discurso pronunciado por Castro ante el tribunal que lo juzgaba después del ataque fallido contra el Cuartel Moncada: aparecen una voluntad democrática de derrocar a Batista, porque es un dictador, ideas de reforma social bastante vagas, pero ninguna "estructura ideológica". Fue en la guerra, en el contacto con los campesinos, que se formó la doctrina revolucionaria de Castro. Más tarde, al sentir quizás que su movimiento carecía de bases teóricas, se acercó a los comunistas. Pero cuando vio los dogmas cerrados que querían imponerle, los errores que le hacían cometer, reasumió su independencia y, al mismo tiempo, su idelogía se profundizó.

UNA ETIQUETA ENVENENADA

Traspongamos: nada indica que las gentes que comiencen una revolución en Francia deban tener, para triunfar, una doctrina preestablecida. Al contrario, si los estudiantes fracasaron, en parte se debió al P.C. francés, que con su concepción cerrada del marxismo y con sus respuestas para todo –sacadas de tal o cual texto de Lenin– frenó el movimiento.

Y esto no quiere decir que los jóvenes revolucionarios no tengan doctrinas –incluso tienen hasta muchas y muy diferentes, aunque todos, con diferencias de matices, se consideren marxistas–; pero aceptan ponerlas a prueba en la acción. Y todos se unen, parece, sobre la idea muy importante del "doble poder", que Cohn Bendit lanzó al decir: "Sólo podemos ganar si se crea un segundo poder frente a De Gaulle, y ese poder sólo podrá basarse en una unión entre estudiantes y obreros". ¿Esta vez no marchó?

Sin duda no es a los estudiantes que hay que reprochárselo.

Tercer punto de la argumentación comunista: el movimiento estudiantil es anarquista porque representa una rebelión burguesa. Muy bien. ¿Cómo explicar entonces la rebelión de los estudiantes checoslovacos y yugoslavos, que han nacido en un régimen socialista, y de los cuales más de la mitad son hijos de obreros y campesinos? ¿Qué reclaman esos hijos de obreros? La misma cosa, en definitiva, que los estudiantes franceses, es decir la libertad de crítica y la autodeterminación. Calificar de "anarquista" a gente que reclama, contra los burócratas estalinianos y los tecnócratas de la sociedad del consumo, que los hombres no sean más productos u objetos y se conviertan verdaderamente en los dueños de sus destinos, es pegar una etiqueta envenenada sobre un movimiento que se quiere ahogar porque es nuevo, porque es auténticamente revolucionario, porque amenaza a los viejos aparatos. Los jóvenes revolucionarios, burgueses o no, no reclaman la anarquía, sino, exactamente, la democracia, una democracia socialista verdadera que aún no ha triunfado en ninguna parte.

Ultimo argumento: sólo los obreros pueden hacer la revolución. Respondo que no existe estudiante politizado que haya dicho lo contrario. Todos repiten sin cesar: "Podemos ser el detonador, pero la revolución sólo la hará el conjunto de las clases trabajadoras, obrera y campesina". No obstante, para que los estudiantes puedan ser el detonador es preciso que exista una convergencia entre sus reivindicaciones y las de los trabajadores. Los comunistas lo niegan, afirman que los estudiantes de hoy en día, porque son hijos de burgueses –lo son en efecto, en un 90%–, sólo pueden expresar los mismos intereses de clase que sus padres.

Es prueba de un marxismo estrechamente mecanicista. Marx dijo todo lo contrario cuando explicó cómo teóricos salidos de la burguesía podían convertirse en aliados de clase de los obreros, porque sus problemas, como hombres de cultura, sabios, miembros de profesiones liberales, eran también problemas de alienación. Ya era

cierto en la época de Marx. Lo es hoy mucho más aún, cuando los estudiantes descubren que los tratan como objetos durante sus años de estudios para poder tratarlos también como objetos cuando se conviertan en cuadros. Comprenden entonces que les roban su trabajo como roban el de los obreros, aunque sea de otra manera. Por eso estudiantes y obreros están actualmente mucho más cerca unos de otros de lo que estaban sus padres.

"SON TODOS UNOS PERROS"

*** Hay algo muy nuevo en la crisis del mes de mayo: el movimiento no nació, como ocurría siempre en el pasado, de una crisis económica, social o política grave, sino de una reivindicación profunda, de carácter "libertario", a la cual después se agregaron las reivindicaciones materiales.**

J. P. S.— Al viejo motor de las revoluciones que era la necesidad desnuda, acaba en efecto de reemplazarlo una exigencia nueva que es la de la libertad. Hubo una época en la cual el problema era sobre todo el de la apropiación colectiva de los medios de producción porque la propiedad y la dirección de la empresa se confundían. Es el período que va desde el nacimiento del capitalismo familiar hasta la aparición de las sociedades anónimas y de los monopolios. En ese momento se construyeron las grandes doctrinas socialistas. Todas se basaban en la necesidad de poseer para poder dirigir.

Actualmente, la clase media se ha transformado, por el hecho de que puede dirigir sin poseer. Es el reinado de la tecnocracia: los propietarios, a condición de cobrar dividendos, delegan en especialistas, en cuadros competentes, la dirección de las empresas. La reivindicación, al mismo tiempo, cambió de carácter: no es el problema de la propiedad el que está en primer plano –reaparecerá más

tarde, naturalmente, porque sigue siendo fundamental— sino el del poder. En la sociedad de consumo ya no se exige en primer lugar la posesión sino la participación en las decisiones y el derecho al contralor.

Lo que reprocho a todos los que han insultado a los estudiantes es no haber visto que ellos expresaban una reivindicación nueva, la de la soberanía. En la democracia, todos los hombres tienen que ser soberanos, es decir poder decidir, no solos, cada uno en su rincón, sino juntos, lo que hacen. En los países occidentales, esta soberanía existe en el papel: todos los norteamericanos, inclusive los negros, son soberanos porque tienen derecho a votar. Pero en los hechos es negada y por eso aparece la reivindicación de un "poder" —poder negro, poder estudiantil, poder obrero.

Lo mismo ocurre en muchos países socialistas donde las individuos están sometidos a las necesidades de la producción. Recuerdo un cartel de propaganda que se veía en todas partes en Polonia, después del regreso de Gomulka al poder, en 1956, y que proclamaba: *"La tuberculosis frena la producción"*. Partía de un buen sentimiento porque quería decir: *"Cuídense"*. Pero la formulación era reveladora: Sólo se trataba de un objeto —la tuberculosis— y de la producción de objetos. Entre los dos, el tuberculoso y el productor no existían. Es contra esta deshumanización que los estudiantes y los jóvenes obreros polacos, checos, yugoslavos, franceses, alemanes —que viven en regímenes tan diferentes— se rebelan. No quieren más que su existencia dependa del objeto que producen o de la función que cumplen, sino decidir ellos mismos lo que van a producir, la utilización que se le dará, la función que van a cumplir en la sociedad.

Son los estudiantes quienes lo sintieron y lo formularon primero, pero tuvieron contactos suficientes, a pesar de todo, con los obreros jóvenes para que éstos se pregunten: "¿Por qué no también nosotros? ¿Si estos tipos rechazan la vida que les han hecho, por qué no rechazamos también nosotros la nuestra? " Estoy convencido de que ese rechazo de la condición proletaria por los jóvenes ha sido la novedad más importante de todo cuanto ocurrió en mayo.

*** Usted habló de la revolución cubana. Fue facilitada por el hecho de que Batista se presentaba a todo el pueblo cubano como un tirano. No ocurre lo mismo con De Gaulle. El carácter opresor del régimen gaullista no se siente con tanta uniformidad y siempre ha habido, desde hace diez años, una parte de la clase obrera que votó por él.**

J. P. S.— Es evidente. Batista llegó al poder cuando los norteamericanos decidieron, por razones internas, reducir considerablemente las compras de azúcar cubano. Para la economía cubana, era una catástrofe y significaba la ruina de una cantidad de pequeños empresarios. Para salvar a los grandes plantadores y mantener el orden, era imprescindible una dictadura.

En una sociedad sin crisis económicas de esa clase, siempre se encuentra gente, en todas las clases, que prefieren mantener el régimen establecido y cuyo nivel de conciencia política es poco elevado. No se puede pedir a un pequeño comerciante, dados sus intereses y su tipo de cultura, que no confíe en De Gaulle. Cree que De Gaulle defiende a la pequeña empresa contra las grandes que quieren devorarla. Es falso. En realidad, De Gaulle impulsaba la concentración y son los grandes empresarios los que siempre han hecho lo imposible para mantener a un sector de pequeñas empresas, que les deja una posibilidad de malthusianismo y les permite mantener sus precios con el "No queremos arruinar a los chicos". Pero el pequeño comerciante no puede darse cuenta. Para él De Gaulle sigue siendo el escudo contra los monopolios.

Para los obreros es diferente. Siempre ha habido entre ellos, desde 1848 y las masacres de la Comuna, cierta indiferencia por la política, que reposa sobre la idea de que "son todos unos perros". Cuando, Napoleón III tomó el poder, los obreros ni chistaron. En el plebiscito de 1852, muchos votaron por él. ¿Por qué? Porque los republicanos que los invitaban a votar contra el príncipe—presidente eran

los mismos que los habían masacrado tres años antes. La política ha sido después, para muchos obreros, un mundo aparte que les concierne. Todo el anarcosindicalismo de principios del siglo nació de ahí, y ha dejado huellas profundas en la mentalidad obrera.

No hay que confundir al burgués que vota por De Gaulle porque ve en él a su protector, con el obrero que habla del "padre De Gaulle" y le da su voto porque detesta la "cocina" de los partidos, cualesquiera sean, y porque le importa un bledo la política. El universo del obrero, es el trabajo. El día que haya que hacer la huelga general, la hará pero con sus propios jefes, es decir, con sus dirigentes sindicales. Y si el régimen cae, mejor. Entre tanto, el juego político no le interesa.

*** Se dice que De Gaulle piensa organizar dentro de unos meses, si triunfa en las elecciones legislativas, una elección presidencial a la cual no se presentaría. Habría decidido dejar el poder y evitado —como si hubiera sido el caso si se retiraba antes de las elecciones— una salida como la de Luis Felipe.**

J. P. S.— Si sus candidatos obtienen un 80% de los votos en las elecciones, entonces, en efecto, será Sila que dice a su pueblo: "Ya he hecho mucho bien, vuelvo a mi casa". Pero sí la mayoría gaullista es sólo de un 53% a un 55%, será igual una despedida como la de Luis Felipe, incluso aunque De Gaulle la prorrogue por tres meses para salvar las apariencias.

Se quede o se vaya, lo importante es preservar todo lo que vale del gran movimiento de mayo. El Che Guevara dijo: "Cuando suceden en las calles cosas extraordinarias, es la revolución". No tuvimos la revolución pero pasaron cosas extraordinarias, que debemos intentar defender.

Es preciso impedir el aniquilamiento, previsto por el poder, de todo lo que comenzó en el mes de mayo. La represión va a ser, a la vez hábil y dura: intentará aislar,

quebrar, eliminar a los que empezaron la rebelión, en particular a los estudiantes. Es esencial que no se sientan solos y que estemos todos dispuestos a ayudarlos, a defenderlos.

(Opiniones recogidas por Serge Lafaurie)

JEAN PAUL SARTRE

LAS BASTILLAS DE RAYMOND ARON

Un profesor que no acepta decirse: "Estoy desnudo ante ellos", es indigno de enseñar.

Luego de la última gran manifestación de los estudiantes, en la noche del 11 al 12 de junio, que vio levantarse barricadas no solo en el Barrio Latino sino en todo París, hubo un cambio muy claro en la opinión. Muchas gentes que hasta ese momento habían manifestado simpatía hacia los estudiantes juzgaron que "exageraban" y que su "violencia estéril" perjudicaba a la propia causa...

JEAN–PAUL SARTRE– Sí, porque la opinión pública francesa –como todas las opiniones públicas– es estúpida. Es estúpida porque está mal informada y está mal informada porque la prensa no cumple con su misión. Nadie intentó explicar a la opinión el sentido de esa violencia de los estudiantes, que no es, en realidad más que una "contraviolencia". Contraviolencia no sólo ocasional contra los policías que los provocaron deliberadamente, sino

también contra una sociedad que los oprime. Hay gente que ya está intentando explicarlo: son los miembros de los cuatrocientos comités de acción revolucionaria que realizan discusiones públicas y que hacen, en la calle, el trabajo que debería coresponder a la prensa. Cumplen la función de antídotos y debo decir que los considero extraordinarios. Los veo trabajar en mi barrio, frente a la estación Montparnasse o frente al quiosco de diarios de la plaza Raspail–Montparnasse. Tienen dos tácticas. La primera consiste en provocar una discusión entre un tipo bonachón, más bien débil pero de izquierda, y un exaltado de derecha. Los peatones se amontonan, cada uno da su opinión, y, cuando el debate va tomando forma, los miembros del comité de acción se retiran, dejando que los demás discutan entre ellos. Esto da siempre buen resultado porque la violencia evidente del exaltado de derecha ayuda a la gente a considerar de manera distinta la violencia estudiantil.

El otro método —que me parece mejor— consiste en explicar directamente a la gente lo que pasa. No siempre es fácil. A menudo he visto a muchachas jóvenes que no tienen suficiente voz, enfrentar a los pequeños fascistas, rojas de cólera. A veces se alza mucho la voz pero nunca se ha ido a las manos. Nadie piensa en ello. Naturalmente el joven fascista es el que habla más y más fuerte, pero, sin embargo, de cuando en cuando, tiene que retomar aliento. Entonces, la muchacha de voz frágil lanza una réplica, hace una pregunta y el fascista está obligado a dar una respuesta en la cual queda patente su mala fe.

NINGUNA "VIOLENCIA GRATUITA".

Todos los que asisten a estas discusiones quedan asombrados de la dulzura, de la paciencia con que estos jóvenes explican el sentido de su acción. Realmente, hacen un trabajo admirable y estoy seguro de que si hubiera habido comités de acción en casi todas las calles, la mañana del 12 de junio, muchos parisinos hubieran reaccionado en forma muy distinta respecto a las manifestaciones de la noche.

¿Qué pasó esa noche? Lo mismo que en todas las manifestaciones precedentes que habían "acabado mal". Los estudiantes no habían hecho más que responder a las provocaciones de la policía. Desde principios de mayo, todas las manifestaciones autorizadas se desarrollaron con calma: no hubo violencias sino cuando la policía buscó que los estudiantes no desfilaran o pretendió dispersar sus concentraciones. El 10 de junio, un liceal de la Unión de las Juventudes Comunistas Marxistas–leninistas que había venido a manifestar su solidaridad con los obreros en huelga de Flins, fue ahogado en el Sena, en los Mureaux, por la policía.

Sí, digo por la policía. Poco importa —como parecen indicarlo los testimonios— que no haya sido directamente arrojado al agua. Cuando una quincena de jóvenes deciden arrojarse al Sena, eligiendo la huída más peligrosa porque están acorralados por fuerzas policiales y algunos de sus compañeros ya han sido salvajemente apaleados ante sus propios ojos, hay que decir, si uno de ellos muere, que la responsabilidad de la policía es total. La prensa, evidentemente, no lo admitió, y "el estudiante ahogado" de las primeras horas pronto se convirtió, en las ediciones siguientes, en un estudiante "que se ahogó".

Para la U.N.E.F., no había problema alguno: la policía había matado a un liceal y había que manifestar. Los estudiantes no podían dejar asesinar a uno de sus compañeros sin protestar. Sauvageot dijo: "Manifestaremos de cualquier manera. Si el servicio policial no interviene, no habrá ninguna violencia. Pero si nos impiden pasar, no daremos la orden de dispersión".

El gobierno, sin embargo, prohibió la manifestación. ¿Por qué? No había ninguna razón. Otros desfiles —el 13 de mayo, desde la República hasta Denfert–Rochereau, el 17 de mayo, en el estadio Charléty— se habían desarrollado sin incidentes. Una vez más, los estudiantes y los jóvenes trabajadores habrían gritado "C.R.S.— S.S.", "De Gaulle asesino" y habrían ocupado pacíficamente la calle, sin romper ni una vidriera ni una silla de café. Pero el gobierno

había decidido prohibir todas las manifestaciones, por miedo, sin duda, de encontrar una que fuera más espectacular que la de los gaullistas, el 30 de mayo, desde la Concorde hasta l' Etoile.

En París, el 11 de mayo, fue el poder el que, al impedir a los estudiantes que manifestaran libremente su indignación creó un cáncer generalizado. Los manifestantes no hicieron más que responder mediante una contraviolencia a la violencia previa que se les había hecho. Contrariamente a lo que se nos quiere hacer creer, los estudiantes, por otra parte, aunque se opongan radicalmente a la sociedad, no son en absoluto agitadores que sueñen con destruirlo todo. Para empezar, es notable que su violencia sólo se haya ejercido contra la policía. Hubo comisarías saqueadas, carros policiales incendiados, policías heridos. También hubo, sin duda, coches privados y diferentes equipos públicos utilizados para construir barricadas defensivas. Pero la prensa prácticamente no pudo señalar —y, sin embargo, se habría complacido en hacerlo— ningún caso de pillaje, de robo, de brutalidades respecto a los "opositores", de violencia gratuita. Y eso, a pesar de la presencia tan complacientemente subrayada, de tantos "granujas" venidos de los suburbios para "aterrorizar a los burgueses". La violencia de los estudiantes y de los jóvenes trabajadores no fue nunca más que defensiva.

NIETZSCHE, CARLYLE Y COHN – BENDIT

Por otra parte, aquellos acusados más directamente, de agitadores, son justamente los que no aprueban la violencia universitaria. Pienso en los "maoístas" y en los anarcotrotskistas de la F.E.R., que consideran que el "trabajo" en el Barrio Latino no tiene ningún interés. Las manifestaciones estudiantiles, son incluso, para ellos, una diversión nefasta que le hace el juego al régimen. Es del seno de la clase obrera que surge el fermento revolucionario y sólo de ella puede salir un movimiento revolucionario realmente eficaz. Sin embargo, disolvieron esos dos movi-

mientos, mientras que no se atrevieron a tocar a la U.N.E.F., que, ella sí, exhorta a manifestar. También se disolvió una organización tan "inaccesible" como el Movimiento del 22 de marzo, del que nadie sabe si cuenta con 5.000 o con 50 adherentes, que se niega a darse una estructura, que considera la misión de las "minorías actuantes" como un fermento siempre presente pero siempre difuso en la sociedad, y que es lo contrario de lo que puede llamarse una "organización terrorista".

*** A propósito de la entrevista que usted tuvo con Cohn–Bendit, Roger Priouret escribió, en el "Express", que el pensamiento de Cohn–Bendit "es un eco de Thomas Carlyle y de Friedrich Nietzsche"...**

J.P.S.— Es un triste ejemplo de analfabetismo político. Priouret puede escribir lugares comunes sobre economía, porque leyó algunos libros sobre el tema. Pero hablar de Nietzche y de Carlyle a propósito de Cohn–Bendit, es demostrar no sólo que no se es culto sino también que no se aprendió nunca a pensar.

Cohn–Bendit se burla infinitamente de Nietzche y no estoy seguro de que haya leído a Carlyle. De todas maneras, las teorías del "héroe" no le interesan. Lo que busca comprender es cuál puede y debe ser el papel de una minoría activista. Hasta ahora, hubo tres grandes concepciones del movimiento insurreccional: la de Blanqui, la de Lenin y la de Rosa Luxembourg.

LLAMAMIENTO AL ASESINATO

Para Blanqui es muy simple: corresponde a un grupo armado, entrenado, rigurosamente disciplinado, tomar el poder y poner a la masa —que marchará enseguida— frente al hecho consumado. Para Lenin, es la masa entera la que actúa pero controlada porque empuja y decide. Para Rosa Luxembourg, también es la masa, pero sin la regimentación

del Partido, los jefes surgen y desaparecen, en cada etapa, de la masa misma, que luego los reabsorbe.

Es claro que la posición de Cohn–Bendit –aunque le horroriza que se le vincule con una "escuela", cualquiera que sea– está más cerca de la de Rosa Luxembourg que de las otras dos. No piensa ni un minuto en hombres superiores ni en super hombres que conducirían a la masa. Piensa que la masa engendra, de tanto en tanto, pequeños grupos de hombres que nunca son "jefes" pero que pueden desencadenar en ciertos momentos privilegiados –cuando su acción corresponde a una exigencia popular profunda – un movimiento de masas que los supera y los envuelve inmediatamente. ¿Qué hay de Nietzsche o de Carlyle en todo esto? ¡Me gustaría mucho que Priouret me lo explicara!

*** El poder –es clásico– experimentaba la necesidad de hacer algo para tranquilizar a su clientela y demostrar que no permanecía inactivo ante la "subversión". Eligió pues atacar a quienes parecían más agitadores: a los miembros de los "grupúsculos" que habían sido, para la opinión pública, las "vedettes" de la protesta.**

J.P.S.– Es una medida grotesca y vergonzosa. Fueron disueltos "aparatos" que incluso no existen. Los miembros de los "grupúsculos" son tan poco "vedettes" que la opinión pública no conoce –aparte del de Cohn – Bendit– el nombre de ninguno de ellos. Son militantes que continuarán su trabajo de información y de explicación, en la clandestinidad, si es necesario. Por lo demás, el gobierno ataca, como siempre a los más débiles. Expulsa a un puñado de extranjeros, entre ellos a dos pintores que viven en Francia desde hace 10 años y de los cuales uno obtuvo el premio de la Bienal de Venecia. Lo mismo sucedió, durante la guerra de Argelia, con los "121". La represión cayó sobre algunos profesores y sobre dos o tres infortunados a quienes habían prohibido despiadadamente actuar en la televisión

durante tres años, pero en cambio los escritores conocidos, no fueron nunca incomodados.

En la cumbre, es la política de la cobardía. Pero, al mismo tiempo, se lanza a la base un llamamiento al asesinato. Porque la exhortación de De Gaulle a crear comités de acción cívica, es exactamente eso. Es una manera de decir a las gentes: únanse en sus barrios para moler a palos a quienes ustedes consideren que expresan opiniones subversivas o tienen una conducta peligrosa para el gobierno. Y eso ya se produjo. Conozco por lo menos dos casos de personas que fueron apaleadas, en París, por grupos de antiguos fascistas vestidos de civil o incluso con el uniforme leopardo. ¿Y a quién colocan a la cabeza de esos comités de acción cívica? ¡A Roger Frey, el hombre que dejó asesinar a Ben Barka!

Esta exhortación al crimen lanzada por el presidente de la República no fue, por otra parte, una respuesta a la violencia de los estudiantes. El viejo no se enojó hasta que Mitterrand y Mendès France pusieron, políticamente, su poder en juego. Hasta ese momento no había entendido nada, esperaba que todo se arreglara, convencido de que volvería a dominar las cosas. Pero cuando la posibilidad de una sustitución política se vislumbró, no mediante una guerra civil –Mitterrand y Mendès France ni siquiera pensaban en ello– sino dentro del cuadro de las instituciones, fue entonces que el General vio rojo y dijo a sus partidarios: "No más risas; ahora, peguen".

¡PEOR PARA ELLOS!

*** Roger Priouret evocaba también en su artículo, el peligro fascista. Minoría actuante frente a minoría actuante, tal vez son los fascistas quienes están mejor ubicados para apoderarse del gobierno.**

J.P.S.– Imaginemos que los fascistas toman el poder. ¿Cómo se las arreglarán para hacer girar la máquina

económica? Porque, naturalmente, habrá una huelga general. ¿Van a ir a buscar a los obreros uno por uno a sus casas, para llevarlos por la fuerza a la fábrica? Se puede lanzar a los fascistas contra los obreros de una fábrica ocupada. Pero, esta vez, las fábricas estarán vacías. Cada cual hará huelga en su casa y los fascistas no podrán hacer nada. Por otra parte, no se tratará de ordenar al contingente que tire contra los obreros: los soldados jóvenes no lo harán nunca.

Quienes agitan la amenaza fascista hoy, sólo lo hacen para desmovilizar a la gente. Ese fascismo no se improvisa con tres regimientos de soldados. Se necesita una sociedad como la de Grecia, donde los trabajadores están divididos y aislados, donde todas las empresas están infiltradas y vigiladas, donde la derecha, bien armada, se prepara para el golpe de Estado desde hace años. O se necesita una sociedad trabajada desde mucho tiempo atrás por un partido fascista, como lo fue la Italia de Mussolini o la Alemania de Hitler.

Pero no se da de la noche a la mañana un golpe de Estado fascista en un país como Francia. Y si se da, dura quince días.

La "amenaza fascista" sólo sirve para aterrorizar a la gente y obligarla a aceptar el mantenimiento del régimen actual. De Gaulle habló de "sociedad en mutación". Pero hace todo lo que puede, desde que está en el poder, para impedir esa mutación. Y comprende tan mal las características de la rebelión que acaba de producirse que la explica únicamente por la vieja teoría de la imitación, del "contagio" de la violencia.

Hace 100 años que se manifiesta, ante cada explosión popular, el mismo asombro: "¡Cómo! He aquí un país feliz, donde los estudiantes y los obreros gozan de todas las libertades, donde el nivel de vida aumenta regularmente, donde la gente vota democráticamente y, de pronto, ¿esos estudiantes, esos obreros, despreciando sus más claros intereses, olvidando la alegría de vivir que tenían la víspera, se enojan y rompen todo? ¡Es inexplicable!" O, por lo menos, piensan, sólo puede explicarse por la agitación de algunos exaltados cuya fiebre —como una enfermedad— se

transmite misteriosamente a los demás ciudadanos y provoca una explosión incrontrolada de la masa. Un movimiento "incontrolado", para el poder, es un movimiento que no tiene objeto, que no tiene sentido, que no apunta más que a la destrucción por la destrucción.

Están, naturalmente, las reivindicaciones "legítimas", los aumentos de salarios por ejemplo. Se van a otorgar algunas. Esta vez, sin embargo, los obreros han pedido demasiado, y eso les ha sido otorgado en medio del pánico, para hacer bajar su fiebre, y De Gaulle, en su cólera, tuvo la osadía de decir francamente en la televisión —aunque iba en contra incluso de sus intereses— que las ventajas obtenidas no eran más que "aparentes" puesto que iban a quedar anuladas en pocos meses con el alza de los precios. Peor para los obreros: no tenían más que esperar con toda calma los aumentos de salarios "normales" previstos por el gobierno.

En cuanto a las reivindicaciones "ilegítimas" —cogestión, poder obrero, cambio de las estructuras de la sociedad— ni quieren oír hablar de ellas porque traducen simplemente una locura de la clase obrera, inconsciente de sus intereses verdaderos.

Lo que hay que explicar a la gente, es que la violencia "incontrolada" tiene un sentido, que no es la expresión de una voluntad de desorden sino de la aspiración a un orden diferente.

Tomemos como ejemplo a los estudiantes, puesto que fueron ellos quienes desencadenaron el movimiento. ¿Qué es lo que quieren? Contestan: un "poder estudiantil". Es como no decir nada mientras no se intente definir su posición en la universidad y en la sociedad.

No es en absoluto la misma que la nuestra, hace treinta o cuarenta años. Cuando yo tenía 20 años, ya protestábamos por el sistema de los cursos "ex–cathedra". Pero éramos muy pocos y, ¡ay!, nos considerábamos una élite. Eramos 25 en la Escuela Normal —una promoción—, teníamos una biblioteca maravillosa, turnos para trabajar, cuartos para dormir, un poco de dinero en el bolsillo para

divertirnos. Considerábamos que los libros eran mejores que los cursos –era cierto– y nuestra forma de manifestarlo consistía simplemente en dejar de asistir a los cursos. Fui a la Sorbona una sola vez en todo un año, cuando los estudiantes de derecha decidieron boicotear el curso de un profesor cuyas ideas no eran de su agrado. Aquel día, los normalistas, que jamás ponían los pies allí, se repartieron por toda la Sorbona.

No nos ahogábamos porque éramos muy pocos. Trabajábamos con instrumentos perfectos. Preparé la agregatura con Nizan, Maheu –que ahora está en la UNESCO– Aron, Simone de Beauvoir. Se podía discutir con los profesores de la escuela y había polémicas perpetuas, pero todo eso pasaba en una atmósfera de ocio aristocrático.

UN SABER SIN VALOR

Hoy, es completamente distinto. Los estudiantes son tan numerosos que ya no pueden tener, con los profesores, las relaciones directas –ya difíciles– que nosotros teníamos antes. Hay muchos estudiantes que incluso no ven al profesor. Sólo escuchan, por intermedio de un altoparlante, a un personaje totalmente inhumano e inaccesible, que les espeta un curso del que no comprenden en absoluto qué interés puede tener para ellos. El profesor de facultad, es casi siempre –también lo era en mi época– un señor que ha hecho una tesis y que la recita durante todo el resto de su vida. Es también alguien que posee un poder al que está fuertemente ligado: el de imponer a los demás, en nombre de un saber que ha acumulado, sus propias ideas, sin que aquéllos que lo escuchan tengan el derecho de discutirlas. Ahora bien, un saber que no es constantemente criticado, y que se supere y reafirme a partir de esta crítica, no tiene ningún valor. Cuando Aron envejecido repite indefinidamente a sus estudiantes las ideas de su tesis, escrita antes de la guerra de 1939, sin que quienes lo escuchan puedan ejercer sobre él el más mínimo control crítico, ejerce un poder real pero que ciertamente no está fundado sobre un saber digno de ese nombre.

¿Qué es el saber? Es siempre algo que no es lo que uno creía, que ya no se adapta más porque una nueva observación, una nueva experiencia se realizó con mejores métodos o mejores instrumentos. Y aún esas nuevas experiencias son, a su vez, discutidas por otros sabios, unos conservadores, otros de avanzada. Siempre pasa así. La teoría de Einstein nació de una reflexión sobre la experiencia de Michelson y Morley, que contradecía los postulados de la física de Newton. De allí salió la relatividad einsteiniana, que treinta años más tarde también sería discutida.

Pero, me dirán, los estudiantes no pueden criticar eficazmente la enseñanza de un profesor puesto que, por definición, aún no saben nada. Primero, el que no sabe nada siempre sabe un poco más de lo que parece, como aquel esclavo a quien Sócrates hace redescubrir un teorema de matemáticas. Y además, sobre todo, la cultura no puede transmitirse si no damos a la gente, en todo momento, la posibilidad de discutirla.

Hice, a este respecto, dos experiencias muy significativas. Cuando era profesor en el Liceo de Laon, tuve como alumnos a hijos de grandes propietarios agrícolas para quienes un centavo era un centavo, una mesa una mesa, un toro un toro. No se trataba de sacarlos de aquel buen sentido materialista. Entonces me dije que había que empezar el año arrinconándolos un poco y explicándoles el idealismo kantiano. Su resistencia fue grande. La idea de que la realidad llamada exterior estaba constituida por la unidad interna de nuestra experiencia, les era insoportable. Sin embargo, luego de un mes de discusiones me dijeron: "¡entendimos!" Durante el resto del año me envenenaron la vida porque a todo lo que intentaba explicarles me oponían Kant: lo habían asimilado tan bien que siempre volvían a él.

Más tarde, como revancha, en el liceo Pasteur, en París, hice cursos "ex–cathedra". Los alumnos no discutían nada. Que el universo fuera una realidad exterior o una sucesión ligada de representaciones, que los niños desearan

a su madre o a su padre, ¿por qué no? Todo les parecía bien. Los diarios y la radio los habían curtido con una falsa cultura. No discutían nada, y a fin de año, no sabían nada. La única forma de aprender es discutir. Es también la única forma de hacerse un hombre. Un hombre no es nada si no discute. Pero también debe ser fiel a algo. Un intelectual, para mí, es eso: alguien que es fiel a un conjunto político y social pero que no deja de discutirlo. Puede suceder, naturalmente, que haya una contradicción entre su fidelidad y su discusión, pero es una buena cosa, es una contradicción fructífera. Si hay fidelidad sin crítica, la cosa no marcha: no se es un hombre libre.

ISLOTES RIDICULOS

La universidad está hecha para formar hombres críticos. Dicho de otra manera, un hombre de 45 años debería saber que las ideas que se ha formado, luego de haber discutido las de la gente que lo instruyó y lo ayudó, serán discutidas a su vez, dentro de cinco años por aquéllos que él instruya y que le dirán: "no es más eso, es otra cosa". Este es, en el fondo, el primer signo del envejecimiento. Esto sucede entre los 35 y los 45 años. Pero si, luego de haber dicho lo que se tenía que decir, se aprende a discutir con los demás, entonces, uno puede prolongar un poco su edad madura, en vida útil.

Ahora bien, nosotros tenemos aún hoy en la universidad, esos islotes ridículos que son los cursos "ex cathedra", dictados por señores que no se discuten nunca. Me juego la mano derecha a que Raymond Aron nunca se discutió y es por eso, que a mis ojos, es indigno de ser profesor. No es evidentemente el único, pero estoy obligado a hablar de él pues, en estos últimos días, ha escrito mucho. Sobre todo esto: "Es inconveniente que los estudiantes participen de una forma o de otra en la elección del enseñante". ¿Por qué? Porque el poder basado en el saber debe, según Aron, transmitirse de profesor a profesor, de adulto a adulto. Debe ser conferido desde arriba, así como eran los nobles,

bajo el Antiguo Régimen, y no los burgueses, quienes tenían el privilegio de ennoblecer a alguien.

Es normal, explica Aron, porque los estudiantes no saben nada: estudiantes de primer año no pueden juzgar el curso de un señor a quien aún no han oído. Hago notar aquí una cosa y es que la mayoría de los profesores que, en una facultad, eligen a otro, no pertenecen a la disciplina que enseña y no tiene ninguna idea del valor de su curso. Dicho esto, no son sólo los estudiantes de primer año los que deben pronunciarse sobre la elección de un profesor. Están los de segundo y de tercer año que han oído el curso y saben muy bien lo que piensan. Deben votar todos juntos.

Aron dice también: "Es inconcebible que los estudiantes ejerzan de un modo u otro la función de examinadores". ¿En nombre de qué? ¿Por qué los estudiantes de agregatura no pueden ser admitidos, llegado el caso, para juzgar los conocimientos de los estudiantes de licenciatura? Es tan concebible, al contrario, que ha sucedido muy frecuentemente, en Europa, en períodos de guerra o de revolución, que estudiantes reemplacen a profesores que habían sido asesinados o que habían tenido que huir.

BARRERA CONTRA HEGEL

Incluso si se trata de hacer participar en un jurado de examen, a estudiantes del mismo nivel de aquéllos cuyos conocimientos se verifican, la operación no tiene nada de absurdo, pues ustedes saben como yo, cuán importantes son en un examen, el humor, las manías intelectuales, las obsesiones del profesor. Si se levantó con el pie izquierdo, dará de mañana 2 y 4 a personas que de tarde habrían sacado 10. Y además, tiene sus opiniones. Me acuerdo de Gurvitch por ejemplo, si usted no le recitaba su curso de sociología exactamente como él lo había estructurado con a), b), c)..., usted estaba liquidado. Otro ejemplo, Lachelier que decía: "Mientras sea presidente del jurado de agregatura, todo el que hable de Hegel en su escrito no será

aprobado". Y Lachelier, efectivamente prohibió, durante algunos años, la filosofía de Hegel en Francia mientras se extendía por Inglaterra e Italia. De la misma manera Brunschwig —escuchábamos sus clases en la Sorbona porque nos parecía más diabólico que los demás— ni siquiera citó los nombres de Hegel y Marx en sus dos primeros libros y no dedicó más que ocho páginas a Hegel en el tercero, siempre sin mencionar a Marx.

Esa era la enseñanza incontrolada e incontrolable que nos daban y que nos dan aún hoy. Por eso es necesario que estudiantes, no sólo del año de estudio en curso, sino del año siguiente, estén allí para corregir si es necesario, un error, compensar un mal humor, y que el profesor sepa que es juzgado al mismo tiempo que juzga. Todo consiste en eso: si el que juzga no es, al mismo tiempo, juzgado, no hay verdadera libertad.

Tampoco la hay cuando —es el caso de hoy— todos los exámenes se transforman en concursos. Es una simple cuestión de número. Desde el momento en que hay "demasiados" estudiantes y se ha decidido no admitir más que a unos pocos, uno está frente a un concurso. Cuando los estudiantes dicen: "No más exámenes" ello significa en realidad: "No más concursos. No más universidad que sirve para fabricar un 5% de élite y un 95% de escoria". Reclaman por el contrario: un sistema que permita cultivarse al 100% de los ciudadanos, sin que los medios de especializarse, de hacerse matemático o cardiólogo sean rechazados por otra parte.

Es el sistema actual de selección, lo que hay que suprimir. Y no es imposible, como lo demuestran los progresos que se han logrado en la lucha contra una selección antes considerada como "natural": la de —por lo bajo— los niños retardados. Hace 30 años cuando uno tenía un hijo retardado, o llevaba a Ville–Evrard o al campo: estaba definitivamente fuera de concurso, pero no retardaba a otros niños.

Hoy se practican técnicas de recuperación que permiten reintegrar a la sociedad por lo menos a la mitad de los

niños retardados. Y todo eso gracias a que se cambió de óptica. En lugar de pensar en términos de élite y decir al niño: "Tú nunca formarás parte, tú eres un pequeño salvaje", se le dice: "Eres un hombre, la cultura te pertenece, puedes trabajar con los demás". Y cuando se sabe ayudarlo, lo logra.

En otro nivel, es exactamente la misma revolución que hay que hacer en la universidad. Es necesario que los profesores se fijen como tarea no ya la de descubrir entre la masa de sus estudiantes a aquéllos que les parecen dignos de integrarse a una élite, sino la de hacer acceder a la masa entera a la cultura. Esto supone evidentemente otros métodos de enseñanza. Esto supone que cada uno se interese por todos sus estudiantes, que cada uno trate de hacerse comprender por todos, que los escuchen mientras les hablan. Esto supone que nadie más considere, como Aron, que pensar solo detrás del escritorio— y pensar lo mismo desde hace 30 años— representa el ejecicio de la inteligencia. Esto supone sobre todo que cada enseñante acepte ser juzgado y discutido por aquéllos a quienes enseña, y que se diga: "Me ven completamente desnudo". Es incómodo para él pero es necesario que pase por ello si quiere hacerse digno de enseñar. Es necesario, ahora después que Francia entera ha visto a De Gaulle completamente desnudo, que los estudiantes puedan mirar a Raymond Aron completamente desnudo. Se le devolverán sus ropas si acepta la discusión.

(Opiniones recogidas por Serge Lafaurie)

JEAN PAUL SARTRE

DIALOGO CON " DER SPIEGEL "

SPIEGEL: A fines de mayo el estado gaullista parecía hallarse al borde del colapso. A comienzos de julio ese poder parece ser más fuerte que nunca. En las elecciones parlamentarias los gaullistas han conquistado 116 escaños más. ¿Cómo explica usted tan sorprendente viraje? ¿La izquierda es responsable del mismo? ¿No ha estado a la altura de su misión?

SARTRE: Eso depende de qué izquierda se hable. Si se trata de los partidos grupos y hombres que representan la izquierda "política", entonces la respuesta es: sí, no estuvieron a la altura de su misión.

Pero existe otra izquierda, que preferiría llamar la izquierda "social" y a la que pudo verse en las fábricas en huelga, en las facultades ocupadas y en las manifestaciones callejeras. Esta izquierda cumplió cabalmente con su misión: fue lo más lejos posible, y sólo experimentó una derrota, en último término, porque sus "representantes" la engañaron.

SPIEGEL: ¿Esto lo tomó a usted de sorpresa?

SARTRE: No, no es algo nuevo. Desde mediados del siglo pasado, en Francia existe una diferencia esencial entre la realidad social y su forma política de expresión. Coexisten dos imágenes del país, inconciliables entre sí: una

surge del resultado de las elecciones; la otra, mucho más profundamente enraizada, brota como un relámpago con motivo de los movimientos populares espontáneos. Que estas dos imágenes nunca coinciden entre sí, pudo verse cuando el Frente Popular, en 1936: los trabajadores tuvieron que "inventar", en ese entonces, ocupaciones de fábricas y desencadenar un movimiento huelguístico sin precedentes, para que cobrara forma un movimiento político que luego se tradujo en una amplia mayoría izquierdista en el parlamento. El entonces jefe del consejo de ministros, León Blum, que llegó al poder empujado por esa oleada, hizo por otra parte todo lo posible para poner freno al movimiento de masas.

SPIEGEL: ¿De modo que el famoso Frente Popular de 1936 constituye, en el fondo, un mal ejemplo?

SARTRE: En 1936 por lo menos existía una coincidencia entre el voto de los electores y la acción. Pero ocurre —y esto lo hemos experimentado ahora en Francia— que esa coincidencia no existe. Y precisamente porque los trabajadores o los integrantes de las capas medias, sólo pudieron adoptar una actitud radical durante la acción. Cuando se comete el error, o se recurre a la artimaña, de reducir el movimiento a una elección entre los aparatos políticos, llegado el caso se condena en el cuarto oscuro justamente lo que se ha hecho en la calle.

A esa Francia que en mayo procuró reencontrar su "imagen social" detrás de todas las mentiras que la recubrían, a esa Francia que precisamente había inventado algo nuevo y se había vuelto conciente de sí misma, mediante la resistencia directa contra la violencia policíaca del poder estatal, se le impuso de nuevo y bruscamente su "imagen política".

SPIEGEL: Usted alude a la imagen del Partido Comunista, de la Federación de la Izquierda del PSU y de sus querellas políticas.

SARTRE: Sí, se trata de esos métodos anquilosados, que han llevado a los candidatos de la izquierda a, ni siquiera, esforzarse por cambiar una palabra en los discursos

que repiten desde hace diez años. Entre los políticos de derecha, uno o dos candidatos reconocieron que "ha ocurrido algo con lo que hay que contar". Entre los izquierdistas se actuó como si el movimiento de mayo nunca hubiese existido. En todo caso se actuó de manera que ese movimiento cayera lo antes posible en el olvido.

En un cartel comunista llegué a leer, incluso, la frase siguiente: Vote por el Partido Comunista, que hizo esto y lo de más allá y que "ha evitado la guerra civil". Es ya fantástico que se haya tenido que llegar a tamaña confesión.

SPIEGEL: Anteriormente, usted expresaba a menudo reservas acerca de la política del Partido Comunista. Pero lo consideraba como el partido revolucionario de la clase obrera. ¿Los acontecimientos de mayo en Francia lo han llevado a modificar su punto de vista?

SARTRE: Soy de la opinión de que en esta crisis el Partido Comunista adoptó una posición que de ningún modo fue revolucionaria, y que por otra parte ni siquiera era reformista.

El Partido Comunista y la CGT, en primer término, hicieron todo lo posible para reducir las exigencias de la clase obrera a meros "reclamos salariales", que por cierto estaban justificados, pero que fueron utilizados para dejar de lado la exigencia clasista de modificar las estructuras sociales. Luego, cuando De Gaulle habló de elecciones parlamentarias, los comunistas de inmediato siguieron sus huellas. El secretario general del partido, Waldeck Rochet, aclaró enseguida: "Nunca exigimos otra cosa".

El Partido Comunista se encontró así en una situación de complicidad objetiva con De Gaulle: cada uno favoreció al otro, al exigir en común la realización de elecciones parlamentarias.

Sin duda, De Gaulle caracterizó al Partido Comunista como el enemigo principal, al acusarlo, a sabiendas de que esto era falso, de ser la organización responsable de los "desórdenes de mayo". Pero con ello les daba a los comunistas la posibilidad de crearse nuevamente una especie de prestigio. Y De Gaulle estaba muy interesado en

presentarlos como los instigadores de la revuelta, ya que los comunistas actuaban como adversarios "leales", decididos a ajustarse a las reglas de juego y, por lo tanto, aparecían como contrarios menos peligrosos.

SPIEGEL: ¿Está de acuerdo con la opinión de que el Partido Comunista francés en esta situación se ha comportado como un movimiento social–democrático?

SARTRE: Creo que debemos guardarnos de los rótulos y de los juicios simplistas. La tesis de que el Partido Comunista "se ha convertido en un partido social-democrático", no ayuda a comprender la actitud del mismo. Es mejor tratar de encontrar una explicación de por qué los comunistas han aceptado las elecciones, aunque sabían que marchaban hacia una derrota, una derrota que...

SPIEGEL: ... quizás no esperaban.

SARTRE: ... que quizás no esperaban que alcanzara esa magnitud, pero de la que estaban absolutamente seguros. A mi juicio, se resignaron a las elecciones porque bajo ningún concepto querían tomar el poder, y esto por dos razones.

La primera razón es que la izquierda no hubiese estado en condiciones de mantener las promesas, que los trabajadores franceses habían arrancado a los empresarios y al gobierno. La izquierda no estaba dispuesta a ello, y el Partido Comunista no quería tomar para sí la responsabilidad por los aumentos de precios, la devaluación o la crisis del comercio exterior, que inevitablemente sobrevendrán dentro de unos meses. ¡Que los gaullistas se las arreglaran como pudieran!

Pero estas catástrofes económicas sólo nos amenazan porque los empresarios quieren mantener el sistema del beneficio. ¿Por qué un gobierno socialista o comunista, en caso de que llegara al poder, no podría practicar una política económica totalmente diferente? ¿Por qué un gobierno de esa naturaleza no podría realizar una auténtica revolución?

Y aquí llegamos a la segunda razón que hace que los comunistas se abstengan de tomar el poder: desde hace

cuarenta años han elaborado de manera muy acabada, la teoría de la revolución en los países en vías de desarrollo, pero nunca comprendieron la revolución en los países industriales "adelantados".

En un país industrial altamente desarrollado el nivel de vida es relativamente alto, pero la economía adolece de una fragilidad extrema. Descansa sobre una organización técnica tan compleja, que la falla de algunos elementos puede ser causa suficiente de la detención de toda la máquina. Esta economía depende también de la red de relaciones comerciales con el exterior.

En la mayor parte de los países adelantados, la agricultura ya no suministra todos los productos requeridos por la población. Deben obtenerse productos alimenticios en el exterior, y exportar bienes para poder pagar aquéllos.

La independencia absoluta es cosa del pasado. Ya no se puede, como lo hizo la Unión Soviética en sus primeros años, cerrar las fronteras, alimentar a todos los ciudadanos con la producción de los propios campesinos, y discurrir sobre los problemas del "socialismo en un solo país".

La revolución en Francia no sucederá nunca del mismo modo que aconteció en la Rusia de 1917. Pero esto no significa que la revolución sea imposible en Francia. Se trata solamente de encontrar nuevas formas de lucha y de analizar cómo puede crearse la organización de un poder estatal revolucionario en la sociedad neocapitalista, o sea en la llamada sociedad de consumo.

SPIEGEL: ¿Por qué nunca se ha emprendido un análisis de ese carácter?

SARTRE: Porque los partidos comunistas de occidente, y en particular el Partido Comunista francés, fueron adiestrados por el estalinismo para no tomar el poder.

En Yalta se repartió el mundo, ese reparto era bueno y los sóviets procuraron atenerse al acuerdo allí concertado. A los comunistas occidentales se les encomendó no ir "demasiado lejos".

Todas las personalidades que dentro del PC intentaron aprovechar las ventajas logradas por los comunistas con

su admirable actitud durante la guerra; todos los comunistas que trataron de hacer prevalecer formas más revolucionarias; todos los comunistas que incitaron a los trabajadores a mostrarse más combativos, fueron llamados al orden por el partido, silenciados o expulsados. Precisamente porque el objetivo del partido no era hacer la revolución.

SPIEGEL: Usted se refiere a la influencia de la Rusia estalinista sobre la actitud del Partido Comunista francés. Pero quizás no haya sido menor la influencia de los sucesores de Stalin. También después de Stalin, pongamos por caso, el Partido Comunista ha señalado frecuentemente el "aspecto progresivo" de la política exterior gaullista.

SARTRE: De acuerdo. Estoy seguro de que para los sóviets fue muy desagradable que De Gaulle atacara tan ásperamente al Partido Comunista, pero sin duda se sintieron muy aliviados cuando De Gaulle finalmente conservó el poder.

En este aspecto hay que salir al encuentro de una ambigüedad: es cierto que la política exterior de De Gaulle, al menos aparentemente, beneficia a los estados socialistas y al Tercer Mundo. Pero es una actitud puramente verbal. No reprocho a De Gaulle, por ejemplo, lo que dice sobre el imperialismo norteamericano. Le reprocho el no haber puesto a Francia en situación de practicar la política independentista definida por él.

Cierto que los órganos directivos de la NATO ya no están radicados en Francia, pero seguimos dentro del marco de la alianza atlántica. El gobierno francés desenterró el hacha de guerra contra el dólar, pero las inversiones norteamericanas en Francia aumentan sin cesar y, como lo sabe todo el mundo, también en las industrias claves, como la electrónica, decisivas para la ampliación de nuestra economía.

SPIEGEL: ¿De modo que la política exterior "progresista" de De Gaulle es sólo una fachada?

SARTRE: Sí, y esto tendría que decirlo el Partido Comunista. Si no lo hace es porque él mismo carece de toda política exterior y, en este dominio, prefiere mantenerse a remolque de la Unión Soviética.

Pero es perfectamente comprensible que la Unión Soviética, sin forjarse mayores ilusiones sobre la política exgerior gaullista, prefiera que en Francia permanezca en el poder un general surgido de la burguesía, cuya actitud en último análisis resulta provechosa a aquélla. Y prefiere este general a un Waldeck Rochet. Porque un comunista tropezaría con una resistencia mayor, si tratara de aplicar una política exterior coincidente con los intereses de la Unión Soviética.

SPIEGEL: Quizás el Partido Comunista de Francia, durante la crisis de mayo, no se haya podido conducir de otra manera que como lo hizo, porque los trabajadores ya no son revolucionarios. Esos obreros estaban dispuestos, sí, a lanzarse a la huelga por reivindicaciones puramente profesionales, pero no a colaborar con los estudiantes en su ataque total contra el orden social. Aquí reencontramos las ideas de Herbet Marcuse sobre la integración progesiva de la clase obrera en la sociedad de consumo. Marcuse habla de una "confortable carencia de libertad". Considera que las fuerza de choque revolucionarias sólo pueden surgir de las capas marginales de la sociedad: de los estudiantes, los desocupados, las minorías sociales, como por ejemplo los negros de los Estados Unidos. ¿Comparte usted esa concepción?

SARTRE: En este punto no coincido totalmente con Marcuse. En primer lugar debe definirse qué entendemos por "movimiento revolucionario". Se trata, por supuesto, de un movimiento en el cual los hombres aunque no tengan una ideología común, compartan por lo menos la voluntad de destruir el sistema en que viven. Se trata además de ser consciente de cuán necesario es encontrar nuevas formas de lucha y de resistencia contra el poder. Pero esto presupone, cuando menos, que este movimiento tenga la posibilidad teórica de hacer la revolución.

SPIEGEL: Los estudiantes, sin embargo, pueden ser el detonador.

SARTRE: Y lo han sido. Pero eso no es todo, y los estudiantes incluso tienen plena conciencia de ello. Para

tener posibilidades de hacer la revolución, es menester estar en condiciones de oponer al poder existente un contrapoder. Frente al aparato represivo de las clases poseedoras, del gobierno y del ejército, el único poder que puede resultar efectivo es el de los productores, vale decir, el de los obreros.

El arma de los obreros —la única arma, pero el arma absoluta— es la negativa a suministrar a la sociedad los productos necesarios. Todo el sistema se paralizaría entonces.

SPIEGEL: Un arma absoluta, pero sólo en el caso de que se esté decidido a empuñarla.

SARTRE: Ciertamente, sólo se puede llegar al colapso cuando el productor se lanza a la lucha. Si, por el contrario, se declara que la clase obrera —la única productiva— está anulada en la "sociedad de consumo" como clase revolucionaria, nunca se llegará a una revolución en este orden social.

Sé que Marcuse llega a esta conclusión. Pero creo que los acontecimientos en Francia la refutan. No se debe olvidar, finalmente, que los estudiantes no han estado solos. Diez millones de huelguistas los siguieron. Se podrá decir que no desde el primer día ni hasta el fin, pero sí con suficiente rapidez y amplitud como para dejar perplejos a los propios obreros. Estos, sin haberse puesto de acuerdo entre sí, se vieron arrastrados a un movimiento que se radicalizó espontánea y progresivamente y que, por último sostuvo una nueva reivindicación: dignidad, soberanía y poder.

Los obreros se lanzaron a la lucha con un sentimiento de libertad completamente nuevo, pero sin comprender siempre lo que les sucedía. La prueba de ello es que cuando se les impartió la consigna, cuando se les exigió que depositaran una papeleta de votación, dieron —por lo menos muchos de ellos hicieron así— sus votos a De Gaulle.

Esto es típico. Pero lo importante es que aconteció una acción que todos tenían por inimaginable. Si la misma, empero, tuvo lugar, puede suceder otra vez, y esto desvirtúa el pesimismo revolucionario de Marcuse.

SPIEGEL: En Alemania, no obstante, no existe vínculo alguno entre las "minorías activas", en especial los estudiantes, y las masas obreras. La mayor parte de los trabajadores adopta una actitud hostil ante el movimiento de los estudiantes socialistas revolucionarios. También en Francia parece cualquier cosa, menos fácil, lograr esa vinculación.

SARTRE: Concedido. No se puede afirmar que la masa de los trabajadores franceses estuviera bien dispuesta respecto al movimiento estudiantil. Lo que ocurrió, fue mucho más complicado que eso.

Los estudiantes al principio fueron solos a la lucha. Y luego se realizó la gran manifestación del 13 de mayo, desde la Place de la République hasta la Place Denfert–Rochereau, en la que partiparon las organizaciones obreras. Pero los trabajadores estaban muy fuertemente controlados por la CGT, orientada por los comunistas. La CGT quería limitar el contacto entre estudiantes y obreros y dio rápidamente la orden de disolver la manifestación.

Aun así, hubo algunos contactos: ese mismo día, por la noche, en el Campo de Marte se reunieron estudiantes y jóvenes obreros, para discutir entre sí. Pero no hablaban el mismo idioma, y se observaron perplejos, sin poder comprenderse.

SPIEGEL: Un fracaso, pues.

SARTRE: ¿Pero qué ocurrió entonces? Uno o dos días después, los obreros jóvenes ocuparon sus fábricas y desencadenaron un movimiento huelguístico que se extendió por todo el país. Lo hicieron por su propia cuenta, por sí mismos, sin un nexo conciente con los estudiantes.

Más, es claro que la manifestación en común contituyó el origen de su actitud. Los estudiantes habían sido el detonador de un movimiento que ahora se extendía sin su concurso. Nuevamente la CGT se preocupó, en todas partes, por impedir el intercambio de ideas entre estudiantes y obreros. Esto coincidía con la política del Partido Comunista, que siempre ha consistido en separar a los intelectuales de los trabajadores: se crean células en la Sorbona, en los

barrios obreros y en las fábricas, pero nunca células donde puedan encontrarse obreros y estudiantes.

De todos modos, el intercambio de ideas en el plano de la discusión era muy difícil: la gente que no procede de la misma capa social, nunca tiene algo que decirse; sólo pueden hacer algo en común. Por eso las únicas relaciones positivas, durante el mes de mayo, surgieron en las "comisiones Revolucionarias de Acción", fundadas en numerosos lugares.

Estas comisiones no se propusieron como misión la de discutir, sino la de actuar. Se pusieron a disposición de los obreros en huelga, les procuraron lo que necesitaban, alimentos, por ejemplo. Y participaron en los piquetes a la puerta de las fábricas. Allí pudo entablarse la discusión porque, previamente, había tenido lugar una acción común.

Actualmente han finalizado las huelgas, y entre el movimiento estudiantil y los obreros ya no existe una relación general. Pero lo que se desarrolló en mayo, no lo considero, de ningún modo como un fracaso. Porque los contactos entablados dentro de las comisiones de acción se mantendrán. Conozco a muchos jóvenes que siguen reuniéndose con obreros o empleados, junto a los cuales habían luchado durante el movimiento huelguístico.

No se ha demolido la muralla que separa a intelectuales y obreros, pero tenemos ya la prueba de que en una acción común puede ser derribada.

SPIEGEL: Lo que sorprende particularmente en el movimiento francés de mayo, es su carácter "anarquista libertario". ¿Cree que ese carácter se encuentra también en los movimientos de otros países? ¿Y que se puede hablar de una revuelta contra la civilización moderna en su conjunto, tanto en los países capitalistas como en los socialistas?

SARTRE: No creo que se pueda generalizar ese concepto de "movimiento anarquista libertario". Me parece que está cortado a la medida de occidente, y particularmente de Francia, donde se apoya en una fuerte tradición anarquista.

No es posible equiparar el orden social de los países socialistas, que podría definir como "sociedades de producción", con nuestra "sociedad de consumo" occidental. El problema en estos países no es el mismo y, en consecuencia, la lucha de los trabajadores adopta también formas diferentes.

Pero estos diferentes tipos de sociedad tienen un rasgo común: ni en el uno ni en el otro "existe" el hombre como individuo libre y responsable. Esto no significa que en todas partes se le niegue —como a los negros en los Estados Unidos— la posibilidad de integrarse al orden social. No, se trata de algo más complejo.

SPIEGEL: ¿Puede decirse, entonces, a título de ejemplo, que el ciudadano francés no es libre?

SARTRE: En primer término es un consumidor, pero un consumidor "manipulado", a quien no se le deja la elección de consumir lo que desea, aunque al mismo tiempo se le hace creer que ejerce su libertad, al adquirir los mismos productos que todos los demás. En una revista femenina, en un anuncio de trajes de baño, he leído esta frase singular: "Audaz o discreta, pero cada vez más usted misma". En otras palabras: "compre igual que todas para ser como ninguna". He ahí la manipulación.

El ciudadano francés es también un productor, pero en este dominio la enajenación es mucho más clara. En este plano, sea obrero, empleado ejecutivo o estudiante, su destino se le escapa totalmente de las manos. Nunca es sujeto; siempre, objeto. Sin consultarlo, se le ha fijado desde afuera su salario, o la prueba que debe rendir. Lo han puesto sobre los carriles, y no es él el guardagujas.

Lo mismo ocurre en los países socialistas, con la diferencia, sí, de que el objetivo no es el consumo, sino "la producción por la producción misma". La máquina gira en torno de sí misma", y en este proceso al individuo no se le asigna un lugar. Este lugar se encuentra rigurosamente fuera de las exigencias, para él abstractas, de un plan en cuya elaboración no ha participado. En Checoslovaquia, pongamos por caso, una rebelión contra el sistema deshumaniza-

do de la producción por la producción misma, ha desembocado en una reivindicación de libertad.

SPIEGEL: Después del movimiento de mayo, en Francia todos han dicho —y el gobierno lo ha admitido en cierta medida— que "ya nada podrá ser como era antes". El general De Gaulle incluso ha hablado, en la televisión, de un orden social que no sería "ni capitalista ni socialista", y que se fundaría en la "participación". ¿Cree que en Francia se puede crear realmente un nuevo sistema?

SARTRE: El gobierno hablará siempre de reformas, pero nunca realizará ninguna que realmente cambie algo. En los labios de Pompidou y De Gaulle la palabra "participación" no quiere decir nada. Naturalmente, es posible concebir una verdadera "participación", que daría un poder de decisión real en las fábricas a los trabajadores. Pero los empresarios rechazarán siempre este tipo de participación y tampoco De Gaulle quiere oir nada de eso. Se inventará entonces una falsa "participación", que no limite en nada los plenos poderes de los empresarios; algo así como las "comisiones de empresa" creadas en 1945, que no fueron totalmente inútiles, pero que nada cambiaron en el sistema.

Por otra parte, coincido plenamente en que las cosas en Francia nunca serán como antaño, y ello por dos motivos: el primero es que la juventud ha sido politizada irreversiblemente, y no sólo los estudiantes universitarios, sino también los liceales. Niños de diez años, con hermanos y hermanas mayores, después de la experiencia de mayo ya saben por qué no les gusta más este orden social.

Entre los jóvenes, e incluso en esos niños, existe una tendencia notabilísima a las acciones violentas, lo que en ellos no se trata de un capricho, sino de una clara idea de lo que les espera: se les encierra en una contradicción. Por una parte, no tienen mayores esperanzas de integrarse en el orden social, porque tropezarán con una profusa serie de obstáculos, ubicados en el sistema educativo, para que sólo una pequeña élite acceda a la cumbre. Por otro lado, los puestos que podrían conquistar, en caso de superar todos estos obstáculos, les repugnan de antemano, ya que en ellos

se volverán meros objetos, herramientas de un sistema que los ha "especializado" para el desempeño de una tarea precisa.

Los jóvenes comprenden esto muy velozmente, y por eso entra hoy en escena una inesperada generación de revolucionarios quinceañeros.

SPIEGEL: Pero entre los obreros jóvenes tal conciencia debe de existir apenas.

SARTRE: Entre los jóvenes trabajadores se procesa, desde todo punto de vista, algo similar. No están abocados, naturalmente, a los mismos problemas que los estudiantes, pero comienzan a comprender que los aumentos de salarios, por los que sus padres han luchado —y que les han reportado significativas ventajas materiales: automóvil, televisor, máquinas de lavar—, no constituyen la única clave de la liberación obrera. También ellos exigen más poder, sobre su trabajo y sobre su vida.

El segundo motivo, por el cual ya nada será como otrora, es que los aumentos salariales concedidos han quebrado la economía francesa. Desde su punto de vista los empresarios no se equivocan cuando afirman que la economía no puede soportar esta nueva carga. En el sistema actual, realmente no puede. Es imposible mantener tanto los beneficios de los empresarios como el actual nivel de precios y encima la capacidad competitiva del empresariado francés dentro del Mercado Común. ¿Pero quién piensa en reducir los beneficios?

Por tanto, mediante subvenciones o exenciones impositivas, se procurará salvaguardar lo mejor posible la posición de la industria exportadora y quitar de nuevo a los obreros, a través de aumentos de precios, lo que se les ha concedido. Pero los trabajadores lo advertirán. Comprobarán que su poder de compra, aumentado durante algunos meses, se encuentra al mismo nivel de antes o incluso por debajo de éste. No lo aceptarán fácilmente. En ese momento, muy probablemente, por detrás de la falsa imagen política suministrada por las elecciones, resurgirá la violencia de las verdaderas fuerzas sociales.

SPIEGEL: Los jefes de la izquierda política, como François Mitterrand, Guy Mollet, Waldeck Rochet, no estaban —es lo menos que se puede decir— a la vanguardia del movimiento de mayo. A su juicio, ¿de esta crisis puede surgir un nuevo movimiento revolucionario, independiente de todos los viejos partidos, y más combativo que éstos?

SARTRE: Los comunistas siempre sostuvieron el punto de vista —que hasta hoy había resultado correcto— de que los movimientos revolucionarios que pretendiesen estar a la izquierda del Partido Comunista, de hecho dividían a la clase obrera y, que, por último, "objetivamente", siempre estaban a la derecha del Partido Comunista. Si hoy se quiere discutir este punto, el problema, en mi opinión, está mal planteado. Nadie debe preguntarse si está a la derecha o a la izquierda del Partido Comunista, sino si realmente está en la izquierda.

¿Quién estuvo en mayo en la izquierda? No Mitterrand y Guy Mollet, por cierto. Sólo querían aprovechar la oportunidad de llegar al poder. No trataron de comprender lo que en la situación había de profundamente nuevo.

En la izquierda, evidentemente, tampoco estaba el Partido Comunista. Hizo todo lo posible por frenar el movimiento. Facilitó las cosas para que el movimiento encallara en las elecciones. Los comunistas y no es una sorpresa, atacaron e insultaron a los estudiantes más combativos. "L'Humanité", el órgano central del PC, sólo protestó en unas pocas líneas cuando el gobierno prohibió a los "grupitos" que estuvieron en el origen de todo el movimiento. A la luz de estas experiencias, estoy convencido de que todos los actuales jefes de la izquierda, dentro de diez años no representarán nada. Tampoco veo cuál es el peligro de que se formara, fuera del Partido Comunista y a su izquierda, un movimiento revolucionario. Hasta creo que es inevitable y que allí radica la única posibilidad de "aflojar" la política del Partido Comunista: es menester dar a los verdaderos revolucionarios que aún se encuentran dentro del partido, la posibilidad de que sus voces sean escuchadas y de fijar una nueva orientación del partido.

SPIEGEL: Que la crisis francesa haya ocupado tan intensamente a la opinión mundial, se debe a que aún no había ocurrido algo de esta naturaleza en una sociedad industrial moderna. Se nos plantea la pregunta: ¿esta crisis brota de premisas históricas y sociales que constituyen una peculiaridad francesa? ¿O es posible una explosión similar en otros países desarrollados, a modo de ejemplo en Alemania?

SARTRE: Estoy convencido de que lo mismo puede ocurrir en Alemania. Muchas de las ideas que influían en los estudiantes franceses, procedían de los estudiantes socialistas alemanes, ante todo la idea de que el movimiento estudiantil nunca puede desarrollarse ampliamente, si no establece una vinculación con el movimiento obrero.

Ustedes han dicho que tal vinculación sería casi imposible en Alemania. Pero también en Francia se la ha considerado imposible. Y sin embargo, pese a enormes dificultades y sin que la cosa pudiera desarrollarse mayormente, se estableció esa vinculación. No veo ninguna razón de que el mismo fenómeno no debiera producirse algún día en Alemania. Hasta diría que allí existen mejores posibilidades de que tal cosa ocurra.

En Francia se ha comprobado lo siguiente: los trabajadores que exigían con mayor rigor el "poder obrero", controles sobre los dirigentes de las empresas y participación real en las decisiones, no pertenecían a las capas profesionales inferiores, sino que habían alcanzado un nivel de vida relativamente alto y una calificación profesional similarmente elevada. Ahora bien: la masa de los trabajadores alemanes tiene un nivel de vida superior al de la francesa. Los trabajadores de allende el Rhin participan más ampliamente en el bienestar de la "sociedad de consumo". Quizás eso los lleve a volverse conscientes de los límites del bienestar y la enajenación que ese bienestar sigue aparejando.

El movimiento francés, al que nadie previó, reveló algo que, de todos modos, me parece muy importante: que absolutamente ninguna de las burguesías que se encuentran

en el poder está a salvo de un "terrible sobresalto".

SPIEGEL: ¿Ninguna burguesía, ni la francesa, ni la alemana? ¿Cuál es su opinión acerca del presente régimen en la República Federal?

SARTRE: La República Federal es el país de Europa que más se asemeja a los Estados Unidos. Como ustedes saben, no me agrada mayormente el sistema norteamericano; de modo que me siento muy dolorosamente impresionado por el hecho de que Alemania se haya lanzado por esa vía. Es la vía del confort social–democrático.

Pero no soy pesimista respecto al futuro de Alemania, pues compruebo que hoy existe una joven Alemania, que cuenta con toda mi simpatía; que los estudiantes socialistas, e incluso, aunque aún sean poco numerosos, que los obreros jóvenes, ya no aceptan el sistema actual.

SPIEGEL: Pero estas fuerzas hasta el día de hoy no han sido muy relevantes, y no se ve cómo podrían llegar a serlo.

SARTRE: No digo que tomarán el poder mañana, pero estoy absolutamente seguro de que cada vez se sentirán menos aislados. Porque ya hoy constituyen parte de un gran movimiento internacional.

A mi juicio, el nacimiento de un verdadero internacionalismo es el acontecimiento más trascendente de los últimos años. Antes se hablaba a menudo de internacionalismo. Pero cuando, por ejemplo, después de la Comuna de París, se exterminó a decenas de miles de obreros, fuera de Francia no se produjo ninguna manifestación o huelga solidaria.

Hoy, casi el mismo día, las rebeliones en un país encuentran su eco en el extranjero. Hace un par de semanas, pongamos por caso, los estudiantes de la Universidad de California se hicieron aporrear en las calles de Berkeley. Querían expresar su solidaridad con los estudiantes y trabajadores franceses.

Quizás los estudiantes revolucionarios se sienten aislados en la Alemania actual. Pero saben que no lo están en el mundo, y que tienen aliados en Praga, en Nueva York, en Belgrado, en París, San Francisco, Milán y por doquier. Muchas de las ideas revolucionarias de los estudiantes franceses proceden de Alemania. Volverán allí, procedentes de Francia o de cualquier otro lugar.

SPIEGEL: Monsieur Sartre, le agradecemos esta conversación.

(Tomado del número del 15 de julio de 1968 de "Der Spiegel". La entrevista con Sartre fue mantenida por los redactores de "Spiegel" Dieter Wild y Georg Wolff. Traducción del alemán por Pedro Scaron).

ALFRED KASTLER

COMO FUERON TRAICIONADOS LOS ESTUDIANTES

*** En pocas horas, en la noche del 10 al 11 de mayo, París tomó el aspecto de Madrid. Luego de 10 años de paternalismo, el régimen renegaba de su juventud.**

El 1º de mayo volvía a París de un viaje al Cercano Oriente. Acababa de asistir a las joranadas franco—israelitas de física. Al abandonar Israel había hecho escala en Estambul y en Viena-para dar conferencias. En la mañana del 1º de mayo, había visto desfilar por el Rhin en Viena a los obreros austríacos, con música y banderas rojas a la cabeza. Hermoso desfile pacífico bajo un magnífico sol de primavera.

Durante mi ausencia, un colega se había encargado de mis horas de clase en la facultad, pero a mi regreso tenía que cederme una parte de las suyas. Me alegraba de reencontrarme con mis estudiantes, a los cuales debía dar clase en la mañana del lunes 6 de mayo.

Pero durante mi ausencia se habían producido graves acontecimientos. La facultad de letras de Nanterre, donde se habían producido tumultos entre grupos de estudiantes, acababa de ser cerrada. Y el grupo duro de Nanterre había

organizado un mitin de protesta en el patio de la Sorbona para el viernes 3 de mayo. El grupo Occidente había prometido desbaratarlo. Para armarse con vistas al tumulto, los estudiantes que ocupaban la facultad empezaron a deshacer las mesas y las sillas. Varios profesores de letras, enloquecidos, presentes en la Sorbona, informaron de ello al rector. Este llamó por teléfono al ministro y se pusieron de acuerdo para hacer evacuar el patio de la Sorbona mediante la policía y para cerrar sus puertas. El resto ya lo sabemos: negativa de salir por parte de los ocupantes más resueltos, choques con la policía, arrestos de cierto número de ellos, emoción de los estudiantes reunidos en la calle y propagación de la agitación a través del Barrio Latino al grito de "liberen a nuestros compañeros". Gases lacrimógenos. Pedrea. La rebelión de los estudiantes había comenzado.

UNA ASOMBROSA MADUREZ

Por espíritu de solidaridad, los estudiantes de las demás facultades tenían que proclamar la huelga, con la U.N.E.F. como portavoz. El sindicato nacional de la enseñanza superior, que agrupa a la mayoría de los asistentes y adscriptos —pero que no cuenta en sus filas más que con un pequeño porcentaje de profesores y maestros de conferencias— decidió unirse al movimiento. Cuando entré, el lunes de mañana, en la antecámara del anfiteatro 22, donde debía dictar mi curso, algunos estudiantes me presentaron un llamado firmado por varias personas —y entre ellas, varios colegas, no sindicados, a quienes tengo particular estima— que nos exhortaba a asociarnos a la huelga de los estudiantes.

Se trataba de protestar contra la entrada de las fuerzas policiales en los locales universitarios, contra la clausura de la Sorbona y el cierre del Barrio por las fuerzas policiales, contra el rechazo por el gobierno, de las aspiraciones de la juventud. Decidí renunciar a dar mi clase y abandoné la facultad para volver a mi laboratorio. Fue

entonces que supe, por un diario comprado en el camino, que un tribunal de urgencia había aprovechado el domingo para condenar a varios meses de cárcel a algunos estudiantes arrestados y entre ellos al presidente del círculo católico Saint—Ives. Era patente que el gobierno se proponía adoptar una actitud represiva cuya extensión y consecuencias no podían calcularse.

En el transcurso del día lunes la efervescencia estudiantil creció. Por medio de la voz de la U.N.E.F., los estudiantes reclamaron anmistía para los condenados, el retiro de las fuerzas policiales, la reapertura de la Sorbona.

En la noche, Jacques Monod me preguntó por teléfono si quería asociarme a André Lwoff, François Jacob, François Mauriac y a él para dirigir al Presidente de la República un telegrama pidiéndole que tomara la iniciativa de la decisión de anmistía. Les di mi apoyo. Por mi parte me puse a redactar el artículo: "Para que la razón triunfe", que envié al día siguiente a "Le Monde" y que apareció en la tarde del miércoles.

El martes de tarde, volví a la Facultad de Ciencias a la hora en que debía realizarse mi clase, y encontré reunidos en el anfiteatro a estudiantes, asistentes, profesores que discutían con animación. Me uní a ellos. Había algo completamente nuevo en la manera cómo profesores y alumnos se trataban en un pie de total igualdad. Prometí volver al día siguiente. En el transcurso de estas entrevistas, comprobé en algunos estudiantes una asombrosa madurez en lo que concierne a la comprensión de los problemas de la investigación, pero me chocó encontrar en otros una ingenuidad desarmante. Su pasión, el ardor de sus convicciones, eran contagiosos. Estos coloquios que se prolongan aún hoy en nuestros anfiteatros habrán impedido la reiniciación normal de los cursos. Pero aportarán a la formación política de nuestras jóvenes élites una contribución decisiva. Y más de uno de los que participarán mañana en la conducción de nuestro país habrán hecho aquí su aprendizaje.

EL CIERRE DE LA SORBONA

El martes de noche tuvo lugar la primera gran manifestación del mundo estudiantil a través de París. El servicio de orden había sido notablemente organizado para la U.N.E.F. Llegamos a la conclusión de que el mejor medio de prevenir incidentes tan lamentables como los ocurridos en el patio de la Sorbona sería probablemente encargar a los estudiantes que aseguraran su propia disciplina.

En la jornada del miércoles la tensión aumentó. El jefe de Estado permaneció sordo al pedido de amnistía. La clausura de la Sorbona y del Barrio Latino se hacía cada vez más intolerable. La temperatura subía peligrosamente entre los estudiantes. Hacia mediodía me enteré de que nuestro decano y sus asesores, acompañados de representantes de las diferentes disciplinas, se reunieron en el rectorado y decidí unirme a ellos. El rector estaba visiblemente agobiado por los acontecimientos de los días precedentes. Parecía preocupado por asegurar ante todo el desarrollo normal de los concursos de agregatura que tenían lugar en la gran biblioteca de la Sorbona y en las salas contiguas. Sin embargo, se dejó convencer de hacer todo lo posible para devolver la Sorbona a los estudiantes a partir del día siguiente si el ministro le daba carta blanca. Nos fuimos más tranquilos.

En la tarde, fui a encontrarme con mis colegas en la Facultad de Ciencias, en el Quai Saint—Bernard. Los estudiantes habían anunciado para esa misma noche otra gran manifestación. La declaración intempestiva de Geismar: "Esta noche nos acostaremos en la Sorbona", había reanimado nuestras inquietudes. Si los estudiantes provocaban el asalto de las fuerzas policiales, iba a correr sangre. ¿Qué hacer? La Asamblea Nacional estaba sesionando. Decidimos —una docena de colegas aproximadamente— dirigirnos allí para reunirnos con representantes de diversos grupos políticos. Tres de nosotros —entre los cuales se contaba Jacques Monod— obtuvieron autorización para entrar. La señorita Dienesch, que representa a la mayoría gubernamental en la Comisión de la Educación Nacional, fue inaccesible. Fue el representante del grupo comunista el que aceptó primero una entrevista.

Propuse entonces a los colegas que estaban conmigo en la antecámara, dirigirnos al Ministerio del Interior. Destouches, Jost y yo encontramos un taxi que nos condujo a la plaza Beauvau. Pregunté al portero si el ministro podía recibirnos. Nos respondieron que estaba a punto de salir para el Arco del Triunfo donde el jefe de Estado debía reanimar la llama. En ese mismo momento, Christian Fouchet apareció en el patio. Fui a su encuentro. Jovial, como siempre, se excusó por tener que ausentarse y nos pidió que subiéramos a su oficina, donde su jefe de gabinete iba a recibirnos. "El Sr. Donnaud, nos dijo, es un universitario que comprende los problemas de ustedes".

En efecto, el Sr. Donnaud, hombre distinguido, nos recibió inmediatamente. Le comunicamos nuestros temores y le pedimos que diera satisfacción inmediata a los estudiantes, autorizándolos a desfilar en los alrededores de la Sorbona, a lo largo del boulevar Saint—Michel. "Imposible, nos dijo. La parte del boulevar Saint—Michel que queda frente a la Sorbona sigue estando clausurada pues, en caso de ataque de una multitud desenfrenada, las fuerzas policiales agrupadas en la plaza de la Sorbona no tendrían ninguna posibilidad de evacuación". Convinimos en que el cortejo que partiría del Quai Saint—Bernard, podría tomar por el bulevar Saint—Germain, atravesar el bulevar Saint—Michel, remontar la calle de Tournon para desembocar en la plaza Edmond Rostant y, desde allí, dirigirse hacia Denfert—Rochereau.

En ese momento sonó el teléfono. "puedo trasmitirles una noticia que contribuirá mucho al apaciguamiento, nos dijo el Sr. Donnaud; el Sr. Peyrefitte acaba de anunciar en la tribuna de la Cámara que la Sorbona podrá abrir sus puertas mañana".

"Dando esta noticia a los estudiantes, le contesté, cabe esperar que se evite lo peor. Los estudiantes no asaltarán una fortaleza cuando se enteren de que esa

fortaleza les abrirá sus puertas pocas horas despues". Nos fuimos aliviados.

Cuando volvimos al Quai Saint–Bernard, el campus de la facultad negreaba de gente.[1] Los estudiantes de todas las facultades se habían dado cita allí. Subimos al tercer piso del departamento de física, donde habían instalado un altoparlante. Cohn–Bendit, a quien veía por primera vez, pronunció aquella noche palabras moderadas. Sauvageot, Geismar, diferentes representantes de los sindicatos obreros, tomaron luego la palabra. Jacques Monod se hizo intérprete de los profesores y me pidió que, a mi vez, dijera algunas palabras. Mi alocución fue breve. La recuerdo textualmente. "Estudiantes, la manifestación de ayer, que se desarrolló en la calma, en la dignidad, con disciplina, causó una enorme impresión en la opinión pública. Esta noche manifiesten con la misma calma, con la misma dignidad, demostrando la misma disciplina. El grupúsculo de ustedes ha demostrado que constituye una fuerza tranquila con la cual la nación deberá contar de ahora en adelante. Mañana, la Sorbona les pertenecerá".

"ESTA NOCHE, NO"

Bajamos y me coloqué, con mi colega Jean–Paul Mathieu, en la primera fila del cortejo que tomó la dirección del boulevar Saint–Germain, bajo una lluvia persistente, Apretadas filas de C. R. S. cerraban las calles que conducen a Sainte–Geneviève. El servicio de orden de los estudiantes formaba, a los dos costados de la calle, una cadena de jóvenes que se daban la mano. Luego de la reja del museo de Cluny, atravesamos el bulevar Saint–Michel, obstruido por un gran vehículo, rodeado de filas compactas de C.R.S. Más lejos, entramos en la calle de Tournon y, llegados al Senado, bordeamos el Luxembourg.

Acompañado por esta juventud ardiente, me fue imposible dejar de pensar con tristeza en el monumento que, en el jardín, del otro lado de la reja, recordaba el sacrificio de los jóvenes universitarios de la Resistencia. A pesar de la noche de la ocupación, era entonces la comunión de la juventud con quien simbolizaba la libertad. ¿Adónde estábamos ahora?

Al llegar a la plaza Edmond Rostand, el cortejo decidió detenerse un momento. Me mezclé con los espectadores en la vereda de la estación del Luxembourg, para darme cuenta de la amplitud de la manifestación. En la dirección de la Sorbona, el boulevar Saint–Michel estaba obstruido por las densas filas de C.R.S. que sostenían sus armas con las dos manos. Esperé algunos minutos. ¿Por qué no continuaba la marcha? La angustia me invadió. Divisé a Geismar en el círculo de la Fontaine. "Por favor, le dije, sigan, sigan". Se alzó de hombros. "Es lo que trato de hacer, me contestó, pero no quieren". El grupo de los duros estaba frente al boulevar Saint–Michel, contenido por una doble fila de brazos tendidos.

De pronto, un hombre de edad madura, un obrero, se alzó sobre los hombros de los jóvenes, con un altoparlante portátil en la mano. "Tienen razón, muchachos al querer la Sorbona, pero no esta noche, créanme; tengan un poco de paciencia". El cortejo se internó en la calle Gay–Lussac hasta la placita de la calle Saint–Jacques, donde se dio la orden de dispersión.

Respiré con más libertad. El enfrentamiento había sido evitado. El orden, condición exigida por Peyrefitte para la reapertura de la Sorbona, había sido mantenido.

"SI EL ORDEN LO PERMITE"

Volví a mi casa y sólo tuve tiempo de cambiarme mis ropas empapadas para asistir a la inauguración de la hermosa exposición israelí en el Petit–Palais. Volvimos cerca de medianoche. Y, a la mañana siguiente, en compañía de dos colegas, tomé el tren en la estación de Montparnasse para ir a Angers, donde debía presidir un jurado de tesis. Volví a París a medianoche. Y grande fue mi estupor al enterarme de que la Sorbona había seguido cerrada y de que un cordón policial más denso que el

anterior la rodeaba. La promesa hecha a los profesores, el miércoles a mediodía, por el rector Roche, el compromiso asumido de noche en el parlamento por el ministro y trasmitido por mí a los estudiantes, no se habían cumplido. Todo el mundo, el ministro, el rector, los profesores, los habían engañado, burlado, traicionado. En realidad, también se habían burlado de nosotros.

¿Qué había pasado? ¿Cómo explicar este incumplimiento de la palabra empeñada? ¿De dónde había venido la negativa a abrir la facultad? Sin duda el compromiso del ministro de reabrir las puertas de la Sorbona el jueves era condicional. "Si el orden lo permite". Sin duda las declaraciones de Sauvageot y de Geismar: "Ocuparemos la Sorbona día y noche", eran un buen pretexto para retirar la promesa. El jueves de mañana, el Sr. Peyrefitte había sido citado al Elysée. Fue al salir de allí que su posición se había endurecido. Por encima de las vacilaciones del ministro, un hombre había impuesto su voluntad dominante. Este nuevo error iba a tener consecuencias dramáticas.

En efecto, el viernes 10 de mayo, la U.N.E.F. convocaba una nueva manifestación para esa misma noche: una marcha desde Denfert—Rochereau hasta la Sorbona. Los estudiantes estaban resueltos a obtener satisfacción. Una nueva tentativa de mediación parecía inútil ahora. Luego de comer, mi mujer y yo bajamos por el bulevar Saint—Michel en dirección a la plaza Edmond Rostand. Había una densa y bulliciosa multitud de estudiantes. Algo se preparaba. Volvimos a casa.

"¡DIMITIMOS!"

En la noche oí el transistor de un vecino: una voz jadeante, entrecortada. Miré la hora. Eran las tres. El estallido de las granadas ahora hacía temblar los vidrios. Luego sonó el teléfono: "Le habla Antoine Culiolli, de la Facultad de Letras: están masacrando a los estudiantes. La policía los atacó bruscamente a las dos de la mañana. Le ruego trate de hacer algo". Hacer algo. ¿Qué podía hacer

yo? Luego fue Schwartz: "Habla Laurent Schwartz. Ud. está enterado de lo que pasa. Henri Cartan y yo dimitimos de la universidad francesa si, dentro de diez minutos, no cesa el apaleamiento. Lo anunciaremos inmediatamente. Si un centenar de colegas sigue nuestro ejemplo, el gobierno tendrá que capitular".

—"Lo comprendo, les respondí, pero no puedo decidir separarme en este momento de la universidad y de nuestros estudiantes".

Colgué, dominado por sentimientos diversos. Tal vez debí darles mi apoyo.

Pero había que hacer algo. Conocía a Christian Fouchet. Dos años antes, me había dado la medalla de oro del C.N.R.S. Busqué en la guía el número del Ministerio del Interior. Disqué.

—"Habla el profesor Kastler. ¿Puedo hablar con el ministro o con su secretario?

Reconocí la voz de Christian Fouchet.

—¿Qué desea, estimado profesor...?

—Señor ministro, todos los testimonios concuerdan... Las fuerzas policiales atacaron a los estudiantes. En este momento los están apaleando...

— ¡Mi estimado profesor, atacaron! ¡Atacaron! ¡Es demasiado! Tuvimos paciencia durante ocho horas, ocho largas horas durante las cuales los estudiantes insultaban a la policía, levantaban barricadas, destruían las calles. Tengo la responsabilidad del mantenimiento del orden. Es necesario que los parisinos puedan circular, ir a sus empleos. Se dio la orden de desalojar.

—Señor ministro, en nombre de Dios, ordene a las fuerzas policiales que detengan la masacre. Usted se enemista para siempre con la juventud.

— ¡Querido profesor, cálmese! En este momento ya terminó casi todo. Nuestros policías son humanos. Sólo se trata de limpiar las calles. ¡Nada más!

—Señor ministro, lamento decirle que de ahora en adelante ya no tendremos ninguna autoridad sobre nuestros estudiantes.

Nuestra conversación había concluido. Ya había terminado casi todo, en efecto. Lo irreparable se había consumado. París había tomado el aspecto de Madrid. Era el resultado de 10 años de paternalismo. Naturalmente, se había producido el levantamiento de los estudiantes de Nanterre, su negativa a aceptar nuestra sociedad capitalista y tecnócrata. Pero la explosión se había producido probablemente un día cualquiera en la Facultad de Ciencias, donde, a pesar del encarnizamiento del decano, no nos otorga sino con gran parsimonia, los puestos de asistentes y de profesores asistentes. Las listas de aptitudes para estas funciones crecían como las colas ante las tiendas en épocas de penuria. Desvergonzadamente, obligaban a los asistentes a cumplir las tareas de profesores—asistentes y de profesores, pagándoles por debajo de lo establecido.

En el C.N.R.S. la situación era más trágica aún. El C.N.R.S., una de las más hermosas creaciones del Frente Popular de 1936, nuestro orgullo, y al que Francia debía su renacimiento científico. Este año, las promociones de ayudantes de investigación al grado superior de encargados de investigación se habían vuelto imposibles. Hacienda había negado a la dirección los puestos necesarios. Los responsables de las comisiones se veían obligados a agradecer a los jóvenes doctores que habían rendido prueba de su capacidad de investigadores y por tanto se habían negado a proceder a la clasificación preliminar, a la eliminación.

Por supuesto, se habían construido edificios universitarios, se habían llevado a cabo reformas de estructura y de programa. Pero los créditos para el funcionamiento y el encuadre de los estudiantes eran aún notoriamente insuficientes. El gobierno no parecía comprender que la verdadera riqueza del país residía no tanto en el amontonamiento de sus lingotes de oro sino en el maravilloso capital humano de esta juventud idealista, ardiente y ávida de instruirse. Tal vez hubiera en ella una excesiva intransigencia, pero no pasaría mucho tiempo sin que se estableciera un nuevo equilibrio, conveniente para todos.

La lucha terminaba. El teléfono sonó otra vez:

—¿Está de acuerdo en declarar que ahora estamos enteramente de parte de los estudiantes? —me preguntó Jacques Monod—.

—Enteramente le contesté.

"NO A LA JUVENTUD"

Eran las cinco de la mañana. Un día gris se levantaba detrás de la cúpula de Val—de Grace. Del lado del Panteón, subía una espesa columna de humo. Los gritos de cólera y dolor se acercaban. Las granadas explotaban muy cerca ahora. Un coche de Europa N^{o} 1, rodeado inmediatamente por los estudiantes, se detuvo en la plaza de Val—de Grâce. Luego llegó una ambulancia. Por último, grupos de jóvenes huyendo hacia el Sur, por la calle Saint—Jacques, perseguidos por C.R.S. que hicieron brusca irrupción en la plaza . Ultima visión de esa noche de pesadilla: una muchachita, de trenzas a la espalda, verdadero pelele entre los puños vigorosos que la sacudían brutalmente en la plaza desierta. Un hombre solo, de 77 años, acababa de decir "no" a la juventud. El drama no estaba en que no comprendiera a la juventud. ¿Quién, a su edad, habría sido capaz de comprenderla? El drama estaba en que era él quien decidía todo desde su aislamiento.

Cuanto ocurría del otro lado de la cadena no era menos angustioso: esos jóvenes entusiastas, dispuestos a cualquier sacrificio, que rechazaban el confort de la civilización, querían destruir una sociedad sin saber qué pondrían en su lugar. Esta ebullición contenía lo mejor y lo peor.

Nacidos después de 1945, la mayoría de esos jóvenes no podían acordarse. No vieron el fanatismo, la intolerancia, la violencia a la orden del día, no conocieron a las multitudes jóvenes aclamando al salvador. Sabemos a dónde condujo eso, ¡a dónde conduce!

Pero, en realidad, yo no era más que un profesor de izquierda superado, con una carrera concluida.

Tomé maquinalmente una hoja y garabateé estas palabras. "Después de esta noche, ya no se trata de saber si un rector debe dimitir, si un ministro debe irse. Lo que se plantea es el problema del régimen. Este régimen nació hace 10 años de un golpe de estado. Lleva esa marca. Reniega de su juventud".

ROGER GARAUDY

LA REBELION Y LA REVOLUCION

Para comprender el sentido de los acontecimientos de estas últimas tres semanas entre los estudiantes, es necesario desprenderse de todo lo que sea simplemente anecdótico.

Pues las anécdotas sobre las formas del movimiento y las gesticulaciones a veces anárquicas que lo acompañaron, ocultaron a menudo e incluso desfiguraron, su sentido verdadero.

Hay que plantearse, me parece, las preguntas siguientes:

1º ¿Cuáles son los objetivos reales del movimiento de los estudiantes?

2º ¿Cuáles son las causas de estas luchas de masas?

3º ¿Cuál es su significación en una perspectiva de clase, y cuáles son sus relaciones con las luchas obreras?

4º ¿Cuál es el papel revolucionario actual de la clase obrera?

I LOS OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO DE LOS ESTUDIANTES

Lo que es característico, es la muy rápida maduración y el desarrollo de las reivindicaciones estudiantiles, el ensanchamiento, en menos de tres semanas, de los objetivos de su lucha, como lo revela el trabajo serio de sus comisiones en las facultades.

Tracemos someramente su trayectoria.

A) Lo que se proponían, al comienzo, con su rebelión, no eran más que aspectos relativamente superficiales de su situación, que no tocaban para nada las raíces y los principios del sistema:

— las relaciones entre profesores y estudiantes;

— la estructura y la gestión de las universidades.

a) Las relaciones entre profesores y estudiantes, al comienzo, estaban asimiladas a relaciones de clase: los profesores eran los opresores y los estudiantes los oprimidos. El profesor era para ellos la imagen o el símbolo de su dependencia.

Ahora bien, en menos de quince días, la situación evolucionó muy rápidamente: la solidaridad de una gran parte de profesores con las exigencias estudiantiles, y al mismo tiempo, la represión policial del gobierno, crearon una atmósfera radicalmente nueva. Nacieron lazos nuevos.

La lucha común cuestionó el régimen en su principio mismo: el régimen político del gaullismo y el régimen económico y social del capitalismo monopolista de Estado.

b) Sobre el problema de la estructura y de la gestión de las universidades, la evolución es igualmente muy positiva.

Las conversaciones de Caen y de Amiens habían planteado un falso problema: el de elegir entre una universidad envejecida, decadente, en la que existía contradicción entre el sistema de enseñanza y las necesidades engendradas por el desarrollo de las fuerzas productivas, y una universidad tecnocrática, mejor adaptada a las exigencias del capitalismo monopolista de Estado.

Esta falsa alternativa fue barrida rápidamente.

Una contradicción más profunda surgió a la luz del día: ya no se trata de encarar un nuevo método para responder mejor a las exigencias del capitalismo monopolista de Estado, sino de poner en marcha el principio mismo de esa adaptación.

Sobre estos dos problemas, los estudiantes, con grados y niveles muy diversos de comprensión, empiezan a

entender que las relaciones profesores-alumnos, en la universidad actual, reflejan las relaciones de dependencia social y de alienación de la sociedad capitalista.

Empiezan a tomar conciencia de que las contradicciones de que son víctimas no son más que un caso particular de un sistema de dependencia y de alienación, cuya expresión más acabada y más significativa, es la explotación de la clase obrera.

De ahí nacieron algunas reivindicaciones fundamentales: primero la reivindicación de autonomía de las universidades, que contrariamente a lo que pretendió Pompidou en la Asamblea, está preconizada y definida en el proyecto de reforma democrática de la enseñanza de nuestro partido (página 139).

Esta reivindicación, retomada, por otra parte, en la resolución de los decanos, condenatoria de la centralización absurda del sistema, contiene dos ideas distintas:

1º Que los organismos electos, en todos los niveles: institutos, facultades, universidades y consejos nacionales, no tengan más un papel puramente consultivo, sino un poder de decisión.

Esta exigencia está exactamente en el eje del programa de nuestro partido que propone sustituir en todos lados, los agentes designados por el poder central, por representantes electos. Y así como proponemos que los poderes del prefecto sean transferidos al presidente del consejo general, profesores y estudiantes piden reemplazar al rector, que es actualmente una especie de prefecto universitario, por un presidente electo por la universidad.

2º La segunda implicación de la idea de autonomía, que los estudiantes subrayan especialmente, es la cogestión, la participación de los estudiantes en la gestión. Una vez más es lo que propone el proyecto de nuestro partido (página 139), que sugería un consejo democrático de la universidad sobre una base paritaria.

En cuanto al alcance de las competencias de esos organismos coincide casi exactamente con nuestro proyecto:

—fijación de las necesidades de las universidades en personal, en locales y en material;

—discusión de los programas, de los métodos de enseñanza, del control de los conocimientos.

Por otra parte, hay que agregar que la idea directriz de la cual derivan todas las demás proposiciones: la de la participación de los estudiantes, estaba ya muy claramente formulada desde 1963, en el congreso de la U.N.E.F. de Dijon por la Corporación de Letras de París.

Respecto a estos dos objetivos, incluso limitados, no hay nada que no esté de acuerdo con el sentido fundamental de nuestra política.

B) Pero muy pronto, a medida que el movimiento abarcó grandes masas de estudiantes, y sobre todo luego del cambio cualitativo que se produjo con motivo de la represión policial brutal, los objetivos se extendieron, y siempre en el sentido de clase definido por el programa del Partido Comunista Francés.

Es notable, por otra parte, que la radicalización de los medios precedió a la radicalización de los fines.

La violencia misma de la reacción policial, facilitó una toma de conciencia más clara de la naturaleza del régimen gaullista.

Devino claro que no se podía luchar contra la estructura de la universidad sin chocar con el aparato de Estado, y sin cuestionar el sistema.

C) La huelga del 13 de mayo, con la participación masiva de la clase obrera, y habida cuenta de que su solo anuncio había obligado al gobierno a retroceder y a otorgar concesiones, permitió franquear una tercera etapa en la toma de conciencia de una gran parte de los estudiantes: después de la lucha universitaria y de la lucha política, un problema de clase se habría planteado.

Ello, por cierto, no está claro en el espíritu de todos los estudiantes (por otra parte, tampoco está claro en el espíritu de una gran parte de obreros, pues si lo estuviera serían todos revolucionarios militantes).

Pero el problema se planteó, por primera vez con

tanta fuerza, en las grandes masas estudiantiles, y es ese un hecho eminentemente positivo.

Naturalmente se planteó en términos particulares, propios de los estudiantes, que chocaban primero con aquellos aspectos del régimen relacionados con su trabajo, en particular con la industrialización de la universidad y con la comercialización de la cultura.

Los estudiantes, en su masa, se niegan de ahora en adelante, a recibir una enseñanza que tiene como función la de prepararlos para integrarse a un sistema cuya ley es el lucro, y cuya "ley inmanente y coercitiva", como decía Marx, es la producción por la producción, una universidad encargada, en lo esencial, de proveer de cuadros a las empresas privadas.

Se niegan a ser los rodajes en ese sistema, y quieren una cultura que integre las necesidades técnicas, en lugar de estar subordinada a ellas.

Nadie discute la necesidad y la fecundidad de un nexo entre la ciencia, la investigación y la producción, pero debe destacarse que los monopolios no conciben este nexo de la misma manera que nosotros. Digamos, para simplificar, que en lo que concierne, en particular, a la enseñanza de las ciencias humanas en las facultades de letras (fundamentalmente la psicología y la sociología) y, en las facultades de derecho, la enseñanza de la economía política, desligada de las ciencias humanas y reducida a una técnica de gestión y de eficacia, la formación procura más conservar las relaciones de producción que ayudar al desarrollo de las fuerzas productivas.

Es singular, por otra parte, que la reivindicación estudiantil de la participación, se esboce a través del lenguaje y los conceptos del marxismo, aunque su uso es a menudo confuso o dudoso, y que el tema más frecuente sea el de la alienación: el denominador común de las reivindicaciones estudiantiles, es la participación. en la iniciativa histórica contra la gravitación alienante de las estructuras.

II LAS CAUSAS DE UNA LUCHA EN MASA

Podemos resumirlas en dos palabras: la reforma Fouchet y la agravación brusca de todas las contradicciones que provocó su aplicación.

Las consecuencias más sensilbes fueron no sólo la de mantener y acentuar la discriminación de clase, y el carácter antidemocrático de la universidad, sino la de perjudicar incluso a aquellos que ya tenían el privilegio de estar en la universidad:

—Primero, porque introdujo en la enseñanza superior, con la licenciatura corta, la misma separación que en el segundo grado entre el ciclo largo y el ciclo corto.

—Después porque a todos los niveles y en todas las disciplinas, separó más que nunca la formación técnica de la reflexión sobre los fines y sobre el sentido del trabajo y de la sociedad.

Desde el punto de vista práctico, la reforma Fouchet agravó la crisis de los mercados, no sólo en tal o cual rama (como la psicología o la sociología), sino de una manera más general; la prohibición de la repetición, la eliminación, luego de un fracaso en el primer grado, constituyen barreras suplementarias sobre todo para los estudiantes que trabajan además de estudiar, cuando ya antes de la reforma un 72 por ciento de los estudiantes no terminaban su licenciatura; aún para aquéllos que franqueron las barreras selectivas, a menudo no hay garantía de empleo.

La agudeza de estos problemas explica que el movimiento se haya transformado tan pronto en un movimiento de masa y de una gran combatividad.

En un movimiento semejante, la toma de conciencia va muy rápido. La huelga del 13 de mayo marcó una etapa en esta toma de conciencia. Permitió situar la acción de los estudiantes en la perspectiva de clase de las luchas obreras.

Desde entonces, tres ideas progresaron ampliamente:

1º La conciencia de la relación interna y profunda de esta lucha con la del movimiento obrero.

2º La idea de que una revolución verdadera, en nuestra época, no puede llevarse a cabo sin la clase obrera.

3º La idea de que no se puede crear una universidad socialista en un mundo capitalista y que la solución del problema universitario supone la solución de un problema más vasto.

No se trata pues de transformar a la universidad primero y a la sociedad después, sino de actuar para que la universidad devenga, en la sociedad capitalista, no un instrumento de conservación de esa sociedad, sino un foco de cambio.

A partir de estas clarificaciones indispensables, que se hicieron en la acción misma, puede plantearse el problema de la significación de clase de las luchas de los estudiantes.

III SIGNIFICACION DE LAS LUCHAS ESTUDIANTILES Y SUS RELACIONES CON LAS LUCHAS OBRERAS

Es un problema teórico fundamental, del cual depende la forma de relacionar las luchas de los estudiantes con las de los obreros.

A partir de la idea fundamental que la principal fuerza revolucionaria es la clase obrera, dos métodos de aproximación son posibles para intentar definir la significación de clase del movimiento de los estudiantes. Eso deriva de la situación misma de los estudiantes que, por definición, es transitoria, preparatoria: se puede pues intentar determinar su situación de clase ora por su pasado (su origen social), ora por su futuro (su función futura).

Se puede, inicialmente, hacer un estudio sobre los orígenes sociales de los estudiantes y subrayar fundamentalmente que han salido, en su gran mayoría, de las clases medias y de la pequeña burguesía, con sólo un 10 por ciento de hijos de obreros, lo que da una imagen invertida de la nación. Si de ello sacamos un argumento para exigir una democratización del acceso a la universidad, es perfectamente legítima.

Por el contrario, sería falso querer deducir de allí

únicamente nuestro juicio sobre la significación de clase del movimiento estudiantil. Si decimos, por ejemplo: en razón de sus orígenes sociales, los estudiantes no constituyen un grupo social homogéneo, y la dominante pequeño-burguesa de sus orígenes les confiere necesariamente las características políticas de esta pequeña—burguesía, con sus titubeos, sus oscilaciones, etc., nos contentamos con una sociología mecanicista que no tiene nada que ver con el análisis marxista, y las consecuencias prácticas de este error teórico serán mortales. Sin ninguna duda los orígenes sociales de los estudiantes se traducen en su comportamiento político, y pesan con un peso muy grande. Pero hay que recordar muy claramente, desde el punto de vista teórico, que no es Marx, es Hipólito Taine quien sugirió esta especie de predestinación y ese lazo mecánico con el medio de origen.

Marx no definió la pertenencia de clase por el medio de origen, sino por el lugar que se ocupa en el proceso de producción. Ninguno de los tres criterios que da para definir a un obrero se refiere al medio de origen.

Es a partir de esos criterios que puede abordarse el problema de los estudiantes de una manera muy particular, es decir definiéndolos por sus funciones futuras. Ahora bien, desde este punto de vista, un gran número de estudiantes fundamentalmente aquéllos que se preparan para funciones relacionadas con la producción, que serán ingenieros, que proveerán distintos cuadros a la vida económica y a su gestión, incluso aquéllos que se orientan hacia la investigación científica, tendrán, en nuestra época, un lugar particular en el proceso de producción: dijimos y repetimos, con justa razón, que en nuestra época la ciencia ha devenido una fuerza productiva directa.

De ello se desprende que los que la practican presentan, desde el punto de vista de clase, características nuevas:

1. No sólo porque, como en el pasado -y como los obreros-, no poseen los medios de producción.

2. Pero ellos son también, como los obreros, productores de plusvalía; forman parte integrante del "trabajador colectivo" de que hablaba Marx en "El Capital" (1, 2, págs. 30 a 52).

3. Queda el tercer criterio: el criterio subjetivo de la conciencia de clase. Ahora bien, estas capas de intelectuales se encuentran, desde hace algunos años, a consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas, y sobre todo, de las aplicaciones de la cibernética a la producción, a la organización y a la gestión, en condiciones favorables para la toma de conciencia de las contradicciones fundamentales, y de las contradicciones nuevas del capitalismo.

Ahora bien, los estudiantes no viven sólamente en el futuro esas contradicciones, al reflexionar sobre la función contradictoria que les será asignada por el sistema cuando egresan de la universidad, para convertirse en los cuadros de ese sistema, cuyos fines y cuyo sentido no es posible discutir.

Si el tema de la alienación está tan extendido, es porque, más o menos confusamente —y más bien más que menos—, muchos estudiantes sienten la analogía creciente de esta situación con la del obrero en la empresa, incluso si en el punto de partida, como ya lo dijimos, esta analogía está concebida en forma totalmente falsa, por ejemplo asimilando el profesor al patrón y al Estado-patrón (lo mismo que en las primeras etapas del movimiento obrero, como lo recuerda Engels, la lucha de clase aún instintiva y primitiva dirigía las cóleras contra las máquinas y los capataces y no contra el sistema capitalista mismo).

Es por eso que la clase obrera y su partido, pueden y deben facilitar la marcha hacia una verdadera conciencia revolucionaria en los estudiantes, dedicándose especialmente a descubrir el lazo interno y profundo entre las apiraciones de los estudiantes (incluso si toman formas todavía utópicas o anárquicas, que pueden ser fáciles presas de la diversión y de la provocación) y los objetivos de la clase obrera.

No perdiendo de vista el hecho nuevo, en la etapa actual del desarrollo de las fuerzas productivas, de que existe un fundamento de clase objetivo en las luchas de los

estudiantes y que esta lucha tiene implicaciones objetivamente revolucionarias.

Este fundamento objetivo explica que si, en tiempos de Marx y de Engels (uno hijo de pequeño burgués y el otro de gran burgués), el pasaje a las posiciones de la clase obrera, para los intelectuales, seguía siendo un fenómeno individual -pues no tenía más que una base subjetiva: "la inteligencia del movimiento histórico", como escribe Marx en el "Manifiesto"-, ese pasaje es hoy un fenómeno de masa, porque descansa sobre la base objetiva de las relaciones de clase, ligando al "trabajador colectivo" (del cual un número creciente de intelectuales forma parte) al sistema capitalista.

Evidentemente, entre los estudiantes, por su misma situación, que es la de futuros productores, la tendencia será la de poner el acento, de manera unilateral, sobre el porvenir, sobre las perspectivas, y sobre el aspecto ideológico o incluso moral del problema, con todos los riesgos de utopismo y de anarquismo que ello implica, con todas las posibilidades de explotación demagógica e incluso policial.

Pero nada de todo eso puede disimular, para nosotros, lo esencial, ni impedirnos establecer una relación justa entre la lucha de clase de los obreros y el movimiento de los estudiantes.

Atenerse al análisis mecanicista del sociologismo vulgar, sobre los únicos orígenes sociales, conduciría a una especie de paternalismo que considerara al movimiento estudiantil como eternamente menor, aliado necesariamente inestable, como lo son las capas pequeño-burguesas de las cuales provienen en general, los estudiantes.

Si, por el contrario, abordamos más ampliamente el problema, y situamos la función del intelectual como parte integrante del "trabajador colectivo", en una época en que la ciencia se transforma en una "fuerza productiva directa", y la situación del estudiante a través de esta función futura, podremos articular correctamente la lucha de los obreros y la de los estudiantes.

La clase obrera de Francia ha definido sus objetivos:

reivindicaciones de salarios, disminución de las cadencias y del tiempo de trabajo, participación activa en la gestión de la seguridad social, extensión de los poderes de los comités de empresa, planificación democrática. El denominador común de todas estas exigencias de una democracia que abra el camino hacia el socialismo, es la exigencia fundamental de que cada trabajador, en lugar de ser un instrumento pasivo en manos del capital, se transforme en un participante activo, creador, en la orientación de la economía contra el régimen de los monopolios, en la elaboración de la política, para sustituir en todas partes a los agentes designados por el poder central por representantes electos. Por último, la clase obrera exige, como lo subraya el programa del Partido Comunista francés, posibilidades iguales para todos de acceder a la cultura, a una cultura que no esté más al servicio de los monopolios, sino que sea una creación consciente del porvenir.

Que el movimiento de los estudiantes esté perturbado por tentativas de pujas y de aventuras, por provocaciones que lo dividen, lo debilitan y facilitan la represión, todo ello nos invita a estar atentos, pero de ningún modo debe atenuar el lazo interno y profundo de ese movimiento con el movimiento obrero. Los estudiantes tienen de la función maléfica del sistema de los monopolios una experiencia específica; son por su trabajo mismo, necesariamente más sensibles a todos los obstáculos creados a una participación activa en la búsqueda del sentido y de los fines. Su lucha pone el acento sobre este aspecto central de la exigencia revolucionaria, y contribuye a hacerse más rica aún, en humanidad.

Articular esta lucha con la de los trabajadores, tomar conciencia de su unidad y reforzarla, es la garantía de la victoria común.

¿Por qué esos problemas se plantean en forma tan aguda para esta generación de estudiantes?

Porque una brusca aceleración del ritmo del desarrollo humano, les hace llegar a la edad adulta en un momento de fractura de la historia.

En el transcurso de los últimos veinte años, se produjeron más cambios científicos y técnicos que en dos mil años. Un informe de la UNESCO recordaba que "hay actualmente en el mundo tantos sabios creadores, como los que existieron en total desde los orígenes de la Humanidad".

Los jóvenes que tienen hoy 20 años tienen la edad de la fisión del átomo y de la cibernética.

Desde el punto de vista social, sus padres eran contemporáneos de la Revolución de Octubre. Ellos emergen a la vida consciente al día siguiente del 20º Congreso y de los problemas nuevos que planteaba. Tienen también la edad de los grandes movimientos de liberación nacional y de las revoluciones socialistas de Asia y de América Latina. Hasta ese momento Europa y América del Norte, aparecían como los únicos centros de iniciativa histórica, y los únicos creadores de valor. El renacimiento de las viejas civilizaciones no occidentales, que se asignaron fines diferentes al de la única creación técnica, y de la producción para la producción, característica del capitalismo occidental, les planteó problemas y los condujo a interrogar. Y tanto más aún puesto que también tienen la edad de la radio y la televisión: el mundo entero, cada día, ellos lo tienen presente, como nunca lo estuvo para ninguna otra generación.

De ahí nacen, borrascosas, esas grandes interrogaciones y esas grandes rebeliones, esos cuestionamientos fundamentales de su razón de ser.

Digamos sin reticencias que este brusco cambio es de signo positivo.

Nosotros, que tenemos el orgullo de pertenecer a un partido revolucionario, lejos de transformarnos en lloronas de la historia, acogemos con alegría este maravilloso levantamiento humano.

Creemos que constituye un momento importante en la lucha contra el falso orden capitalista, por la construcción de una sociedad nueva y la creación de relaciones nuevas entre la sociedad, la ciencia, la cultura y el arte.

El primer gran cuestionamiento del sistema capitalista, en su principio mismo, el de Karl Marx y de los partidos marxistas.

La primera revolución que haya derribado al capitalismo en un gran país y que, por su ejemplo, lo amenzó en el mundo entero, fue la revolución socialista de octubre de 1917.

¿Por qué entonces, cabe preguntarse, el problema estudiantil se plantea también en Varsovia o en Praga? ¿No es una crisis general propia de todas las "sociedades industriales" sea cual sea su régimen? ¿No se trata de un conflicto de generaciones, donde la juventud rechaza la "sociedad de consumo" construida por sus mayores?

El problema, de hecho se plantea en términos fundamentalmente diferentes en un país capitalista y en un país socialista.

En un país capitalista, la "producción por la producción" (y el "consumo por el consumo" que es su corolario), deriva de los principios mismos de una economía cuyo único motor es la ley del lucro.

No es así en los países socialistas: lo que pudo disimular esta diferencia de principio, es que el socialismo empezó a ser creado en países que tenían un gran atraso económico y técnico: debieron pues desempeñar simultáneamente dos tareas: construir el socialismo y vencer el subdesarrollo. La interferencia de esas dos tareas fundamentales condujo, necesariamente, y durante largos años, a dar una prioridad absoluta al desarrollo de la producción, que permitiera recuperar el atraso. Dado que cumplir esta tarea era, para los países socialistas, un problema de vida o muerte, es cierto que lo que era un medio de ser pudo dar la impresión de un fin en sí.

Conviene agregar también que errores subjetivos llevaron a prolongar más allá del tiempo necesario, la extrema concentración y la extrema centralización de los recursos y de los poderes, con todo lo que ello comportaba de deformaciones burocráticas y autoritarias.

El primer país donde esos errores aparecieron con

evidencia, es precisamente el único de los estados socialistas que comenzó la construcción del socialismo en un país ya altamente industrializado: Checoslovaquia. La corrección se efectúa en condiciones difíciles, es cierto, y bajo el ataque de enemigos implacables, que intentan explotar la situación, no para corregir el socialismo sino para destruirlo, pero se efectúa, y su éxito dará un gran ejemplo de las posibilidades del socialismo en un país muy desarrollado.

En una palabra, en las sociedades socialistas, la tendencia a subordinarlo todo al progreso de la producción, a la solución de los problemas de la producción, tenía un carácter provisorio.

En los países capitalistas, no se trata de un fenómeno de coyuntura, ni de errores subjetivos y de deformaciones, y no hay posibilidades de reforma. Se trata de un rasgo permanente y necesario que deriva de las condiciones objetivas del modo de producción capitalista: una revolución es necesaria para quebrar la ley misma del régimen.

Ahora bien, el espíritu mismo de esta revolución, contrariamente a las tesis del profesor Marcuse, es la clase obrera, cuya importancia no deja de crecer, tanto desde el punto de vista numérico, como desde el punto de vista de su función histórica.

Cuando en Francia más de 10 millones de obreros están en huelga, ocupan las fábricas y se apoderan de la calle, es sorprendente leer en el libro de Marcuse que "los obreros son cada vez más impotentes y resignados". ("El hombre unidimensional").

La tesis de Marcuse reposa sobre tres postulados: una definición restrictiva del concepto de revolución, una definición más estrecha aún de la clase obrera, una definición caduca de las contradicciones internas del sistema capitalista.

La definición de la revolución parte del análisis hecho por Marx a mediados del siglo XIX, fundándose en el estudio de las contradicciones de la sociedad capitalista en ese entonces más desarrollada: Inglaterra. Marx no pretendió jamás dar una definición de la revolución, válida para todos los países y para todas las épocas. La generalización de Marcuse constituye pues una interpretación y una deformación dogmática del pensamiento de Marx.

La meta de éste era ante todo práctica: para él se trataba de transformar al mundo. Su teoría no es plenamente inteligible, sino en función de esta práctica. El marxismo tiene como objeto dar al hombre la plena responsabilidad de su historia. Es una concepción del mundo que funda una metodología de la iniciativa histórica. Marx nos enseña a determinar rigurosamente, en cada época y en las condiciones propias de cada país, lo posible a partir de las contradicciones existentes.

Un marxista no es pues esencialmente un erudito que comenta los textos de Marx, sino un militante que ha asimilado suficientemente las tesis de Marx para descubrir las contradicciones específicas, propias de su pueblo y de su tiempo.

La definición de la revolución dada por Marcuse es pues restrictiva y empírica. Lo mismo sucede con su definición de la clase obrera.

Marx no definió jamás una clase social por su nivel de vida: no es la propiedad de un auto, de un aparato de televisión, de un refrigerador, lo que hace que un obrero deje de ser obrero.

Ahora bien, en nuestra época —donde en razón del desarrollo de las técnicas, la ciencia se transformó en una fuerza productiva directa—, no sólo la clase obrera no pierde su importancia, ni desde el punto de vista numérico ni desde el punto de vista histórico, sino que, por el contrario, crece en número e influencia.

Primero, porque una cantidad creciente de técnicos, de ingenieros, de investigadores, se transforman en parte integrante del "trabajador colectivo".

Luego, porque la mecanización de las tareas administrativas y de las funciones de gestión, borra cada vez más las fronteras entre el empleado, al transformarse en manipulador de máquinas calculadoras, por ejemplo, y el obrero que trabaja en las condiciones de la automatización.

Por último, porque la extensión del maquinismo agrícola, hace de una gran cantidad de trabajadores campesinos (conductores de tractores, por ejemplo), obreros muy próximos al obrero de fábrica.

El profesor Marcuse plantea un tercer problema: esta clase obrera ya no puede ejercer en los países industrializados una "función de negatividad", un papel revolucionario en la sociedad.

Esta tesis descansa sobre un postulado: que esta clase obrera, en el sentido muy amplio que tiene hoy, ya no pueda tener conciencia de las contradicciones que la oponen al sistema capitalista, porque esas contradicciones estarían en camino de desaparecer.

Ahora bien, en la etapa actual del desarrollo de las fuerzas productivas, no sólo las contradicciones descubiertas por Marx, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, no han sido superadas por el capitalismo, sino que nuevas contradicciones, que no existían en tiempos de Marx, aparecieron, y confirman y agravan los precedentes.

Y ellas contribuyen a hacer cada vez más sensible y más insoportable, la irracionalidad de un sistema que exige del trabajador el máximo de iniciativa en sus tareas técnicas, y una obediencia incondicional al propietario, privado o colectivo de los medios de producción.

Esta exigencia de participar activamente en la determinación de los fines y del sentido de la producción, es, así, el denominador común de las aspiraciones de los estudiantes y de los objetivos conscientes de la clase obrera.

El problema de sus relaciones no puede pues estar planteado en términos de rivalidad o de subordinación (menos aún de antagonismo). El movimiento obrero y el movimiento estudiantil son momentos de una misma totalidad.

El marxismo sigue siendo el instrumento teórico más eficaz de la transformación revolucionaria del mundo. Primero, porque constituye un método científico que permite la determinación teórica de las nuevas contradicciones del sistema; luego, porque provee de un método científico que permite definir las fuerzas capaces de superarlas, y las formas de su organización, mostrando por qué la clase obrera, en condiciones y bajo formas nuevas, sigue siendo la principal fuerza revolucionaria.

HERVE BOURGES

EL MOVIMIENTO "22 DE MARZO" SE DEFINE

"El núcleo revolucionario se ha extendido y constituirá mañana un sólido punto de partida".

HERVE BOURGES: En primer lugar, ¿puede usted recordar los orígenes del Movimiento del 22 de marzo; luego, precisar el número y la calidad de sus afiliados y finalmente ofrecer sus perspectivas, ya que no su programa, puesto que no lo tienen?

22 de marzo: No creo que se pueda hablar realmente de afiliados. El Movimiento del 22 de marzo se inició frente a acciones concretas, en un cuadro igualmente concreto. No se trata de una organización que se apoya en congresos, en una línea política preestablecida: su acción es hasta el presente empírica y asocia a todos aquellos que participaron en las luchas del 22 de marzo.

H. B.: ¿Cuántos eran antes de la rebelión de los estudiantes?

22 de marzo: El 22 de marzo precisamente, cuando la ocupación del edificio administrativo, eran 142, que no representaban exactamente a "nuestros" militantes, sino alrededor de 200 ó 250 estudiantes decididos a actuar con nuevas formas de organización, y a eliminar todo aquello que había paralizado al movimiento revolucionario estudiantil desde hacía un tiempo.

Actualmente, cuando el Movimiento 22 de marzo se reune en asamblea general en Nanterre, el efectivo es más o menos estable. Pero el Movimiento se extendió fuera de Nanterre y hay en sus filas camaradas de París convertidos en militantes activos del Movimiento. En provincias, por el momento, no tenemos militantes (excepto en Bordeaux). De todas maneras no es preciso considerar el Movimiento 22 de marzo como una organización que recluta adherentes y que tiene audiencia nacional. Representa ante todo un tipo de acción, una forma de organización que intentamos difundir. En las provincias, militantes que no se integran necesariamente en el Movimiento 22 de marzo, adoptan en cambio esta forma de acción.

H. B.: ¿El análisis de ustedes sobre las causas profundas de la rebelión estudiantil es semejante al de Geismar y Sauvageot?

22 de marzo: Creo que es necesario invertir el problema y examinar primero las causas profundas del movimiento obrero y de la rebelión obrera. La crisis obrera fue provocada por el movimiento estudiantil, el que a su vez no era más que el reflejo de una aguda crisis.

Con De Gaulle el capitalismo quería modernizarse, pero era la clase obrera la que debía cargar con los gastos de la operación. Basta considerar los 500.000 desocupados y el aumento del costo de la vida. Alcanzado un cierto nivel de modernización en la economía, era necesario modernizar la escuela. Para ello se elaboró el plan Fouchet y el V° plan. En cierto momento, la pequeña y medio burguesía corría con los gastos. La enseñanza se racionalizó con el objeto de formar tecnócratas. De esta manera las contradicciones del capitalismo se reencontraron en la enseñanza.

H. B.: ¿Cuál es la actitud actual de ustedes respecto a la UNEF?

22 de marzo: De la UNEF no queda más que una oficina con un armazón, aunque haya adquirido una audiencia real y tenga la posibilidad de reconstruir su movimiento. Le hemos reprochado que representa a la burguesía, pues sus reivindicaciones se inscriben en un

esquema burgués y no buscan más que la adaptación de los estudiantes y de la enseñanza, a un sistema que es capitalista. De ahí sus limitaciones. Todas las luchas llevadas a cabo se desarrollaron a pesar de la UNEF y en la mayoría de los casos contra ella. Pero siempre que hubo un seudomovimiento de masas la UNEF se identificó con él.

H. B.: ¿Por qué "seudomovimiento"?

22 de marzo: Porque un movimiento estudiantil en el cual no participa la clase obrera no representa a las masas. No representa más que una capa social, pues los estudiantes que se rebelan lo hacen también para conservar los privilegios de la burguesía, que pierden momentáneamente en una transformación de la sociedad, en el tránsito del capitalismo de la concurrencia al capitalismo monopolista. Por ello, al comienzo, reivindicaciones casi únicamente corporativistas. Es en el curso de la lucha que la posición de los estudiantes se radicaliza, porque toda participación en la acción genera una conciencia política. El combate callejero conduce a la lucha política.

H. B.: Durante toda la duración de las manifestaciones, los tres movimientos: UNEF, SNES y 22 de marzo, hcieron causa común. El actual rompimiento crea una situación nueva ¿Es preciso ver en ello caminos diversos que conducen a una misma acción? ¿Se puede todavía hablar de unidad?

22 de marzo: No creo en la unidad de los estudiantes pues no hay intereses ni objetivos comunes a todos. Hay estudiantes revolucionarios que rompieron con su clase y de los otros.

H. B.: ¿No cree que su posición hace el juego del gobierno?

22 de marzo: Compruebo que no hubo nunca más de 30.000 estudiantes en la calle, y en la situación prerrevolucionaria actual los estudiantes preparan sus exámenes. Aún en Nanterre. El verdadero problema es el de la unidad de los estudiantes revolucionarios. Sólo la lucha los fortalece.

H. B.: ¿Cuáles son sus perspectivas en el plano de lo estudiantil?

22 de marzo: El Movimiento 22 de marzo entró en una nueva fase. No hemos abandonado las reivindicaciones puramente estudiantiles, pero el mejor medio de mettre en cause la universidad es intensificar el movimiento obrero.

H. B.: ¿Qué resonancia encuentran en el movimiento obrero?

22 de marzo: No buscamos incorporar a los obreros en nuestro movimiento. Hemos provocado una rebelión, un malestar, que sirven de catalizador. Surgió una nueva forma de lucha, una nueva forma de expresión.

H. B.: Uds. quieren destruir el sistema capitalista. ¿Cómo esperan conseguirlo?

22 de marzo: No lo lograremos solos, no haremos solos la revolución.

H. B.: Entonces, ¿por qué hablar de situación revolucionaria?

22 de marzo: Esta situación se crea cada día y hace pensar ahora que la revolución es posible. De allí la necesidad de fijar un plazo... Pero hay perspectivas revolucionarias concretas más nítidas que al comienzo del movimiento. Para nosotros el establecimiento de una sociedad sin clases pasa primero por la autogestión. Cuando los obreros retomen el trabajo se plantearán la pregunta: ¿Cómo y para quién vamos a retomarlo? ¿Podríamos hacer funcionar la empresa sin los patronos? Es preciso que la autogestión se instaure para destruir al capitalismo.

H. B.: ¿Por qué se asigna esta prioridad a la autogestión?

22 de marzo: Autogestión, gestión directa, poco importan las palabras. Pero hay que evitar que al capitalismo lo sustituya un socialismo rígido. Al tomar los trabajadores en sus manos las responsabilidades no necesitan centralismo, organización, partido. El poder del Estado no se impondrá siempre.

H.B.: ¿Cuál es su actitud respecto a las elecciones legislativas?

22 de marzo: Para nosotros está fuera de cuestión exhortar a votar por cualquiera. Tampoco se trata de llevar

a cabo una campaña antielectoral. Estas elecciones son una mistificación. La lucha continúa, con o sin elecciones.

H. B.: ¿Qué conclusiones extraerían ustedes de una victoria gaullista?

22 de marzo: En el Movimiento 22 de marzo no hemos debatido concretamente estos problemas. Mi punto de vista personal es que la estrategia revolucionaria nada tiene que ver con los votos. Es la acción directa en las fábricas y en la calle la que modifica las situaciones y no una mayoría electoral, cualquiera que ésta sea.

H. B.: ¿Una situación revolucionaria se define pues, como una situación de violencia o por lo menos de fuerza?

22 de marzo: Como una relación de fuerzas entre las clases. La violencia es un medio de acción, pero nosotros no tenemos el culto de la violencia. Sin embargo hay momentos en que la relación de fuerzas es tal que la violencia se hace necesaria.

H. B.: Cualquiera que sea la naturaleza de sus recelos sobre todo el sistema político, ¿no cree que un gobierno de Frente Popular presidido, por ejemplo, por François Mitterrand ofrecería una coyuntura favorable?

22 de marzo: No sé. Indudablemente, un gobierno de izquierda tendría un efecto interesante de desmistificación. En un período dado un gobierno de izquierda no puede hacer más que lo que hace un gobierno de tipo gaullista, por ejemplo. El capitalismo que quiere sobrevivir no dispone más que de un camino, el que ha seguido la política gaullista, modernizando ciertas estructuras, y que Mitterrand no puede mejorar.

H. B.: Se ha dicho que Mendès-France era, para una parte de los estudiantes, el único que escapaba a los reproches lanzados contra la izquierda en general y Mitterrand en particular. ¿Qué piensa de ello?

22 de marzo: Mendès es el De Gaulle de la izquierda. Escapó a los calificativos como De Gaulle, que llegó de esta manera al poder. Es el hombre que pasa por estar por encima de los partidos, por encima de la lucha.

H. B.: ¿Desmistificación de la izquierda, decía usted?

Se puede pensar también en una desmovilización de la clase trabajadora.

22 de marzo: No, porque adormecer a la clase trabajadora significa que los problemas económicos están resueltos. No es con un gobierno de izquierda en el poder, que se solucionarán los problemas planteados por el capitalismo. Un gobierno de izquierda estará obligado a reasumir los objetivos del capitalismo monopolista, y conocerá los mismos problemas, pero ello quizás estará acompañado de posibilidades de acción para la clase obrera y de cierto entusiasmo popular. Es lo que sucede en Inglaterra: desde que Wilson está en el poder, hay huelgas "salvajes".

H. B.: Las condiciones de vida de los trabajadores en Francia no son de ninguna manera comparables a las de los obreros, campesinos y desocupados, de los países subdesarrollados, que no tienen nada que perder y todo a ganar en un descalabro total de las estructuras.

22 de marzo: No comprendo. ¿Entonces por qué hay diez millones de trabajadores en huelga?

H. B.: En huelga, sí, pero por reivindicaciones esencialmente salariales.

22 de marzo: Es verdad. Pero también con problemas que se plantean dentro de las empresas y que desbordan los de las reivindicaciones de salarios. Es la CGT quien conduce esta huelga, y los trabajadores saben que pueden contar con su central sindical para defender sus intereses materiales. Si una gran parte de los trabajadores acompaña a la CGT, no es sin embargo el caso de todos. En la medida que algunos critican la acción de su sindicato, significa que no están conformes con el contenido de las reivindicaciones.

Francia tiene actualmente una masa de desocupados que puede estimarse en 500.000 registrados y unos 400.000 no registrados, por tratarse de jóvenes que no han trabajado todavía. Es un país que se caracteriza por la inestabilidad del empleo, donde se trabaja de 45 a 46 horas en promedio.

He aquí lo que desmistifica un poco la idea de clase obrera estabilizada, de sociedad de la abundancia. Por otra

parte, no se trata de que el obrero tenga o no su televisor o su coche; sino de la relación entre los ingresos de la clase obrera y la renta nacional.

H. B.: ¿Cree usted que al final la evolución actual es capaz de ofrecer perspectivas de transformaciones radicales, y de desaparición de los regímenes de derecha o de izquierda, tales como pueden encararlos todas las organizaciones políticas y sindicales?

22 de marzo: Pienso que por primera vez temenos la ventaja, la posibilidad, de una revolución sin catástrofe. No digo sin violencia. En mi opinión no existe el peligro del fascismo. Hoy, el fascismo no puede apoyarse ni en los trabajadores que ocupan las fábricas, ni en el campesinado que llega hasta enjuiciar el capitalismo. No voy a decir que sea una fuerza revolucionaria... pero no es una fuerza de reserva para el fascismo. A lo sumo podrá haber manotazos. Para nostros el peligro consiste en que la clase obrera se haga aplastar, que la relación de fuerzas cambie, que el gaullismo resurja y se instale por diez años más. Se logrará quizas modernizar al capitalismo, a hacer a la economía competitiva. Hay otro peligro: la toma completa por la izquierda de los aparatos sindicales y la desviación de todas las luchas por medios parlamentarios.

H. B.: Usted criticó a la CGT. ¿Qué piensa de la actitud de la CFDT y de la solidaridad manifestada hacia los estudiantes?

22 de marzo: Para mí la CFDT siempre fue un organismo de colaboración entre las clases. Sus estatutos tienden ante todo a un acuerdo entre el capital y el trabajo. Sin lugar a dudas representa la negación de la lucha de clases.

Sin embargo algunos militantes de la CFDT reconocen la validez de esta lucha. No están afiliados a otros organismos porque la CGT es estaliniana y la FO todavía está más integrada. Hay pues, militantes honestos e interesantes dentro de CFDT. Actualmente, la acción de esos militantes coincide con los intereses burocráticos de la CFDT, intereses antiestalinistas. Aparece como izquierdista,

frente a la CGT para recuperar sus miembros. De manera que no tenemos más confianza en la orientación y el aparato de la una o de la otra.

H. B.: Ustedes por lo tanto cuestionan todo lo que ahora existe. Suponiendo se produzcan cambios de estructura, ¿qué sociedad ideal preconizan para el futuro?

22 de marzo: Pienso en una federación de consejos obreros, en los sóviets, en una sociedad sin clases donde no exista la división social del trabajo entre trabajadores intelectuales y manuales. En cuanto a las formas precisas de organización, aún no se pueden definir. Hay ejemplos, modelos históricos, a lo sumo.

H. B.: En este cambio de todas las estructuras sociales, políticas y económicas, ¿cómo conciben las relaciones entre países desarrollados y subdesarrollados.

22 de marzo: Hasta hoy, en el Movimiento 22 de marzo no había monolitismo, y a menudo había divergencia. Unos sotenían que el centro revolucionario se había desplazado hacia el Tercer Mundo; otros estimaban que la lucha fundamental era la lucha de clases en Francia y en los países altamente industrializados. Sin duda, ha llegado la hora de reiniciar este debate.

H. B.: Concretamente: ¿cree que el modelo castrista, aunque nacido en un país subdesarrollado, sea susceptible de ser utilizado? Si es así, ¿en qué dominio puede servir como punto de referencia?

22 de marzo: A este respecto nuestras opiniones difieren. Unos ven en la revolución cubana el modelo de la revolución del Tercer Mundo y de una sociedad en marcha hacia el socialismo. Otra fracción, a la cual pertenezco, no cree que el castrismo sea realmente un modelo y estima que Cuba se dirige hacia una nueva división de clases en la sociedad. Dado que los países del Tercer Mundo dependen de los países industrialmente avanzados, es un error fundamental afirmar que la revolución puede partir de ellos.

En cuanto hacer una revolución significa despojar a la burguesía y dar la dirección de la economía a los trabajadores, es difícil despojar a la burguesía de los países

subdesarrollados en beneficio de la burguesía de los países evolucionados. Por eso es que siempre hemos pensado que la revolución no podía hacerse sino a partir de países económicamente desarrollados. Evidentemente, no se trata de condenar a Castro o al régimen castrista. No existe la posibilidad de un neosocialismo en una pequeña isla en las cercanías de la Florida, prisionera económica , social y políticamente. Pero se puede afirmar que el castrismo, aunque no desarrolle tesis justas, perjudica considerablemente al imperialismo norteamericano.

H. B.: ¿Hay algún país del Tercer Mundo donde a usted le parezca que triunfó la revolución?

22 de marzo. No. Todos, en el Movimiento 22 de marzo, están de acuerdo a ese respecto. El socialismo verdaderamente no existe. Se puede pensar que algunos países se orientan en direcciones más o menos aceptables, aunque el juicio sea a menudo subjetivo.

H. B.: ¿Conducen ustedes la lucha dentro de límites estrictamente franceses o están vinculados con los países vecinos de acuerdo con una estrategia revolucionaria?

22 de marzo: Si el movimiento que se ha desatado debilita particularmente al capitalismo francés, si los movimientos del exterior, Italia, Alemania, España, llevan a cambios profundos en Europa, el objetivo es común. Pero la solidaridad revolucionaria no se establece a nivel de una relación epistolar. La mejor revolución consiste en debilitar a la burguesía en su propio país.

H. B.: Sin embargo se habló, tanto en los medios gubernamentales como en otros medios, de subvenciones, de ayudas procedentes del exterior y más o menos se ha sospechado, ya de la República Popular China, ya de . . . la CIA, ya incluso del sionismo, de ayudar al movimiento revolucionario estudiantil. ¿Qué hay de verdad en ello? ¿Ustedes reciben fondos de alguna organización?

22 de marzo: "L'Aurore" afirmó recientemente: "Los jefes son anarquistas, el dinero viene de Pekín". Hemos publicado todas nuestras fuentes de recursos. En asambleas generales se decidió que toda entrevista de prensa

debía pagársenos para que nuestras fuentes de ingresos fueran claras. Nos está vedado recibir dinero del extranjero, de los partidos como de las fuerzas situadas fuera de ellos.

Existen grupos prochinos: que reciban ayuda de la embajada China no tiene nada de anormal. La actitud de los grupos prochinos respecto al 22 de marzo ha sido ambigua. Al principio lo denunciaron. Después creamos una comisión: "luchas estudiantiles y luchas obreras", y los camaradas de la UJCML (Unión de Jóvenes Comunistas Marxistas-leninistas) participaron en la elaboración de esa comisión. Finalmente, cuando nos retiramos de Nanterre ellos se retiraron del movimiento. No participaron pues, en el movimiento propiamente dicho.

Si la URSS ayuda al PC es también normal.

En lo que nos concierne, parece que la CIA se interesó en nosotros estos últimos tiempos. Algunos diarios y asociaciones norteamericanas, filiales e intermediarias de la CIA, nos propusieron sumas importantes. Inútil decirle la acogida que les hemos dado... En cuanto a los sionistas, ellos no son amigos nuestros. Somos contrarios a todo imperialismo, incluso el sionista. Condenamos el nacionalismo y las pretensiones expansionistas de Israel.

H. B.: ¿Estiman ustedes haber recibido, en Francia, el apoyo de los intelectuales de izquierda?

22 de marzo: Han estado un poco fuera del asunto y eso es bueno; no han podido ubicarse; no tenían posibilidad de intervenir porque se encontraron ante un movimiento dispuesto a criticar todo, incluso a los intelectuales que los estudiantes progresistas no estaban habituados a discutir: por ejemplo Sartre. ¿Qué influencia pudo haber ejercido él sobre el movimiento? Ninguna, aún si hubiera hablado en la Sorbona.

H. B.: ¿Niega usted cualquier afinidad intelectual, aún cuando, como lo supongo, usted no tenga maestro alguno?

22 de marzo: Se ha querido regalarnos Marcuse, como maestro: es una broma. Ninguno de nosotros leyó a Marcuse. Seguramente algunos leen a Marx, quizás también

a Bakunin y, entre los autores contemporáneos, a Althusser, Mao, Guevara, Lefebvre. Casi todos los militantes políticos del Movimiento 22 de marzo han leído a Sartre. Pero no se puede considerar a ningún autor como inspirador del movimiento.

H. B.: Entonces ¿quiénes son sus aliados? ¿El nuevo partido revolucionario que se esboza ahora?

22 de marzo: Hay más de un partido revolucionario en formación actualmente. Y quienes están en condiciones de acercarse a esos partidos son estudiantes, intelectuales, y ello conduce a un nuevo partido de vanguardia que tomará en sus manos la lucha de los trabajadores.

Nosotros nunca planteamos la necesidad de crear un nuevo partido, sino una situación objetiva que hiciera surgir la posibilidad de expresarse en todos los niveles. Ahora que la gente se organiza, no estamos forzosamente de acuerdo con el punto a donde llegarán, pero no entramos en el juego: el movimiento se inició y todas las corrientes pueden expresarse libremente.

H. B.: Ustedes no quieren un movimiento capaz de coagularse; ustedes dejan la puerta abierta. Pero después de todo, entre ustedes hay un mínimo de normas: la revolución debe venir desde la base.

22 de marzo: Exactamente. Todos los grupos pueden expresarse en el medio estudiantil; no hay que prohibir ninguno; es fundamental. En las fábricas el clima deviene también democrático. En la actual situación, la propaganda sindical o política, a la salida de las fábricas, es más flexible. Sin duda, es una derrota del estalinismo que es irreversible. La verdadera revolución ofrece medios de acción a todos. Esto es lo que nosotros llamamos la democracia obrera.

H. B.: Sin embargo, frente a la organización de los poderes públicos, del PC, y quizás de las organizaciones de la izquierda, el desmenuzamiento de ustedes, el rechazo que hacen de los aparatos, ¿no perjudica la acción?

22 de marzo: No debemos colocarnos en el mismo terreno que el poder gaullista, la FGDS y el PC, oponer una organización a otra, sino un tipo de organización a otro

tipo. Los comités de barrio, de empresa, serán ellos mismos las fuerzas revolucionarias que se opondrán al poder. No hay que oponerse a la burguesía imitando sus esquemas de organización. Los comités de acción se crearon espontáneamente en todos lados: de ahí sus diversos nombres. Hay simples comités de acción, comités de acción estudiantiles, de trabajadores, comités de acción populares, comités de acción PSU.

Los comités de acción del Movimiento 22 de marzo eran algo diferentes de los otros por su organización: no agrupaban al principio más que personas del 22 de marzo, para permitirnos la coordinación con París. A título individual participamos en otros comités de acción, en el Censier, por ejemplo, muy cerca de nosotros.

H. B.: ¿Todos estos comités de acción, incluidos los de ustedes, están coordinados ahora?

22 de marzo: Muchos tratan de coordinarlos, de aprovechar el movimiento. De la Sorbona a Censier, actualmente, varias gentes pretenden ser coordinadoras de comités de acción. Un grupo de personas como Vigier, Barjonet y representantes de la IV Internacional que querían crear un movimiento revolucionario, fue boicoteado por el Movimiento 22 de marzo. Los comités de base deben coordinarse ellos mismos y no se trata de crear un partido revolucionario que dirija las luchas, reagrupando personalidades que pretenden representar a los trabajadores.

H. B.. En resumen, ustedes no quieren imponer la revolución, sino mantener el ardor. Hablando del movimiento estudiantil Raymond Aron habló de "sico-drama" y de "seudorrevolución".

22 de marzo: No creo que el Movimiento 22 de marzo haya dicho que los estudiantes podían hacer la revolución. Si Aron pretende que los estudiantes han querido hacerla ellos solos, se equivoca. Su situación social y sus opiniones políticas lo llevan a minimizar todo lo que puede constituir una fuerza revolucionaria.

H. B.: En conclusión, ¿la adhesión del PC, de los sindicatos, de los campesinos, de la pequeña burguesía, de

la izquierda tradicional, a la democracia parlamentaria, ¿no los lleva a ustedes a una especie de examen de conciencia? ¿No han sobrestimado la capacidad revolucionaria de la base. ¿No se quedarán solos?

22 de marzo: La clase obrera ha hecho la prueba de su combatividad. No sólo debía luchar contra la burguesía sino también soportar el enorme peso de los aparatos sindicales y estalinistas. Por haber desarrollado sin embargo, un nuevo tipo de luchas, algo habrá adquirido. El núcleo revolucionario se ha extendido y constituirá mañana un sólido punto de partida.

RUDI DUTSCHKE

MAS ALLA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

*** ¿Hasta qué punto el carácter acentuadamente extraparlamentario de su movimiento implica una superación de la concepción leninista, y en qué medida se presenta como una alternativa a la estrategia sostenida por los partidos comunistas de Occidente?**

Los ideólogos del P.C.I. hacen suya una formulación de Engels, en la cual se afirma que en cierta situación histórica las instituciones democrático-burguesas están en contradicción con los intereses de la burguesía. Esta concepción, que para Engels era una táctica, ha sido elevada por el P.C.I. a la categoría de estrategia.

El parlamento de hoy día es sustancialmente diferente al de la época en la cual Lenin criticaba a la izquierda que sostenía una estrategia revolucionaria extraparlamentaria. A los izquierdistas, desde Lukács y Bela Kun hasta los comunistas alemanes y austríacos, Lenin concedía que el parlamento históricamente estaba superado; pero -ésta era su crítica- dentro de los movimientos de aquel entonces las masas de los diversos países veían aún en el parlamento una forma de representación democrática, y precisamente por

eso toda estrategia revolucionaria, toda estrategia socialista tenía que servirse del parlamento, utilizarlo como tribuna de la lucha de clases. Respecto a los años veinte, me parece que este concepto era adecuado; en realidad, sin lugar a dudas, en aquel entonces las diversas clases estaban representadas en el parlamento y los parlamentarios conducían su lucha como representantes de su clase. En la segunda mitad de la década del veinte, especialmente a causa de la gran crisis, se produce una transformación dentro del capital y de la organización social. Sobre todo se afirmó cada vez con mayor claridad una pérdida de la publicidad (öffentlichkeit), publicidad en el sentido democrático-burgués. El presupuesto de la publicidad, el presupuesto de la democracia es la posibilidad consciente del individuo, del ciudadano, del elector, dentro de la sociedad burguesa, de informarse, de transformar políticamente la información, de constituirse en organizaciones de clases, las cuales a su vez están representadas en el parlamento; todas estas formas de la publicidad, burguesa-clásica, fueron destruidas por el propio capitalismo. La estrategia socialista actual debe pues utilizar todos estos momentos de la revolución burguesa y de los principios democráticos de la revolución burguesa; pero debe tener plena conciencia de que, dada la pérdida de las funciones de la publicidad, la propia publicidad es hoy sólo un momento dentro del sistema dado de las instituciones, las cuales de por sí y en conjunto representan ya represivamente un momento del sistema. Es imprescindible comprender que esta forma de la pérdida de las funciones de la publicidad tradicional hace necesaria una nueva forma de estrategia socialista respecto de la publicidad.

A través de la transformación del antisemitismo en anticomunismo, a través de un sistema de concesiones y de un sistema de manipulaciones —sin olvidar la presión terrorista ejercida sobre los opositores del sistema—, en la segunda pos-guerra la sociedad capitalista burguesa pudo crear en la República Federal un sistema de instituciones que se caracterizaba, y se caracteriza todavía, por no controvertir ya la estructura del trabajo asalariado y del

capital, la estructura del poder del capital.

Más exactamente: en Bonn los representantes de cada fracción del aparato se encuentran para jugar a la Bolsa con su propia cuota. Podemos entender la democracia burguesa en su forma poscapitalista como democracia de intereses, en la cual grupos particulares de intereses se encuentran en la Bolsa de la política, concluyen compromisos, compromisos regidos desde el punto de vista político; los grupos particulares de intereses reciben una determinada cuota del producto social bruto; no están ya en juego problemas estructurales, sólo se trata de problemas de distribución de la respectiva cuotaparte.

En este sistema de juego en Bolsa, participan los partidos, los sindicatos y otros grupos de intereses. Constituyen un componente integral de la Bolsa y ni siquiera ponen en cuestión a la propia Bolsa. Por consiguiente, el parlamento pierde, dentro de este sistema de instituciones, todo valor político en el sentido estructural de la palabra. No es ya una tribuna de lucha de clases, sino sólo un lugar en el cual —para decirlo con palabras de Hegel— se muestra al pueblo que él está gobernando.

Respecto a Lenin esto expresa un hecho nuevo, en el sentido de que actualmente el parlamento no es ya lugar de decisiones políticas. Análisis muy recientes, incluso burgueses, sobre el parlamentarismo, demuestran que las decisiones políticas en el poscapitalismo se toman esencialmente en el ámbito preparlamentario, en el ámbito de la tratativa para lograr el compromiso, por acuerdo entre la burocracia ministerial y la burocracia de las empresas gigantes, acuerdos entre grupos de intereses que van desde el oligopolio hasta grupos particulares de intereses de otros ámbitos de la sociedad. De esa manera al parlamento corresponde solamente sancionar las decisiones, y al parlamento no le queda sino esa función disfrazada con la pretensión de discutir políticamente el destino de la nación, que ya no la tiene desde hace décadas.

Pienso que esto que describo no sólo se adecúa a la situación en Alemania Federal, sino que también caracteriza

a otros países, aunque se presente con desarrollo desigual en el tiempo. Y se adecúa también a otros países, porque la forma actual del poscapitalismo se caracteriza por el hecho de que este sistema está en condiciones, gracias a la alta productividad del trabajo, de conceder mejores salarios, cantidades crecientes de mercaderías y una capacidad de consumo creciente. Lo cual es parte del sistema del poscapitalismo, incluso al finalizar el período de la reconstrucción, incluso al finalizar el sedicente milagro económico europeo.

Los socialistas no deberían ya esperar las señales de una profunda crisis económica del sistema capitalista; deberían en cambio comprender que el poscapitalismo está jalonado por crisis de recesiones, crisis que se verifican puntualmente, pero que con el auxilio del estado, que hoy más que nunca representa a los intereses del capital, está hoy en condiciones de intervenir; a través del estado, el poscapitalismo regula cada vez más el proceso económico, en el cual el estado interviene directamente como potencia económica (distribución del crédito, desarrollo de la infraestructura, etc.).

Marx en la "Miseria de la Filosofía" contrapone la división social del trabajo en la fábrica a la anarquía de la sociedad, en su conjunto. Sostengo que esta contraposición no es actualmente válida y que más bien incluso dentro de la sociedad capitalista actual, gracias a la estandarización, a la estadística social y a la nueva función asumida por el estado, la tradicional espontaneidad del capital ha sido suprimida, si se quiere en forma contradictoria.

Sostengo que el carácter extraparlamentario de nuestra lucha, en Alemania Occidental y en Berlín, representa una novedad en la discusión sobre una estrategia socialista en Europa Occidental, puesto que partimos de la comprobación de que la obsesión del parlamento significa un desconocimiento completo del papel y de la función de la institución dentro del aparato.

La utilización crítica del parlamento y de los mecanismos parlamentarios por parte de los partidos comunistas en

Italia y en Francia, como también en el programa del Partido Comunista alemán, que actualmente se ve obligado a trabajar en la clandestinidad, compromete fatalmente toda la estrategia socialista en Europa Occidental. La conciencia de la masa, la conciencia de las diferentes fracciones del pueblo, está obsedida por el parlamento. Por consiguiente la manipulación sistemática y estructural del sistema del poscapitalismo se ve favorecida. ¿Para qué partido comunista en Europa Occidental el parlamento es objetivamente una tribuna de la lucha de clases? ¿Cuáles son los comunistas en el parlamento francés o italiano a quienes se ha confiado la tarea de ligar su actividad parlamentaria a la acción política extraparlamentaria de masas? Dentro de una estrategia socialista el parlamento podría ser utilizado sólo como un momento de una doble estrategia; en otros términos, hacer explotar la falsa conciencia de la masa respecto a las instituciones, en el poscapitalismo sólo puede significar conducir una lucha extraparlamentaria, antiinstitucional, porque el socialismo es inconcebible sin hombres nuevos, provistos de nuevas necesidades, de nuevos intereses y de nuevas posibilidades. Pero estos hombres nuevos sólo pueden formarse en la confrontación práctica con un sistema de manipulaciones, con un sistema que degrada al hombre a la categoría de objeto de la camarilla dominante, de las fracciones dirigentes del aparato del estado. Esta lucha contra el aparato del estado -que sólo es posible como lucha de clase cotidiana y sistemática- en Europa Occidental, en Francia, en Italia y aquí entre nosotros, no es ya conducida por los partidos comunistas y esto es así esencialmente porque eligieron la vía democrática al socialismo.

Esta elección significa que en el plano teórico no se ha comprendido las características del poscapitalismo y de sus instituciones, no se ha comprendido que todas las instituciones del poscapitalismo son en sí, integral y estructuralmente, momentos del sistema, dependen del sistema y lo integran. Al participar en el juego del sistema, en esa Bolsa que es el parlamento, en cualquier forma que

lo hagan, los partidos comunistas se exponen cotidianamente al peligro de la integración.

Por eso es imprescindible recurrir a la lucha extraparlamentaria, para poder dar una nueva forma a la conciencia de las masas, para poder hacerles comprender que en el parlamento no se decide ya nada, que una transformación social, una reestructuración social sólo es posible si ellas mismas asumen su propio destino, si crean sus propias organizaciones autónomas en las diferentes instituciones (fábrica, universidad, escuela, iglesia, etc.), en todas las instituciones del poscapitalismo que son de por sí autoritarias, que día tras día forman estructuras características y personalidades autoritarias, que no se reconocen en la sociedad, no controlan y no comprenden la sociedad a la cual se someten con pasividad y sufrimiento.

Esta cotidiana formación del individuo, que no está en condiciones de actuar como individuo y que sólo puede actuar como objeto de los dominantes, y que por tanto reacciona pasivamente, esta transformación en objeto no es comprendida por la teoría del camino democrático hacia el socialismo como la entienden los partidos comunistas. Así pues, los propios partidos comunistas se convierten en un componente del poscapitalismo, puesto que su lucha, su forma de lucha, se distingue actualmente sólo formal y programáticamente de la ideología y de la forma del captial y de los partidos burgueses. Alrededor de 1921, Lukács afirmó en una ocasión que la gran tragedia del movimiento obrero consistía en su incapacidad para separarse ideológicamente de la burguesía y del pensamiento burgués. Agregaba que no bastaba que un partido comunista se diferenciase de un partido social-demócrata o burgués sólo en el programa. Si dentro de los partidos comunistas, dentro del campo revolucionario no son ya visibles los síntomas de la contrasociedad, de la nueva sociedad, del hombre nuevo con nuevas necesidades y nuevos intereses, entonces la diferencia entre comunismo y social-democracia entre P.C. y P.S.D., es sólo una diferencia cuantitativa e irrelevante, irrelevante en el sentido de las transformaciones sociales

hacia la democracia directa, hacia el socialismo como posibilidad y capacidad del hombre de desarrollarse al máximo en el plano creador y en última instancia de convertirse en un hombre nuevo. Sostengo, por consiguiente, que una estrategia socialista para Europa Occidental tendrá en todos los países que desarrollar una política extraparlamentaria, sin dejar de utilizar al mismo tiempo subversivamente al parlamento, en el ámbito de una estrategia extraparlamentaria. Lo cual significa dedicarse activamente al boicot de las elecciones en la época de la campaña electoral, incluso organizar manifestaciones electorales, pero con el fin de utilizarlas para denunciar al parlamento, para denunciar al sistema de las instituciones del poscapitalismo; se trata, en otras palabras, de realizar campañas de desenmascaramiento y no campañas propagandísticas para vender un producto. Campañas con el fin de despertar la conciencia y la actividad autónoma, de la base, de las masas; campañas que no comporten un sentido de seguridad, que no les hagan creer que al elegir tal o cual candidato para el parlamento se desarrollará una línea política correcta. Debemos quitarles constantemente a las masas esta fe en las intituciones del poscapitalismo, y hacerles comprender esa lucha extraparlamentaria como una lucha por el hombre nuevo, por la creación de formas de organización autónomas, formas que articulen y organicen los intereses y las necesidades específicas de los hombres, de los grupos, de las fracciones.

Son estas formas de organización autónomas las que debemos hacer surgir y por las que debemos trabajar y no para apuntalar la fe en organizaciones extrañas como los partidos, el parlamento, etc., es decir instituciones en el sentido tradicional del término. El problema del parlamentarismo en mi opinión no está desvinculado del de los partidos. Los partidos existentes, que participan o intentan participar en el juego parlamentario, se caracterizan por ser, en última instancia, partidos tradicionales de masas burguesas. Efectivamente, existen diferencias entre los partidos socialistas y los partidos burgueses, pero todos se caracteri-

zan por una estructura de fondo, por haber estructurado la relación entre dirigentes y base, entre las masas y sus representantes, de un modo autoritario. El hecho de que incluso en el concepto leninista del partido, en la concepción del centralismo democrático, la actividad autónoma de las masas no tenga una parte decisiva, que la dictadura del proletariado de Lenin desde 1918 a 1921, etc., haya podido ser considerada como una dictadura de la vanguardia, fortalece el fundamento de mi crítica. La conclusión a la que quiero llegar es la siguiente: las organizaciones autónomas como las que he descrito, en cuanto organizaciones de hombres que no están ya dispuestos a someterse a las reglas del juego del sistema de las instituciones existentes, es una nueva forma de organización que se coloca más allá de las organizaciones de los partidos.

La forma de las organizaciones autónomas actúa en la esfera en la cual viven los hombres que no aceptan ya las reglas del juego. Esto significa que en cada institución, desde la fábrica a la universidad, desde la escuela a la iglesia, pueden constituirse organizaciones autónomas, pueden formarse vanguardias autónomas, que sin verse obligadas a someterse a la pretensión monopolística de un partido, pueden emprender la lucha antiautoritaria dentro de su esfera específica. En mi opinión, actualmente la lucha antiautoritaria es tendencialmente una lucha revolucionaria e incluso también una lucha socialista, puesto que todas las instituciones del poscapitalismo son de por sí autoritarias, forman seres humanos impotentes y autoritarios que dentro del sistema del poscapitalismo se ven obligados a adaptarse y que tienden a la adaptación dadas sus características.

Por consiguiente, el conjunto de las formas de lucha que debemos desarrollar, tiene que ser determinado considerando si tales formas están en condiciones de despedazar los caracteres estructurales de impotencia y pasividad de las masas asalariadas y de las diversas fracciones de la población. El problema de la organización, para nosotros, para el campo revolucionario, debe ser planteado sólo en estos

términos. Y al respecto sostengo que puede afirmarse que incluso el propio partido no es ya una estructura de lucha, una forma de organización que permita formar caracteres estructurales antiautoritarios, poderosos, que esté en condiciones de conducir la lucha revolucionaria impulsada por intereses y necesidades revolucionarios.

Si luchamos por el hombre nuevo, por la nueva sociedad socialista revolucionaria, fuera del sistema de las instituciones existentes, fuera de las reglas de juego vigentes, estamos en condiciones de contraponer permanentemente acciones subversivas y formas subversivas a los mecanismos de integración de la sociedad burguesa. En esto vemos la única posibilidad de formar un potencial revolucionario dentro de las diferentes instituciones del poscapitalismo, un potencial que podría estar en condiciones de poner en funcionamiento un proceso revolucionario que no se agotara en la sustitución de una camarilla dirigente por otra, ni en la transformación de las nacionalizaciones capitalistas en nacionalizaciones socialistas; un potencial capaz de efectuar una revolución que logre imponer, sobre la base del principio de las organizaciones autónomas, con la fórmula estructurante —transmitida en las "Tesis sobre Feuerbach"—: "el educador debe ser educado", una nueva sociedad controlada desde abajo, es decir en condiciones, mediante el instrumento de los consejos, de controlar constantemente las instituciones dirigentes temporales y de poder en cualquier momento transformarlas gracias a su mandato imperativo. Esta solución aparentemente teórica del problema del parlamentarismo se hace dialécticamente realista en cuanto se agrega que, sobre la base del principio de la actividad extraparlamentaria, de la lucha extraparlamentaria, la lucha parlamentaria se reduce a un producto de descarte de la acción extraparlamentaria. Concentrándose en la realización de las iniciativas de las masas, en la actividad autónoma en las esferas más variadas de la sociedad, podremos utilizar subversivamente ora el parlamento, ora la lucha de los partidos.

El poscapitalismo con sus instituciones constituye

una unidad en sí contradictoria. Las diferentes fracciones de la manipulación estructural en la superestructura y en la estructura, en la identidad dialéctica de la superestructura y de la estructura, se contradistinguen por el hecho —y Marx lo dijo en su bosquejo para "La Guerra Civil en Francia", bosquejo que tiene una importancia decisiva para nuestro análisis— que la única razón de ser de esta forma de dominio de clase consiste en impedir por todos los medios la emancipación de las masas. Esto significa que las diferentes fracciones, la burocracia, la magistratura, la policía, el ejército, los partidos, los sindicatos, etc., se integran en una unidad compulsiva del aparato, y no lo controvierten ya como estructura, pero por esta misma razón están también totalmente separadas de las masas, de las varias fracciones de la población. Esta separación del aparato actual y de las masas, debe ser una de las motivaciones de la lucha extraparlamentaria. Las masas, que están separadas de cada una de las fracciones del aparato, que son oprimidas por este aparato complejo, no pueden, en nuestra opinión, estar atadas, en una estrategia socialista revolucionaria, a ese aparato o a una de sus fracciones, es decir al parlamento, si tienen la intención de destruír el aparato como aparato. Por eso en Francia e Italia, más allá de los partidos comunistas y socialistas, pueden surgir movimientos de masas extraparlamentarios que, regidos por el principio de la autoorganización, deberán estar en condiciones de utilizar en forma subversiva a las fracciones parlamentarias comunistas y socialistas; esto no es una perspectiva a corto plazo, pero sí una perspectiva a largo plazo estrechamente vinculada con la elaboración de una estrategia doble. Si las masas en el plano de la conciencia se vuelven extraparlamentarias, es decir, si en conciencia se colocan fuera del sistema del poscapitalismo, entonces la crisis del sistema es profunda, entonces es posible minar de manera siempre creciente las diversas instituciones y los diversos ambientes del aparato con la tendencia, en el cuadro de la doble estrategia de acción extraparlamentaria de masas y de actividad destructiva desarrollada dentro del

parlamento, y lograr una efectiva desintegración del aparato compulsivo. Si nosotros socialistas revolucionarios luchamos sólo por las instituciones democrático-burguesas, entonces nos iremos a pique con los últimos restos de esta misma democracia y nos veremos obligados a someternos a la dictadura militar u otras formas de opresión terrorística practicada por la sociedad anónima a lo que Marx denomina en el bosquejo sobre "La Guerra Civil en Francia" el terrorismo anónimo.

Actualmente, el contenido de la democracia burguesa como se afirmó en el transcurso de la Revolución Francesa, puede ser suprimido sólo dialécticamente dentro de una democracia revolucionaria, en el ámbito de una alternativa socialista revolucionaria. La lucha por el contenido democrático-burgués actualmente sólo puede ser dirigida dentro de una estrategia socialista revolucionaria, y por eso mismo, la ausencia de una estrategia socialista revolucionaria como alternativa a la sociedad burguesa del poscapitalismo, significa en sí misma la renuncia a una alternativa real. Los partidos comunistas y socialistas del occidente europeo son hoy los portadores de las instancias democrático-burguesas del pasado. En lugar de impugnar totalmente este sistema en el momento en el cual la burguesía, el capital, se desembaraza totalmente de su propio contenido del pasado, en lugar de contraponer al contenido democrático-burgués la democracia socialista revolucionaria como una alternativa para las estructuras existentes, una alternativa que suprime dialécticamente los elementos contenidos en la perspectiva democrático-burguesa del pasado, en el cuadro de una concepción de verdadera democracia de base, los partidos comunistas y socialistas toman hoy el camino que la social-democracia recorrió en el período precedente a la primera guerra mundial. Los partidos comunistas y socialistas tienen actualmente en cierto sentido la función de la II Internacional.. Dentro de su concepción del socialismo, no existe una real y profunda contraposición al sistema existente del poscapitalismo. La reivindicación del contralor sobre los monopolios y alguna reivindicación sensata sobre

la política exterior, no constituyen una alternativa socialista; su concepción es totalmente incapaz de realizar al hombre nuevo, premisa del socialismo, incapaz de afrontar el presupuesto de cualquier lucha revolucionaria en general. Precisamente por esto tenemos que concebir a los partidos comunistas y socialistas como un momento de la unidad contradictoria que es el poscapitalismo; como un momento que en su contenido socialista, comunista, constituye un elemento particular de contradicción, pero que en su forma y en sus métodos de lucha es parte integrante del sistema hoy existente en Europa Occidental.

El hombre nuevo provisto de nuevas necesidades y de la nueva capacidad de producir desde la base la democracia, una democracia real y directa, sólo puede formarse en un largo proceso de choques y de lucha con el orden represivo existente. La organización de esa lucha sólo puede ser extraparlamentaria y antiinstitucional en el sentido de las instituciones actuales. Esta lucha contra el aparato estatal, contra sus diferentes fracciones, es la condición de la posibilidad de realización de las intenciones revolucionarias. Solamente en la lucha el individuo autoritario, adaptado, impotente en sus caracteres estructurales y en la estructura de su relación con la sociedad, puede transformar los propios caracteres estructurales, adquirir la capacidad de concebir la sociedad como algo transformable, como una entidad que puede ser modelada, y desarrollar una función efectiva en el proceso de realizaciones de la nueva sociedad. Precisamente por esto son necesarias organizaciones autónomas y no organizaciones extrañas; por esto también la necesidad de una democratización desde abajo. El proceso revolucionario crea estos momentos de democracia directa ya en la propia esfera en la cual se combate. Las luchas conducidas por nosotros en la universidad de Berlín Occidental y en Alemania Federal, son luchas antiautoritarias, en las cuales los que participan se modifican interna y externamente en el plano intelectual y en el de carácter, y adquieren nuevos modos de comportamiento, nuevas actitudes en el enfrentamiento con la vida, la sociedad y la necesidad de la revolución

Sólo la lucha de clases para la realización de la democracia socialista, para la formación de una comunidad socialista, para la democracia obrera, sólo esta lucha de clases —y el acento está puesto sobre lucha— permite la efectiva realización de una nueva sociedad. Es una vieja verdad, que Lenin subrayó en la época de los acontecimientos de Kronstadt de marzo de 1921 y después incansablemente hasta los últimos meses de su vida, pero es una verdad que siempre es necesario recordar. Esta lucha de clases ya no la conducen los partidos comunistas y socialistas de Europa Occidental. Y por eso se han convertido, aún cuando en forma contradictoria, en un componente del sistema. Quiénes no estén de acuerdo con el sistema capitalista en su forma actual, la forma del poscapitalismo, quienes quieren trabajar de manera revolucionaria contra eso, tienen que comprender que se trata de iniciar la lucha fuera de esos partidos, en la esfera en la cual actualmente la lucha es posible. Recordemos la teoría leniniana de los anillos más débiles: existen anillos más débiles también dentro del poscapitalismo. En Berlín Occidental y en Alemania Occidental, eran y son las universidades; también en Italia la universidad parece ser en esta fase un anillo débil en el cual estamos en condiciones de despedazar desde la base un centro del poscapitalismo; al operar sobre este anillo más débil, surge la posibilidad de desarrollar a nivel de la masa la democracia real, directa, de base de dar a la población estudiantil el contralor de los propios grupos dirigentes, de hacerlos controlar por las masas de estudiantes conscientes y que se emancipan en la lucha.

*** ¿Qué relación existe entre la represión, la manipulación, etc., y el recurso a la violencia abierta por parte del estado burgués del poscapitalismo? ¿Cuáles son en su opinión las tendencias de desarrollo en la República Federal? ¿Piensa que en la República Federal existen tendencias análogas a las que llevaron al**

golpe militar griego y en Italia al golpe de estado fallido de 1964?

En la totalidad del sistema institucional del poscapitalismo, cotidianamente se ejerce violencia sobre el hombre. El problema que plantea su pregunta sólo puede ser el de relación entre violencia latente y violencia abierta, manifiesta. El dominio sutil de la manipulación y la forma sutil de maximización del capital mediante el sistema de concesiones —incluso aunque la forma manifiesta de la explotación se vislumbre ahora con toda claridad por millones de asalariados— constituyen ahora un sistema complejo de violencia. Un aspecto del problema ya lo he tratado en mi primera respuesta: la sociedad burguesa, o más precisamente el aparato estatal burgués, porque la actual sociedad poscapitalista es sustancialmente una sociedad estatizada que administra en forma cada vez más absoluta a los individuos aislados, y al complejo social, esta sociedad burguesa estatizada, este aparato estatal poscapitalista, pasará a la violencia abierta cuando lo considere necesario, o cuando se vea obligado por las fuerzas revolucionarias. El grado de la violencia lo determina la contrarrevolución, dijo en 1919 Rosa Luxemburgo poco antes de ser asesinada. En este sentido el grado y la intensidad de la violencia depende efectivamente de la contrarrevolución; pero la revolución debe tener en cuenta este hecho, el posible grado de violencia de la contrarrevolución, y una intensificación de la lucha revolucionaria fuera del sistema vigente de reglas del juego, fuera de los partidos existentes, acentuará necesariamente la represión. Los pequeños encuentros, que efectivamente no tienen aún nada de revolucionarios, entre estudiantes y policía en la República Federal, en Francia, en Noruega, en Suecia o en Italia, en estos últimos meses, suministran una indicación sobre la dirección del encuentro. La violencia latente del sistema que comprende la manipulación y la represión se verá transformada con gran facilidad en violencia manifiesta del ejército, de la policía, de las diferentes fracciones del

aparato estatal, contra las fuerzas revolucionarias que no aceptan ya las reglas del juego. En este sentido, en los diferentes países de Europa Occidental puede afirmarse una tendencia por la cual, con la extensión de la oposición extraparlamentaria y antiinstitucional, es decir de la oposición revolucionaria, la represión se verá obligada a restringir rápidamente el espacio de libertad burguesa formal, de los derechos burgueses formales, para poder conducir en términos más eficaces la lucha contra las fuerzas revolucionarias.

El golpe de estado que se preparó en Italia en 1964, y el golpe militar de Grecia, me parecen ambos tendencias posibles —claro que a largo plazo— también para la República Federal Alemana y para otros países. En cada país el grado de desarrollo es profundamente desigual. Sobre la base de la integración de la Bundeswehr en la NATO y de la nueva relación que se ha creado entre ejército y política —que efectivamente no es ya clásicamente conservador en el sentido de la década del 20 o clásicamente fascista en el sentido de la década del treinta—, para nosotros los revolucionarios, en la República Federal subsiste una posibilidad relativamente buena de que las contradicciones del aparato, las contradicciones entre las diferentes fracciones del aparato, sean tan profundas que un golpe militar en un futuro próximo no sea posible para la contrarrevolución. Pero es posible que se intente poner fuera de la ley a las fuerzas parlamentarias, en particular el Sozialisticher Dutscher Studentenbund (S.D.S.). Pero por el momento en el peor de los casos, nuestra situación es tendencialmente tan favorable que incluso si se pusiera fuera de la ley a nuestra organización, el S.D.S., no se lograría eliminar el movimiento extraparlamentario antiautoritario con sus tendencias revolucionarias, porque éstas podrían en cualquier momento construir otra organización, una organización de tipo frentista y nuevas organizaciones propias. Hasta en esto me parece evidente una nueva característica de nuestro movimiento: no estamos organizados en un partido, somos sólo el núcleo creador de un campo

antiautoritario constituido por organizaciones autónomas. En la fábrica y en la escuela, en la escuela profesional y en la universidad, en la iglesia y en el sindicato, en todos estos ambientes se constituyen organizaciones autónomas radicales que no aceptan ya la integración de la propia institución en el sistema. Entonces para el aparato estatal no será ya tan fácil poner fuera de la ley a una organización: si a alguna la obliga a la ilegalidad, surgirán otras.

Es el principio de la organización autónoma que hará más difícil al aparato estatal combatirla. Nuestra situación, nuestra perspectiva política, se presenta mucho más favorable todavía porque con la terminación del milagro económico las contradicciones dentro del aparato se hacen más profundas. La propia creación de la gran coalición no aparece como un obstáculo al proceso revolucionario de formación de fuerzas impugnadoras, sino que se presenta más bien como un motor de movilización revolucionaria. En la gran coalición, como unidad de las diferentes fracciones del viejo movimiento obrero y de la burguesía —en realidad en ella confluyeron ex-comunistas como Wehner, ex-socialistas como Brandt, ex-fascistas como Kiesinger y otros representantes de las distintas fracciones de la burguesía— todos seguirán acostándose juntos hasta que de ese lecho sean expulsados por las masas emancipadas. Esta gran coalición sólo agudiza las contradicciones existentes en el aparato.

Por el momento nos encontramos pues en una situación extremadamente favorable, si logramos utilizar estas contradicciones dentro de una estrategia doble, explotar sistemáticamente los elementos subversivos dentro del aparato, colaborar con ellos para alcanzar el fin común que es la destrucción del propio aparato. En este sentido las perspectivas son extremadamente favorables, pero al mismo tiempo la lucha contra el aparato estatal burgués se hará cada vez más dura. Hasta el momento hemos sido los únicos que solicitamos a los estudiantes jóvenes de la enseñanza media, a los obreros jóvenes, a los estudiantes universitarios, que no hicieran el servicio militar en la Bundeswehr. En el cuadro de una estrategia destinada a la transformación revolucionaria, esta postura pacifista sería naturalmente imposible. Dentro de esta valoración existen actualmente dos tendencias: explicamos la función de la Bundeswehr, las funciones de los ejércitos de la NATO en Europa Occidental, afirmando que en el fondo no tienen la función de una defensa contra peligros externos, sino una clara función represiva interna. Explicamos que los ejércitos de la NATO son tendencialmente ejércitos para la guerra civil, que tienen la tarea de impedir una lucha revolucionaria de las diversas fracciones de la población contra el aparato estatal. En este sentido nuestra actual valoración política respecto de la Bundeswehr, nos lleva a decir a los jóvenes estudiantes, a los jóvenes obreros: no vayan al ejército, niéguense a prestar un servicio civil, niéguense totalmente, intenten hacerlo a nivel de las masas, transformen esta elección en una forma de oposición radical —ahora esto se ha hecho posible, ahora en una lucha de esta clase no se está ya atomizado, se puede contar con el apoyo de las masas provenientes de las más diferentes fracciones del campo extraparlamentario—, o si no vayan al ejército, trabajen, organicen, creen confusión en el ejército, desarrollen la lucha antiautoritaria dentro de él, dirijan una acción subversiva, trabajen por una estrategia revolucionaria, lo cual puede también significar aprender a conocer los medios y los métodos en vigor en el ejército que son necesarios para la toma revolucionaria del poder, adquirir esta conciencia tenerla pronta para el futuro y concebir el servicio militar como un momento de la preparación de la revolución. Y esto en un plano material e intelectual. Dentro de una campaña contra la NATO puede significar procurarse los explosivos para la destrucción de la maquinaria inhumana, para hacer saltar material bélico, para hacer explotar aeroplanos, tanques, etc.; se trata por consiguiente de terrorismo contra la maquinaria y no de terrorismo contra los hombres.

El período de la lucha en el cual sepamos quiénes son los adversarios reales y cómo podemos eliminarlos no ha

llegado aún, porque el presupuesto de una toma revolucionaria del poder, la conscientización de las masas, la decisión de lucha de las masas, de la mayoría de la población, de la masa asalariada, actualmente no está dado. Ahora se trata en primer lugar de forzar el trabajo sobre el objeto, el trabajo de creación del hombre nuevo, para que esté en condiciones de dirigir la nueva sociedad. Por eso la actividad subversiva en el ejército se conduce con el objetivo a largo plazo de crear una nueva sociedad; se trata también de no concebir ya al ejército como algo totalmente separado de nosotros, pero sí como algo que debemos superar para poder lograr la revolución. Ejército, policía, burocracia, magistratura y burocracia ministerial directa, son hoy las fracciones esenciales del aparato, las fracciones sobre las cuales se asienta. Contra ellas debemos batirnos, y en el transcurso de la lucha contra estas fracciones la represión desde lo alto se acentuará y al mismo tiempo tendremos que crear nuevos métodos y nuevas formas de lucha desde abajo en el campo revolucionario. Lentamente, pero en forma claramente visible, Europa Occidental deja de ser una zona tranquila y segura para el imperialismo. Lentamente pero con absoluta evidencia, la ideología de la coexistencia pacífica y la ideología de la vía pacífica al socialismo, son despedazadas por la fuerzas revolucionarias que comprenden su verdadera naturaleza: un componente del dominio burgués en la fase del poscapitalismo.

Una campaña contra la NATO —y los partidos comunistas y socialistas de Europa Occidental la realizan directamente— sólo puede concebirse como una lucha militante. No es concebible en términos de una votación contraria de unos pocos parlamentarios contra un tratado, sino en términos de una politización de las masas de base, con el claro objetivo de la transformación, de la reestructuración de esta sociedad. No se debe en efecto ocultar la circunstancia de que un apoyo sólido, efectivamente revolucionario, a la lucha del tercer mundo, en la metrópoli, es concebible sólo en términos de lucha cotidiana y cada vez más dura contra el sistema del dominio como se presenta

entre nosotros. La NATO es un elemento integrante de la teoría y de la praxis del imperialismo global en su forma dominante, en la forma del imperialismo estadounidense. La lucha contra la NATO es pues una lucha directa contra el imperialismo U.S.A y un apoyo directo a los movimientos de liberalización nacional en todas partes del mundo; es también un momento directo y un instrumento de la lucha anticapitalista y antimperialista en la metrópoli. En la campaña contra la NATO la lucha anticapitalista y la lucha antimperialista son mediatas en un sentido dialéctico, e incluso, a través de esta lucha se creará una situación de enfrentamiento con el aparato estatal que excluye toda praxis tradicional social-democrática o comunista. A través de un sistema de esclarecimiento de las masas, y más precisamente en el sentido más amplio del término, recurriendo a las formas más variadas de agitación y de propaganda, en las diferentes esferas de la sociedad, por un lado, y a través de la acción militante contra los mecanismos inhumanos belicistas, por otro, en esta dialéctica de acciones de masa y de acciones subversivas, debe desarrollarse la campaña contra la NATO. En su transcurso se desarrollará también una nueva comprensión del proceso revolucionario, una nueva relación entre represión —violencia manifiesta del sistema— y contraviolencia revolucionaria.

Las experiencias del movimiento revolucionario, ya sea en Indonesia, Perú o Grecia, enseñan que la contrarrevolución está siempre en condiciones de aniquilar cualquier movimiento revolucionario que no se prepare sobre la base de las masas y para la entera lucha por el poder. Lo cual significa que si no estamos capacitados para formar en todas las esferas de la sociedad, en todas las instituciones del sistema existente, especialistas revolucionarios, especialistas revolucionarios de la subversión que estén con nosotros, no será posible realizar una doble estrategia, que comprenda el trabajo extraparlamentario y antinstitucional, por un lado, y la explotación de las contradicciones internas, de las instituciones y del aparato, por otro. Necesitamos especia-

listas revolucionarios en todas las instituciones, que estén en condiciones de suministrar los presupuestos materiales e intelectuales para contrarrestar eficazmente la tentativa de desembocar en el golpe militar y otras formas de violencia abierta.

Engels, en una de sus últimas cartas, habla de la necesidad de formar especialistas revolucionarios en todos los ámbitos del sistema, de manera que en el proceso de la revolución puedan empeñarse eficazmente en la destrucción del viejo sistema y en la construcción de la nueva sociedad. El antiguo problema de todas las revoluciones pasadas, desde la soviética hasta la cubana, ha sido la carencia de especialistas revolucionarios, lo cual ha obligado a recurrir a especialistas burgueses, que representaban potencialmente un momento de la subversión contrarrevolucionaria. En el sistema del poscapitalismo la "inteliguentsia" técnica, económica y pedagógica, tiene una función cada vez más importante para la reproducción compleja del sistema. La lucha antiautoritaria politizante en la universidad crea la premisa del surgimiento de especialistas revolucionarios en las más diferentes instituciones. Mediante la cooperación y la colaboración de los especialistas revolucionarios que desarrollen una actividad subversiva en las instituciones para destruirlas, complementando esta actividad con acciones de masas externas al parlamento, es posible suprimir la tradicional antinomia del movimiento revolucionario, es incluso más fácil combatir material e intelectualmente un eventual golpe militar y otras formas de violencia abierta y directa del sistema contra la oposición radical revolucionaria. A estos especialistas revolucionarios me refería antes, cuando hablaba de las vanguardias autónomas en cada una de las esferas, en cada una de las instituciones de la sociedad.

Estos grupos antiautoritarios de base, estas vanguardias autónomas, se contradistinguen por el hecho de politizar las contradicciones específicas, en cuanto expresiones de las diferentes relaciones de producción específicas de una esfera, de una determinada situación en el proceso

productivo; desarrollando la lucha antiautoritaria en esas sedes, adquieren la capacidad de representar un momento de la revolución en cada esfera, en cada institución, y de minar la institución en el transcurso de un proceso que se desarrolla dentro de la esfera en la cual operan. Sin embargo, es fundamental no ceder a la ilusión de poder levantar a la institución; la tarea del trabajo antiautoritario y antinstitucional en los más diversos ámbitos consiste principalmente en minar subversivamente la institución, y llegar a destruirla, como organización de violencia del estado burgués, en el proceso de la toma revolucionaria del poder.

Asume una importancia decisiva que la oposición revolucionaria extraparlamentaria y antiinstitucional logre crear una contraopinión pública como respuesta a la opinión pública represiva, que es de por sí opresiva y manipuladora, logre crear una opinión pública democrática, sostenida por una conciencia de masa madurada desde la base, sostenida por la autoorganización, sostenida por la lucha de clases, por la lucha contra el aparato estatal. Si desarrollamos y organizamos esa contraopinión pública, realizamos mejor estructuralmente la posibilidad de una expansión que movilice incluso otros sectores de la sociedad. En la República Federal, actualmente la lucha de una estrategia social-revolucionaria está aún relativamente separada de las fracciones de la clase obrera; debido a que el movimiento obrero tradicional, en su forma comunista y social-demócrata —el comunista está en la clandestinidad, el social-demócrata es un momento del aparato— históricamente, más o menos, ha desaparecido.

La nueva formación de un movimiento revolucionario de las masas asalariadas es posible sólo a través de un desarrollo de expansión subversiva de las esferas que ya hoy están politizadas. Las esferas ya politizadas son los anillos más débiles del poscapitalismo, actualmente la universidad y la escuela; en la fase sucesiva nos concentramos principalmente sobre los estudiantes trabajadores como elemento intermedio y punto de unión entre producción material y

producción intelectual, e intentaremos en esta forma, en el transcurso de una larga marcha a través de las instituciones, en una larga marcha y en una larga lucha para conquistar a las masas asalariadas, encontrar una expansión hacia el exterior, en la propia sociedad. El proceso de la revolución sólo puede concebirse como un proceso de larga duración; sin embargo es posible que a causa de la agravación de la situación internacional, a consecuencia de la lucha de clases internacional. la situación en los países capitalistas se modifique de improviso. La creación de un segundo o de un tercer Vietnam, ya sea en Asia o en América Latina, llevaría estructuralmente la lucha internacional y el choque internacional entre revolución y contrarrevolución a un nuevo nivel, y nos obligaría a una respuesta nueva y específica totalmente distinta.

Puesto que una evolución similar de la situación internacional es efectivamente siempre posible en nuestros días, las fuerzas revolucionarias, dado que pueden ser numéricamente débiles en cada país, tienen que tener en cuenta estratégicamente esta eventualidad y prepararse para ella, sin descuidar no obstante la preparación técnica, sino integrándola como momento de una discusión política compleja, de manera de organizarla y practicarla en el momento político oportuno.

*** Entre los centros nacionales del capitalismo, y el imperialismo como totalidad, subsiste una conexión muy precisa, de la cual hay que deducir una estrategia revolucionaria, en cuyo cuadro a los movimientos obreros en los países de capitalismo avanzado los espera un puesto preciso junto a los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo.**
a) ¿Cómo ve la coordinación entre la lucha del Tercer Mundo y la lucha en los países del poscapitalismo?
b) ¿Qué significado tendrá en su opinión una victoria de las fuerzas revolucionarias en Vietnam en la perspectiva de un enfrentamiento generalizado con el imperialismo?

La totalidad imperialista en sus líneas de fondo actualmente se puede considerar completa, lo cual significa que un solo imperialismo, el imperialismo estadounidense, domina y sojuzga a los capitalismos nacionales, incluso al francés. Por esta razón la teoría leniniana del imperialismo, que partía de la base de la existencia de diversos imperialismos nacionales, no puede ya aceptarse, porque el evidente predominio de un único imperialismo es un fenómeno histórico nuevo y este hecho debe tener un significado relevante también para la estrategia revolucionaria de cada país. Cualquier lucha dentro de la sociedad poscapitalista de Europa Occidental es, por definición, antimperialista. No me refiero naturalmente a las luchas sólo aparentes por aumentos de salarios; me refiero sobre todo a todas aquellas acciones que, en el plano de la conciencia de los que participan en ellas, controvierten la estructura y que subjetiva y también objetivamente radicalizan la lucha y por tanto, significan una lucha contra el sistema. Los movimientos revolucionarios en las metrópolis asumen una función precisa sólo cuando se logra quebrar en términos revolucionarios la conexión manipuladora estructural del poscapitalismo. No existe una función objetiva, precisa de los movimientos obreros en las metrópolis, dentro de la totalidad imperialista; existe una totalidad imperialista que ha transformado provisoriamente a los propios movimientos obreros en un componente integral del sistema y que intenta hacerlos permanecer en este estado. Dentro de una estrategia social-revolucionaria, éste debe ser el punto de partida, y sólo en el proceso de la lucha contra esta totalidad imperialista y capitalista podrá tomar forma la función de los movimientos revolucionarios de las diversas fracciones de la población —y la clase obrera es sólo una de las fracciones de la población— respecto al Tercer Mundo, respecto al proceso complejo de la revolución mundial. En este sentido, criticaría e impugnaría la propia pregunta,

la cual implica que actualmente al movimento obrero le espera una función precisa respecto a la lucha en el Tercer Mundo. Si reflexionamos en forma precisa y crítica, nos damos cuenta que actualmente, en el plano objetivo y subjetivo, parte del movimiento obrero, parte de la clase obrera, participa en la explotación del Tercer Mundo; esto también es válido para los países socialistas, los cuales a través del mercado mundial y los "terms of trade" vigentes en el mercado mundial, son a su vez partícipes de los mecanismos de explotación del Tercer Mundo.

Nuestro trabajo analítico en la metrópolis y en todos los sectores revolucionarios del mundo no permite la elaboración de una estrategia revolucionaria global. En todo el mundo existen elementos de una estrategia de la revolución, pero no existe una conexión revolucionaria global coherente en forma de estrategia. Y me parece que este hecho no es casual; la relación entre la teoría y el estado práctico del movimiento en este punto debe ser "problematizado". El estado práctico del movimiento no está tan avanzado como para permitir la generación espontánea de una estrategia completa. Paralelamente falta un trabajo teórico sistemático sobre estos problemas; debo subrayar que aquí por teoría entiendo la ciencia revolucionaria como una forma del trabajo teórico que es ya un componente de la lucha teórica. Lo cual significa la formación de institutos científicos revolucionarios adecuados, la creación de revistas científicas revolucionarias propias, que se conciban como momento de la lucha práctica y no como fracciones culturales —bolcheviques de la superestructura. Todo esto existe sólo en estado embrionario. En mi opinión en todos los países tienen que surgir institutos científicos revolucionarios, tienen que crearse centros de formación, en los cuales los obreros jóvenes, los estudiantes universitarios y de la enseñanza media, y otros representantes de las diferentes fracciones de la población, reciban una formación común, donde el trabajo teórico y la acción política práctica no se excluyan más alternativamente, sino que preferentemente se condicionen recíprocamente. El nivel del trabajo teórico en el movimiento revolucionario es ahora insuficiente, lo cual significa una carencia y una debilidad del trabajo político práctico y un impedimento para su progreso. ¿Dónde existen análisis revolucionarios científicos, sistemáticos, de las diversas relaciones de producción institucionales, en la universidad, en la fábrica, en la enseñanza, en la enseñanza profesional o en otras partes? Estas relaciones de producción específicas dentro del todo, dentro de la totalidad del poscapitalismo no han sido analizadas sistemáticamente en detalle; actualmente dejamos que los sociólogos burgueses se dediquen por nosotros a la sociología industrial, somos en fin, incapaces de desarrollar un trabajo científico revolucionario que para nosotros podría y debería convertirse en un momento de la acción práctica. Esto —en esto debíamos concentrarnos—, sólo con una radicalización de la lucha práctica, y un aumento de las necesidades teóricas radicales de reflexión sistemática sobre la lucha política práctica, permitirá realmente desarrollar, a partir de los elementos estratégicos actuales, una estrategia completa, coherente. Tendremos también que evitar trabajar con los conceptos tradicionales de clase obrera, movimiento obrero y estrategia, hasta que este trabajo teórico sistemático en conexión con la acción política práctica no haya sido efectuado.

Entre nuestro trabajo revolucionario en la República Federal y en Berlín Occidental y el trabajo revolucionario en Francia y en Italia, existen efectivamente diferencias y desigualdades temporales muy relevantes. En Francia y en Italia, me parece, existen elementos subversivos en número importante ya sea dentro o fuera de la clase obrera. Si un movimiento extraparlamentario completo logra crear una alianza entre los que operan en la universidad y los que operan en otras instituciones, si se llega a una alianza entre la fábrica que es la universidad y la fábrica de los productos materiales normales; pienso que de una alianza semejante, que se moviese fuera de los partidos y que explotara subversivamente a los partidos, podría llegarse a revolucionar mucho más rápidamente a las grandes masas. Entre

tanto se ha hecho también evidente que la salvación para nosotros no vendrá del Tercer Mundo, y que de allí no debemos esperarla pasivamente, sino que por el contrario la lucha, la lucha de emancipación socioeconómica del Tercer Mundo, podrá ser coronada con el éxito sólo si las más variadas fracciones de la población en la metrópolis, si las fuerzas revolucionarias en la metrópolis logran controvertir sistemáticamente a la propia metrópolis e iniciar en su interior la lucha revolucionaria.

Sin una transformación estructural de la metrópolis y sin una sistemática transformación antiautoritaria del socialismo autoritario, recurriendo a actividades del tipo "revolución cultural", la lucha de liberación socio-económica que libra el Tercer Mundo está destinada a fracasar, o bien desembocará en el surgimiento de estados de los cuales Marx en la "Ideología Alemana", en un contexto distinto, pero no del todo distinto, dice: "sólo son una reproducción de la vieja mierda", una reproducción de la penuria y de la miseria y no una producción de masas de riqueza social humana, que sería actualmente posible a escala mundial. Cada vez con mayor evidencia se revela también la necesidad de internacionalizar nuestra lucha. En realidad, la globalización de la lucha revolucionaria ya ha llegado. En todas partes del mundo actúan movimientos antiautoritarios, anticapitalistas y antimperialistas; en las más diversas partes del mundo se adquiere también una mayor capacidad para conducir la lucha en forma sistemática y eficaz. Pero por otro lado, a la internacionalización de la represión y de la contrarrevolución aún no se ha respondido con una internacionalización sistemática de la revolución. Actualmente no existe una red revolucionaria de comunicaciones y de informaciones entre los movimientos empleados en la lucha. Hay que trabajar por su creación, porque sin esa internacionalización la lucha fracasará, la lucha no logrará globalizarse, la represión estará en condiciones de aislar las luchas nacionales aisladas y al fin, de integrarlas o reprimirlas. A las fuerzas revolucionarias debería ser evidente que no se debe de ninguna manera repetir la experiencia de una Internacional Comunista, ni en la forma leniniana, que en el fondo fue la forma zinovievista— ni en la forma estaliniana. De lo que tenemos necesidad es de la formación de centrales descentralizadas en cada zona de la lucha, donde los grupos nacionales al realizar las diferentes colaboraciones, se internacionalicen en la conducción solidaria de la lucha y en esa forma adquieran la capacidad de rechazar la represión internacional.

La conferencia de la OLAS y el surgimiento de la OSPAAL fueron un paso decisivo hacia adelante en el sentido de una estrategia revolucionaria general para el continente americano, en particular para América Latina. Pero es indudable que este primer e importante paso tiene que complementarse con una internacionalización revolucionaria de la oposición en la metrópolis. Esta internacionalización no surgirá espontáneamente; por el contrario se realizará sólo a través de la actividad subjetiva de los movimientos que trabajen en forma efectivamente sustancial por la revolución. El centro de los movimientos revolucionarios actualmente en curso en el mundo se sitúa con toda evidencia en Asia. La revolución vietnamita. Y que día a día, con extraordinarios sacrificios, avanza en su camino, y combate sistemáticamente al imperialismo estadounidense y a sus lacayos, está ya hoy sistemáticamente integrada en los movimientos revolucionarios de Laos, Camboya, Tailandia; incluso en las Filipinas y en otras partes de Asia comienzan a surgir movimientos revolucionarios. El movimiento revolucionario en América Latina tal vez —para decirlo con las fórmulas de Debray y Guevara— ya ha dejado atrás el año 1905 en el sentido ruso del término, y se prepara a opciones revolucionarias más decisivas; pero a corto plazo en América Latina no habrá grandes choques entre la revolución y la contrarrevolución. Es absolutamente indispensable que los combatientes revolucionarios de los más diversos países se reunan en otros países para practicar una internacionalización efectiva. Los ejemplos históricos no faltan: van desde la Comuna de París —en la cual combatieron revolucionarios polacos y de otras

nacionalidades— hasta la revolución rusa, sin hablar de la revolución cubana, de los movimientos en América Latina, etc. La conclusión a la que quiero llegar es la siguiente: si lográramos efectuar una internacionalización sistemática, si existieran en los diversos países grupos de personas que refuercen sistemáticamente los contactos internacionales, que sostengan en el plano material, intelectual, teórico y práctico, a los distintos movimientos, entonces la lucha contra la represión organizada sería mucho más fácil de conducir; entonces los errores cometidos por los distintos movimientos, podrían transformarse en una fuerza productiva para la acentuación de la lucha en otros países, evitando viejos errores que de otro modo se repetirán espontáneamente y de manera inconcebible.

La lucha en el Tercer Mundo y los movimientos revolucionarios de emancipación socio-económica en Asia, América Latina y Africa se desarrollarán también en los próximos años. Pero la relación entre metrópolis y Tercer Mundo no podrá ya concebirse en el sentido de la fórmula de Lin Piao; la teoría de la campaña y de la ciudad me parece que impide cada vez más una comprensión teórica adecuada de las relaciones entre la lucha revolucionaria en el Tercer Mundo y en la metrópolis. Es cierto que el factor determinante de la revolución actualmente en curso se encuentra en el Tercer Mundo. Pero al mismo tiempo cada vez es más evidente que el revolucionamiento de las zonas tranquilas en la metrópolis puede convertirse en un factor decisivo en la lucha contra el imperialismo estadounidense; también se ve más claro que esta lucha puede ser conducida y que no debe considerársela ya una lucha economista, que ella está conducida por grupos y estratos relativamente distantes del sistema de las concesiones, del sistema de la manipulación en la superestructura y en la producción material. Puesto que estos grupos han iniciado la lucha —aunque solos, como estudiantes universitarios y de la enseñanza media, no pueden realizar la revolución en la metrópolis— e impugnan tendencialmente la normal reproducción represiva de la superestructura incluso de las otras fracciones de la población, tendrán éstas la posiblidad de

desarrollar una acción antiautoritaria en las diversas esferas, de iniciar una lucha antiautoritaria dentro de las diversas instituciones, imponiendo así mucho más rápidamente de lo que se piensa el proceso revolucionario del poscapitalismo en la metrópolis.

Una victoria de las fuerzas revolucionarias en Vietnam significaría el surgimiento de un movimiento revolucionario aún más poderoso y decidido en todas las otras partes del mundo, y sería también una fuerza extraordinariamente productiva dentro de la lucha antiimperialista y anticapitalista en la metrópolis. Por otra parte no tenemos que hacernos excesivas ilusiones, porque parece evidente que la máquina de destrucción de Estados Unidos en Vietnam no ha sido aún destruida, no ha sido todavía herida y además los mejores hombres del pueblo vietnamita caen cotidianamente, por añadidura en masa. Las perspectivas de victoria de la lucha revolucionaria en curso en Vietnam hay que valorarlas en términos muy realistas. Por nuestra parte, tenemos que reforzar la presión política revolucionaria contra el imperialismo estadounidense para aliviar por lo menos parcialmente al movimiento de liberación, y permitirle lograr más rápidamente la victoria.

(Opiniones recogidas por Giorgio Backhaus)

JACQUES SAUVAGEOT

LA REVUELTA ESTUDIANTIL

HERVE BOURGES: ¿Lo sorprendió la espontaneidad y amplitud de la movilización estudiantil?

Jacques Sauvageot: La revuelta estudiantil era inevitable y previsible. No había más que analizar la situación de la universidad francesa, así como la de las universidades extranjeras, y las luchas que, por ejemplo, se desencadenaron en Italia y en Alemania. La Universidad juega un papel cada vez más importante en la sociedad y en particular en la economía. Tiene el monopolio de la formación intelectual y de la investigación que condicionan estrechamente todo desarrollo económico. Quiere decir que todo el sistema económico debe contar de más en más con la universidad, y ejercer una influencia cada vez más directa sobre ella. Ello implica que, en el sistema capitalista, la universidad está sometida en forma creciente a los criterios de esta sociedad.

Se exige a los estudiantes que tengan cierto espíritu crítico, pero los programas de estudio son tales que no les permiten ejercerlo. Por otra parte, los estudiantes son conscientes que, más tarde, no tendrán posibilidad de desempeñar en la sociedad el papel que corresponde a su formación. Este doble fenómeno es, creo, la causa profunda de su revolución. En un futuro próximo el monopolio más importante de toda sociedad será el de la enseñanza, porque

el desarrollo económico le está subordinado. Además, en todos los países y no solamente en los países capitalistas, existe entre los estudiantes una actitud de rechazo a todo sometimiento ideológico.

Sobre ese fondo de creciente malestar, la certidumbre de que el poder establecería una selección extremadamente dura en el próximo año lectivo, nos hizo pensar que sobrevendría entonces una explosión brutal. Fue así que los dirigentes de los diferentes grupos y nosotros mismos en la UNEF, estábamos preparados para organizar el movimiento al reiniciarse los cursos.

¿Por qué el movimiento estalló en mayo? Es necesario señalar que en el estallido de los movimientos estudiantiles y en sus primeras manifestaciones, intervienen siempre factores externos. Tal fue el caso en Alemania con el problema de Vietnam. En Italia, más confusamente, el movimiento se inició en Roma una mañana cuando los estudiantes distribuían un llamamiento para manifestarse en solidaridad con Vietnam y fueron reprimidos por la policía. Pero el movimiento irrumpe luego de un período de maduración: los movimientos estudiantiles estuvieron obligados a considerar ciertos problemas y particularmente el contenido, los objetivos de la enseñanza, cuestionados frecuentemente durante los exámenes. Así sucedió en Alemania, en la Universidad de Berlín, en Italia, en Nanterre. Por otra parte es en ese preciso momento que los gobiernos hallan pretexto para intervenir y reprimir brutalmente las luchas estudiantiles.

En Francia, aún cuando no hubiera conciencia clara de ello, la situación había desmejorado desde hacía algún tiempo. La UNEF por ejemplo, había intervenido mucho más que el año pasado en campañas nacionales (1) —que por otra parte tuvieron poco éxito—, en una serie de manifestaciones (2) que a pesar de todo habían reunido más estudiantes que los años precedentes. El gobierno gaullista era suficientemente fuerte como para hacer aplicar estrictamente su línea limitando las intervenciones brutales. La participación frecuente de los estudiantes en los movimientos de apoyo a la liberación de los pueblos del Tercer Mundo, era tolerada por el gobierno francés, que en esencia no se veía amenazado por estas acciones. Mostraba así una actitud original con relación a los otros gobiernos europeos. Esos gobiernos, social-demócratas o francamente reaccionarios, mucho más ligados al imperialismo norteamericano, estaban obligados a actuar con mayor intransigencia y rapidez. Personalmente pienso que si hubiéramos tenido un gobierno social-demócrata, habría intervenido mucho antes contra los estudiantes, porque se habría visto acorralado entre la voluntad de representar a la masa popular, estudiantes y trabajadores, y la orientación de una política que es objetivamente la del capitalismo. El gobierno gaullista, en mi opinión, postergó al máximo el momento de su intervención.

No es la clausura de la facultad de Nanterre la que sublevó a los estudiantes, sino su repercusión directa, la intervención policial en la Sorbona durante una reunión en la que programábamos la extensión de la lucha. Creo además, que el gobierno se vio obligado a intervenir a partir de cierto momento al verse acorralado entre el deseo de evitar choques y el temor de ser superado por libertades que, a su pesar, había concedido. Era pues necesario reaccionar o dejar hacer. Optó entonces por actuar en la Sorbona.

H. B.: ¿El Vietnam y los comités pro Vietnam tuvieron en esto una influencia directa?

J. S.: No lo creo respecto al medio estudiantil, En el ambiente liceal, por el contrario, los comités pro Vietnam tuvieron, al principio un papel importante. Se formaron numerosos grupos en torno a los militantes de estos comités. Si es preciso señalar influencias digamos que al atentado contra Dutschke se agregó la acción de los comités pro Vietnam, la revuelta italiana, los sucesos de Grecia, el movimiento en los "campus", que anticipaba ya el movimiento universitario con la ocupación de locales y la definición del reglamento interno por los estudiantes.

Creo, pues, que los hechos exteriores encontraron

resonancia aquí, en Francia. Por otra parte, los movimientos estudiantiles son fatalmente internacionales y el movimiento francés es sensible a todo lo que sucede en las universidades del mundo entero.

Pero si se compara la situación francesa con la de otros países es preciso agregar otro elemento particular al movimiento estudiantil francés: la existencia en la universidad de un importante grupo de estudiantes politizados y sobre todo la existencia de un sindicato, o si se prefiere, de una organización estudiantil, la UNEF, muy politizada.

El hecho de que muchos militantes pertenezcan a movimientos muy diversos contribuyó en un principio a bloquear el nuestro; esta diversidad, estas rivalidades entre grupos, obró como un freno. Por ello la UNEF, dirigida por elementos muy politizados, se encontró en cierta medida separada de la masa, en todo caso la superó ampliamente. Esto también pudo ser en el comienzo un signo de debilidad. Pero esta posición de vanguardia de individuos, de grupos o de organizaciones como la UNEF, permitió acelerar el movimiento una vez desatado.

H. B.: ¿Nanterre sirvió de experiencia piloto?

J. S.: Quizás. Digo quizás porque durante mucho tiempo no se supo cabalmente lo que pasaba en Nanterre ya que la prensa daba una interpretación deformada, poniendo énfasis sobre lo pintoresco. Aún a nuestro nivel se desconocía el trabajo en profundidad que se llevaba a cabo allí, en las comisiones, particularmente con referencia al contenido de la enseñanza o de los exámenes. Estábamos tan mal informados que me fue necesaria una entrevista con Cohn-Bendit, cuando juntos fuimos encarcelados por la policía, para estar al corriente de cuanto se había hecho de positivo en Nanterre.

H. B.: Antes de los acontecimientos la UNEF estaba dividida, atravesaba un período de debilidad. ¿Cuál es la situación hoy?

J. S.: La UNEF sale de estos acontecimientos con un apoyo acrecido de los estudiantes. Los problemas de organización no fueron resueltos, pero la autoridad de la UNEF llegó a extenderse y consolidarse.

H. B.: ¿Qué es entonces la UNEF? ¿Qué representó durante todos los acontecimientos?

J. S.: Para muchos la UNEF puede aparecer a través de algunos hombres. Durante el movimiento la UNEF fue en los hechos un amplificador, definiendo ciertos objetivos, adelantando algunas propuestas como en el caso de las manifestaciones. Asimismo sirvió como elemento coordinador. El hecho de que el movimiento se desarrollara en provincias se debe a la acción de la UNEF.

H. B.: ¿Verdaderamente trabajan en equipo? ¿No temen haber cedido a la personalización?

J. S.: La prensa necesita un interlocutor representativo, un "gadget", pero en realidad trabajamos en equipo y además tratamos de expresarnos cada vez más por medio de declaraciones colectivas. En París tenemos un equipo; este equipo mantiene contactos continuos con los militantes de provincias, a quienes recientemente les pedimos que concurrieran a la sede nacional para examinar en conjunto las decisiones a tomar. La participación de las provincias es muy importante. Si ciertas formas de lucha tales como las manifestaciones de masas nos están muchas veces prohibidas en París, las provincias pueden asegurar la continuidad de estas acciones.

H. B.: ¿Consolidarán ustedes ahora la organización del movimiento, o prefieren dejar que se desarrolle la espontaneidad?

J. S.: Las dos actitudes no son incompatibles. Se puede dejar expresarse a la base y a la vez tratar de estructurar el movimiento. En una declaración distribuida recientemente, llamábamos a la creación del poder estudiantil, ya sea que este poder se atribuya al sindicato o al comité de huelga. Lo importante ahora es desarrollar la lucha partiendo de proposiciones sobre las que los estudiantes decidirán. Si en algún lugar existe una sección de la UNEF que rehuse luchar y un comité de estudiantes dispuesto al combate, reconoceremos al segundo.

Los problemas de organización no nos parecen los

más urgentes. Sería peligroso centralizar y coordinar demasiado rápido y demasiado brutalmente, sobre todo si eso se hiciera en detrimento de la espontaneidad que ha sido la fuerza del movimiento.

H. B.: ¿No temen, no han temido ser superados?

J. S.: Es un falso problema. No hemos dejado de obrar en función de lo que piensan los estudiantes. Por supuesto hemos cometido errores y los reconocimos públicamente, particularmente ese famoso miércoles cuando convocamos a los estudiantes a la Sorbona y debimos dispersarlos, y luego cuando pensamos tratar con las organizaciones sindicales de igual a igual. El problema no es saber si nos superan, sino, por quién y sobre qué bases.

H. B.: Usted dijo en varias ocasiones que no consideraba al gobierno como un "interlocutor valedero". ¿trataron ustedes de entrar en contacto con él?

J. S.: Nuestra posición es muy clara. Desde hace un año y medio la UNEF rehusa participar en el Consejo Nacional de Obras. Mantuvimos esta posición aún en el mes de febrero, cuando teníamos suficientes informaciones acerca del espíritu que reinaba en las "ciudades" como para saber que la correlación de fuerzas nos era favorable. Sabemos desde hace tiempo que de nada sirve discutir con el gobierno. Sólo hay una cosa digna de tener en cuenta: la relación de fuerzas; lo que acaba de pasar lo ha demostrado.

Sobre nuestros objetivos al comienzo de los acontecimientos, la liberación y la amnistía de los manifestantes, la evacuación de la policía, la reapertura de las facultades, habríamos podido discutir. Pero lo que decidió el resultado fue la acción, no porque hayamos triunfado por la fuerza sino porque ganamos políticamente: el pueblo estaba con nosotros. Eso fue lo que obligó al gobierno a ceder. Las discusiones no habrían servido de nada. El problema no ha cambiado.

Jamás hemos tenido ninguna relación con el gobierno, ni siquiera cuando entró en contacto con nosotros por radio. Continuaremos por esta vía. La plataforma que elaboramos será sometida a la aprobación de los estudiantes. Cuando la adopten la daremos a conocer. El gobierno aceptará una parte y rechazará otra. Continuaremos la lucha hasta obtener lo que no haya sido aceptado.

H. B.: ¿Para elaborar esta plataforma recurrirán ustedes a la convocatoria de asambleas generales?

J. S.: Es una idea interesante, siempre que los participantes sean expresamente autorizados. A partir del momento en que hayamos elaborado nuestra plataforma y que haya sido discutida en las diversas universidades, los estudiantes en su conjunto podrán reunirse y votar con conocimiento de causa.

H. B.: ¿Aceptan ustedes la versión difundida según la cual el gobierno trató de ampliar la UNEF, afirmarla sobre más amplias bases, defenderla contra los "extremistas"? ¿Cree que realmente se haya intentado esta operación?

J. S.: Creo que eso podía formar parte de los planes del gobierno, que desde hace tiempo intenta dividir a los estudiantes entre responsables y no responsables. En cierto momento, en efecto, jugó con el lema: "UNEF, organización seria", responsable con relación a otras. Pero era para sembrar la discordia entre los estudiantes y no con propósitos de diálogo o de negociación. Nosotros, pues, para evitar esta trampa, siempre manifestamos nuestra solidaridad con otros movimientos estudiantiles y rehusamos entablar diálogo con un gobierno que, por otra parte, no se hace muchas ilusiones sobre nuestra voluntad de negociar.

H. B.: ¿En caso de que el gobierno propusiera ciertas reformas cree usted que los estudiantes mantendrían su negativa a negociar?

J. S.: Ciertamente, es necesario preservar la unidad estudiantil para mantener la cohesión frente a las maniobras del gobierno. Para nosotros, la posición es clara: nada de negociaciones con el gobierno.

H. B.: ¿Si mañana se formara un gobierno de izquierda sus exigencias de reforma universitaria se expresarían de la misma manera que ahora?

J. S.: Su pregunta es una falsa pregunta. Para mí, un

adopten la daremos a conocer. El gobierno aceptará una parte y rechazará otra. Continuaremos la lucha hasta obtener lo que no haya sido aceptado.

H. B.: ¿Para elaborar esta plataforma recurrirán ustedes a la convocatoria de asambleas generales?

J. S.: Es una idea interesante, siempre que los participantes sean expresamente autorizados. A partir del momento en que hayamos elaborado nuestra plataforma y que haya sido discutida en las diversas universidades, los estudiantes en su conjunto podrán reunirse y votar con conocimiento de causa.

H. B.: ¿Aceptan ustedes la versión difundida según la cual el gobierno trató de ampliar la UNEF, afirmarla sobre más amplias bases, defenderla contra los "extremistas"? ¿Cree que realmente se haya intentado esta operación?

J. S.: Creo que eso podía formar parte de los planes del gobierno, que desde hace tiempo intenta dividir a los estudiantes entre responsables y no responsables. En cierto momento, en efecto, jugó con el lema: "UNEF, organización seria", responsable con relación a otras. Pero era para sembrar la discordia entre los estudiantes y no con propósitos de diálogo o de negociación. Nosotros, pues, para evitar esta trampa, siempre manifestamos nuestra solidaridad con otros movimientos estudiantiles y rehusamos entablar diálogo con un gobierno que, por otra parte, no se hace muchas ilusiones sobre nuestra voluntad de negociar.

H. B.: ¿En caso de que el gobierno propusiera ciertas reformas cree usted que los estudiantes mantendrían su negativa a negociar?

J. S.: Ciertamente, es necesario preservar la unidad estudiantil para mantener la cohesión frente a las maniobras del gobierno. Para nosotros, la posición es clara: nada de negociaciones con el gobierno.

H. B.: ¿Si mañana se formara un gobierno de izquierda sus exigencias de reforma universitaria se expresarían de la misma manera que ahora?

J. S.: Su pregunta es una falsa pregunta. Para mí, un

gobierno "de izquierda" no quiere decir nada. Hasta ahora creo que los que podrían estar al frente de un gobierno llamado de izquierda no serían capaces de enfrentar la situación.

Durante el movimiento, ni Mitterrand ni Waldeck Rochet hubieran podido ofrecer soluciones. Pensamos desde hace tiempo que los debates parlamentarios no tienen ningún interés. Además cuando los estudiantes, durante la manifestación, pasaron frente a la Cámara de Diputados ninguno de ellos prestó la menor atención. Al contrario, los problemas planteados por los trabajadores suscitaron una moción de censura, y el resultado fue el golpe de gracia dado a Mitterrand y a Waldeck Rochet.

Si Mendès France ha conservado cierta audiencia fue porque no participó en esa farsa. Cualquiera que sea el juicio que yo pueda expresar sobre él y sobre su futuro político, y aunque ante algunos estudiantes muy politizados no aparezca como un interlocutor aceptable, otros lo apoyan precisamente porque no intervino en ocasión de esa moción de censura.

H. B.: ¿Las relaciones con los trabajadores se establecieron por iniciativa de ustedes o bajo la presión de las bases? ¿Qué sentido da usted a estas relaciones?

J. S.: Desde hace mucho tiempo sentimos la necesidad de esta unidad. Los contactos con los trabajadores han sido muy difíciles, a tal punto que los únicos comprometidos en la lucha eran los estudiantes. Desde el momento en que la lucha se extendió a los obreros el deseo de unidad nació naturalmente tanto en la UNEF como en la masa estudiantil. Las relaciones entre las organizaciones sindicales se establecieron sobre la inicitativa de un gran debate en la base, para que ésta diseminara las formas de acción y sus objetivos. Si mantuvimos una conferencia de prensa conjunta con la CFDT, fue porque ésta acompañaba el despertar de la conciencia de los trabajadores acerca de las responsabilidades que les incumbían; conciencia semejante a la que en las facultades empujaba a los estudiantes a hacerse cargo de la enseñanza.

gobierno "de izquierda" no quiere decir nada. Hasta ahora creo que los que podrían estar al frente de un gobierno llamado de izquierda no serían capaces de enfrentar la situación.

Durante el movimiento, ni Mitterrand ni Waldeck Rochet hubieran podido ofrecer soluciones. Pensamos desde hace tiempo que los debates parlamentarios no tienen ningún interés. Además cuando los estudiantes, durante la manifestación, pasaron frente a la Cámara de Diputados ninguno de ellos prestó la menor atención. Al contrario, los problemas planteados por los trabajadores suscitaron una moción de censura, y el resultado fue el golpe de gracia dado a Mitterrand y a Waldeck Rochet.

Si Mendès France ha conservado cierta audiencia fue porque no participó en esa farsa. Cualquiera que sea el juicio que yo pueda expresar sobre él y sobre su futuro político, y aunque ante algunos estudiantes muy politizados no aparezca como un interlocutor aceptable, otros lo apoyan precisamente porque no intervino en ocasión de esa moción de censura.

H. B.: ¿Las relaciones con los trabajadores se establecieron por iniciativa de ustedes o bajo la presión de las bases? ¿Qué sentido da usted a estas relaciones?

J. S.: Desde hace mucho tiempo sentimos la necesidad de esta unidad. Los contactos con los trabajadores han sido muy difíciles, a tal punto que los únicos comprometidos en la lucha eran los estudiantes. Desde el momento en que la lucha se extendió a los obreros el deseo de unidad nació naturalmente tanto en la UNEF como en la masa estudiantil. Las relaciones entre las organizaciones sindicales se establecieron sobre la inicitativa de un gran debate en la base, para que ésta diseminara las formas de acción y sus objetivos. Si mantuvimos una conferencia de prensa conjunta con la CFDT, fue porque ésta acompañaba el despertar de la conciencia de los trabajadores acerca de las responsabilidades que les incumbían; conciencia semejante a la que en las facultades empujaba a los estudiantes a hacerse cargo de la enseñanza.

Sobre esta comunidad de puntos de vista y sobre la voluntad recíproca de multiplicar las discusiones en la base, se pudo lograr un entendimiento que no implicaba ningún acuerdo, ni político ni sindical. Todas las dificultades con la CGT provienen, al contrario, del hecho que ella teme estas discusiones en la base. Pero creo que el acuerdo inicial ha sido muy espontáneo y popular por ambas partes. Lo prueba la acogida dada en diversas circunstancias a los representantes sindicales que concurrían para ofrecer su apoyo a los estudiantes.

H. B.: ¿Creen ustedes haber realizado el viejo sueño de los estudiantes de la Liberación?

J. S.: Sí. Particularmente entre los jóvenes. Usted conoce las dificultades que tuvimos para organizar la manifestación desde la Sorbona a Boulogne-Billancourt, al día siguiente de la ocupación de Rénault. Al llegar me llamó mucho la atención el hecho de que no había allí para recibirnos, nada más que jóvenes. Todos saben que Boulogne-Billancourt es el feudo de la CGT, con muy débil influencia de la CFDT y de la FO.

Actualmente es preciso observar también los movimientos que se desarrollan en los locales juveniles y casas de cultura. Además en "la UNEF propone" hemos dicho: "Lo que hace falta es extender nuestra lucha hacia los medios de información, hacia los medios de cultura".

H. B.: Las reivindicaciones estudiantiles parecen más políticas que estrictamente sindicales, mientras que las reivindicaciones obreras son fundamentalmente sociales y profesionales. ¿A qué atribuye esa diferencia?

J. S.: A la influencia de las organizaciones. Creo en la espontaneidad de la masa, pero también la necesidad de organizaciones capaces de darle conciencia de que las reivindicaciones "primarias" suponen algunas otras reivindicaciones, y desembocan en el problema del régimen. El papel de las organizaciones sindicales es pues importante en el origen, y el hecho de que la CFDT haya planteado relativamente pronto el problema del poder de los trabajadores, favoreció en gran medida las discusiones en las

empresas, y la reacción de los obreros que exigen un gobierno popular. El mismo PC es un prisionero de su juego así como la CGT, porque los obreros se plantean el problema del poder a partir de sus reivindicaciones materiales. Los trabajadores se dan cuenta cada vez más de que no podrán conservar sus pocas conquistas si no poseen cierto poder en el seno de su empresa. Tomemos por ejemplo el problema concreto de las horas de huelga: el gobierno no acepta el reglamento sobre el tiempo no trabajado más que parcialmente y con recuperación. Cuanto los obreros han obtenido es cuestionado desde el comienzo por falta de poder coercitivo.

Por otra parte los trabajadores tienen deseos de expresarse, pero no poseen los medios para hacerse oir. En el plano político no tienen representantes que expresen sus deseos. Tienen conciencia de que el gobierno no es un interlocutor y no puede responder a sus aspiraciones y que los diputados no los representan. A esto se debe que asistamos a reuniones muy interesantes en las fábricas, y en ciertos lugares donde las personas se reagrupan, se organizan, toman decisiones y las aplican. Lo interesante del movimiento estudiantil es haber demostrado que frente a una posición firmemente mantenida, el gobierno podía retroceder. Es en ese momento que el movimiento se extiende a las fábricas, cuando los obreros comprenden que su situación podía ser modificada.

H. B.: ¿No piensa usted que la alianza obrero-estudiantil adolece de un mal permanente debido a que las condiciones estudiantiles y obreras son diferentes? En gran parte los estudiantes pertenecen a la clase burguesa; además su situación es provisoria.

J. S.: El movimiento estudiantil desempeñó el papel de detonador, planteando muy pronto el problema del poder, porque ha debido enfrentarlo, lo que permitió a muchos estudiantes no politizados, adoptar una actitud política. Luego el movimiento se extendió al conjunto de los trabajadores y el problema universitario pasó a segundo plano, o más bien se integró en la lucha común.

Ahora el movimiento estudiantil depende estrechamente del movimiento obrero. Si éste se detiene, el nuestro está condenado porque se encontrará aislado ante una brutal represión, ya que los estudiantes no pueden asumir solos una lucha política.

H. B.: De constituirse un "gobierno popular" controlado por la CGT y el PC, que representan actualmente la mayoría de la clase obrera, ¿cuál sería la situación de ustedes?

J. S.: De ninguna manera encaro el problema como usted. Pienso que es necesario hacer un análisis político y estratégico de la situación. Este análisis, en particular, es muy difícil efectuarlo ya que es imposible prever la fuerza que tomará un movimiento espontáneo. La actitud de la CGT y del PC ha sido extremadamente cambiante. Estas organizaciones, los mismo que la Federación, experimentan hoy dolorosas disputas cuyo resultado no se puede prever. Si el movimiento se detiene seguramente que las fuerzas de izquierda tradicionales pueden sacar las castañas y servir de alternativa al régimen gaullista. Pero si continúa desarrollándose puede haber una redistribución total de las cartas, en una situación comparable a la de 1789 donde, por estar descalificados los representantes tradicionales, fue necesario encontrar nuevas modalidades de representación.

H. B.: Los problemas estrictamente estudiantiles tienen poca importancia en su exposición. Usted ha sido autorizado por los estudiantes para representarlos en sus reivindicaciones, y en los hechos usted aborda los problemas en un plano de amplia estrategia política. ¿Este deslizamiento, no lo aleja de sus responsabilidades?

J. S.: En este momento los problemas planteados son políticos y comprenden el problema del régimen. Debemos, como responsables sindicales, adoptar cierto número de opciones. La UNEF está encargada de la defensa de los estudiantes y de su formación profesional. Es, por lo tanto, un sindicato estudiantil. Pero creo, que, teniendo en cuenta las realidades del medio estudiantil, la UNEF es sobre todo un movimiento de la juventud progresista.

H. B.: En lo que respecta a sus opciones políticas, ¿qué significa para usted el poder revolucionario?

J. S.: El pueblo siente cierta angustia. Quiere, en este momento, pensar claramente los problemas simples. Se le presentan "gadgets": el "gadget" Mitterrand, el "gadget" Mendès-France, mientras se pregunta cuál podría ser el más eficaz. Pero lo más importante, es que el pueblo se organice en las empresas, en la ciudad, en la universidad. Algunas facultades funcionan ya bajo el poder estudiantil. Es nuestra palabra de orden. No es preciso proponer un "gadget" a cambio de otro, sino otro tipo de concepción de la sociedad: hay que probar con los hechos que los trabajadores pueden hacer funcionar las empresas.

El pueblo y los trabajadores tienen necesidad de sentirse seguros. Hace falta proponerles, no otro gobierno, sino un poder eficaz de los trabajadores en las empresas. Es preciso que ellos mismos lo decidan. No están aún suficientemente organizados pero cuando lo estén, el problema se habrá resuelto. Observe los comités de acción de los barrios, donde se discute, y donde se organiza. Esto podría conducir a un nuevo tipo de gestión.

H. B.: La autogestión, ¿qué representa esta palabra para usted?

J. S.: Es la gestión de las empresas llevada a cabo por los trabajadores. Es el poder para los trabajadores.

H. B.: En resumen, el socialismo no autoritario. ¿Toman ustedes ejemplo de otras experiencias? En Francia, es la primera vez que esa palabra se emplea.

J. S.: Ya no se habla más de "sóviets" porque la palabra cayó en desuso. Pero de hecho se trata de eso, con la autogestión de los comités.

H. B.: Estaría bastante de acuerdo con la línea del socialismo libertario francés.

J. S.: Exactamente. Es una herencia de las revoluciones francesas del siglo XIX.

H. B.: ¿Puede usted decirnos qué entiende por "poder estudiantil"? ¿No teme que este poder estudiantil los aparte del "poder universitario", de los profesores, y los lleve a consolidar las posiciones y el mandarinato de algunos de ellos?

J. S.: La fórmula del "poder estudiantil" es ambigua. Es preciso definirla con relación al "poder obrero": la fábrica a los trabajadores, la universidad a los estudiantes. Para nosotros el poder estudiantil, no es de ninguna manera la cogestión, en la que no creemos, y menos aún en la gestión paritaria. El poder estudiantil se manifiesta por el derecho de veto. El solo, cualquiera que sea la relación de fuerzas, puede llevar a cabo el poder estudiantil. Esta proposición, además, ha sido adoptada por numerosas facultades y la fórmula del derecho de veto fue mantenida. Lo que nos parece esencial, no es dirigir la universidad en un sistema capitalista, sino, por la senda del poder estudiantil, introducir la impugnación permanente. Pues hay que mantenerse siempre en una situación "crítica", para no caer en la trampa de las organizaciones.

H. B.: Tanto como la idea de la polémica me parece seductora, la del veto toma el aspecto de un bloqueo, del callejón sin salida, del poder negativo.

J. S.: No nos atenemos a una fórmula, a una palabra. Nos atenemos a su contenido: el de la impugnación permanente. De esta manera, donde la relación de fuerzas es favorable se puede tomar la universidad para impulsar una nueva concepción. Donde la relación de fuerzas nos es desfavorable, no participamos bajo la forma de cogestión. Lo que buscamos, entonces, es cierto número de estructuras paralelas que introduzcan un movimiento dialéctico. Si la expresión "derecho de veto" parece demasiado negativa se puede encontrar otra formulación.

H. B.: ¿No cree usted que se pueda quedar en "sandwich" entre esta jerarquía y el poder político? ¿No sería más fructífero reagrupar la masa universitaria que es valiosa y que, junto a las masas trabajadoras se convierte en una potencia?

J. S.: Si debe haber un poder de la universidad y una división de responsabilidades, la adopción de decisiones debe ser compartida por estudiantes y profesores, y la

impugnación, como la gestión, debe llevarse a cabo en común entre estas tres categorías: estudiantes, profesores y personal administrativo. ¿Queremos oponer los estudiantes a los profesores? Este es un falso problema. Es típico, por otra parte, que sea "la Nation" la que comprueba: "Es verdad, hay que reconocerlo, hay una crisis en la enseñanza, hay problemas pedagógicos entre estudiantes y profesores".

Esos problemas están por resolverse pero no son esenciales. Además existe ahora cierto número de profesores que han optado y esta opción creó una división. Es preciso efectuar una separación en el interior del cuerpo de profesores como en el de estudiantes. Es la única manera de evitar el aplastamiento que usted mencionaba. Por último no hay que subestimar la importancia de un sindicato de enseñanza que lucha a nuestro lado: el SNES.

H. B.: Entre los dirigentes del movimiento, particularmente en las provincias, algunos afirman que el problema no está bien planteado y que parece secundario con relación a la entrada en masa de los jóvenes obreros a la universidad; que a partir de allí todos los problemas se plantearán de manera diferente, con una perspectiva democrática y que, de hecho, el fenómeno de la redistribución del poder en el cuerpo de profesores y más ampliamente en la universidad, no es el más importante.

J. S.: Los hechos han demostrado que el problema del poder universitario era importante. Fue porque los obreros oyeron decir que el problema del poder podía plantearse, que ellos mismos lo plantearon en sus empresas. El problema del acceso a la enseñanza y de su democratización también existe. ¿Pero realmente significa trabajar con perspectiva socialista formar cuadros, aunque sean hijos de trabajadores, para que luego exploten a otros trabajadores? Porque hoy la universidad forma cuadros que participan, bajo una forma u otra, en el mantenimiento del régimen capitalista, transformándose en los perros guardianes de la sociedad, difundiendo la ideología de la clase dominante. Lo que no impide que sean también víctimas de esta sociedad.

El problema de la rebelión de los cuadros es un problema real, pero ambiguo. Comprenden que el poder se les escapa como resultado de su concentración creciente. Falta saber cómo entenderían esos mismos cuadros la coparticipación en el poder con la clase obrera.

Plantear previamente el problema del acceso a la enseñanza de los hijos de los obreros es una falsa maniobra. Se plantea porque todos tienen derecho a una calificación, pero el problema está desfigurado en el sistema actual. En la UNEF pensamos pues, que es preciso plantear el problema de la democratización conjuntamente con el de las estructuras de la enseñanza superior, y el del contexto socio-económico de esta enseñanza.

H. B.: ¿Cómo crear una universidad nueva, socialista, en una sociedad capitalista? ¿No hay contradicción?

J. S.: Sí, por supuesto. Ello cuestiona el contenido y los objetivos de la enseñanza. Por otra parte, aún respecto a la democratización de la enseñanza no hay que hacerse ilusiones. Si pocos hijos de obreros o de campesinos tienen acceso a la universidad, no es sólo por las barreras colocadas a la entrada de la enseñanza superior, sino porque desde la infancia los niños están habituados a una modalidad de pensamiento que no les permite insertarse en el sistema de educación y hacer carrera en igualdad de condiciones. El problema se plantea, pues, desde el jardín de infantes. A partir de sexto grado gran parte de los hijos de trabajadores y campesinos queda eliminada. Es necesario, por lo tanto, luchar dentro de la sociedad y después redefinir los objetivos de la enseñanza.

Volviendo a su pregunta, una universidad socialista no puede desarrollarse en una sociedad capitalista. La universidad asume numerosas funciones que están ligadas a un sistema determinado. Es inconcebible pues, que exista en una sociedad capitalista, una universidad que funcione al servicio de los trabajadores. En esas condiciones nos corresponde poner en evidencia el mayor número de contradicciones existentes dentro del sistema universitario y de la sociedad: de allí la posibilidad de desarrollar un

movimiento dialéctico que permita crear conciencia entre los estudiantes y el pueblo.

Es necesario, pues, establecer ciertos poderes de discusión, y estructuras paralelas, y afrontar los problemas de la universidad capitalista hasta destruirla. Se puede hacer evolucionar la situación a partir de ese movimiento dialéctico, y por lo tanto, dinámico.

H. B: ¿Cree usted que se puede elaborar un nuevo tipo de sociedad obrando por etapas o en parmanente impugnación? ¿El desorden del que se les acusa tiene un contenido político? La abolición de las trabas y de los mitos políticos, sociales, culturales, es condición previa necesaria o la considera como un fin en sí? ¿Qué métodos de acción, qué formas de reagrupamiento preconizan ustedes?

J. S.: Creo que la creación de un nuevo tipo de sociedad por etapas es un mito sobre el cual se basan ciertos partidos políticos. Distinto es la necesidad de una transición. Es cierto que no se pasa brutalmente de una sociedad a otra. Estamos actualmente en un período de transición, quizás no todavía en el plano político, sino en los hechos, gracias a la impugnación permanente.

Plantear el problema de Mendès-France o de cualquier otra personalidad me parece un error. La cuestión es saber si participará o no en el movimiento. Lo mismo con referencia a otros . . . Es verdad que creamos cierto desorden, pero ese desorden tuvo aspectos positivos. Los estudiantes, llevados a reflexionar, adoptaron decisiones y muchas ideas nuevas han surgido. El mismo hecho ocurrió entre los obreros, los trabajadores de la ORTF, los artistas. Los periodistas que no podían expresarse libremente se reunen para encontrar una salida. En cuanto a los "Blousons noirs", si están más dispuestos que otros a recurrir a la violencia, es porque la sociedad no les ofrece otra alternativa.

El aspecto positivo de este desorden es el despertar de las conciencias, seguido por la acción. Actualmente se tiene la sensación de un gran soplo que pasa, desordenado quizás, pero creador y contagioso.

En lo que concierne a los mitos políticos, sociales, culturales, creo que todo mito, puesto que desfigura la realidad, debe ser abolido. Es por esto que tanto en el transcurso del movimiento como después, el poder de impugnación debe ser permanente. La crítica y la abolición de los mitos van de la mano. Antes de preconizar métodos de acción y reagrupamientos, es necesario previamente reconocer que las personas no se satisfacen ya con el sistema de representación tradicional, tanto a nivel político como a nivel sindical.

Respecto a la UNEF pienso que en la medida en que quiere ser el nexo de unión de los estudiantes progresistas, con todas sus divergencias, tiene un papel que desempeñar. Todos los estudiantes deben militar en su seno para hacer de ella la organización de los estudiantes revolucionarios. Es necesario que haya una organización dentro de la cual puedan expresarse las diferentes corrientes. Es más que nunca la misión de la UNEF.

En la actualidad existen diversos comités de acción, algunos relacionados con una organización y otros no, que son esenciales para el desarrollo del movimiento. Sean lo que fueren, esos comités de acción que reunen personas que quieren luchar, son interesantes por el hecho mismo de que no tienen objetivos precisos. Es necesario, lógicamente, que tengan una línea política, pero importa sobre todo que sean una forma de expresión original. Es preciso, finalmente, que se multipliquen en todo el país y que no se limiten solamente al área de París. Una revolución únicamente parisina sólo puede llevar al fracaso. ¿En qué momento habrá que encarar la coordinación de esos comités? digamos primeramente que no están suficientemente desarrollados. El momento de su rigurosa estructuración no es muy importante. Lo es sí, la espontaneidad y el dinamismo de estos comités. Hay que evitar que caigan dentro de una organización que los estrangule. Ahora debe considerarse un esbozo de coordinación que preserve el dinamismo de cada comité de acción. Y a partir de ahí, encarar progresivamente una organización más consistente.

H. B.: Puesto que el combate de ustedes escapa a los límites de la universidad francesa para extenderse a toda la sociedad, ¿desemboca en la lucha antimperialista y la solidaridad con los "condenados de la tierra"?

J. S.: La lucha emprendida tiene un carácter internacional: los países capitalistas están unidos entre ellos, y todos los movimientos dirigidos contra ellos se vinculan. El movimiento estudiantil es internacional. No se conforma con ser simplemente solidario de las luchas libradas en tal o cual país. El mismo combate se libra en cada país.

No creo que nuestra lucha desemboque en la lucha antimperialista, sino que se inscribe actualmente dentro de ella. Entre los estudiantes se es muy sensible al carácter imperialista del capitalismo y muchos apoyan los movimientos de América Latina y del Tercer Mundo. Participan en acciones contra el imperialismo, en particular, norteamericano, a veces hasta olvidar la lucha contra el capitalismo en su propio país. Pero esta lucha contra el imperialismo despierta su conciencia. De manera que se puede considerar al movimiento actual como una consecuencia de la lucha antimperialista. La solidaridad de nuestra lucha con las del Tercer Mundo nunca será puesta demasiado en evidencia.

LA CARTA DE LA SORBONA

Durante más de una semana manifestamos en masa y, cuando fue necesario, decididos, luchamos.

Creímos que nuestra situación podía cambiar. Hoy, el conjunto de los trabajadores aprovechó nuestro movimiento ejemplar para exigir satisfacción a viejas reivindicaciones corporativas y salariales. Si su satisfacción es necesaria y legítima, es a la vez demasiado y no bastante.

Demasiado, porque son imposibles de realizar en el estado actual de las estructuras en que se presentan.

No bastante, porque se dirigen a un poder abolido de hecho —que ya no tiene pues ningún poder real— y al que se le piden "reformas".

¡Y he ahí lo que hoy debemos ratificar! Centenares de heridos y mutilados, para volver al punto de partida.

Eso, no lo aceptamos.

Queremos que la esperanza nacida durante estos días de manifestación, encuentre su expresión en un movimiento irreversible.

Nuestra opción ideológica debe ser clara. Las barricadas son necesarias pero no suficientes. Los volantes no pueden servir de ideología política, ni las consignas de realizaciones.

El texto que sigue quiere ser un esbozo de programa.

Quiere ser una base de pensamiento y de acción.

No es una doctrina, ni siquiera un manifiesto.
Pero debe transformarse en ello.

LLAMADO A LOS ESTUDIANTES

Estudiantes y trabajadores, no podemos dejarnos engañar una vez más. Debemos tener conciencia de lo que hicimos todos, confusamente, de prisa y en la calle.

Estudiantes, debemos ser lúcidos y no aceptar ser recuperados, asimilados o comprendidos con nuestros pequeños problemas de "menores de edad" —de privilegiados— de mala conciencia y no de proletarios.

Estudiantes, somos adultos, también somos trabajadores, somos responsables.

Expongamos claramente lo que queremos y tomémonos tiempo para saberlo.

Tesis 1:

No hay más problema estudiantil. El *estudiante* es una noción caduca. Somos privilegiados, no económicamente, sino porque tenemos el tiempo y la posibilidad física y material de adquirir más conciencia de nuestro estado y del de la sociedad. No proletarios, lo somos, pero, sobre todo, somos consumidores pasivos de bienes y de cultura que no producen nada. El proletario no es ni un "valor" ni un "porvenir". Que los proletarios se transformen en trabajadores con todos los derechos que eso representa. Que los estudiantes dejen de ser privilegiados y devuelvan lo que la sociedad les da a título individual: entonces, las cosas serias empezarán.

Tesis 2:

Estudiantes, no nos dejemos separar de los profesores y de las demás "clases" de la sociedad. No nos dejemos encerrar en una seudo-clase de estudiantes, con sus problemas de integración económicos y sociales.

Tesis 3:

Antes no éramos más que una pequeña minoría de privilegiados, necesariamente integrables. Somos ahora una demasiado grande "minoría" no asimilable, pero que conserva el estatuto de la antigua "minoría". Tal es la contradicción en la cual nosotros, hijos de burgueses, estamos ubicados. Ya no estamos seguros de convertirnos en futuros dirigentes. Tal es el origen de nuestra sola fuerza revolucionaria. No la dejemos escapar. Superemos esta contradicción para que la mayoría obtenga nuestros privilegios. Suprimámosnos como futuros dirigentes y transformémosnos en trabajadores.

Tesis 4:

De ahora en adelante somos trabajadores como los otros. Somos un capital inmediato para la sociedad y no una promesa de "dirección". Debemos ser pagos como cualquier otro trabajador que desempeña su función social.

Tesis 5:

Estudiantes, dejemos de ser parásitos provisorios, futuros explotadores y consumidores privilegiados. Seamos desde ahora productores verdaderos de bienes de cultura o de servicio.

Tesis 6:

El estudiante libre ha muerto, el estudiante nocturno también. Todo el mundo estudiará si todo el mundo produce, consume, trabaja y estudia al mismo tiempo.

Tesis 7:

Estudiantes, trabajadores, rechazamos a la sociedad de "consumo". Estamos equivocados. Todos deben consu-

mir y producir para que todos, al fin de cuentas, puedan consumir lo que producen.

Producción y consumo no deben estar ya divididos por las trampas distributivas.

El conjunto de los trabajadores sólo puede consumir lo que el conjunto de los trabajadores produce.

El conjunto de los trabajadores debe elegir lo que quiere consumir para saber lo que debe producir.

Tesis 8:

El aburguesamiento de la clase obrera, disimulado por falsas reivindicaciones, ha sido un objetivo del capitalismo moderno.

Pudo dividir así al mundo en dos: los colmados y todos aquellos susceptibles de serlo, enfrentados a los "excluidos provisorios" de este mundo, los países llamados subdesarrollados.

Tesis 9:

El estudiante ha devenido el "proletario" de la burguesía, el obrero, el "burgués" del Tercer Mundo.

Tesis 10:

Estudiantes, trabajadores "privilegiados", continuemos la lucha por un cambio radical de todas las sociedades opresoras y mistificadoras.

Seamos lo que somos y lo que queremos ser y no lo que nos hacen ser a pesar nuestro.

Tesis 11:

Rechacemos el "apoliticismo" y el "revolucionismo". Algunos créditos y aumentos no cambiarán nada nuestro estado de objetos pasivos.

Tesis 12:

La revolución no es un lujo ni tampoco un arte. Es una necesidad histórica cuando todo otro medio es imposible.

Estudiantes, trabajadores, la revolución es cosa seria. Dejemos que cese nuestra agitación.

Tesis 13:

Si nuestra situación nos lleva a la violencia, es porque la sociedad entera nos impone la violencia.

Rechacemos la violencia de la "felicidad", impuesta a todo el mundo.

Esa felicidad escandalosa de las horas suplementarias, del regateo de nuestra fuerza de trabajo, de nuestra fuerza vital, sustituidas por algunos sonajeros en blanco y negro o en colores, que sólo sirven para esclavizarnos más y despojarnos de nuestra humanidad.

Tesis 14:

Estudiantes, trabajadores, de ahora en adelante rechazamos ese ciclo infernal y esa muerte lenta. Exigimos que todos los trabajadores, en todos los niveles del consumo-producto y de la producción-consumo, puedan decidir juntos y solidariamente, por el intercambio de los servicios, de su humanidad trabajadora.

Tesis 15:

Estudiantes, trabajadores, aceptemos los medios de nuestros fines. Si queremos un cambio radical de nuestra situación, no lo obtendremos mediante el diálogo, pues éste se ha roto desde hace tiempo. Si queremos una simple reglamentación de nuestros "futuros privilegios" y algunos sonajeros más, continuemos nuestro aprendizaje y nuestra servidumbre. No nos hagamos la ilusión de la revolución pues costará cara.

¡Estudiantes, trabajadores, elijamos! ¡Pero elijamos rápido!

Tesis 16:

Seamos algo más que los "personajes" de una tragicomedia que ni siquiera es una bufonada.

¡Seamos verdaderos actores!

Tesis 17:

Actuar, no es reivindicar lo "imposible", es obrar para que no haya que reivindicar derechos; dar a la caridad y a las "buenas obras" el don de sus sacrificios.

Tesis 18:

Rechacemos el diálogo de sordos de las palabras, pero rechacemos también el diálogo de la fuerza brutal y convencional.

No nos escudemos ni detrás de nuestras reivindicaciones, ni detrás de nuestras barricadas.

¡Ataquemos!

Tesis 19:

Asumamos nuestras responsabilidades respecto a nosotros mismos y respecto a los demás. Rechacemos categóricamente la ideología del rendimiento del "*progreso*" y de las seudofuerzas del mismo nombre.

El progreso será lo que nosotros queramos que sea.

Rechacemos el engranaje del "lujo" y de lo "necesario" —estereotipados— que se imponen por separado, para que ningún trabajador pueda darse cuenta de que se hace trabajar él mismo, todo en nombre de las "leyes naturales de la economía".

Tesis 20:

¡Trabajador! Decide con los trabajadores competentes tu propio rendimiento, tu propio "marketing".

Tesis 21:

Rechacemos todas las divisiones perpetuadas, consciente o inconscientemente, del proletario y del burgués. ¡Proletario, suprímete! Transfórmate en un verdadero trabajador — y no habrá más burgueses sino sólo trabajadores.

Rechacemos también la autonomía "intelectual" de los tecnócratas. Fue necesario un mes de trabajo aislado del que lo suministra. Una vez forjado ese concepto contradictorio de producto de consumo, para valorizar la única cosa que queda: el trabajo bruto, la fuerza, la violencia. Esto permitió separar a los ingenieros de los obreros, a los intelectuales de los manuales, a los literatos de los científicos, oponerlos unos a otros, crear una jerarquía, hacer que cada uno sea el policía del otro, para gobernar mejor a todos los trabajadores, dentro de la más completa "libertad".

Tesis 22:

Trabajadores de todo tipo, no se dejen engañar. No confundan la división técnica del trabajo con la jerarquía de las autoridades y de los poderes.

¡Trabajadores! Somos todos solidarios de hecho en el intercambio de nuestros fuerzas de trabajo.

Tesis 23:

Rechacemos también la división de ciencia e ideología, la más perniciosa de todas, puesto que la segregamos nosotros mismos. No es un fin en sí misma. No queremos estar dirigidos por las leyes de la ciencia, ni por las de la economía, o los imperativos de los progresos técnicos.

La ciencia es un arte cuya originalidad es la de tener aplicaciones posibles en otros terrenos. No puede ser

normativa salvo para ella misma. Terminemos con su imperialismo mistificador, garantía de todos los abusos y retrocesos, contenidos en su seno.

Tesis 24:

Rechacemos también las facilidades del lenguaje, la verborragia revolucionaria, instrumento de asimilación, rasgo impotente para plantear los problemas en su simplicidad. Preguntemos de qué revolución se trata.

Ninguna revolución cambió jamás nada. No hizo más que derribar relaciones ya existentes. Son las resistencias humanas a ese derrumbe las que destruyen las "cosas" y hacen correr sangre.

Tesis 25:

Neguémosnos a responder cuando nos preguntan "adónde vamos". No estamos en el poder. No tenemos por qué ser positivos, ni justificar nuestros "excesos". Pero si respondemos, ello significa también y sobre todo, que queremos los medios de nuestros fines, es decir, si no el poder, al menos un poder donde toda forma de opresión y de violencia esté excluída, como fundamento de su existencia y medio de su supervivencia.

Tesis 26:

No dejemos que nuestros fines los adopten los revolucionarios fatigados y las instituciones establecidas.

Queremos y exigimos que producción y consumo estén mutuamente controlados y ambos controlados por nosotros, trabajadores del mundo entero, unidos en la misma necesidad de vivir y de lograr que esta necesidad no sea más alicuadora.

Tesis 27:

Tanto el proletariado como la burguesía en su tiempo

fueron revolucionarios, es decir que sólo pudieron dialogar transformando radicalmente a la sociedad. Se intentó y se intenta aún, quitar ese poder al proletariado dividiendo a los trabajadores, y tratando de crear una falsa solidaridad de intereses, de la burguesía y del proletariado, en las sociedades llamadas de consumo, frente a los hambrientos de la tierra. Nada falta: la protección contra los trabajadores extranjeros —el racismo—, las jerarquías múltiples de "valores" del trabajo. Todo fundado sobre la ideología trunca del siglo pasado y que se concretó en su deficiencia.

Tesis 28:

Estudiantes, si nos tratan como a "privilegiados" es para integrarnos mejor en ese buró tecnocrático-industrial de la rentabilidad y del progreso, engañándonos con imperativos económico-científicos.

Se comprende entonces la importancia de este llamado. Para los obreros, esos privilegiados no pueden ser más que "pequeños burgueses provocadores". Para la clase dirigente, son ingratos y exaltados. El punto de partida es diferente, el razonamiento es el mismo.

Tesis 29:

La revolución burguesa fue jurídica, la revolución proletaria fue "económica". La nuestra será social y cultural, para que el hombre pueda devenir él mismo, y no se contente más con una ideología humanizante y paternalista.

Tesis 30:

Rechacemos por último, las ideologías del hombre "total", que nos proponen un fin último, el fin de la historia, y ello en nombre de la ideología del "progreso" para rechazar mejor la progresión.

Trabajadores, estudiantes, somos la clase revoluciona-

ria, somos los portadores de la ideología dominante, pues nuestro fin es suprimirnos como clase y con todas las clases.

No queremos ser más que jóvenes trabajadores.

Y esto lo proponemos a los miles de trabajadores, jóvenes o viejos, intelectuales o manuales, para que puedan ser como nosotros y nosotros como ellos.

Una vez más, hay que abolir todos los privilegios, todas las barreras ocultas, y para ello tendremos que luchar con todas nuestras fuerzas, y por todos los medios, hasta la victoria, que no podrá ser más que provisoriamente final.

¡Relean este llamado una y otra vez! ¡Sean sus autores! ¡Corríjanlo! ¡Difúndanlo por millones de ejemplares! Y Cuando seamos, todos, sus autores, el viejo mundo se hundirá y dará paso a la unión de los trabajadores de todos los países.

RAYMOND ARON

REFLEXIONES DE UN UNIVERSITARIO

Un viejo profesor, que ha amado mucho su profesión, sólo puede comentar con vacilación y con tristeza los acontecimientos de la última semana. Durante los días de crisis, me abstuve de escribir para no aumentar la confusión, progresivamente creada por las maniobras y las falsas maniobras de unos y de otros. El gobierno fue prodigo en faltas, pero Cohn-Bendit, que la prensa y la radio transfiguran en personaje histórico, no me parece, sin embargo, un renovador de la universidad francesa.

Cuando los policías reprimen brutalmente las manifestaciones de estudiantes, la simpatía de todos se dirige naturalmente hacia estos últimos (¿cuándo los manifestantes pertencen a la clase obrera, los padres de estudiantes reaccionan de la misma manera?)

En un sentido, por definición, los jóvenes no pueden no tener razón; tendrán la última palabra y expresan, con sus afirmaciones o más aun con su acción, sus sentimientos respecto del mundo y de los hombres públicos.

Pero cuando vi en Berlín, en el mes de enero, a los estudiantes berlineses iracundos, no pude evitar la evocación de los estudiantes iracundos de 1930 y de 1931, que conocí cuando acababa de pasar del otro lado de la barricada. También ellos, me decían entonces, tenían necesariamente razón, puesto que representaban el futuro (éste se llamó Hitler). Ya el profesor Marcuse, abuelo de los

extremistas de hoy, oponía un rechazo categórico al régimen existente (en ese entonces, la república de Wimar) ¿En qué desembocará la rebelión de los estudiantes, si es que desemboca en algo?

¿Cómo los disturbios de Nanterre, aparentemente limitados, episódicos, se ampliaron, en ocho días, al punto de hacer tambalear al gobierno y de restablecer, dentro de la universidad, una especie de unanimidad, en realidad ilusoria, si es que no hipócrita, que no resistirá a la confrontación con los verdaderos problemas?

La prensa lo ha escrito muchas veces y el hecho no se presta a dudas: los profesores "liberales", que deseaban reformar las instituciones, ejercían una influencia dominante en Nanterre. En sicología y en sociología, las dos secciones más agitadas se formaron comités paritarios —docentes-estudiantes— que practicaban el diálogo reclamado unánimemente. Pero el diálogo degeneró en agitación permanente, a veces en groserías intolerables, bajo la dirección de aquel que "L'Humanité" denominó un "anarquista alemán".

El día en el cual, finalmente, el decano, respetado por todos, decidió suspender los cursos, muchos profesores lamentaron que hubiera tardado tanto en actuar; ninguno le reprochó precipitación o autoritarismo.

Diez días después, docentes y estudiantes, codo con codo, se levantaron contra las autoridades. Los sindicatos obreros decretan una huelga general de veinticuatro horas. ¿Qué había ocurrido entretanto?

En el origen de la semana de locura, está la entrada de la policía en el patio de la Sorbona y la clausura de la facultad. ¿El viernes 3, los dos grupos de estudiantes que se enfrentaban, habrían llegado a las manos si la policía no interviene? Me asombra que tantas personalidades tengan sobre el punto una posición categórica, cuando ignoran o conocen mal los hechos. Conversé con dos colegas que estaban presentes en el lugar ese día.

Ambos profesan ideas de izquierda, ambos son de una honestidad insospechable: uno me afirma que no había la

menor urgencia y que todo habría terminado sin drama; otro, con la misma certeza, pretende lo contrario. Me niego pues a dilucidar este punto histórico, no por miedo a la responsabilidad sino por confesión de ignorancia.

Esta decisión, errónea o inevitable, poco importa, transformó de golpe la situación. La mayoría de los docentes, tradicionales o extremistas, conservadores o liberales, olvidaron sus querellas, sintieron una emoción común, retomaron las mismas consignas. Rejuvenecidos e indignados, se reencontraron con alegría al lado de sus estudiantes (que los habían abucheado el día anterior) para denunciar al Poder. Las brutalidades, casi increíbles, narradas por numerosos testigos, las condenaciones expeditivas de las manifestaciones o de transeúntes, de estudiantes o de seudoestudiantes, hicieron el resto.

Los episodios "ubuescos", como el del confitero portador de un cuchillo con seguro, ridiculizaron a los "defensores del orden". La pasión se alimentaba a sí misma. Los partidos de la oposición, inclusive el Partido Comunista, en un principio hostil, se encargaron del movimiento de masas, al cual miles de estudiantes se unieron espontáneamente, aunque otros lo manejaban desde la sombra.

Durante la noche del viernes al sábado, el rechazo de las tres exigencias de los estudiantes (¿por qué ministro? , ¿por el Presidente de la República?), la dispersión por la policía de los manifestantes atrincherados detrás de las barricadas, provocaron combates trágicos, salvajes, absurdos.

Fue necesario el retorno de Pompidou para que el gobierno tuviera por fin el coraje de capitular —lo que debió hacer cuatro días antes. Los estudiantes o seudo estudiantes, detenidos o condenados, fueron elegidos al azar. ¿Qué significación tenía su encarcelamiento? Piénsese lo que se piense sobre el fondo, era necesario poner fin a esas saturnales en vías de transformarse en revolución.

Los "grupúsculos" lograron movilizar camaradas, docentes, e incluso al Partido Comunista. Desde febrero de 1848, ningún gobierno francés demostró con tanto arte,

alternativamente y a destiempo, debilidad y brutalidad. Los manifestantes, por su parte, demostraron, una vez más, que las grandes batallas no exigen grandes causas.

Las rebeliones estudiantiles estallan tanto en los países capitalistas como en los países socialistas, en los regímenes liberales como en los regímenes autoritarios. La mayoría de los comentaristas sacan la conclusión de que el fenómeno tiene raíces profundas: choque de generaciones, naturaleza del orden social, que permanece anónimo y represivo, incluso en la democracia. Cada cual elige entre estas explicaciones la que responde mejor a su propio estado de ánimo: agotamiento de las ideologías, fracaso del socialismo y del capitalismo, mediocridad de una "sociedad de consumo", penuria en medio de la abundancia, guetos negros dentro del país más rico del mundo, falta de sentido de una universidad separada de la sociedad o acollarada a una sociedad desprovista de significado, etc.

¿Es necesario confundir todas las rebeliones, las de los estudiantes españoles privados de los derechos que tienen los estudiantes franceses, las de los estudiantes norteamericanos que denuncian la guerra de Vietnam, las de los estudiantes checoslovacos o polacos que aspiran a libertades que, en París o Berlín, sólo "niegan" los más ardientes entre los que "impugnan" el orden establecido? Conozco perfectamente la respuesta de los estudiantes: con o sin libertades, su destino no cambia, ni su "alienación", ni la de la sociedad toda entera.

Quizás esos jóvenes, burgueses la mayoría, piensen —o mejor sientan— de esa manera. En la medida que así sea, el gobierno y los profesores buscarán en vano una solución. Estos estudiantes, incómodos en las "fábricas universitarias", perdidos entre la multitud solitaria, asemejarán a los obreros de las primeras fábricas, a principios del siglo XIX. Los obreros rompían las máquinas; ellos deshacen simbólicamente sus instrumentos de trabajo y de servidumbre, las mesas y las sillas.

Poco importa la parte de verdad que contenga esta interpretación. En cada caso, los docentes, más preocupados por su profesión que por una cruzada sin cruz o una lucha sin objeto, deben esforzarse, paciente, modestamente, para resolver, en la medida de lo posible, problemas que, a pesar de ciertos caracteres, adquieren, en cada país, formas particulares.

DESPUES DE LA TORMENTA

(13 DE JUNIO)

Ciento cincuenta estudiantes de Nanterre, bajo la dirección de un "anarquista alemán", dieron un golpe de pico que precipitó, en pocos días, el derrumbamiento de un edificio corroído, la vieja universidad. En dos semanas, la exaltación de los jóvenes se extendió a las masas obreras; diez millones de huelguistas paralizaron la vida nacional. Las ratas abandonaron el barco del régimen que naufragaba y los "vencidos" de mayo de 1958 se dispusieron a vengarse de los "vencedores" de hace diez años, actualmente en el poder legal. Después, de pronto, el jueves 30 de mayo, una voz se eleva y, en pocos minutos, restaura el estado y moviliza a cientos de miles de parisinos, a millones de franceses. La fiebre subió en quince días, bajó en pocas horas. Los franceses salían de un sueño con los ojos abiertos y, para citar a Alexis de Tocqueville, "estaban tan sorprendidos como los extranjeros frente a lo que acababan de hacer".

Nadie, hace un mes, lo había previsto, ni el Presidente de la República, ni el gobierno, ni el Partido Comunista, ni los parlamentarios, ni los sindicatos (ni, por supuesto, el que firma este artículo). Los historiadores del futuro nos dirán, sin lugar a dudas, que causas profundas, "de orden económico", hacían inevitable la explosión. Para los contemporáneos, hay sólo dos elementos lógicos en esta

historia loca: el detonador y la acción del Partido Comunista.

Entre todas las instituciones francesas, la universidad padecía el más grave mal, y una fracción de la juventud estudiantil en el mundo entero vibra con un ardor revolucionario, que no sienten ni los obreros de Estados Unidos, satisfechos por la sociedad de la abundancia, ni los obreros franceses aún encuadrados por el Partido Comunista. Respecto a este último, en ningún momento, en el transcurso de estas semanas cuando el tumulto arriesgaba convertirse en tragedia, dejó de demostrar "el sentido del Estado", para retomar la expresión de Sirius comentada por Andreu en "L'Humanité".

En ningún momento, el Partido Comunista y la C.G.T., impulsaron al motín, en ningún momento quisieron derrocar el poder gaullista, cuya política extranjera satisface sus deseos y permite su desarrollo progresivo en la sociedad francesa. Sin duda hubieran tomado el poder si se lo entregaban. Pero tuvieron como objetivo constante no el del "hacer la revolución", sino el de no dejarse desbordar hacia la izquierda por los estudiantes, por los maístas, por los obreros jóvenes. Los errores cometidos por el gobierno se deben, por una parte, a una confianza excesiva en el apoyo del Partido Comunista. En última instancia, éste respondió a esa confianza. En la hora siguiente a la alocución del Presidente de la República, desarmó la bomba y admitió elecciones que no tenía la menor esperanza de ganar. El C.F.D.T. y la Federación de la Izquierda permanecieron impotentes frente a los dos pilares de Francia, el Partido Comunista que espera su hora, y el estado burgués, alrededor del cual se reagrupa la mayoría de los franceses en períodos de crisis.

Los estudiantes, los Geismar y los Sauvageot, el P.S.U. y los intelectuales, grandes y chicos, eternos nostálgicos de un cambio salvador, pueden destruir y, en el transcurso de estas últimas semanas, no se privaron de ello. Algunas de esas destrucciones abren el camino del porvenir.

Pero proudhonianos o poujadistas, románticos o

cínicos, espontáneos o manejados, maístas o fidelistas, herederos de 1848 o imitadores de una China más soñada que conocida, los revolucionarios de mayo trabajaban a beneficio de uno u otro de los dos "partidos del orden". El partido - burgués les demostrará más indulgencia que el Partido Comunista el día que considere que ha llegado su hora.

Muchos revolucionarios acusarán al Partido Comunista de haber "traicionado la revolución". El Partido Comunista no tiene necesidad de mí para defenderse, pero quisiera alegar que al resistir al vértigo, actuaba en su propio interés, bien interpretado, así como en el de todos los franceses.

Allá los irresponsables que prefieren el régimen castrista al régimen francés, y que actúen como les parezca para llevar éste al nivel de aquél (incluso a los "revolucionarios" de la Sorbona o del P.S.U. les sería difícil lograrlo). Los comunistas saben que una vez dueños del Estado, tendrían la responsabilidad de un sistema extraordinariamente complejo y frágil. Las masas no tolerarían el empobrecimiento que provocaría el desorden en las calles y la anarquía en las fábricas. Los obreros desean, junto a una mayor "participación", una elevación de su nivel de vida. Antes de despreciar a la sociedad de consumo, es preciso recoger sus ventajas, por irrisorias que parezcan a los idealistas (que no todos están prontos a privarse de ellas). Los comunistas franceses no han renunciado a la instauración en Francia, en un futuro más o menos lejano, de su reinado.

Pero, en la hora actual, contra la voluntad de la mayoría de los franceses, a riesgo de guerra civil en caso de insurrección, hubieran cometido el pecado de "aventurerismo", si hubiesen escuchado las exhortaciones de la C.F.D.T. y de los intelectuales. Barjonet va a desaparecer en la nada con algunos otros héroes de mayo.

La relación entre Partido Comunista y poder gaullista, presenta algunas semejanzas con la relación entre Unión Soviética y Estados Unidos: mezcla de alianza y hostilidad,

de cooperación y de competencia. Aunque el Partido Comunista, enemigo a largo plazo del estado burgués, no lo combate, en el momento, de la misma manera como la Unión Soviética combate a Estados Unidos en el Vietnam. La diplomacia del general De Gaulle, la denuncia del imperialismo norteamericano, la glorificación de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, coinciden "objetivamente" con la propaganda comunista. En una perspectiva a largo plazo, Waldeck Rochet prefiere con razón el gaullismo al mendesismo.

Todos los países han tenido rebeliones estudiantiles. Pero en Francia, y sólo en Francia, esta rebelión se convirtió en una crisis nacional. Un mal discurso del general De Gaulle, una proposición inorportuna de un referéndum-plebiscito y, durante dos días, el régimen vaciló. Un discurso combativo de un hombre de 77 años y los franceses reencontraron el sentido de la realidad, los tanques de gasolina y el camino de las vacaciones.

Queda por comprender este episodio de la historia de Francia, el más extraño en una historia rica en episodios extraños.

DE NANTERRE AL ELISEO

(13 DE JUNIO)

¿Por qué Francia entera se vio conmovida por una rebelión de estudiantes, menos grave en su origen que las rebeliones de la misma índole de Berkeley y Columbia, de Berlín y Bonn, de Varsovia y Praga? A esta interrogante los historiadores darán mañana algunas respuestas características de las diversas maneras de interpretar los acontecimientos.

* *En primer lugar: interpretación por la narración.*

Cuando las autoridades universitarias tomaron por fin, una medida de autoridad, los estudiantes de Nanterre descendieron a la Sorbona. La policía fue llamada para separar a dos grupos de manifestantes, quizás a punto de llegar a las manos. De golpe, los extremistas se convirtieron en héroes: el símbolo, "la policía en la Sorbona", inflamó las indignaciones y los entusiasmos; el ministro de Instrucción Nacional, que había comprometido su prestigio, resistía, de buena o mala gana, a las manifestaciones que se multiplicaban hasta la primera noche de barricadas, la del viernes 10 al sábado 11. La opinión universitaria se había inclinado a favor de los estudiantes, después de la entrada de la policía en la Sorbona; la opinión pública se inclinó hacia el mismo lado después de la noche de barricadas. Los sindicatos obreros ordenaron una huelga general de un día, más que para apoyar las reivindicamos de los estudiantes (mal definidas), para apaciguar a sus tropas con un día de vacaciones y desfile.

El primer ministro, en viaje por Asia durante esta primera semana, creyó hábil acordar a su regreso, a los estudiantes, lo que éstos habían reclamado en vano durante la noche en la cual erigieron barricadas. Pero desautorizó o pareció desautorizar a la policía, la cual sintió amargura y, desde ese día, inspiró alguna inquietud a los gobernantes. Después de todo, muchos policías se sienten más cerca de los proletarios que de la burguesía estudiantil.

El abandono de la Sorbona a los estudiantes por el consejo de la universidad y la capitulación del poder, revigorizaron la agitación que el primer ministro esperaba calmar. El Presidente de la República, impávido, partió para Rumania, donde estudiantes y obreros no le economizaron las aclamaciones que los ocupantes de la Sorbona y de las fábricas le negaban en Francia. ¿Qué función tuvieron en la generalización de las huelgas los grupos maoístas, los jóvenes obreros, la espontaneidad de las masas? Nadie, me

temo, ni siquiera los servicios de inteligencia, podría decirlo con certeza. Al regreso del Presidente de la República, la parálisis cundió en toda Francia. Aguijoneada por la C.F.D.T., los estudiantes, el P.S.U. y los intelectuales, la C.G.T. se esforzaba por mantener el contralor de sus tropas, sin dejar de negociar con el gobierno, a quien continuaba considerando un interlocutor valedero.

¿El rechazo, por las bases, el lunes 27, de los acuerdos de Grenelle concluidos en la cumbre, se explica por el humor de las masas, la acción de los "grupúsculos", o una astucia de la C.G.T.?

Al respecto, también subsiste la incertidumbre, pero me cuesta creer que Séguy haya provocado por gusto las protestas que acogieron sus afirmaciones en Javel o en Billancourt. En ese momento, la C.F.D.T., siempre en la vanguardia en relación con la C.G.T., reclamó otro gobierno. El miércoles 29 de mayo, el general De Gaulle, silencioso desde el viernes anterior, cuando el propio Estado parecía disolverse y el Partido Comunista, de mala gana, reclamaba discretamente un "gobierno popular", dejó el Elíseo. Viansson Ponté, en el "Monde" del miércoles de tarde, anunció el retiro del general "a su aldea y su dolor". En realidad, el jefe de Estado apuntaba hacia otro objetivo: se aseguró la fidelidad de los generales para el caso de que la huelga general se convirtiera en insurrección, a pesar del Partido Comunista.

El jueves 30, el jefe de Estado renunció al referéndum y aceptó la realización de elecciones —dos de las reivindicaciones formuladas por la oposición—, pero en un tono tal que esas decisiones parecían asumidas por una voluntad soberana. Aunque la partida del Presidente de la República o del primer ministro, fue considerada como un hecho consumado por muchos franceses, en el transcurso de los días siguientes, la estabilidad del poder legal, ratificada por el desfile en los Campos Elíseos de cientos de miles de parisinos, fue efectivamente una victoria del partido del orden, más extenso que el partido gaullista, y una derrota de los revolucionarios, si es que no del Partido Comunista.

Extraño país donde un mal discurso puede acabar de sumergirle en la anarquía; poder del verbo y del carácter cuando el destino vacila.

¿El general De Gaulle esperó el momento oportuno para dar el gran golpe? ¿El discurso del 24, pronunciado por un fantasma, no tenía otro fin que poner de relieve la alocución del 30, cuya brutalidad, el tono amenazador, la impresión de alta autoridad, presentaban una doble ventaja: permitir a la C.G.T. recuperar el contralor de sus tropas, desprestigiar a los revolucionarios de la C.F.D.T. y de la U.N.E.F., reducidos a su verdadera dimensión? Nadie lo sabrá nunca, salvo quizás algunos actores del drama. ¿Táctica sabia y meditada o, más probablemente, sucesión de falsas maniobras, que desembocan en un éxito provisorio, apenas merecido?

* *En segundo lugar: responsabilidad de las instituciones.*

Después de los motines de Berkeley en California, el presidente de la universidad renunció. Quizás el presidente de Columbia, en Nueva York, dejará su puesto dentro de pocos meses. En Francia, el decano de Nanterre comprometió la responsabilidad del ministerio; el rector de la academia no llamó a la policía sin que el propio ministro (o su director de gabinete) hubiera dado su aprobación. Por último, los extremistas de Nanterre impugnaban no sólo a las autoridades universitarias sino también al gobierno, al Presidente de la República, al propio régimen.

El régimen no creó esta centralización administrativa realmente aberrante, pero la agravó. Además, suprimió todas las válvulas de seguridad. Redujo o suprimió el diálogo con el parlamento, los partidos, los sindicatos. Francia padece la debilidad de todos los cuerpos intermediarios, debilidad que el modo gaullista de ejercicio de la autoridad acentúa inevitablemente. ¿Quién, entre los estudiantes, conocía a Sauvageot antes de mayo de 1968? ¿Qué universitario se consideraba representado por

Geismar? El sindicato nacional de enseñanza superior, S.N.E.S. agrupa menos de la cuarta parte de los docentes y sus miembros nunca comisionaron a su secretario general para que jugara a la revolución. Desgraciadamente, y todos somos culpables como ciudadanos, elegimos o dejamos elegir, por regla general, para dirigir las organizaciones sindicales, a hombres que no se imponen por su obra o su personalidad sino por su especialidad en sindicalismo o en agitación, políticos sin grandeza.

Una vez más, la crisis puso en claro la precaridad trágica de las estructuras sociales del país. Incluso el Partido Comunista, desafiado desde la izquierda, resistió con dificultad. En pocos días, la fachada de orden, de estabilidad, de grandeza, se derrumbó. El crédito adquirido en el extranjero por Francia, se disipó en el viento del motín. Con satisfacción o con tristeza, los extranjeros reencontraron la Francia eterna, pueblo ligero, brillante, imprevisible, con el cual nadie puede contar, hoy en apariencia apático, mañana en las barricadas, siempre semejante a sí mismo en sus retornos súbitos

* *Por último: causas psicológicas.*

La explosión no se habría producido, si las reivindicaciones no se hubieran acumulado sin que el poder adquiriera de ellas conciencia clara. El análisis de la coyuntura económica requiere otro estudio. Sin lugar a dudas, los gobernantes, obsesionados por la batalla contra el dólar, apretaron el freno durante demasiado tiempo. La mutación de la sociedad francesa no imponía sufrimientos a una clase determinada pero, en varias regiones y en varias categorías recaía sobre las víctimas del crecimiento necesario. Los jóvenes que no encuentran ocupación no denuncian a la sociedad del consumo.

De todas maneras, es evidente que el incendio, aunque prendido por grupúsculos revolucionarios, no habría podido extenderse si no hubiera encontrado material inflamable. Las banderas rojas y las banderas negras siguen siendo símbolos de esperanzas vagas e ilimitadas. Estudiantes y obreros conservarán, una vez más, un recuerdo radiante de esos días de huelga, de fiesta, de cortejos, de discusiones varias, de motines —como si el aburrimiento de la vida cotidiana, la opresión del racionalismo técnico o burocrático, exigiera, de vez en cuando , una súbita desinhibición, como si los franceses sólo salieran de la soledad en el sicodrama revolucionario (o seudorrevolucionario). La participación, palabra vaga pero idea fuerza, expresa la aspiración a una vida comunitaria que nuestra sociedad, jerarquizada y enclaustrada, yuxtaposición de privilegios, sólo ofrece a los franceses en los breves instantes de la ilusión lírica.

¿El temblor de tierra, esta vez, ha hecho vacilar las estructuras al punto de hacer posible no la sustitución de un bando por otro, pero sí reformas, prosaicas sin duda, pero más auténticas que las que enseñan los intelectuales en delirio y los comunistas a la espera?

EN NOMBRE DE LOS SILENCIOSOS

(20 DE JUNIO)

En un suplemento excepcional del "Express", con el título de "El enfrentamiento", un tal Gerar Bonnot escribió las líneas siguientes: "Raymond Aron, catedrático de sociología en la Sorbona, se calla. Invitó, el miércoles pasado, a los lectores del "Figaro" a . . . releer a Toqueville (1805-1859".) Y después de algunas líneas consagradas a Louis Athusser, a Michel Foucault, concluye: "De todos los "pensadores" consagrados, sólo uno fue a enfrentar a los estudiantes en su feudo: Jean-Paul Sartre".

Jean-Jacques Servan-Schreiber también me hizo el honor, en estas últimas semanas, de atacarme: atribuía recientemente a mi clarividencia el mérito de "haber sacado a nuestra generación de la ciénaga". Que vuelva pues a la

ciénaga y siga saludando, en las banderas negras y rojas, los símbolos de la respuesta por fin encontrada al desafío norteamericano.

Respecto a Gerard Bonnot, ignora que dejé voluntariamente, en el mes de enero próximo pasado, la cátedra de sociología que tenía en la Sorbona, porque la organización actual de la universidad me desalentaba, y porque prefiero la soledad y el trabajo al "mandarinato" que, de creer a los periodistas, constituiría la única ambición de los docentes.

Desde hace diez años he criticado incesantemente la estructura actual de nuestra universidad. Pertenecía al partido de los reformadores, era considerado un peligroso innovador por algunos docentes, muchos de los cuales, en mayo de 1968, se descubrieron vocación revolucionaria. Un ministro, hace algunos años, me decía sonriendo que yo era "la bête noire" de la "Sociedad de Agregados". Los artículos que escribí en 1960, en los cuales criticaba nuestro sistema de exámenes y concursos, en particular la agregatura, me valieron respuestas virulentas, inclusive cartas anónimas injuriosas. Por no haber defendido ni justificado la universidad de ayer, que ya no existe, no acepto hoy que todos, ministros, padres, periodistas, hagan caer la culpa sobre las espaldas de los docentes.

Desde el primer al último eslabón de la escala, desde el Presidente de la República al último plumífero del "Monde" y del "Express", todos repiten que "la universidad no supo reformarse". Sin duda, pero es preciso que recuerde al señor Presidente de la República que, en tres ocasiones, en el transcurso de los últimos años, reunió a un comité interministerial consagrado a los problemas de la universidad, y que dio directivas precisas que no tuvieron ningún efecto.

¿El exceso de exámenes? Detesto el frenesí francés por los exámenes y lo detesté antes de mayo de 1968. Pero una sociedad que se considera democrática condena a los jóvenes a la competencia. Sucede lo mismo en los países socialistas. Los estudiantes ingleses o norteamericanos no conocen con la misma intensidad la angustia de los

exámenes, pero por la sencilla razón de que nunca se les pidió a los profesores que eliminaran, en el plazo de uno o dos años, a un tercio o a la mitad de los que ingresan a la universidad. Al rechazar la selección para entrar a la universidad, el ministro sabía perfectamente que condenaba a los profesores a proceder, quiérase o no, a esta selección. Se necesita una singular mala fe para reprocharles actualmente haber cumplido la función que se les había, silenciosa pero claramente, confiado (incluso aunque hubieran podido cumplirlas menos mal).

Desearía ilustrar estas afirmaciones con una anécdota cuya autenticidad garantizo. Cuando la reforma Fouchet-Aigrain, propuse, a nivel superior, es decir en cuarto año, una sola prueba: la redacción de un informe y un diálogo sobre ese informe entre el profesor y el estudiante. En el Hotel Matignon, se consideró que un solo examen reducido a una sola prueba, carecería de seriedad, y se exigió una prueba suplementaria de "verificación de conocimientos", es decir la prueba más aleatoria. Ningún candidato jamás posee todos los conocimientos: la prueba corre el riesgo de caer a la altura de los juegos de la televisión.

En 1967, el reingreso en las facultades de letras, sobre todo en París, había sufrido por la aplicación, inmediata y total, del nuevo régimen. El cuerpo de docentes casi por unanimidad alertó al ministro, quien hizo caso omiso y creó, por su decisión soberana, el caos, previsible y previsto.

No defiendo a los docentes contra los ministros: *niego a los ministros el derecho de acusar a los docentes.* En la universidad de ayer, los docentes no tenían el menor poder para organizar los ciclos de estudios, ni para elegir a sus estudiantes, ni para mantener una proporción razonable entre el número de estudiantes y los medios disponibles (locales, créditos de funcionamiento, personal disponible).

La Asamblea de la Sorbona, las asambleas de las secciones, no manejaban prácticamente nada. ¿Cuando no hay gestión, qué significa la cogestión? En el centro de sociología de la Sorbona, yo disponía de un crédito anual de

diez mil francos (a partir de 1966-67); ¿para distribuir esa miseria, se necesita un comité paritario?

¿La responsabilidad de los docentes durante la crisis? las grandes decisiones de la primera semana, clausura de Nanterre, entrada de la policía al patio de la Sorbona, negativa a acceder a las demandas de los manifestantes durante la noche del 10 al 11, capitulación de Pompidou a su regreso, apertura de la Sorbona a los estudiantes o a todos lo que se hacen pasar por tales, estas decisiones fueron tomadas por los ministros o en acuerdo con ellos. Es demasiado tarde o demasiado pronto para juzgarlos individualmente. Los historiadores discutirán al infinito sobre la responsabilidad de Joxe en la noche del viernes 10 y la de Pompidou en la noche del sábado 11.

Respecto a los padres, actualmente perturbados por la amenaza de subversión, admiraron a principios de mayo, las hazañas de sus hijos en los encuentros con la policía. ¿Los docentes, o, por lo menos, los que se hicieron oir en ese momento, tomaron partido por los estudiantes, incluso por "los rabiosos"? Es cierto, ¿pero entre los que ahora se lo reprochan, cuántos pensaban lo mismo hace un mes?

Aunque no esté orgulloso actualmente de pertenecer a la universidad —demasiadas rendiciones de cuentas, demasiado delirio ideológico, demasiada demagogia, demasiado oportunismo ("apártate de ahí para que yo me ubique"), demasiado poujadismo, que a pretexto de igualdad, sólo expresa el rechazo de todas las superioridades, inclusive las del talento o del saber, admiro a quien, ministro, periodista, escritor o sindicalista, pueda sentirse orgulloso de la categoría a la cual pertenece. (Con excepción, por supuesto, de los Cohn-Bendit o los Edgar Morin, anarquistas o nihilistas, estetas de la destrucción, y de los ex-comunistas que creen revivir a "los soviets en todas partes").

No desconozco la voluntad sincera de muchos franceses de "cambiar el mundo". La revolución continúa y nadie sabe cuáles de sus hijos serán devorados. Pero, actualmente, en la universidad como en la República, hay un único imperativo: terminar con la mascarada revolucionaria, con los comités de acción, las asambleas plenarias y las asambleas generales, caricaturas de tercera categoría de la comuna jacobina, en síntesis, volver a la legalidad, no para revivir una universidad muerta, sino para permitir la distinción entre los que quieren reformar y los que quieren manipular.

Fidelistas o maoístas, Sauvageot o Geismar, conservadores de siempre que toman el tren en marcha, la universidad francesa no se confunde con sus más miserables productos, con quienes desde hace un mes, hablan en su nombre y ocupan la primera fila del escenario.

CONCLUSIONES Y PROPOSICIONES

Cada uno de nosotros ha vivido estas semanas de tumulto con sus emociones; nadie ha conseguido mantener, de un extremo a otro, la cabeza fría y la mirada lúcida.

Algunos han simpatizado con cuanto el movimiento de la juventud llevaba consigo de rebelión, de generosidad y de esperanza. A otros les chocó la demisión de los adultos, de las autoridades universitarias y de los poderes públicos. Otros, aún, vieron en este inmenso levantamiento, la ocasión de transformar las estructuras universitarias, cuyo carácter anacrónico, sólo los ciegos podían ignorar. Los dirigentes de ciertos sindicatos de estudiantes y de docentes, explotaron las circunstancias para realizar una acción propiamente subversiva. Entre los universitarios, unos aplaudían las hazañas políticas de la UNEF y del SNES otros se indignaban.

Ciertos episodios nos hirieron hasta la médula: el nombre de Jean Cavaillès, profesor de filosofía de las ciencias, fusilado por los nazis, había sido dado a dos salas de cursos, una en Estrasburgo, otra en la Sorbona; algunos estudiantes arrancaron ese nombre que simbolizaba lo mejor de nosotros mismos. Quizá no sabían lo que hacían; quizá querían "desacralizar" el amor de la patria. La

incomprensión recíproca tomaba un sentido trágico: se trataba de nuestras mismas razones de vivir.

Tratemos de recuperar la paz, la paz cívica y la paz del alma.

¿Qué me han respondido, centenares y centenares de corresponsales, docentes, estudiantes, padres? Es necesario salir del caos, de la anarquía, de la violencia. No se reformará a la universidad enteramente en algunas semanas, con la ayuda de medidas improvisadas o de decisiones adoptadas en las asambleas que se declaran generales. Séame pues permitido resumir lo esencial de los artículos precedentes.

1) La rebelión de los estudiantes no ha estallado espontáneamente, en vista de una reforma de la universidad. Fue lanzada por el "Movimiento del 22 de Marzo" y otros grupúsculos que nunca pretendieron preocuparase por la reforma de los estudios o las relaciones entre docentes y estudiantes. Durante la primera semana, los estudiantes manifestaron su solidaridad con sus "enragés", contra la policía y el gobierno. Los dirigentes de la UNEF y con algunas vacilaciones el SNES, practicaron hasta el 30 de mayo, y aún más allá, una acción auténticamente revolucionaria, que tenía por objetivo voltear al gobierno por la insurrección. Los miembros del SNES tienen el derecho de aprobar la acción revolucionaria de sus dirigentes; pero no pueden ignorar las reacciones de sus colegas, preocupados por la universidad y hostiles a la subversión, hostiles al papel desempeñado por un sindicato que se pretende representativo y agrupa entre el 10% y 20%, de los miembros de la enseñanza superior.

2) Después de la ocupación de la Sorbona y, uno tras otro, de la mayor parte de los locales universitarios, los estudiantes entre dos combates nocturnos y las tentativas de visitar a los huelguistas de las fábricas, estudiaron, en comisiones, la reforma de la universidad y, con el concurso de docentes, en asamblea general, votaron mociones y a veces previeron la organización de los departamentos (o secciones), facultades y universidades. Niego todo valor legal a esas asambleas, aún en el caso de que se haya recurrido al voto secreto, aún si se trataba de un escenario preparado entre bastidores, entre los anteriores y los nuevos jefes. El primer ministro y el ministro de Educación Nacional, aceptaron la objeción: nada de cuanto se hizo en el curso de esas semanas tiene validez legal.

3) No condeno de ninguna manera a los asistentes, profesores que, en ocasiones, con un gran coraje, quisieron mantener el contacto con los estudiantes y que participaron en el trabajo de las comisiones y en las asambleas generales. Personalmente, pienso que ha llegado el momento de terminar con ese tipo de acción. Pero nada está más lejos de mi pensamiento que establecer una discriminación entre los que entraron en el juego y aquellos que lo rechazaron, entre malos y buenos. "Malos" y "buenos" los hay en las dos categorías: nada de ajuste de cuentas.

4) No se puede emitir juicio ni sobre el trabajo hecho por las comisiones ni sobre los proyectos de reforma elaborados; nadie conoce todavía el conjunto de ese trabajo. Creo que el gobierno podrá retener varias proposiciones de las redactadas por las comisiones: en ciertos establecimientos y en ciertas secciones.

Pero habrá que estar en guardia, para que esas proposiciones, en sí mismas aceptables, no sean desviadas de su sentido y utilizadas por las minorías activistas en vista de sus objetivos, entre los cuales no figura el bien de la universidad.

5) Sobre algunas ideas valederas, pero desgraciadamente vagas, una especie de unanimidad existe sin embargo: acercamiento entre docentes y estudiantes, participación acrecida de los estudiantes en la organización de los estudios, en la gestión de los departamentos, de las facultades, de las universidades. Aquellos mismos que adhieren plenamente y sin restriccion a esas ideas, deben tener presente, las condiciones que harán posible la aplicación:

A) En todas las circunstancias, un único modo de escrutinio se impone, el voto con escrutinio secreto y con un quórum de participación. Todas las decisiones adoptadas a mano levantada son nulas.

B) La cooperación entre estudiantes y docentes no podrá, en ningún caso, cuestionar la responsabilidad y la dignidad de los docentes. Toda elección de los profesores (o de representantes de los profesores) por asambleas donde estén los estudiantes es incompatible con esta responsabilidad y esta dignidad.

C) La participación de los estudiantes en la gestión que, en materia de enseñanza y de programa, no puede sobrepasar ciertos límites, no debe revestir la misma forma según las dimensiones de la unidad (departamento que comprende algunas decenas de estudiantes o facultad que comprende millares), según el nivel de los estudiantes, según las disciplinas.

D) La universidad debe oponer un no incondicional a la politización que se disimula detrás de las palabras de orden "contestación permanente" y "universidad crítica". La reflexión racional sobre los problemas de la política, no tiene nada en común con las reuniones públicas y los debates entre partidos. En el mundo entero esas consignas desembocan en el tumulto.

6) Las universidades sometidas, después de su reconstitución por la III República, a la tutela asfixiante del ministerio de Educación Nacional, reclaman, legítimamente, una "autonomía". Pero las universidades siguen recibiendo sus recursos financieros del Estado o de las regiones, en último término de los contribuyentes. ¿Las comisiones paritarias constituyen el mejor instrumento de gestión, cuando se trata de empresas a veces desmesuradas donde iguales reglas de eficacia que en las empresas industriales, se imponen? Además y salvo que los docentes renuncien a su

estatuto de funcionarios, que sea abolida, en una nueva noche del 4 de agosto, la jerarquía administrativa basada en los diplomas y la antigüedad, salvo que se supriman los concursos nacionales (CAPES, agregatura), la autonomía será inevitablemente limitada. De todas maneras, no puede significar lo mismo, para las secciones, para las facultades, para las universidades (para las facultades de 300 y para las facultades de 30.000 estudiantes).

7) Al servicio de la nación y no de sí misma, la universidad tiene el derecho y también el deber, de mantener estudios desinteresados, de transmitir y de enriquecer conocimientos sin utilidad visible o previsible (en el sentido económico o social del término). Pero ella tiene asimismo el deber de orientar a los estudiantes hacia las disciplinas en las cuales tiene probabilidad de encontrar colocación, de seleccionar los estudiantes para reducir las multitudes de los primeros años y los fracasos demasiado numerosos. Socialistas o capitalistas, todas las universidades deben tender a una armonía entre los diplomas que otorgan y las necesidades de la sociedad. No se trata de tecnocracia, sino de buen sentido.

Y en cuanto a la sociedad de consumo que denuncian los "enragés" y las bellas almas, es ella y sólo ella la que permite acoger a centenares de miles de estudiantes. Sólo son lógicos con ellos mismos, quienes incluyen en la sociedad de consumo que quieren destruir, también a las universidades.

No tenía otra intención al escribir estos artículos que acelerar la movilización de los solitarios, el reagrupamiento de las buenas voluntades, que contribuir a sacar a los unos de su sueño despierto, a los otros de su pasividad. No creo que convenga crear inmediatamente una organización suplementaria, que se agregue a los sindicatos y a las agrupaciones ya existentes; pero vamos a mantener un comité de unión. Colegas que me brindan generosamente su ayuda y su tiempo, van a ayudarme a responder a las solicitudes que he recibido, a difundir los textos que mis corresponsales me reclaman, a mantener los contactos con los sindicatos o los

comités que, compartiendo el espíritu de estos artículos, trabajarán, también ellos, en la defensa y la renovación de la universidad.

El ministro de Educación Nacional ha declarado que la Universidad será reconstruida en la legalidad. Deseamos que el día en que las autoridades legales inicien el verdadero diálogo con todos, los universitarios no estén representados únicamente por aquellos que, en el curso del mes de mayo, han estado en el escenario, como revolucionarios de siempre o como revolucionarios de mayo de 1968.

HERBERT MARCUSE

DOS DIALOGOS CON MICHEL BOSQUET

* **¿Usted se reconoce a sí mismo en la violencia revolucionaria que caracterizó ciertas manifestaciones de estudiantes, en Berlín y en otras partes, o se siente superado por un movimiento que en parte reclama como suyas sus ideas?**

Herbert Marcuse — Como buen ciudadano nunca prediqué la violencia. Pero creo seriamente que la violencia de los estudiantes es sólo la respuesta a la violencia institucionalizada de las fuerzas del orden.

Me reconozco en las motivaciones profundas de una lucha estudiantil que no sólo ataca las estructuras obsoletas de la universidad, sino a un orden social cuya prosperidad y cohesión tienen por fundamento la agravación de la explotación, la competencia brutal y una moral hipócrita.

Creo que los estudiantes se rebelan contra toda nuestra forma de vida, que rechazan las ventajas de esta sociedad al igual, que sus males, y que aspiran a una forma de vida radicalmente nueva: a un mundo donde la competencia, la lucha de los individuos entre sí, el engaño, la crueldad y la masacre no tengan ya razón de ser. Una forma de vida que, para retomar las nociones de mi obra "Eros y

Civilización", ponga realmente los instintos de agresión al servicio de los instintos de la vida y eduque a las generaciones jóvenes para la vida y no para la muerte.

* **¿Si ésas son las apiraciones de los jóvenes, cómo explica que tengan por héroes al "Che" Guevara, a Fidel Castro, a Mao o a Ho Chi Minh?**

H. M. — Los estudiantes no son pacifistas, yo tampoco. Creo que la lucha sigue siendo necesaria, más necesaria que nunca, quizás, para que un nuevo modo de vida pueda ser posible. Los estudiantes ven en el "Che" Guevara, en Fidel Castro, en Ho Chi Minh figuras simbólicas que encarnan la posibilidad no sólo de un nuevo camino hacia el socialismo, sino también de un nuevo socialismo exento de los métodos estalinianos.

* **Sin dejar de admirar la combatividad y el radicalismo de los estudiantes, cabe inquietarse puesto que el contenido de su movimiento sigue a menudo siendo muy confuso. ¿Cómo considera usted que ese contenido puede adquirir una mayor coherencia?**

H. M. — Le responderé citando la declaración que acaba de publicar un grupo de filósofos y escritores (Sartre, Lefebvre, Lacan, Blanchot, Gorz, Claude Roy, etc.) y con los cuales estoy totalmente de acuerdo cuando dicen, entre otras cosas: "Afirmamos que, frente al sistema establecido, es de importancia capital, quizás decisiva, que el movimiento de los estudiantes, sin hacer promesas y, al contrario, rechazando cualquier afirmación prematura, oponga y mantenga un potencial de rechazo capaz, en nuestra opinión, de abrir un futuro".

Los Estudiantes sin duda no tienen una visión precisa y detallada de la sociedad que desean —lo cual de todas maneras, sería prematuro e irresponsable de su parte— pero saben perfectamente qué es lo que no quieren y, en la etapa

actual, que es de preparación, y no de revolución, eso basta. Respecto a la universidad saben lo que quieren: toman en serio el principio democrático de la autodeterminación y quieren ser educados para la autodeterminación.

* **¿Considera que hay diferencia y, en caso afirmativo, cuál, entre el carácter opresivo de la sociedad de la abundancia y el carácter opresivo de las sociedades coloniales o neocoloniales?**

H. M. — La opresión en los países coloniales o neocoloniales, siempre ha sido más brutal que en las metrópolis, lo cual no atenúa en nada la responsabilidad de las metrópolis respecto de esas situaciones. Los dos tipos de opresión se basan en la explotación, pero la explotación en las metrópolis es, para la mayoría de la población bien pensante, más confortable. Aún cuando, en las propias metrópolis, los guetos demuestran la brutalidad fundamental del sistema y la pobreza abyecta que siguen manteniendo las sociedades opulentas.

En éstas, las opresión sólo podría ser abolida con el derrocamiento de un sistema eficaz y bien organizado que ofrece un nivel de consumo elevado a los que se integran; en los países dependientes al contrario, abolir la opresión signiffica derrocar gobiernos corruptos e impopulares, mantenidos por las metrópolis.

Aunque sea menos sentida inmediatamente por la mayoría, la opresión en nuestras sociedades, bien organizadas y relativamente confortables consiste en la dependencia total de los individuos respecto de un gigantesco aparato de producción sobre el cual no existe el menor contralor. En nuestras sociedades, se trata de subordinar los individuos a la producción, en lugar de que ésta les sea sistemáticamente subordinada.

CON PIERRE VIANSSON PONTE

* Lo citan a usted junto con Marx y Mao. ¿Cuando se habla de los "tres M", cuál es su reacción?

H. M. — No comprendo. Marx: estudié mucho su obra. ¿Pero Mao? Es cierto que actualmente cualquier marxista que no sea comunista de obediencia estricta es maoísta. Siempre pensé que había una alternativa y no retuve en mis libros la antigua ideología marxista. Las sociedades socialistas como se han establecido no me parece que sean lo que denomino "cualitativamente diferentes" de las otras, de las sociedades capitalistas. Dejan subsistir una forma de dominación en lugar de otra, eso es todo.

El verdadero socialismo, es otra cosa. Estoy convencido de que ahora es posible conseguir una verdadera sociedad socialista sin pasar por un período de tipo estaliniano. Una sociedad socialista tiene que estar basada en una verdadera solidaridad, una verdadera cooperación: la revolución cubana parece encaminarse en ese sentido. El "Che" era el símbolo, muy alejado de los burócratas estalinianos, del hombre socialista.

* ¿Sólo trata de explicar el mundo en que vivimos o intenta transformarlo?

H. M. — Es una gran pregunta. Cualquier explicación verdadera debe conducir a intentar una transformación, hay una relación interna evidente entre la explicación y la transformación.

Por mi parte, no tengo actividad política militante desde hace tiempo, es cierto. Escribo, enseño, doy conferencias, hablo con los estudiantes: la forma normal de acción para un intelectual en Estados Unidos, porque, en ese país, la situación no es para nada revolucionaria; ni siquiera es prerevolucionaria. Entonces, la tarea de un intelectual, es en primer lugar una misión de educación radical. Entramos, en América, en un nuevo "siglo de las luces".

* ¿Y en Europa?

H. M. — En Europa es distinto porque la política aún en gran parte está determinada por la clase obrera. Y además, hay grandes diferencias entre un país y otro: Alemania está muy cerca del "modelo" norteamericano, Italia bastante cerca, Francia mucho más alejada.

Conozco bien a Rudi Duschke y a sus amigos, los muchachos de la S.D.S., la organización de izquierda de los estudiantes. Es una persona muy amable, muy sensible, sin nada de demagogo. Y ha trabajado mucho; ha reflexionado mucho; el vínculo entre la teoría y la acción, en el caso suyo y de sus camaradas, está sólidamente establecido. Se dice que les llevó meses elaborarlo. No es exacto: les llevó ocho años. ¿En Francia los estudiantes iracundos también han trabajado, han establecido bases ideológicas sólidas? No me parece.

* ¿No tiene la sensación de haber sido superado por los que hacen suyas sus tesis?

H.M. — Quizás, si son violentos es porque están desesperados. Y la desesperación puede ser el motor de una acción política eficaz. Mire a los habitantes de los guetos negros de Estados Unidos: queman sus propios barrios, incendian sus propias casas. No es una acción revolucionaria, pero es un acto de desesperación y un acto político.

Por otra parte, en Estados Unidos, la enfermedad no se limita a los estudiantes, es general. Los estudiantes no se han rebelado contra una sociedad pobre y mal organizada, sino contra una sociedad demasiado rica, demasiado bien organizada en su lujo y su derroche, mientras el veinticinco por ciento de la población vive en la pobreza y en los guetos. La rebelión no está dirigida contra las desgracias que provoca esa sociedad, sino contra sus beneficios. Es un

fenómeno nuevo, propio de lo que se denomina "la sociedad de la abundancia". En Alemania, el proceso es similar. En Francia, no me parece que sea el mismo caso, porque la sociedad francesa no es aún una sociedad opulenta.

* **¿Qué piensa de lo que se ha llamado, por analogía con el "poder negro", el "poder estudiantil"?**

H. M. — Esa consigna me parece peligrosa. En todas partes, siempre, la gran mayoría de los estudiantes es conservadora e incluso reaccionaria. Por consiguiente un "poder estudiantil", si fuera democrático, sería conservador, es decir reaccionario. El "poder estudiantil" significa que la izquierda no se opone a la administración de la universidad, sino a los propios estudiantes. De lo contrario tendría que desbordar el proceso democrático. Hay ahí una contradicción fundamental.

* **¿Cuál es, en su opinión, la razón esencial de esas demostraciones violentas de los estudiantes en tantos países?**

H. M. — Respecto a los estudiantes norteamericanos y alemanes, que son los que mejor conozco, es una exigencia no sólo intelectual sino también de instinto. Quieren una forma de existencia totalmente diferente. Rechazan una vida que es sólo una guerra por la existencia, se niegan a entrar en lo que los ingleses llaman el "establishment" porque piensan que ya no es necesario. Sienten que su vida entera será desbordada por las exigencias de la sociedad industrial y por el exclusivo interés de los grandes negocios, de los militares y de los políticos.

Mire los hippies. Su rebelión se dirige contra la moral puritana, contra una sociedad norteamericana donde la gente se lava diez veces por día y que al mismo tiempo mata e incendia en Vietnam con toda pureza. Entonces protestan

metódicamente contra esa hipocresía y se dejan el pelo largo, y la barba, y no se lavan y se niegan a ir a la guerra. Para ellos, la contradicción rompe los ojos. Pero, como en el caso de los estudiantes, sólo se trata de una minoría muy reducida.

Los estudiantes saben que la sociedad absorbe a las oposiciones y que presenta lo irracional como racional. Sienten con mayor o menor claridad que el hombre "unidimensional" ha perdido su poder de negociación, su posibilidad de rechazo. Entonces se niegan a dejarse integrar en esa sociedad.

* **¿Qué respondería a los estudiantes que vinieran a preguntarle si las manifestaciones de ellos tienen un sentido y pueden ayudar a transformar la sociedad?**

H. M. — Les diría en primer lugar que sólo pueden esperar grandes manifestaciones como las que se desarrollan en todas partes, e incluso en Francia, en una situación que ni siquiera es pre o contra revolucionaria.

Pero nunca soy derrotista. En Estados Unidos la oposición creciente a la guerra del Vietnam ya ha logrado provocar, por lo menos en parte, el cambio de la política norteamericana. No hay que hacerse ilusiones pero tampoco ser derrotista. Es inútil esperar que las masas se unan al movimiento, que participen en el proceso. Todo siempre ha comenzado por un grupo de intelectuales en rebelión. Se discierne un síntoma de esa clase, me parece, en las rebeliones actuales de los estudiantes. Sin embargo son rebeliones totalmente espontáneas: en Estados Unidos, no existe ninguna coordinación, ninguna organización que actúe a nivel nacional, ni siquiera a nivel estadual, y se está muy lejos de cualquier tipo de organización internacional.

Esta clase de rebelión no conduce a la creación de una fuerza revolucionaria. Pero converge con los movimientos del Tercer Mundo y con la actividad de los guetos. Es una poderosa fuerza de desintegración.

ANDRE MALRAUX

EL PRINCIPIO DEL DRAMA

De todas maneras es por la juventud que empezó todo. Primer hecho: si queremos partir de Francia, nos equivocamos porque sabemos muy bien que los grandes fenómenos estudiantiles tuvieron lugar en el mundo entero y mucho antes que entre nosotros. Cuanto ocurrió en Inglaterra, en Estados Unidos, es muy anterior a nuestras historias de Nanterre. No olvidemos Asia, los grandes dramas de los japoneses con el problema de los estudiantes que son absolutamente comparables a los nuestros. No se habló mucho porque el Japón está lejos. Creo que todo empezó en México. Saben ustedes hasta qué punto eso es asombroso porque es un gobierno revolucionario. La universidad tenía su propia policía y ninguna policía tenía derecho a penetrar en ella. A pesar de ello, se produjeron los acontecimientos de México.

Por eso pienso que nos enfrentamos, en el mundo entero, a un acontecimiento considerable. *La juventud, en este momento, no se adapta y, por otra parte, aún la enseñanza, si es prodigiosamente modificada, porque se va a poder modificar la nuestra, no será suficiente.* Hay algo profundo allá abajo que sigue siendo el punto esencial. ¿Cuál será ese punto esencial? Intentemos volver sobre los otros países. En síntesis, los historiadores de las civilizaciones siempre han dicho, más o menos, que las civilizaciones

eran organismos, es decir que se desarrollan, en conjunto, como elementos vivos, con una juventud, una edad madura, una vejez y una muerte. Cuando Spengler estaba en plena gloria, e incluso Toynbee, siempre se admitió que nuestra civilización era una civilización comparable a las otras. Simplemente, para Spengler vivíamos la civilización fáustica, para otros —porque hay otros nombres, pero no tiene importancia— vivíamos nuestra civilización, que cumplía su ciclo y sucedía a las civilizaciones anteriores.

Pero, compruebo y comenzamos a comprobar, porque todos esos grandes libros sobre las teorías de las civilizaciones y la cultura, son anteriores a la bomba atómica, no lo olvidemos, que en el momento actual nuestra civilización tiene características que nunca tuvieron las otras.

En primer lugar, la máquina. No olvidemos que somos la primera civilización de las máquinas.

En segundo lugar, el agnosticismo. Hay mucha gente creyente sobre la tierra, pero la civilización moderna no es una civilización religiosa y no se basa sobre un acontecimiento religioso. Creemos que nuestra civilización, como las otras, está en proceso de desarrollo, pero nuestra civilización es heredera de todas las otras, se considera heredera de todas las otras, Las civilizaciones precedentes tenían a lo más una civilización a la cual se referían, pero nunca más de una. Los egipcios no se referían a un pasado prehistórico del mundo. Nosotros, nos referimos a todo.

Ahora bien, si tenemos en cuenta simplemente estos datos tan elementales, nos apercibimos que, *al mismo tiempo que nos enfrentamos a una civilización sin precedentes en el mundo, tenemos una crisis de valores que tampoco tiene precedentes.* Me parece inútil ir a buscar analogías en la Edad Media para nuestros estudiantes, porque esas analogías son muy inciertas, cuando tenemos analogías totalmente ciertas en el extranjero.

Por supuesto que no hay problemas estudiantiles en China porque se movilizó a los estudiantes. El fenómeno Mao, es un poco parecido a lo que se produciría si el general De Gaulle se apoyara en los estudiantes para destruir el parlamentarismo. Ni siquiera Mao está totalmente seguro de la dirección hacia la cual va, porque en el transcurso de la conversación que tuvo conmigo y que relato en mis "Anti-memorias", dijo en cierto momento: "*Queda por saber a dónde voy con la juventud*". Y nuestro embajador, Lucien Paye, ex-rector de Dakar, le dijo que había visto las universidades y que se quedó asombrado del entusiasmo que encontró por Mao. Y Mao respondió: "También se puede decir eso, ya veremos". No es totalmente seguro. Pero lo que me parece totalmente seguro, es ésto: "*En primer lugar, hay una crisis completa de la idea de jerarquía. No es fácil de ver porque en principio a la idea de jerarquía se opone la idea de desorden.* Inmediatamente, cuando se habla de jerarquía, se tiene simplemente aspecto de reaccionario. No es eso lo que quiero decir. Quiero decir que se nos escapa —porque es demasiado evidente— que todas las civilizaciones reposan sobre jerarquías. No son siempre las mismas. Muy a menudo son jerarquías religiosas, a veces jerarquías militares, pero siempre hay una estructura jerarquizada. Y entre nosotros, por primera vez, hay una hostilidad a la idea de jerarquía que nunca tuvo equivalente.

Pensemos en Estados Unidos. Cuando se habla de sociedad de consumo entre nosotros, no hay que exagerar; la sociedad de consumo, a eso vamos, pero aún no estamos totalmente, no. Pero Estados Unidos, que la tiene de verdad, se siente que ha llegado, en el momento actual, a una especie de remordimiento de conciencia de los padres, del padre respecto al hijo. Sin citar teorías psicoanalíticas, para limitarnos a lo más simple, es evidente que en Estados Unidos la jerarquía tiene remordimientos a partir del momento en que se hace profunda. El patrón tiene buena conciencia; pero no el padre. En el fondo, tiene la idea, el sentimiento de que si se educa al niño, se falsea la vida y probablemente se actúa contra él. En el fondo de todo eso hay una idea de libertad absoluta, que sería la verdadera base de la verdadera educación. Pensemos que son los sucesores de los ingleses, es decir la gente que ha tenido

probablemente la educación más rigurosa, desde Roma, que haya conocido el mundo.

Veo pues —por eso hablo de ensayo general— un drama mundial que más o menos se plantea así: una civilización que es la más poderosa de todas y la única, en última instancia, que tiene el poder de destruirse a sí misma, llega a un momento de su desarrollo que es el momento en el cual no tiene conciencia, porque, hasta el momento, las civilizaciones estaban dentro de una conciencia. Para decirlo más simplemente, la civilización cristiana se desarrolló dentro del cristianismo. Actualmente, la civilización de alguna manera, se desarrolla en el vacío.

"... Me asombra ver que enfrentamos en este momento una juventud que, desde hace poco tiempo, quiere verdaderamente poder hablar. Noten que no dice gran cosa; estamos en el principio de un drama. No creo de ninguna manera que esto vaya a terminar porque organicemos un poco mejor la universidad. Por supuesto, se la organizará mejor, pero el drama tiene otra amplitud ... "

(Entrevista Malraux-Europe 1,
21 de junio de 1968)

INDICE

Página

La Francia Revolucionaria: imágenes e ideas,
Carlos Fuentes 9

Diálogo con Daniel Cohn—Bendit,
Jean—Paul Sartre 51

La idea nueva de mayo 1968,
Jean—Paul Sartre 63

Las Bastillas de Raymond Aron,
Jean—Paul Sartre 77

Diálogo con "Der Spiegel",
Jean—Paul Sartre 93

Cómo fueron traicionados los estudiantes,
Alfred Kastler 111

La rebelión y la revolución,
Roger Garaudy 123

El movimiento "22 de Marzo" se define,
Herve Bourges 141

Más allá del movimiento estudiantil,
Rudi Dutschke 155

La revuelta estudiantil,
Jacques Sauvageot 185

La carta de la Sorbona 203

Reflexiones de un universitario,
Raymond Aron 213

Dos diálogos con Michel Bosquet,
Herbert Marcuse 235

El principio de drama,
André Malraux 243

Se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos del Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica en el mes de mayo de 1971, habiéndose hecho un tiraje de 3.000 ejemplares en papel periódico satinado con impresión offset.

JEAN PAUL SARTRE/ ROGER GARAUDY/ HERBERT MARCUSE/ ANDRE MALRAUX/ DANIEL COHN-BENDIT/ RUDI DUTSCHKE/ JACQUES SAUVAGEOT/ ALFRED KASTLER/ RAYMOND ARON/ CARLOS FUENTES

EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA (EDUCA)

COLECCION SEIS